EL GLOBO OCULTO

De cómo la riqueza altera el mundo



ATOSSA ARAXIA ABRAHAMIAN

Índice

The Hidden Globe

How Wealth Hacks the World

Atossa Araxia Abrahamian

RIVERHEAD BOOKS • NEW YORK • 2024



RIVERHEAD BOOKS

Un sello de Penguin Random House LLC

penguinrandomhouse.com

Partes del capítulo 7, "Ad Astra", se publicaron anteriormente de forma ligeramente diferente como "How a Tax Haven is Leading the Race to Privatise Space" en *The Guardian* (2017). Partes del capítulo 11, "*Terra Nullius*", se publicaron en forma ligeramente diferente como "The Dream of Open Borders Is Real-in the High Arctic" en *The Nation* (2019), y porciones muy pequeñas del capítulo 3, "White Cube, Black Box", aparecieron como "Inside the New 'Fortress' in New York City That's Housing Millions of Dollars of Art" en *Artsy* y *Longreads* (2018).

Otras pequeñas partes de la obra se publicaron de forma ligeramente diferente en el blog del autor, *Terra Nullius*.

BIBLIOTECA DEL CONGRESO CATALOGING-IN-PUBLICATION DATA

Nombres: Abrahamian, Atossa Araxia, autora.

Título: The Hidden Globe : How Wealth Hacks the World / Atossa Araxia Abrahamian.

Descripción: Nueva York : Riverhead Books, 2024.

Identificadores: LCCN 2024027757 | ISBN 9780593329856 (tapa dura) | ISBN 9780593329870 (ebook) | ISBN 9780593854099 (edición internacional)

Temas: LCSH: Riqueza. | Distribución de la renta. | Riqueza-Psicología. | Límites-Aspectos económicos.

Clasificación: LCC HC79.W4 A27 2024 | DDC 305.5/234-dc23/eng/20240710

Registro de LC disponible en https://lccn.loc.gov/2024027757

Ebook ISBN 9780593329870

Diseño de portada: Lauren Peters-Collaer

Imágenes de portada: (globo) Shannon Fagan / The Image Bank / Getty Images; (moneda) Peter Dazeley / The Image Bank / Getty Images

Diseño del libro por Alexis Farabaugh, adaptado para ebook por Cora Wigen

pid_prh_7.0a_149197142_c0_r1

Contenido

_149197142_

La ley hace largos radios de las cortas estacas de los hombres.

-William Empson, *Ficción jurídica* (1928)

Introducción

I

empecé este libro sobre el mundo por una corazonada de toda la vida: había algo extraño en el lugar donde crecí.

Ese lugar es la ciudad suiza de Ginebra, aunque su ubicación no lo dice todo. Ginebra es la sede de las Naciones Unidas, la Organización Mundial de la Salud y cientos de organizaciones internacionales y ONG que emplean a miles de diplomáticos, cónsules, trabajadores expatriados y sus familias. Hay allí más empresas multinacionales de las que puedo contar. Casi la mitad de la población de Ginebra no es de nacionalidad suiza. Sin los extranjeros, la ciudad no sería nada.

Soy, y siempre seré, parte de este mundo aparte, un lugar definido por una cierta falta de lugar. Fui a colegios internacionales, donde la historia que nos enseñaban tenía poco que ver con las batallas que se habían librado a pocos pasos del patio de recreo. Los trabajos de mis padres en la ONU -mi padre era economista en la Conferencia de Comercio y Desarrollo de la organización, y mi madre, intérprete de conferencias para su secretaría- agravaban la sensación de estar un poco en otra parte. Mis compañeros de clase parecían mudarse cada pocos años, lo que me hacía sentir como si yo también me estuviera mudando siempre, sin llegar a irme realmente. Esta sensación de desarraigo inspiró mi primer libro, *The Cosmopolites*, una investigación sobre el mercado mundial de pasaportes, la adquisición legal y fraudulenta de documentos de ciudadanía. Si se puede comprar un pasaporte como un par de zapatillas, ¿cuánto puede significar

realmente?

Pero había otra razón menos obvia para mi malestar con Ginebra. Tenía que ver con las normas: quién las hacía, quién las cumplía y los lugares y personas a los que no se aplicaban. Cuando era adolescente, veía a los hijos de los diplomáticos disfrutar de la inmunidad funcional que les otorgaba el cargo de sus padres, yéndose de rositas cuando la policía les pillaba conduciendo a exceso de velocidad o fumando hierba en el parque al anochecer. Las compras libres de impuestos eran otra ventaja: si entras en una determinada categoría laboral como extranjero, el mundo es tu aeropuerto. Cerca de la ONU, en un edificio comercial anodino y bajando un empinado tramo de escaleras, hay una tienda especial que te permite evitar el impuesto de ventas en todo tipo de productos, desde calzoncillos hasta crema hidratante de La Mer. ("Sin duda, una de las experiencias minoristas más extrañas del mundo", dice una reseña en Internet. "¿En qué otro lugar puedes gastarte miles de euros en un reloj y en la misma transacción comprar una cena de televisión para microondas?").

Los diplomáticos, descubrí, eran sólo la punta visible de los casos especiales de Ginebra. En la calle principal de la ciudad, los bancos privados almacenaban información a la que ni siquiera el gobierno suizo podía acceder, sobre las cuentas secretas de monarcas depuestos y las ganancias mal habidas de evasores y evasores multinacionales. Y a pocos pasos de la piscina donde aprendí a nadar estaba el puerto franco de Ginebra, un almacén acordonado que operaba al margen de la normativa aduanera suiza. Concebido hace siglos para permitir a los comerciantes almacenar grano, el puerto franco es ahora el lugar donde los oligarcas esconden arte, vino, joyas y otros artículos de lujo.

Por un lado, la composición de Ginebra personifica un tipo familiar de internacionalismo: el tipo tangible, imperfecto y a menudo encantador que reúne a la gente del mundo en un lugar y en un momento dado, en paz. Pero hay algo más en juego: algo que no se ve, pero cuya influencia en el mundo que lo rodea es tan poderosa como el globalismo de carne y hueso. Yo lo llamo la economía espectral de : las transacciones distantes, dispares, pero asombrosamente lucrativas que no ocurren *en* Ginebra, sino *desde* Ginebra. La ciudad está llena de conductos, o entrepôts, para un capitalismo que se gestiona a distancia. Funciona menos como un lugar donde ocurren cosas que

como un portal a otros mundos. Y resulta que hay muchos más lugares así. Este libro trata de esos lugares.

Cuando empecé a escribir *El globo oculto*, quise entender cómo había llegado a ser así mi ciudad: cómo cuadraba su infame torpeza con su inacabable depósito de secretos. También quería entender por qué yo, ciudadano de Ginebra, me sentía tan atraído por esos otros lugares: ciudades-estado como Singapur y Dubai, paraísos fiscales en el Caribe, centros offshore en islas, bares en aeropuertos, vestíbulos de hoteles, complejos diplomáticos y depósitos aduaneros. No todo el mundo se lo pasa bien en estos lugares, pero a mí siempre me han resultado familiares, como si compartieran una lógica común con mi ciudad natal.

No fue hasta que me fui de Ginebra a Nueva York cuando empecé a hacerme una idea general. Empecé a comprender cómo los espacios definidos por una jurisdicción sorprendente o poco convencional -embajadas, puertos francos, paraísos fiscales, buques portacontenedores, archipiélagos árticos y ciudades-estado tropicales- eran la savia de la economía mundial y una parte definitoria de nuestra vida cotidiana.

Por ejemplo, el comercio mundial. A pesar de su brutalidad física, el transporte marítimo depende de tecnicismos abstractos que crean zonas económicas especiales, conceden el control de los puertos a empresas extranjeras, permiten a las naciones sin litoral vender pabellones de conveniencia y crean lagunas jurídicas para que las empresas navieras contraten mano de obra barata a bordo. Las transacciones que financian los movimientos de estas mercancías -la transferencia silenciosa de sumas impías en pantallas- tampoco siguen necesariamente una geografía directa. Las rutas que siguen las personas, el dinero y las cosas para cruzar el globo no siguen el vuelo del cuervo. Sus caminos son tortuosos, vacilantes y tortuosos, y lo hacen intencionadamente.

Sólo en Estados Unidos hay 193 "zonas de comercio exterior" activas exentas de derechos de aduana federales. Emplean a unas 460.000 personas (¡la población de Palm Springs!) y ven entrar y salir de ellas a lo largo de un año mercancías por valor de cientos de miles de millones de dólares , desde piezas de automóviles hasta productos farmacéuticos, para ser almacenadas, modificadas o ensambladas. En

un mundo formado por 192 países, se calcula que hay unos 3.000 de estos recintos. En China, el Banco Mundial calcula que las zonas económicas especiales han aportado el 22% del PIB del país, el 45% del total de la inversión extranjera directa nacional y el 60% de las exportaciones.

O incluso a la cultura. Se cree que obras de arte por valor de miles de millones de dólares se guardan en almacenes especiales exentos de derechos de aduana nacionales, junto con cajas de vino, montones de oro y cajas de joyas. El perjuicio es doble: no sólo no hay nadie presente para admirar, estudiar y comprender estos Monets y Picassos secuestrados, sino que sus propietarios pueden estar escondiéndolos por motivos más nefastos, como evadir impuestos o eludir una demanda.

Estos puertos francos inspiraron la película *Tenet*, de Christopher Nolan. *Tenet* es una película de acción llena de tiroteos y persecuciones en coche cuyo argumento gira en torno a la idea de que el tiempo no siempre es lineal (lo cual -alerta de spoiler- importa mucho en un tiroteo o una persecución en coche). La película transcurre casi enteramente en alta mar: en yates, en parques eólicos y en estos almacenes, que están geográficamente "en" un país pero gozan de un estatus extraterritorial ficticio.

En su elección de escenarios, el director dio con algo más profundo de lo que la película podría dejar entrever: El globo oculto puede suspender el tiempo y el lugar. Nos hace perder la noción de dónde estamos.

- - -

Mi creciente interés por estas extrañas jurisdicciones coincidió con lo que parecía ser un cambio geopolítico radical. Donald Trump acababa de ser elegido presidente en Estados Unidos y hablaba a bombo y platillo de acabar con el "globalismo". Narendra Modi, Victor Orbán, Jair Bolsonaro y Rodrigo Duterte habían ganado las elecciones en India, Hungría, Brasil y Filipinas con plataformas abiertamente nacionalistas. Los británicos se preparaban para aprobar el Brexit, mientras las naciones europeas se esforzaban por conciliar sus supuestos compromisos con los derechos humanos en con el gran

número de solicitantes de asilo que llegaban a sus fronteras. Los expertos proclamaban que la era de la globalización sin trabas estaba llegando a su fin, y los políticos nacionalistas les daban lo que querían en forma de racismo, xenofobia y algún que otro arancel comercial.

En las páginas del *Financial Times* y *The Economist*, en la CNBC y en docenas de sitios web y publicaciones más, los columnistas dijeron adiós al hombre de Davos. El Estado-nación ha vuelto.

El tenor de estas conversaciones públicas -y, en particular, el binario entre nacionalismo y globalismo que estaba tomando forma- me desconcertaba. Habiendo crecido en Ginebra, con sus numerosos enclaves, sabía que se podía estar en dos lugares a la vez: en suelo suizo, pero bajo jurisdicción extranjera; sujeto a algunas leyes suizas, pero inmune a otras. A una escala mucho mayor, parecía obvio que formar parte de una nación, territorialmente o de otro modo, no excluía la participación en la economía mundial. Precisamente por eso Ginebra estaba tan llena de organizaciones internacionales. Había que *estar en alguna parte*.

También me di cuenta de que los llamados antiglobalistas de las noticias tenían una forma terriblemente, bueno, global de hacer las cosas. Donald Trump regentaba hoteles y campos de golf por todo el mundo, además de tener debilidad por las mujeres extranjeras. Su séquito de alto nivel también parecía tener siempre un pie fuera del país. Se supo que Peter Thiel, el inversor libertario convertido en donante conservador, se había comprado la nacionalidad neozelandesa en el preciso momento en que abrazaba la ideología de Trump de "América primero". Steve Bannon, a menudo presentado en la prensa como el cerebro de Trump, se codeaba *con nacionalistas de otros países* para globalizar su visión del cierre de fronteras desde un castillo italiano. Poco antes del Foro Económico Mundial de 2017 -el primero de la administración Trump- envié un correo electrónico a la organización para preguntar cuántas veces habían asistido los miembros de su delegación. La respuesta me dejó atónito. Aunque el secretario de Energía, Rick Perry, solo había asistido una vez, el secretario de Estado, Rex Tillerson, había estado tres veces en Davos. Elaine Chao, responsable del Departamento de Transportes, preparaba para su quinta visita. Y Robert Lighthizer, el secretario de Comercio, tenía quince muescas en sus bastones de esquí.

Los políticos no son conocidos por ser especialmente coherentes en sus creencias. Pero el abismo entre lo que estos hombres y mujeres representaban y lo que realmente hacían -no sólo en su vida personal, sino también con su dinero y profesionalmente- parecía revelar algo más que una hipocresía oportunista. Sugería que el sistema en el que todos vivimos está hecho para esto: para conciliar las fronteras cerradas con la máxima capitalista del libre comercio.

Cuando empecé a entender estas contradicciones con mayor claridad, identifiqué los lugares destinados a conciliarlas para que la vida cotidiana pudiera continuar: los lugares por encima, por debajo y, a veces, dentro de las naciones, en jurisdicciones especiales que están en gran medida ocultas y en leyes que se extienden tanto más allá de las fronteras de un país que están físicamente fuera de su alcance. Estos lugares también permiten a los políticos seguir hablando de sus fronteras, aranceles y muros sin perder negocio. Según el economista Ronen Palan en su clarividente libro de 2003, *The Offshore World,* este juego de la rayuela ofrece a los Estados "una forma políticamente aceptable, aunque incómoda, de conciliar las crecientes contradicciones entre su ideología territorial y nacionalista... y su apoyo a la acumulación capitalista a escala mundial".

Estos lugares no son exactamente secretos, pero están lo suficientemente alejados y dispares como para parecer a primera vista rarezas discretas, más que una red o un sistema. Esa es una de las razones por las que permanecen tan ocultos a simple vista.

Tendemos a considerarnos ciudadanos, o al menos residentes, de una nación. Después de todo, las lecciones que la mayoría de nosotros recibimos en la escuela incluían un mapa del mundo dividido por líneas en países. Cada país, aprendimos, tiene un gobierno; y cada gobierno gobierna su tierra, sus cosas y su gente. La idea de una tierra, una ley, un pueblo y un gobierno es dominante, poderosa y a menudo exacta. Constituye la base de gran parte del derecho nacional e internacional.

El globo oculto es una especie de transfiguración de este mapa, una acumulación de grietas y concesiones, suspensiones y abstracciones, zonas segregadas y libres , y otros lugares sin nacionalidad en el sentido convencional, que se extienden desde el fondo del océano

hasta el espacio exterior. El globo oculto es un orden mundial mercenario en el que el poder de hacer y dar forma a la ley se compra, se vende, se piratea, se remodela, se desterritorializa, se reterritorializa, se trasplanta y se reimagina. Es el poder del Estado catapultado más allá de sus fronteras. También es la renuncia selectiva de un Estado a determinados poderes dentro de sus competencias: enclaves ocupados no por la anarquía, sino por leyes diferentes y más extrañas.

El concepto de *aspillera* se originó en el siglo XVII para describir las pequeñas hendiduras verticales en la muralla de un castillo a través de las cuales los arqueros podían disparar sin arriesgarse a ser descubiertos por el enemigo. Su significado moderno no ha cambiado mucho, sólo que los arqueros son abogados, asesores y contables, y la fortaleza, el propio Estado.

El deseo de hacer excepciones no es nuevo: las comunidades siempre han reservado lugares para la contemplación, los ritos y el culto. Los celtas los llamaban "lugares delgados", donde se decía que la distancia entre el cielo y la tierra era más corta.

Hoy, nuestros elsewheres y nowheres no son lugares de ofrendas, sino de evasión. Nos recuerdan *la novedad* de nuestro mundo de Estados fronterizos e independientes -un molde cuyo contenido no empezó a fraguar hasta después de la descolonización- y su vulnerabilidad ante fuerzas más poderosas.

Los capitalistas, siempre en busca de beneficios, consideran las jurisdicciones limítrofes y extraterritoriales como fronteras. Este libro trata tanto de estos modernos hombres de frontera como de sus campos de batalla. Pero el suyo no es un régimen libre de fronteras abiertas. Aunque pueda parecer que la existencia del mundo oculto pone en tela de juicio el mito de la nación significativa y unificada, la nación es un concepto demasiado pegajoso y políticamente conveniente como para eliminarlo por completo. De hecho, el globo oculto puede potenciar el nacionalismo más xenófobo y excluyente. Y estas políticas no son sólo dominio de la derecha política. Ya sean republicanos o demócratas, conservadores o liberales, los regímenes que las impulsan pretenden atraer a las personas adecuadas y mantener fuera a las equivocadas.

Al permitir las políticas nacionalistas de inmigración, el globo

oculto circunscribe así las vidas de las personas más privadas de derechos del mundo: hay detenidos que languidecen en cárceles extraterritoriales del Caribe y el Pacífico, trabajadores empobrecidos que procesan mercancías para su exportación en zonas industriales libres de impuestos en todo el Sur Global, marineros y solicitantes de asilo atrapados en barcos que no pueden abandonar por falta de papeles. Cuando una persona no puede quedarse en casa y no es deseada en el extranjero, puede acabar en un tercer espacio: ni aquí ni allí.

Ver estos espacios por lo que son cambió mi forma de ver el mundo, y creo que también cambiará la suya.

En los capítulos que siguen, aprenderá cómo mi ciudad natal, Ginebra, y su nación, Suiza, sentaron las bases del mundo en que vivimos, a través de las personas, las guerras y las leyes que le dieron forma. Descubrirá cómo este modelo inspiró a otros Estados a ampliar cada vez más sus fronteras: en alta mar, en el fondo del océano e incluso en el espacio profundo. Visitará almacenes secretos, tribunales virtuales y agujeros negros legales controlados por las democracias occidentales y sus aliados. Pasarás tiempo en una zona franca para mercancías y pensarás si deberíamos construir zonas francas también para personas.

Las personas que presento -que, debo añadir, se tomaron la molestia de compartir su visión del mundo, sus métodos y sus ideales- no son más que una muestra de un grupo mucho más amplio que opera en el contexto de las fuerzas históricas mundiales. Agradezco su participación y no estoy aquí para juzgar sus elecciones. Pero espero que quede clara mi posición sobre el impacto del mundo oculto. Cuando los ciudadanos más ricos esconden su dinero en lugar de pagar impuestos, las ciudades y los municipios se las arreglan con menos, lo que significa peores escuelas, carreteras, infraestructuras y atención sanitaria. Cuando ese dinero acaba en centros extraterritoriales, o se canaliza a través de ellos hacia el oeste, la desigualdad aumenta. En un momento en el que el dinero se transfiere desproporcionadamente de los países pobres a los ricos, y no al revés, debemos reflexionar sobre los mecanismos que hacen que esto ocurra. Cuando el 90% de las mercancías viajan en barcos que pueden eludir fácilmente la responsabilidad por las emisiones de carbono o las

prácticas laborales, nuestros mariscos acaban siendo procesados por esclavos y nuestros electrodomésticos vienen acompañados de contaminación. Una población de refugiados permanente en cualquier lugar echa por tierra los compromisos de nuestros países con los derechos humanos y la decencia básica. Para los que vivimos en Estados nominalmente democráticos, nos afecta a todos.

También quiero dejar claro que recurrir al nacionalismo no es la solución. Para saber a qué atenernos -política, económica e incluso físicamente- debemos mirar profundamente en las grietas que hay entre las fronteras. Sólo ahí podemos ver nuestro verdadero reflejo en este mundo y empezar a construir uno mejor .

1

Ciudad de los Agujeros

Las ciudades, como los sueños, están hechas de deseos y temores, aunque el hilo de su discurso sea secreto, sus reglas absurdas, sus perspectivas engañosas y todo oculte algo más.

-Italo Calvino*, Las ciudades invisibles*

Wienvenidos a Ginebra: la capital del globo oculto. Es una ciudad de excepciones, un estado de queso suizo. Durante siglos, sus bóvedas y escondrijos han protegido a la gente de la persecución y la revolución, los impuestos y los litigios. Desde el Renacimiento, ha sido refugio de fugitivos, así como de su dinero, sus modos de vida y sus creencias políticas.

Comunistas y capitalistas, protestantes y católicos, traficantes de armas y pacifistas, monarcas exiliados y refugiados sin dinero han pasado tiempo en Ginebra, frecuentando los mismos cafés y chocolaterías, paseando por el mismo pintoresco tramo de lago, comunicándose entre sí en fragmentos de lenguas de todo el mundo. Ginebra siempre ha sido un territorio neutral: si no apolítico, en la mayoría de los casos no partidista. Pero lo que nos trae aquí es también una cuestión de metafísica.

Encima, debajo y dentro de esta ciudad hay docenas de ciudades más pequeñas, cada una de ellas encerrada en dispensaciones especiales, todas jugando con reglas ligeramente diferentes. Algunas tienen el tamaño de una maleta. Otras son tan grandes como una ciudad. Una fortuna de cámaras acorazadas, almacenes, consulados, embajadas, misiones, organizaciones internacionales, instalaciones de investigación nuclear y mostradores comerciales -todos ellos escondidos a plena vista- dan a Ginebra el aspecto fractal de un libro

de Magic Eye. Pasee rápidamente y verá papel pintado. Fíjese más y verá constelaciones flotando entre las líneas.

Tardé mucho tiempo en ver Ginebra en todas sus dimensiones. La cara que muestra al mundo es tan sólida, tan arraigada, tan pesada, que parece eterna. Su vieja ciudad*, la vieille ville*, me parece tan parte del paisaje natural como las montañas que la rodean, tan parte integrante de la topografía de la región como el Ródano y el lago Léman (también conocido como lago Lemán). Si lee *Frankenstein*, de Mary Shelley, ambientado en Ginebra hace más de un siglo, observará que las carreteras, los barrios y los terraplenes conservan sus antiguos nombres.

Incluso es posible que las estrechas callejuelas del casco antiguo suenen como antes. Varias veces al día, en punto y al minuto, decenas de campanas siguen sonando afinadas desde la catedral de San Pedro. Clémence, la campana más grave del carillón, se instaló en 1407. Tiene tres metros de altura, pesa más de seis toneladas y nos mantiene a raya con su toque de reprimenda. Las vibraciones de la campana calan hondo en el suelo, donde bajo la catedral se conservan los huesos exhumados de un jefe guerrero del siglo I a.C.

San Pedro se construyó en lo alto de una colina en el siglo XII y creció con los años hasta dominar los adoquines con su espinosa aguja de zinc y sus brillantes vidrieras. Durante la Reforma Protestante, el movimiento del siglo XVI que unió a muchos europeos contra los excesos de la Iglesia Católica Romana, la fachada gótica de San Pedro fue despojada de todos sus adornos y remodelada en estilo neoclásico. Los reformadores religiosos -encabezados en Ginebra por Juan Calvino- llevaron la austeridad al extremo. Además de imponer estrictos códigos morales, los calvinistas prohibieron el arte, incluso el religioso, por considerar que fomentaba la idolatría.

Las coloridas vidrieras de la catedral pasaron el corte. *El* retablo *Miraculous Draught of Fishes*, no. Pero uno de sus paneles se salvó de la destrucción y ahora se expone de forma permanente en un museo cercano.

El cuadro, obra del artista de Basilea Konrad Witz, es un artefacto extraordinario: según muchas opiniones, es el primero de la historia europea que representa un paisaje topográfico reconocible en lugar de una escena imaginaria o bíblica. Witz trabajaba a principios de la

década de 1440, cuando Ginebra era sobre todo campo, pero debió de inspirarse en algo más grande cuando contempló el lago Léman. El panel sitúa explícitamente el lago como un lugar donde lo sagrado se encuentra con lo profano. Anticipa el papel de la ciudad como mediadora entre lo material y lo espectral. También es un cuadro sobre la fe: en Dios, por supuesto, pero también en el dinero y en la importancia de no hacer demasiadas preguntas.

La obra representa a un grupo de cinco apóstoles en una barca de remos cerca de la orilla, dos de ellos con remos en las manos y los otros tres tirando de una red repleta de peces retorciéndose. Enseguida se ve que la escena no está ambientada en el mar de Galilea, donde se dice que ocurrió la historia bíblica, sino en un lugar más cercano a la casa del artista: pinta alpes, setos, almacenes, un muelle. El paisaje es de un verde exuberante, por lo que Witz probablemente trabajaba en primavera o verano, y grandes nubes blancas cuelgan pesadamente sobre el agua. Una montaña baja, la Salève, con un pico delator al fondo -el blanco casquete del Mont Blanc- delata su ubicación exacta. Es probable que Witz pintara el Léman desde la orilla derecha del lago Lemán.

Los hombres visten túnicas rojas, blancas y negras hasta las rodillas. Miran al cielo, atónitos ante su buena suerte: tras un día decepcionante en el agua, según la historia, siguieron el consejo de Jesús, echaron las redes por última vez y fueron recompensados con creces. San Pedro también aparece vadeando con los brazos extendidos hacia Jesús. El Cristo resucitado le recibe vestido con una túnica roja y radiante de felicidad en las aguas poco profundas.

Witz estaba haciendo algo impensable hasta entonces al pintar el mundo físico tal como era. Pero su pintura tiene algo de otro mundo, y no es por los hombres, las montañas o incluso el milagro. Aunque Witz es meticuloso en el tratamiento de las sombras y la luz, sólo la figura de Cristo no se refleja en el agua.

Por omisión, Konrad Witz ofrece un primer atisbo de la otra Ginebra, la metafísica: aquella en la que no siempre se aplican las leyes del hombre y de la naturaleza.

Durante el último medio siglo, en el mismo lugar del milagro de Witz, la riqueza ha sustituido a Dios. Por la noche, los logotipos del lujo -Rolex, Breitling, Zenith- iluminan el cielo. Desde la superficie del

lago se divisa una ciudad igual y opuesta a la del suelo: una ciudad tan evasiva como Ginebra es conocible, tan fluida y sin lugar como Ginebra es real.

- - -

En el lago Léman sigue habiendo mucho pescado: percas, para ser exactos, que los restaurantes fríen y sirven con salsa tártara y limón. Pero el verdadero dinero procede de esa economía espectral que acoge fantasmagóricamente, envuelta en leyes de seguridad, neutralidad, secretismo y exenciones fiscales.

El cantón de Ginebra sólo cuenta con medio millón de habitantes, de los que apenas doscientos mil viven en la ciudad propiamente dicha, pero más de un tercio del grano mundial se comercia desde sus mesas. Más de la mitad de los sacos de café del mundo pasan "a través" de Suiza, la mayoría de ellos a través de empresas de Ginebra y sus alrededores. El país no tuvo su primer Starbucks hasta 2001; unos meses después, la empresa empezó a comprar su café a través de una filial suiza. Hay otras jurisdicciones, como Singapur, que ofrecen impuestos comparables o inferiores a este tipo de empresas. Pero con un banco en cada esquina y una compañía de seguros a cada paso, Ginebra les ha resultado demasiado cómoda como para renunciar a ella.

Ginebra ha sido durante mucho tiempo un centro neurálgico del petróleo, si es que se le puede llamar "centro neurálgico" cuando los barriles nunca llegan allí. Hasta hace unos años, entre el 50% y el 60% del crudo ruso se comercializaba desde Suiza, principalmente desde Ginebra, según la organización de investigación sin ánimo de lucro Public Eye. Cuando el Parlamento suizo votó a regañadientes unirse al régimen de sanciones de la UE contra Rusia tras la invasión de Ucrania por Vladimir Putin ( ), parte de ese negocio se trasladó a Dubai, una jurisdicción inspirada, si no directamente calcada, en el mosaico de incentivos fiscales, discreción y conocimientos profesionales de Ginebra, hasta el punto de que los comerciantes de petróleo han empezado a llamarla "la nueva Ginebra". (Por muy ricos en petróleo que sean los EAU, el 90% de sus operaciones también se realizaban sin la presencia de petróleo).

Suiza no tiene salida al mar. Ello no es óbice para que albergue algunas de las mayores compañías navieras del mundo, que fletan y gestionan buques desde Ginebra mientras ocultan a sus propietarios reales (de facto) en capas de secreto empresarial. A la pregunta de por qué la industria marítima ha convergido tan lejos de la orilla del mar, el litigante suizo Mark Pieth responde que el gobierno sencillamente no regula lo que hace un barco, a menos que sea uno de los veintisiete que enarbolan bandera suiza. No se necesita agua para flotar.

Esta forma de posicionarse en el mundo es la mayor contribución de Ginebra a la forma en que todos vivimos ahora: en una era de excepciones, donde el *dónde* y el *cuándo* no importan tanto como el *quién*, el *cuánto* y el *por qué*. Es un mundo en el que la riqueza viaja de forma abstracta: números en una pantalla, operaciones en un terminal. Es un mundo en el que las fronteras se trazan no sólo en torno a los lugares, sino también en torno a las personas y las cosas.

En teoría, los enclaves con normas especiales pueden servir para algo más que para ganar dinero. Durante la Primera Guerra Mundial, el cirujano general francés Georges Saint-Paul quedó tan horrorizado por el número de víctimas civiles del conflicto que propuso crear islas de seguridad, a las que llamó Zonas de Ginebra: una pequeña Suiza en cada nación. Estas zonas se distinguirían de los campos ordinarios para personas desplazadas por establecerse en tiempos de paz, en previsión de acoger a los civiles más vulnerables si estallaba la guerra. Y lo que es más importante, estarían bajo el control del gobierno del país anfitrión, no de un organismo supranacional. La esperanza era que, incluso durante el conflicto, las partes beligerantes se abstuvieran de atacarlos. (Esto parece especialmente ingenuo hoy en día: las zonas humanitarias establecidas para dar cobijo a los no combatientes durante los conflictos de Bosnia, Ruanda e Irak, por nombrar sólo algunos, acabaron convirtiéndose en objetivos).

Georges Saint-Paul fundó la Association des Lieux de Genève, o Asociación de Zonas de Ginebra, en 1931 en París, antes de trasladarla a Ginebra en 1937. Murió antes de poder poner en práctica sus planes. La idea inspiró a un sacerdote jesuita, el padre Robert Jacquinot de Besange, para establecer zonas de seguridad similares en Shanghai, que salvaron a medio millón de ciudadanos chinos durante la Segunda Guerra Sino-Japonesa. (En un curioso giro territorial, las zonas eran,

como la propia Ginebra, adyacentes a la concesión de la ciudad controlada por Francia). Surgieron imitadores en otras ciudades chinas, como Shenzhen, que se haría famosa por sus zonas económicas libres, y en España durante su guerra civil. En esta época de gran agitación, con pocas perspectivas de paz real y sin acuerdos internacionales sobre los derechos de los refugiados, la idea del enclave era una forma atractiva de dividir la diferencia y salvar vidas.

En la actualidad, la heredera de la idea de Saint-Paul es una organización llamada Organización Internacional de Defensa Civil (OIDC). Este organismo internacional registrado proporciona ayuda a la población civil en tiempos de guerra y ha operado en lugares políticamente delicados como Cuba, Corea del Norte y el Cáucaso, pero sólo después de que el Ministerio de Situaciones de Emergencia de Rusia autorizara las misiones. La organización está financiada casi en su totalidad por el Estado ruso, con 140 millones de dólares al año. Hasta 2012, estaba dirigida por un diplomático ruso a quien Margaret Thatcher había expulsado del Reino Unido en 1985 por supuesta amenaza a la seguridad nacional. Un reportaje de la televisión suiza descubrió que, en la actualidad, los contratos de ayuda sirven para enriquecer al ministro de Defensa ruso, que ayuda personalmente a seleccionar a los contratistas que reciben fondos de ayuda. El jefe de la OIDC cobraba más que el Secretario General de la ONU. La organización opera desde una mansión de piedra en el barrio ginebrino de Petit Lancy, con vistas a un parque lleno de altos robles, elegantes sauces y, frente a su terraza, tres incongruentes palmeras: un recordatorio de que aquí pueden arraigar cosas extrañas.

El contraste entre el cuerpo y el alma de la ciudad suele ser igual de desconcertante. Una de las cientos de empresas de gestión de activos de Ginebra ofrece a particulares con un patrimonio neto muy elevado ( ) "asistencia para abrir cuentas en todo el mundo" utilizando su "plataforma financiera de nueva generación". Su dinero engendra dinero, que a su vez engendra dinero, que juega al escondite con el fisco allá donde va. Todo ello desde una gran casa de piedra en una vieja ciudad construida siglos antes de que "plataforma" y "patrimonio neto" significaran algo más que un suelo, un peso.

Al otro lado de la calle, un consultor de gestión de patrimonios afirma hacer prácticamente lo mismo en inglés, francés y ruso. Si

alguna vez ha soñado con trasladarse a Mauricio, un país de baja tributación, por cualquier motivo -empresarial, profesional o personal-, en la misma manzana hay una empresa familiar especializada en estos asuntos desde finales de los años noventa.

No importa que Ginebra y Mauricio tengan poco que ver en el mundo físico. Forman parte de un firmamento invisible que une una constelación de lugares de lo más inverosímil.

Los bancos suizos han sido históricamente la zona cero de este atlas fracturado. Durante años funcionaron como agujeros negros, tomando dinero de casi cualquier persona, en cualquier lugar, y haciéndolo desaparecer. Mucho de esto era legal: lo que era *ilegal*, según la legislación suiza, era revelar a nadie el verdadero propietario de una cuenta bancaria. En fecha tan reciente como 2015, los denunciantes han sido condenados por hacerlo. En el momento de escribir estas líneas, los bancos suizos poseen 8,6 billones de dólares en sus carteras, con más de 2 billones en manos de particulares. En cambio, el producto interior bruto nominal del país es de 700.000 millones de dólares, es decir, aproximadamente una décima parte de esa suma. La asimetría se debe a que gran parte de la riqueza de estos bancos (desde certificados de depósito hasta derivados exóticos) pertenece a personas totalmente ajenas al país.

El economista Gabriel Zucman, de la Universidad de California en Berkeley, descubrió en 2008 que sólo un tercio de los valores extranjeros en manos de bancos privados suizos pertenecían a personas que eran suizas, y los dos tercios restantes a entidades en manos de extranjeros. Los ciudadanos franceses, alemanes, saudíes y emiratíes son clientes especialmente fieles, pero los banqueros también gestionan fondos de procedencia desconocida o poco clara, cuyo contenido puede haber cambiado de forma: de mina africana a maleta de efectivo, de fideicomiso caribeño a cuenta numerada.

Es más, gran parte del dinero sólo está haciendo una parada en un viaje más largo que el tiempo. "Este patrón personifica lo que hacen los centros financieros extraterritoriales", escribe Zucman. "Los bancos suizos ayudan esencialmente a los extranjeros a invertir fuera de Suiza". Los bancos no son tanto casas seguras como conductos.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el Reichsbank nazi vendió lo que hoy equivale a 20.000 millones de dólares en oro a los bancos y

banqueros de la ciudad, mientras los suizos insistían en que no estaban tomando partido. Las consecuencias fueron sensacionales: una investigación del Departamento de Estado de Estados Unidos, una cobertura de prensa interminable, una comisión de alto nivel para las reparaciones y las disculpas de las más altas esferas de la industria. Como consecuencia, la neutralidad suiza (y la banca) se convirtieron en el centro de atención. Pero parece que la humillación no fue suficiente.

Tras las revoluciones de la Primavera Árabe de principios de la década de 2010, se descubrió que instituciones financieras suizas, muchas de ellas con sucursales en Ginebra, poseían millones de dólares en activos pertenecientes a los jefes de Estado de Egipto, Siria, Túnez y Libia. Además de fortunas vinculadas a dictadores de Nigeria, Filipinas y la antigua Unión Soviética. Gran parte de este dinero sigue congelado en cuentas anónimas por un total de 5.000 millones de dólares en 2015.

Los bancos han hecho esfuerzos retroactivos para bloquear el acceso o repartir restituciones, pero esta labor puede llevar años. Las vergüenzas han tenido su repercusión: un desmantelamiento parcial de las leyes de secreto bancario del país tras la presión de otros países ha hecho algo más difícil que las grandes fortunas extranjeras desaparezcan de la vista.

Pero los escándalos siguen acumulándose: los personajes más poderosos de Malasia, Kazajstán, Rusia y Ucrania han resultado tener pieds-à-terre junto al lago, si no para ellos mismos, sí para un fideicomiso o un fondo o un vehículo de inversión vinculado a una entidad relacionada con su persona. Más recientemente, un multimillonario texano del sector tecnológico llamado Robert Brockman fue acusado en Estados Unidos de utilizar un banco ginebrino (entre otros) para evadir la cifra récord de 2.000 millones de dólares en impuestos estadounidenses. Public Eye contabilizó 13.600 empresas ficticias en la ciudad de Ginebra, algunas meros buzones, otras con personal nominal, muchas actuando como portales a través de los cuales los clientes podían desviar el dinero cada vez más lejos en el extranjero.

El Palacio de Justicia de Ginebra está situado frente a la catedral de San Pedro. Convento reconvertido, está abierto a abogados y

demandantes -pero no al público, salvo en fechas señaladas- desde 1860. Además de delitos y faltas locales, el tribunal conoce habitualmente de casos relacionados con infracciones lejanas: concesiones mineras en Guinea, corrupción en Venezuela, sobornos en Costa de Marfil y la República del Congo. Estos casos revelan el éxito con que Ginebra se ha entretejido en el tejido del mundo y su dinero convenciendo a las empresas para que establezcan allí una presencia corporativa: a veces real, a veces falsa, y a menudo en algún punto intermedio.

Tantas cosas pasan por Ginebra. La mayoría de ellas no tocan el suelo.

- - -

No lejos de aquí, a orillas del lago Léman, Mary Shelley creó su famoso monstruo.

En 1816, Shelley (entonces todavía Mary Godwin) veraneaba en una villa a un par de kilómetros al norte de la ciudad con su amante, Percy Bysshe Shelley, y su hermanastra embarazada, Claire Clairmont. Lord Byron, que se acostaba con Clairmont, se había instalado en la casa de al lado. Se suponía que el grupo estaba de vacaciones, pero el tiempo se interpuso en el camino: una extraña erupción volcánica en el Monte Tambora de Indonesia a principios de año había matado a diez mil personas, y la ceniza migratoria cubrió gran parte del globo. Bloqueó el sol en Europa, provocando malas cosechas, hambrunas, un brote mortal de fiebre tifoidea y disturbios políticos. Tan lejos como Ginebra, "la lluvia incesante a menudo nos confinaba durante días en casa", recordaba Mary de este "año sin verano". El grupo contaba historias de fantasmas para pasar el tiempo; o al menos, lo intentaban. Mary sufría el bloqueo del escritor, "esa incapacidad de invención", hasta que una noche tuvo una visión.

"Vi el espantoso fantasma de un hombre estirado", escribió más tarde, "y luego, al funcionar un potente motor, dar señales de vida....

"La idea se apoderó de tal modo de mi mente, que me recorrió un estremecimiento de miedo, y deseé cambiar la espantosa imagen de mi fantasía por la realidad que me rodeaba", escribió. "Todavía las veo; la misma habitación, el parqué oscuro, las contraventanas cerradas, con

la luz de la luna colándose a través, y la sensación que tenía de que el lago vidrioso y los altos Alpes blancos estaban más allá".

La quimera se convirtió en una de las figuras más inolvidables de la literatura: un gigante de dos metros de altura, compuesto en su totalidad por cadáveres arrancados de diferentes lugares, que vagaría por la tierra en busca de venganza, amistad y pareja. El monstruo fue creado por Victor Frankenstein, ciudadano de Ginebra.

En tiempos normales, la orilla del lago no inspira tales monstruos. Es agradable, con temperaturas que rara vez bajan del punto de congelación. Pero los meses de invierno son oscuros, cerrados y húmedos, y de vez en cuando el helador bise, el viento del norte, agudiza el frío. Y cuando llega la primavera, un viento cálido y seco, el Santa Ana alpino, provoca brotes psicóticos, migrañas y accidentes de coche. No es que los ginebrinos crean en los espíritus del viento; no son supersticiosos. Culpan a la naturaleza porque creen tener el control. La irracionalidad sólo puede ser una función de la meteorología.

Desde el terraplén, uno de los cuatro puentes peatonales le conducirá a través del lago. En su orilla oeste han tenido lugar algunos de los acontecimientos más significativos de la historia diplomática: convenciones sobre la guerra y la paz mundiales, leyes internacionales, crímenes y castigos. Un largo y pintoresco muelle que lleva el nombre de Woodrow Wilson conduce a un antiguo palacio de arenisca que también lleva su nombre. Junto al palacio se encuentra el Hotel President Wilson y, en su interior, la suite de hotel más cara del mundo. Tiene doce habitaciones y un piano de cola Steinway, y se alquila por 81.000 dólares la noche.

Los ginebrinos se consideran en deuda con Wilson. Su papel fue decisivo en la fundación de la Sociedad de Naciones, que puso a Ginebra en el mapa, a pesar de que fracasó estrepitosamente en su mandato de mantener la paz y de que el propio país de Wilson, , se negó a adherirse a ella. La Universidad de Princeton ha retirado el nombre del ex presidente de su escuela de asuntos internacionales por su racismo manifiesto. A los ginebrinos -o al menos a los hoteleros ginebrinos- no parece importarles.

En 1946, las Naciones Unidas tomaron el relevo de la Liga, se trasladaron al edificio destinado a ella y trajeron al mundo una

multitud de agencias hermanas: la Organización Mundial del Comercio, la Organización Mundial de la Salud, la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual y una docena más de burocracias intergubernamentales, que lo regulan todo, desde las telecomunicaciones hasta el reasentamiento de refugiados.

Gracias a su pertenencia a estas organizaciones, los Estados-nación -los componentes básicos del mundo en que vivimos- adquirieron su propia identidad. Los imperios se dividieron en países, las ex colonias fueron reconocidas como independientes y a cada unidad nacional se le otorgó igualdad soberana: una tierra, un país, un gobierno, un voto en la ONU.

Resulta irónico que Suiza no ingresara en la ONU hasta 2002. Y qué oportuno que sus edificios gocen de inviolabilidad legal frente a la policía. Varios miles de trabajadores ginebrinos gozan de inmunidad diplomática, que les exime de ciertos impuestos y, en algunos casos, de acciones penales. Los diplomáticos transportan valiosos documentos en valijas diplomáticas, también protegidos por convenios internacionales. Incluso sus coches están exentos de multas de aparcamiento e infracciones de velocidad. Algunos tienen el exterior blindado y los cristales tintados. Todos llevan las placas de matrícula que los delatan: CD, de *corps diplomatique.*

Las organizaciones internacionales de Ginebra también se rigen por este paralelismo. La ONU tiene sus propios sellos de correos, diferentes formas de gravar los ingresos y unas normas laborales singularmente disfuncionales que impiden en gran medida a los trabajadores hacer huelga, demandar o sindicarse. Y está la extraña tiendecita libre de impuestos. Recuerdo visitarla los viernes por la tarde después del colegio, tropezándome inevitablemente con un colega de mi padre o con el padre de un amigo del colegio entre el pasillo de los perfumes y el de los caramelos. Los pequeños mundos de Ginebra existen como suspendidos, como el objeto de un experimento de física nuclear en el CERN, que ocupa un extenso campus en la frontera noroeste de Ginebra, parte en Francia, parte en Suiza, gran parte enterrada bajo tierra.

Mary Shelley escribió un libro sobre un hombre, un monstruo y los lugares que trataban de ocultar. Pero Frankenstein es también la historia de una ciudad: ella misma una quimera, hecha de partes

dispares, animada por la arrogancia y la codicia y un toque de lo sobrenatural.

En su ensayo sobre la noción de lo extraño, el fundador del psicoanálisis, Sigmund Freud, señala que el término alemán *heimlich -que significa* "hogareño, familiar, agradable"- con frecuencia también se utiliza para significar exactamente lo contrario. "En general se nos recuerda que la palabra *heimlich* no es unívoca, sino que pertenece a dos conjuntos de ideas, que sin ser contradictorias son sin embargo muy diferentes", explica Freud. "Por un lado, significa lo que es familiar y congenial, y por otro, lo que se oculta y se mantiene fuera de la vista".

(Un)*heimlich* es Ginebra. (Un)*heimlich* es el globo oculto. Se podría pasar por delante de estos lugares diez veces al día sin pensar dos veces qué -o dónde- están realmente. Yo lo sabría; lo hice durante dieciocho años. Y si no me hubiera ido, probablemente seguiría haciéndolo.

Así que escribo esto primero de memoria -o más bien, a partir de impresiones de un recuerdo- y desde lejos. Luego vuelvo sobre mis pasos y retoco, vuelvo a oler, vuelvo a ver. Sólo hacia atrás encuentro las palabras para transmitir no la realidad concreta de Ginebra, o del Estado suizo, sino el poder por encima y más allá de los dieciséis mil kilómetros cuadrados que Suiza ocupa en el corazón de Europa.

- - -

Todo empezó con los cuerpos.

Entonces no había grandes bancos, ni organizaciones internacionales, ni siquiera papel moneda. Era una época anterior al capitalismo, al nacionalismo o al imperialismo tal como los conocemos ahora.

De hecho, cuando la Antigua Confederación Helvética comenzó su andadura como alianza de cantones , Suiza parecía "un mosaico de jurisdicciones superpuestas, costumbres ancestrales, privilegios y ceremonias agusanados, irregularidades de costumbres, leyes, pesos y medidas", escribe el historiador Jonathan Steinberg en *¿Por qué Suiza?* Una "fantástica variedad de pequeñas repúblicas, principados-obispados, abadías principescas, condados, ciudades libres, claustros y

monasterios de soberanía, valles libres, jurisdicciones superpuestas, gremios, oligarquías y aristocracias urbanas" caracterizaban el territorio.

En otras palabras, si Suiza tenía un cuerpo político, ni siquiera el Dr. Frankenstein habría podido coserlo, pero nada de esto era inusual. El Sacro Imperio Romano Germánico, del que formaba parte la Confederación Helvética, era igualmente caótico: nominalmente la tierra de un gobernante, el imperio incluía una miríada de unidades de gobierno, incluyendo ducados, marquesados, reinos, abadías, ciudades-estado.

Merece la pena recordarlo al contemplar la "rareza" contemporánea del globo oculto. Para quienes aprendimos geografía e historia en un mapamundi, puede parecer insólito que haya sistemas fiscales, policiales y de inmigración paralelos o superpuestos dentro de un mismo Estado. Pero la razón de ello se debe más a la mitología nacionalista que a los hechos históricos. El Estado-nación, escribe la historiadora Claire Vergerio, no se convirtió de repente en la "única unidad legítima del sistema internacional" tras el Tratado de Westfalia de 1648. De hecho, el llamado ideal westfaliano de una tierra, un pueblo, un gobierno no se vio realmente así hasta la descolonización. El nacionalismo ha "reconvertido nuestro imaginario colectivo en la creencia de que ésta ha sido la forma normal de hacer las cosas desde 1648", escribe Vergerio.

Una cosa que no ha cambiado es que los gobernantes pueden ejercer poder sobre su pueblo. Y mucho antes de adoptar la forma de una nación, los suizos descubrieron cómo monetizar su capacidad para crear normas, leyes y ejércitos.

El núcleo de la Confederación Helvética surgió en 1291, cuando los cantones de Uri, Schwyz y Unterwalden se defendieron de los ataques de sus vecinos y formaron una alianza para garantizar su protección futura. Compartían un enemigo común en el Imperio Habsburgo, y en 1315 las tensiones entre los gobernantes imperiales de y los cantones llevaron a Leopoldo I a invadir Suiza con un ejército de ocho mil hombres, y a sufrir una sorprendente derrota.

¿El arma secreta de sus oponentes? Infanterías cuadradas y apretadas, armadas con picas de tres a cinco metros.

Con estas tácticas, los suizos obtuvieron enormes victorias durante

el siglo y medio siguiente, derrotando a ejércitos austriacos y borgoñones cuatro a treinta y seis veces mayores que ellos. A finales del siglo XIV, la alianza de territorios creció hasta ocho regiones autónomas unidas por pactos y tratados. Con el éxito, su reputación de despiadados se extendió por toda Europa y, en poco tiempo, sus singulares formaciones tácticas se convertirían no sólo en temidas y respetadas, sino también exportadas, en forma de guerreros entrenados.

En retrospectiva, el floreciente comercio mercenario de los cantones podría entenderse mejor a través de la oferta y la demanda. En aquella época, Suiza era irreconociblemente pobre, con una población que había crecido hasta sobrecargar la tierra cultivable y los recursos de las regiones alpinas. Las monarquías vecinas (sobre todo la francesa) tenían problemas internos que dificultaban la formación de sus propias milicias. Los señores no podían confiar en que sus campesinos no se amotinaran, y los reyes tampoco confiaban en los señores, por miedo a que desafiaran su poder. Así surgieron los suizos. "Para resolver los problemas de superpoblación en esta tierra infértil (donde no había gasto público para mejorar la agricultura) los jefes de las familias gobernantes idearon una ingeniosa solución: vendieron a sus compatriotas a gobiernos extranjeros", escribe el político, intelectual y activista suizo Jean Ziegler en *Suiza: The Awful* Truth.

Al principio, los mercenarios de los cantones eran contratistas independientes: "lanceros" libres que a menudo cobraban con retraso y gozaban de escasas protecciones laborales. A falta de perspectivas en casa, aprovechaban al máximo la vida militar y participaban en el pillaje, la embriaguez y la prostitución. En el siglo XVII, la economía mercenaria se había formalizado, con reclutadores, intermediarios, gerentes y códigos de conducta. Los hombres disfrutaban de todas las ventajas del respaldo suizo -entrenamiento, equipamiento, un salario- sin luchar realmente por su país.

Los hombres de un cantón servían juntos como una unidad, emigraban al extranjero para luchar y regresaban a casa por temporadas. Al estar desvinculados, llevaban consigo la promesa de neutralidad. Los mercenarios no guardaban rencor a los soberanos que los utilizaban para reforzar su poder contra los señores feudales. Tampoco guardaban rencor a estos señores.

Los hombres no se consideraban dentro de la jurisdicción de la parte contratante, sino que llevaban a cuestas, como caracoles beligerantes, la ley de su país. A sus empleadores les gustaba el arreglo. "Estos cuerpos armados eran completamente independientes, con sus propios reglamentos, sus propios jueces y sus propias banderas", reza una historia publicada por el Vaticano, que hasta el día de hoy emplea soldados suizos para vigilar el palacio papal. "Las órdenes eran dadas en su propia lengua, el alemán, por oficiales suizos, y permanecían bajo la ley de sus cantones: en resumen, el regimiento era su patria, y todas estas costumbres fueron confirmadas en acuerdos similares celebrados en años posteriores".

Los reclutadores militares desempeñaban un papel clave en este comercio. Recorren las zonas pobres de la confederación y firman acuerdos para prestar jóvenes a las milicias extranjeras. A finales del siglo XVIII, setenta mil hombres de los cantones formaban parte permanente de ejércitos extranjeros; luchaban para todo el mundo, desde la Corona francesa hasta la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, defendiéndose de enemigos, viajando al extranjero y, en última instancia, desempeñando un papel pequeño pero significativo en la ayuda a la colonización del subcontinente.

En cuanto al pueblo contra el que luchaban: "En el desafío burgués al absolutismo y en las guerras de clase de la independencia", escribe el historiador V. G. Kiernan, "el soldado ciudadano y la milicia civil luchaban contra el mercenario, que se identificaba con lo viejo, lo reaccionario y el brazo represivo del rey". La animadversión no era mutua; para los mercenarios, la guerra era todo un negocio. Al ser armas de alquiler, no les interesaba el sustento de la población local, ni sus familias, ni sus vidas. Los mercenarios ni siquiera hablaban su idioma. Y como se les pagaba más que a un recluta local, no se arriesgaban a desarrollar sentimientos de camaradería basados en la clase social o en lazos forjados a través de la iglesia o el comercio. Hacían su trabajo y se marchaban, sin dejar viudas ni huérfanos, ni exigir pensiones, atención médica o alojamiento.

El resultado de este mercado de cuerpos es que las vidas de los hombres pobres de los cantones se convirtieron en productos. "Los soldados se habían convertido en un producto de mercado estandarizado, una 'mercancía'", escribe el historiador John Casparis.

La mercantilización -¿o deshumanización? - de los hombres llegó al punto de que se comerciaba con ellos como si fueran ganado. El queso se estaba convirtiendo en uno de los principales productos de exportación de Suiza, pero las ciudades que producían los famosos gruyeres, raclettes y emmentales necesitaban un suministro constante de sal para fabricarlos, y en las tierras interiores sin salida al mar no se podía encontrar. Así que los cantones hacían trueques con la Corona francesa. Al igual que los soldados romanos de los que procede la expresión, los mercenarios llegaron a valer, literalmente, su sal. En esencia, eran la forma de dirigir la política exterior suiza.

Y sirvieron a su país, a su manera. El negocio de los mercenarios trajo consigo una afluencia de dinero y elevó las tasas de empleo. Según una estimación, el 4% de la población de los siglos XV, XVI y XVII emigró como mercenarios, proporción que descendió al 1% o 2% a finales del XVIII. Los hijos de las clases altas eran oficiales. Los tenientes ganaban cinco veces más que los soldados; los capitanes, quince veces más. Pero los hombres de rango más bajo eran prácticamente sirvientes contratados, que vivían como los trabajadores de la construcción de hoy en Dubai o los empleados domésticos de Singapur. No ganaban mucho dinero, no gozaban de ningún estatus social y a menudo morían en el trabajo, en combate o por enfermedad.

Pero enviar a jóvenes a morir por otros era una forma conveniente de mantener la estabilidad interna. Mejor dar rienda suelta a la agresividad de los jóvenes indigentes en el extranjero que tener que enfrentarse a sus exigencias en casa. "Obviamente, el servicio del rey Borbón de Nápoles era mejor lugar para ver a un joven Obwaldner turbulento que a las puertas de Basilea, y sin duda la aceptación del compromiso debe mucho a la exportación de los intransigentes", escribe Jonathan Steinberg.

El mercenariado, por tanto, sirvió bien a la naciente confederación. Mantenía la estabilidad social, creaba puestos de trabajo, alejaba a los jóvenes de los problemas y garantizaba que ejércitos más grandes y agresivos ganaran más dejando en paz a los suizos que intentando dominarlos.

El cantón de Ginebra, entonces una ciudad-estado independiente, no se unió a la Confederación Helvética hasta más tarde, pero

entendió la lección: se pueden hacer fortunas siendo un vecino eficiente e indiscriminado.

- - -

Hay dos personajes más que pueden ayudarnos a comprender los caminos de Ginebra: el predicador y el banquero.

A principios del siglo XIV, Ginebra era una diócesis independiente situada en la encrucijada entre el sur y el norte de Europa. No era una ciudad especialmente grande, pero los Medici de Florencia -la familia comercial más rica y prominente del mundo- abrieron un banco en lo que hoy es la calle principal de Ginebra. (Los Médicis eligieron Ginebra por su ubicación y su floreciente mercado textil y de otros artículos de lujo. "Era un entrepôt, un lugar de intercambio, y una ciudad que servía a las distintas regiones y países de los territorios europeos de principios de la Edad Moderna", me dijo la historiadora Helena Rosenblatt. Poco se imaginaban que la banca superaría a los textiles, o a cualquier otro bien material, en órdenes de magnitud.

En 1541, una figura muy diferente apareció en la Ciudad Vieja: Juan Calvino, abogado francés y teólogo protestante que se enseñorearía de Ginebra desde su posición en la iglesia. También él dejaría su huella en el mercado ginebrino.

Calvino formó parte de la Reforma protestante, cuyos líderes -entre ellos, Martín Lutero- querían centrarse más en las Escrituras como palabra de Dios en un momento en que los papas católicos se corrompían y perdían credibilidad . Los ginebrinos ya no son especialmente religiosos, pero los recuerdos de la Reforma están por todas partes. En 1909, para celebrar el cuarto centenario del nacimiento de Juan Calvino, unos escultores llegaron a esculpir su efigie en las murallas de Ginebra. Sigue allí, asomado a un estrecho estanque donde, durante mi infancia, cada primavera salían del cascarón patitos que pedían trocitos de pan. El lema de la ciudad también está grabado en el muro: *Post tenebras lux*. Después de la oscuridad, la luz.

Hay otras figuras protestantes en los muros: el reformador escocés John Knox, los líderes locales Théodore de Bèze y Guillaume Farel, y un hombre conocido como Guillermo el Taciturno. Incluso en esta

hosca compañía, Calvino era duro de pelar. En la Ginebra de Calvino no había arte, teatro ni diversión, y se imponían duros castigos a quienes infringían las normas y hacían ruido. Aun así, su mensaje de alabanza a la adoración y al trabajo duro atraía a los pobres y a los trabajadores porque implicaba que su comportamiento personal podía reflejar lo bien (o mal) que Dios los veía.

Para que quede claro, Calvino no establecía ninguna relación causal entre trabajar duro, ganar dinero y salvarse; la salvación estaba predestinada (por Dios) y era incognoscible (para el hombre). Pero la dedicación de una persona a Dios a través de su trabajo terrenal, o su vocación, seguía siendo importante.

En 1904, el sociólogo Max Weber publicó un libro en el que sostenía que las ideas de Calvino se transformaron en una valorización del trabajo y la acumulación de riqueza como bienes en sí mismos. Esta obsesión por la laboriosidad, escribió Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, era una forma de canalizar las profundas ansiedades que el calvinismo inspiraba sobre la mortalidad. Había dos mundos: la vida en la tierra y la vida más allá de ella. No había un camino seguro hacia el cielo. A falta de respuestas, escribió Weber, los calvinistas abrazaron la posibilidad de que el éxito material fuera un signo del favor de Dios. Según Weber, esto se convirtió en un principio fundamental del capitalismo, que ayudó a explicar el éxito material de los grupos protestantes más allá de Ginebra y en todo el mundo.

(El secreto bancario suizo también podría derivar del pensamiento calvinista, pero por razones tan políticas como interesadas: podría proteger a los exiliados y ciudadanos protestantes de la poderosa Iglesia católica. "Hace mucho tiempo dimos refugio a los protestantes cuando el protestantismo era ilegal en gran parte de Europa. Más tarde fue ilegal ser judío. Consideramos que los asuntos económicos de un hombre son tan sagrados e importantes como su alma o su cuerpo. ¿Por qué no habríamos de dar asilo al dinero perseguido, al igual que a las almas?", declaró un banquero bernés *a The Atlantic* en 1965).

El calvinismo también alteró la demografía de Ginebra. Los conflictos religiosos que asolaron Europa a principios de la Edad Moderna influyeron en la identidad de Ginebra como refugio de personas, ideas, cosas y dinero. Cuando, en 1685, el rey francés Luis

XIV revocó el Edicto de Nantes, que había garantizado a los protestantes la igualdad de trato bajo su mandato, muchos se refugiaron en Ginebra, donde algunos acabaron trabajando como asesores financieros del mismo rey que los había expulsado. (El mayor banco privado de Ginebra, Pictet, sigue siendo dirigido por un descendiente de uno de los banqueros del rey). También mantenían sus transacciones en secreto: no podía saberse que el rey negociaba con herejes.

Al igual que los cantones vecinos exportaban combatientes, Ginebra exportaba banqueros. El más notable fue Jacques Necker, hijo de un teólogo y padre de la escritora Madame de Staël, que se inició especulando con el grano e invirtiendo los beneficios en la Compañía Francesa de las Indias Orientales mientras ésta saqueaba sus territorios de ultramar. Suiza no era una potencia imperial en el sentido convencional, pero sí imperialismo adyacente: sus banqueros desempeñaron un papel importante en la financiación de estas compañías fletadas. Al mismo tiempo, los mercenarios de los cantones ayudaron a las compañías-estado a ganar importantes batallas en el extranjero.

Necker se enriqueció de forma independiente gracias a sus negocios financieros y llegó a ocupar un alto cargo financiero en París bajo el reinado de Luis XVI. Como proto-CFO de la monarquía, Necker se encargó de recaudar fondos rápidamente. Había guerras que financiar y María Antonieta que entretener. Los orígenes de Necker le fueron muy útiles. Sus compatriotas de Ginebra idearon planes para hacer dinero, planes de los que el propio Necker se convertiría en cómplice.

Para financiar las obras públicas, el Estado francés vendió durante mucho tiempo rentas vitalicias que se pagaban hasta la muerte del comprador. Una renta vitalicia, también conocida como *rente*, es un producto financiero que promete pagar al portador, o propietario de la renta, una cantidad fija de dinero en efectivo en plazos regulares. La idea es que el vendedor de la renta puede obtener una gran suma de dinero inmediatamente, mientras que el comprador puede garantizar un flujo constante de efectivo, más intereses, durante un periodo determinado.

Cuando los franceses entraron en el negocio de las rentas vitalicias, bastante antes de que apareciera Necker, la cuantía de estos

reembolsos dependía inicialmente de la edad del comprador: a una persona de setenta años que invirtiera cien libras se le podían prometer diez libras al año, porque era probable que muriera antes que un cliente de la mitad de esa edad, que podía recibir sólo cinco libras al año, debido a su mayor esperanza de vida. La inversión era una apuesta para ambas partes, pero estaba calibrada para que todos sintieran que valía la pena hacerla.

Hacia 1760, los franceses cambiaron sus condiciones de servicio. El Estado empezó a vender productos que pagaban una suma fija a todos los compradores, independientemente de su edad, con el razonamiento de que los promedios les favorecerían a largo plazo. Los financieros ginebrinos no tardaron en darse cuenta de que nada les impedía comprar rentas vitalicias a nombre de un cliente y quedarse con una parte de las ganancias.

En 1774, una vacuna contra la viruela elevó considerablemente las tasas de supervivencia infantil, por lo que un banquero local, en connivencia con su médico de cabecera, trató de adquirir la personalidad jurídica de quienes tenían más probabilidades de vivir mucho tiempo: las jóvenes hijas de la burguesía suiza, vacunadas y relajadas. Las "Treinta señoritas de Ginebra", como se las conocía, constituyeron la base de lucrativos contratos de renta vitalicia. Los banqueros compraban los bonos a nombre de las muchachas y pagaban regularmente los beneficios a los inversores de todas las edades y a sus herederos.

Los banqueros no se detuvieron ahí. Una vida sana estaba muy bien y bien, pero ésta seguía siendo la ciudad de Calvino: no se sabía a quién sonreiría Dios. Así que redujeron el riesgo de apostar por una sola chica agrupando sus "cabezas" en tramos de diez, veinte, treinta o más, y fijando una tasa de rendimiento basada en promedios. A continuación, vendían acciones de estos paquetes a los especuladores. (¿Te suena?)

Ante las presiones de la monarquía para que aumentara el rendimiento, Jacques Necker recurrió a esta "magia financiera" de sus compatriotas para mantener a flote el Estado francés, falto de liquidez. Esta inyección de dinero insufló nueva vida al programa. Marc Cramer, el historiador suizo que descubrió la trama, escribió que aunque Necker no inventó las rentas vitalicias, "fue él quien,

habiéndolas desenterrado de las profundidades de los archivadores del Interventor... hizo el uso más inmoderado de ellas".

Las rentas ginebrinas ayudaron a Francia a obtener préstamos que hoy ascenderían a miles de millones de dólares, parte de los cuales se destinaron a financiar la Guerra de la Independencia estadounidense. Mientras tanto, las demoiselles ginebrinas, convertidas en un producto codiciado en los mercados financieros, eran recompensadas con dinero para su mantenimiento. El sistema sobrevivió a la Revolución Francesa y pagó hasta 1797, cuando el Estado quebró. Excepto tres, todas las demoiselles vivieron más de sesenta años.

El vínculo entre el reclutador militar de la zona rural de Toggenburg, los predicadores calvinistas y los primeros experimentos de Ginebra con empresas financieras no es directo. Puede que ni siquiera sea una línea. El mundo y su dinero cambiaron radicalmente entre la Edad Media y el Renacimiento, y establecer equivalencias probablemente no sea prudente.

Pero creo que hay una confluencia de visiones del mundo que une la venta de ciudadanos-soldados y la creación de valores a partir de la esperanza de vida de las niñas. Es el espíritu del asunto: un proceso de abstracción a través del cual un cuerpo se convierte en un vínculo. Es la esencia de la especulación, la metafísica de la globalización. Incluso podría llamarse vocación .

2

Buenas vallas

Suiza... no es un Estado-nación ordinario: fue creado, por fuerzas internas y externas, *contra* el Estado-nación en un momento estratégico de la historia. Suiza es una construcción única: un Estado mercenario internacional, primero del militarismo feudal y ahora del capital mundial.

-Jon Halliday

I

principios de 1964, Jean Ziegler, entonces un joven político suizo, recibió una llamada telefónica de un hombre que decía representar a Ernesto "Che" Guevara, el revolucionario cubano y ministro de Industria. El Che estaría en Ginebra en marzo para asistir a una conferencia de la ONU sobre política comercial, y algunos camaradas habían sugerido que Jean podría ser su chófer durante su estancia. ¿Ziegler estaba disponible?

Hoy, en su novena década de vida, Ziegler es el intelectual público más famoso de Suiza. Ziegler ha escrito una treintena de libros, ha servido durante casi tres décadas en el Parlamento suizo y, en su tiempo libre, ha defendido sin descanso las causas de la izquierda, haciendo de su país natal y de su enorme influencia en el resto del mundo una crítica implacable.

En los años sesenta, sin embargo, no era más que otro joven izquierdista ansioso, esperando su oportunidad para cambiar el mundo.

Ziegler, como el Che, había nacido en una familia de profesionales de clase media alta. Y, al igual que el Che, sus viajes por el mundo le habían radicalizado contra lo que percibía como un sistema capitalista, imperialista y racista. Allá donde iba, veía sus estragos: en el Congo Belga, cuyos niños hambrientos le perseguían mucho después

de volver a casa; en las sangrientas guerras de independencia de Argelia contra los franceses coloniales; y en el Chipre anexionado, donde los británicos habían privado a los ciudadanos de su derecho a la autodeterminación durante décadas.

Ziegler también escuchó los ecos de la opresión más cerca de su casa, en las bolsas de materias primas en las que los especuladores apostaban por el precio de los alimentos y el combustible, y en las cajas fuertes de los bancos, a pocos pasos de su casa, donde los cleptócratas desviaban los recursos naturales de sus países.

Durante siglos, los suizos se habían enorgullecido de mantener separados la sangre y el dinero. Con Ziegler, engendraron una figura iconoclasta que les obligó a reconocer el coste moral de su separación.

"Puede que la sangre no corra por las paredes de la sede de la UBS", me dijo una tarde de junio de 2021. "Pero es como si lo hiciera: el relativo bienestar de los suizos se financia con la muerte, el miedo y el hambre. Esto es la cueva de Alí Babá: el refugio del mundo. Eso es exclusivo de Suiza".

- - -

Hablamos en casa de Ziegler, en el pequeño pueblo de Russin, a pocos kilómetros de Ginebra. Ziegler y su esposa viven a poca distancia a pie de una empinada colina desde un tren de cercanías en el Chemin de Croix-de-Plomb, o Camino de la Cruz de Plomo: una dirección adecuada para un converso católico que libra una batalla de por vida contra el espíritu del capitalismo.

Ziegler vestía un pantalón de chándal gris y una camisa blanca manchada cuando me recibió en la puerta, y me ofreció whisky, más whisky y vino antes de acceder a servirme un vaso de agua mientras yo esperaba en un sofá amarillo tapizado junto a la puerta de la terraza. La casa era espaciosa y sin pretensiones. Se colgaba sobre un empinado viñedo con vistas al lago. Todas las superficies del salón estaban repletas de libros, macetas con flores o fotografías de su familia. "Espero que no le importe que esté descalzo", dijo. "Hace poco me di una voltereta", añadió señalándose la frente vendada, "y es más cómodo así".

Ziegler es ya un anciano, pero sigue hablando francés con la

cadencia suizo-germánica de su infancia. Su figura es encorvada y mucho más delgada que antes, y aunque su tendencia a repetirse podría parecer otro síntoma de su edad, lo cierto es que siempre se ha presentado así: persistente, ideológico, dogmático.

Cuando nació, en el cantón de Berna, en 1934, hijo de un juez local y una ama de casa, el camino de Ziegler estaba casi predestinado. Estudiaría mucho, se convertiría en abogado y formaría una familia en su ciudad germanófona de Thun. Pero aunque su infancia fue bastante feliz y cómoda, desde muy pequeño tuvo la sensación de que algo no iba bien. Se peleó amargamente con su padre cuando se enteró de la arraigada tradición suiza de "colocar" a niños de familias pobres para que trabajaran en hogares más ricos, a menudo en condiciones de abuso y negligencia. Se negó a aceptar la justificación de su padre: que Dios lo había querido así.

No obstante, Ziegler comenzó su vida política como conservador; incluso fue miembro activo de un grupo estudiantil formado en 1819 para promover la unidad nacional suiza. Pero su inquietud se apoderó de él, así que abandonó su ciudad natal y se trasladó a Berna para estudiar Derecho. Aprobó el examen de acceso a la abogacía, pero se sintió más atraído por la sociología, que estudió en París, en la Sorbona, a mediados de la década de 1950, antes de regresar a casa para terminar su doctorado. Entre clase y clase, Ziegler entabló amistad con Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, y en el transcurso de veladas llenas de humo y vino en el piso de la madre de Sartre, la pareja le inició en el marxismo y le animó a hacer un reportaje sobre la guerra de Argelia para su revista, *Les Temps Modernes*.

Beauvoir se encargó de convertir el suizo-alemán-francés de Ziegler en una prosa más pulida y literaria. También le instó a que abandonara , su nombre de pila, Hans, y se convirtiera en Jean, que ella consideraba un apodo más digno.

Ziegler se hizo llamar Jean cuando se afilió al Partido Comunista Francés, y como Jean fue expulsado por su apoyo a la independencia de Argelia. Pero fue como Hans como prestó apoyo material a las causas que amaba: transportando maletas con dinero en efectivo a través de la frontera franco-suiza para que el Frente de Liberación Nacional las depositara en Ginebra, y "perdiendo" su pasaporte (con el objetivo de prestárselo a un camarada) demasiadas veces para hacerse

pasar por un inocente despistado.

Durante este periodo, Ziegler también empezó a pasar tiempo con un sacerdote jesuita y héroe de la Resistencia llamado Michel Riquet. El compromiso del sacerdote con los pobres le impresionó tanto que se convirtió. "Fue en París donde Ziegler rompió definitivamente con su pasado burgués: protestante convertido en católico, suizo-alemán convertido en cosmopolita francófilo y, para colmo, conservador de izquierdas", escribe su biógrafo y antiguo alumno, Jürg Wegelin.

A su regreso a Suiza -primero Berna y luego Ginebra-, Ziegler encontró rápidamente un empleo en derecho mercantil. Lo odiaba. Entre sus clientes estaba Investor Overseas Service, una empresa que vendía fondos de inversión puerta a puerta y que se hundiría estrepitosamente bajo el peso de su propia estafa. Renunció para continuar sus estudios de sociología en la Universidad de Columbia, pero añoraba Nueva York e hizo todo lo posible por marcharse.

Un centenar de solicitudes de empleo le permitieron trabajar como periodista en un periódico cubano. Así fue como conoció al Che: informando sobre la revolución desde el hotel Habana Libre en 1959. Pero no fue hasta un periodo de dos años trabajando para las Naciones Unidas cuando abrazó el socialismo en serio.

En 1961, Ziegler respondió a un anuncio clasificado en el que se buscaban francófonos para acompañar a un funcionario británico en una misión en lo que hoy es la República Democrática del Congo. El país acababa de independizarse, pero un golpe de estado respaldado por Bélgica (que quería conservar las concesiones mineras) y Estados Unidos (que quería aplastar el comunismo) depuso al presidente electo, Patrice Lumumba, e instaló en su lugar a Mobutu Sese Seko.

Mobutu era el arquetipo de cleptócrata: un megalómano despiadado, ferozmente anticomunista, empeñado en enriquecerse a sí mismo y a sus compinches mientras el pueblo congoleño sufría. Nacionalizó la industria, pero puso los recursos del país en manos de amigos y familiares, dejando a los ciudadanos de a pie muy poco que mostrar de la vasta riqueza mineral de su país. Hablaba a bombo y platillo de la identidad congoleña y se empeñó en eliminar todos los signos de la dominación belga, pero hizo construir una pista de aterrizaje especialmente para poder fletar un Concorde a París para ir de compras. Su primera esposa, que murió joven en una clínica

privada a las afueras de Ginebra, se llamaba María Antonieta.

Ziegler se alojaba en un hotel cerrado en lo que hoy es Kinshasa, encerrado tras altos muros rodeados de alambre de espino, donde todos los días se reunían niños hambrientos de la zona para mendigar las sobras de la comida. Un día, Ziegler vio cómo los guardias del complejo dispersaban violentamente a los niños y los despedían magullados y sangrando. Le partía el corazón ver cómo los trataban así, simplemente por haber nacido en el lugar equivocado, en el momento equivocado y por tener hambre. Se le quebró la voz al recordar el incidente como si hubiera ocurrido ayer mismo.

Cuando Ziegler se enteró de que Mobutu había desviado sumas impensables de dinero de su país y las había depositado en bancos suizos, lo político empezó a ser personal, intensamente personal. "Vi niños en condiciones terribles", me dijo. "Y saber que Mobutu, que vino a Ginebra con ese dinero manchado de sangre que causó tanta muerte en su país, fue habilitado por la oligarquía suiza, eso fue lo que me motivó".

Cuando Ziegler se reunió con el Che y sus socios en Ginebra un par de años más tarde, con sus boinas y sus uniformes verde oliva, ya estaba convencido. Durante las dos semanas siguientes, se congració con los cubanos, los llevó en coche al Mont Blanc, les tradujo el español que pudo y se puso a su disposición a cualquier hora del día. Los revolucionarios trajeron consigo la jungla a la ciudad, durmiendo en hamacas en habitaciones compartidas, bebiendo, fumando en y pasando la noche en vela discutiendo. Ziegler se unió a ellos, y la última noche se armó de valor y le pidió al Che que le llevara de vuelta a Cuba para unirse a la revolución.

Era una noche clara, y desde su habitación, en la octava planta del Hotel InterContinental, podían ver el lago, iluminado entonces como ahora con carteles fluorescentes de relojes de lujo.

El Che señaló el agua. "Aquí naciste y aquí vive el cerebro del monstruo", recuerda Ziegler que dijo. "Es aquí", continuó, "donde debéis luchar".

Probablemente se trataba de una frase desechable para disuadir a un escuálido diletante de hacerse matar. Pero Ziegler se lo tomó en serio. Sabía que había algo en el funcionamiento de Suiza que la hacía especialmente útil para las fuerzas del capitalismo: no como actor

principal, sino como facilitador entre bastidores.

Algunos años más tarde, Ziegler utilizaría el término "imperialismo secundario" para definir el modus operandi de su país. No se trataba del imperialismo de primer orden francés, británico o, más tarde, estadounidense, con botas sobre el terreno y ejércitos de guardia. Era un tipo de influencia más discreta que intervenía a su paso: una cábala de empresas multinacionales y financieros que mantenían a los países pobres dependientes de los bienes, las armas y el dinero occidentales (sobre todo estadounidenses).

Los suizos permitían estas prácticas ofreciendo acceso a normativas y financiación favorables, y a un entorno empresarial reputado, ordenado y neutral: buenas normas, buenas leyes. Era, en cierto sentido, el comercio mercenario con otro nombre. Los suizos no enviaban cadáveres al extranjero para luchar en una guerra de conquista ajena. Pero, según Ziegler, eran la plataforma de lanzamiento de un corolario moderno. "Una vez que vi lo que estaba pasando", me dijo, "no pude *no* denunciarlo".

Suiza: The Awful Truth se publicó en 1976. La tesis de Ziegler, que mantiene hasta hoy, es que el papel de Suiza en el mundo es el de cómplice del capitalismo.

Siguiendo a Weber, culpa al calvinismo de la propensión de sus compatriotas a ocultar, blanquear y mimar la riqueza procedente de todo el mundo. "En Suiza, el manejo del dinero tiene un carácter casi sacramental", escribió Ziegler. "Tener dinero, aceptarlo, contarlo, atesorarlo, especular y recibir, son todas actividades que, desde la primera afluencia de refugiados protestantes a Ginebra en el siglo XVI, han sido investidas de una majestad casi metafísica".

A continuación, Ziegler arremete contra los bancos suizos y las empresas farmacéuticas, los grupos comerciales y las multinacionales, implicando a las empresas y a las personas que están detrás de ellas en todo tipo de delitos, desde el tráfico de drogas hasta las violaciones de los derechos humanos en el extranjero. "Es difícil imaginar una actividad humana que no esté financiada por una [institución financiera] de Ginebra, Zúrich, Basilea o Lugano", escribió.

Entre los transgresores figuraban los bancos que recibieron maletas de dinero en efectivo de las dictaduras de Portugal y la República Dominicana; las agencias inmobiliarias que ayudaron a los jeques del

Golfo y a los coroneles guatemaltecos a comprar apartamentos junto a lagos en los que esconderse; y las filiales de las empresas estadounidenses Dow Chemical y Honeywell, que supervisaron las ventas internacionales de napalm y minas terrestres. (Ziegler también culpó a Suiza de proporcionar al ejército boliviano el fusil que mató al Che en 1967, a pesar de la probabilidad de que la propia pistola del Che, una SIG KE7, fuera de fabricación suiza).

Las afirmaciones que Ziegler hizo en este libro y en otros posteriores le valieron nueve demandas por difamación en cinco jurisdicciones a lo largo de las décadas siguientes (la legislación suiza sobre difamación es más liberal, para los demandantes, que su homóloga estadounidense). En total, se le han impuesto indemnizaciones por daños y perjuicios por valor de 6,6 millones de francos suizos (CHF), equivalentes a casi 7,5 millones de dólares estadounidenses, sanciones que le han llevado prácticamente a la bancarrota, al menos sobre el papel.

Ziegler ha hecho algo más que señalar con el dedo a industrias sin escrúpulos morales. Identifica la famosa neutralidad política de su país como un enorme activo en sí mismo para hacer dinero, una ventaja estructural en el comercio y la diplomacia que permite a la élite suiza crear espacios seguros para que prosperen el capital y los capitalistas, sin importar de dónde vengan o en qué crean. A partir de ahí, los suizos endulzan el trato con concesiones especiales que van más allá de lo que podrían ofrecer sus vecinos europeos: en la actualidad, eso podría incluir una deducción fiscal por los costes de investigación y desarrollo en la industria farmacéutica; almacenes especiales designados como fuera del territorio aduanero, donde los ricos pueden guardar objetos de gran valor como arte y vino; una tendencia a no responsabilizar a las empresas con sede en Suiza de la contaminación y los abusos laborales en el extranjero; y, por supuesto, las estrictas leyes del país contra la divulgación de información bancaria.

Muchos países movilizan sus capacidades como Estados-nación reconocidos -la capacidad de hacer la guerra (o no), recaudar impuestos (o no), aprobar leyes (o no) y vigilar sus fronteras (de forma selectiva)- como medio para ingresar dinero. Pero el argumento de Ziegler siempre ha sido que su país juega muy por encima de sus posibilidades, en detrimento de todos. Eso, escribe, lo convierte en

"una asociación defensiva, no un Estado-nación en el sentido habitual".

El resultado es que, aunque mantiene la fachada de una democracia directa ultrapopulista e impulsada por referendos, el Gobierno suizo está totalmente en deuda con el capital mundial. También es notablemente ágil. Cuando los votantes decidieron en un referéndum nacional en 2019 revisar el sistema tributario de su país y eliminar las tasas impositivas preferenciales para las multinacionales, los cantones individuales tomaron cartas en el asunto y redujeron los impuestos a nivel local: en Basilea, las tasas impositivas corporativas cayeron del 20% al 13%, mientras que los aumentos de impuestos de Ginebra fueron esencialmente simbólicos, pasando de una base del 11,6% al 13,9%.

Como le gusta decir a Ziegler: los suizos tienen "vallas" para que la riqueza sea intocable. La palabra que emplea es reveladora. En francés, como en inglés, *receleur* y *fence* son términos de doble sentido que pueden referirse tanto a una barrera física como a un receptor de bienes robados. La valla es a la vez la frontera y el banquero, el foso y el intermediario.

La valla -no el reloj de cuco, ni la fondue, ni mucho menos el amor fraternal- es la contribución de la nación al mundo en que vivimos. Si sabes dónde mirar, verás pequeñas Suizas dondequiera que vayas.

- - -

Un supuesto arraigado sobre los impuestos en Suiza (y en los demás paraísos fiscales) es que el país bajó los tipos para atraer a las empresas. A principios del siglo XX, Francia y Alemania empezaron a imponer por primera vez impuestos progresivos sobre la renta y las sucesiones, gravando la riqueza con tipos más altos, mientras que Suiza no lo hizo. La noticia se difundió a través de una campaña publicitaria deliberada dirigida a los ricos: el historiador de la Universidad de Lausana Sébastien Guex escribe que los bancos imprimieron "folletos, circulares, cartas personalizadas y publicidad en los periódicos, y enviaron representantes que se acercaron a su clientela en persona". Funcionó: según Guex, la mitad del producto

interior bruto de Suiza (y entre el 2% y el 2,5% de la riqueza francesa solamente) llegó a los bancos suizos por ósmosis fiscal.

Otros Estados, entre ellos Luxemburgo y los Países Bajos, siguieron el mismo manual con cierto éxito, pero los suizos, escribe el historiador económico Christophe Farquet, fueron especialmente agresivos en la defensa de su paraíso recién forjado. La suya fue una estrategia de obstrucción activa, ya fuera adoptando políticas federales que impedían las negociaciones con otros gobiernos que podrían haber responsabilizado a los defraudadores fiscales, dejando que los bancos suizos se "autorregularan" o simplemente negándose a tomar medidas enérgicas contra la práctica. Los suizos también se beneficiaron de un sistema federal que animaba a los cantones a competir no sólo con entidades extranjeras, sino también entre sí, y a ofrecer a los clientes numerosas opciones.

En 1934, Suiza adoptó su ahora infame (y finalmente algo neutralizada) legislación sobre el secreto bancario. Lo más probable es que oiga hablar de sus orígenes, algo que incluso Ziegler suele repetir, y es que se concibió para proteger a los extranjeros de la persecución por sacar dinero de sus países de origen: algunos judíos alemanes, presintiendo que se avecinaban problemas, lo hicieron, y Alemania había empezado a castigar esa fuga de capitales con la pena de muerte. Pero el historiador Peter Hug descubrió que esta explicación era propaganda revisionista construida en los años sesenta por Credit Suisse. De hecho, la ley del secreto fue el resultado de un escándalo existencial.

En 1932, la policía francesa recibió el soplo de una reunión secreta en un apartamento de los Campos Elíseos, en la que el director del banco comercial de Basilea daba consejos fiscales, sin duda turbios, a miembros de la alta sociedad francesa. Entre los cerca de dos mil clientes franceses del banco de Basilea, reacios a pagar impuestos, había obispos, generales, editores de periódicos, una docena de senadores, un ministro, la esposa de un famoso perfumista y el industrial Armand Peugeot. Su riqueza, toda ella no declarada, ascendía a no menos de una quinta parte del PIB suizo.

Los banqueros devolvieron cientos de millones de francos a los franceses, conscientes de que tales incidentes harían que los clientes perdieran la confianza y se llevaran sus negocios a otra parte. Dos

años más tarde, el Parlamento suizo tipificó como delito federal la revelación del titular de una cuenta numerada, con lo que su incipiente sector bancario quedó oculto durante la mayor parte del siglo siguiente. En virtud de la nueva ley, no era necesaria una víctima para presentar una denuncia penal; a falta de demandante, los cargos podían ser presentados por el propio Estado.

En 2014, cuarenta y siete gobiernos de todo el mundo suscribieron un acuerdo que exigía el intercambio automático de información sobre las cuentas de los clientes. Bajo presión internacional, Suiza se sumó finalmente, pero ya había ganado. A lo largo del siglo XX, el país se anticipó y se acomodó a la naturaleza cada vez más suelta de la riqueza transformándose de un (no)Estado a una especie de agujero negro a caballo entre la globalización y la regulación, en palabras de Farquet. El dinero en efectivo, el oro, los bonos y otros valores que llegaban a Berna o Ginebra disfrutaban de las ventajas de estar en un lugar seguro y, al mismo tiempo, en ningún lugar visible. El hecho de que la evasión fiscal -es decir, hacer deliberadamente declaraciones falsas sobre la riqueza o los ingresos- se persiga en Suiza como un delito civil, no penal, tampoco podía haber perjudicado. Y mientras el malestar se extendía por Europa, los banqueros suizos siempre podían contar con su mayor activo comercial: su neutralidad política.

- - -

Las artimañas de Suiza y su condición de país neutral le permitieron sobrellevar la Segunda Guerra Mundial con relativamente pocos sobresaltos. Pero esa calma tuvo un alto coste moral que Ziegler recuerda de primera mano y al que ha dedicado gran parte de su carrera. Ziegler cuenta esta historia en *Los suizos, el oro y los muertos*, un retrato condenatorio de la complicidad de la banca suiza con los nazis. Aunque Ziegler no era la primera persona que revelaba cómo el país funcionaba como hucha personal y política de Hitler, la historia tenía más peso viniendo de un político suizo, y se convirtió en un bestseller internacional. Su publicación, en 1997, fue además perfectamente oportuna. A finales de los años noventa, el Congreso Judío Mundial (CJM) demandó a los bancos suizos en nombre de los supervivientes del Holocausto y sus herederos, alegando que los

banqueros dificultaban el acceso de los legítimos propietarios a sus cuentas (auditorías posteriores lo confirmaron, y el CJM llegó a un acuerdo con los bancos por 1.250 millones de dólares). Estados Unidos apoyó las demandas y, en el transcurso de las audiencias, retomó probablemente el momento más sórdido de la historia suiza.

La economía del acuerdo funcionaba así: Durante la guerra, los suizos adquirieron a Alemania lingotes y monedas de oro por valor de 1.700 millones de francos suizos (entonces todavía la moneda de reserva mundial), que incluían activos expoliados a judíos deportados, lo que equivalía a un tercio de la producción mundial de oro conocida en aquella época. Los nazis recibieron a cambio francos suizos, con los que pudieron realizar transacciones libremente para comprar municiones y otros suministros militares en un momento en que las sanciones y la debilidad de la moneda mermaban su poder adquisitivo. Los bancos centrales de los países que vendían armas a los alemanes utilizaban luego esos francos para comprar oro a los suizos: una transacción en círculo completo.

"Suiza funcionó a entera satisfacción [de Hitler] como la bóveda bancaria del Tercer Reich", escribe Ziegler, señalando que el propio führer tenía una cuenta en el Union Bank of Switzerland (UBS). (Hermann Göring optó por "bancos cantonales más pequeños, en cuya confidencialidad y lealtad podía confiar plenamente"). El último cargamento de oro nazi llegó a Berna pocas semanas antes del suicidio de Hitler, y no fue hasta marzo de 1945 -un par de meses antes del Día V-E- cuando Suiza prometió dejar de comprar oro alemán e identificar y congelar los activos bancarios alemanes.

Por si esto fuera poco, el comportamiento despectivo del país hacia los refugiados judíos -exigiendo que la mayoría, si no todos, llegaran con denominaciones especiales en sus pasaportes, y rechazando a muchos en la frontera- garantizó que, aunque saliera físicamente indemne de la guerra, la nación estaba destrozada moral y éticamente.

Si Ginebra había sido un refugio para quienes huían de la persecución -protestantes durante la Reforma, pero también anarquistas y comunistas rusos a finales del siglo XIX, y europeos que huían de los reclutamientos militares o de la violencia durante la Primera Guerra Mundial-, en la década de 1950 estaba claro que esta generosidad se extendía al dinero mucho más que a los cuerpos.

- - -

Romper con el carácter nacional siempre tiene un precio. Ziegler tiene noventa años y sigue pagando.

En 1990, fue demandado por seis partes diferentes por supuestas declaraciones difamatorias en su libro *Switzerland Washes Whiter (Suiza lava más blanco)*, en el que acusaba a los bancos suizos de recibir dinero de narcotraficantes y otros delincuentes.

En algunos casos -como, por ejemplo, cuando llamó "buitre" al marido de una destacada política suiza por su implicación en una operación de blanqueo de dinero procedente del narcotráfico- Ziegler fue declarado culpable de difamación. Como su editor, Seuil, era francés, el juicio se celebró en París, donde un tribunal le impuso una multa de 13.000 francos franceses. (Aun así, el marido acabó siendo acusado de fraude en en un juicio posterior, y el político acabó dimitiendo).

En otros casos, sobre todo cuando acusó a un famoso hotelero de "traficar con gasolina y algodón", un tribunal suizo consideró que su trabajo adolecía de inexactitud y falta de pruebas (el hotelero al que acusaba quebró poco después, esta vez por motivos no relacionados).

Ziegler acabó perdiendo su inmunidad parlamentaria -que protege a los cargos electos de ciertos tipos de enjuiciamiento- y condenado a pagar cientos de miles de francos en multas. Durante años, hubo guardias de seguridad apostados cerca de su casa. "Las amenazas son muy precisas", declaró a *Los Angeles Times*. "Siempre dicen algo así como: 'Ayer tu hijo estuvo aquí, tú estuviste allí'. Es una especie de desestabilización psicológica". La esposa de Ziegler, Erica, historiadora del arte, tiene la escritura de su casa para que no se la puedan quitar, me dijo, y los derechos de autor de sus libros siguen embargados.

En 1998, Ziegler fue llamado a declarar ante el Congreso de Estados Unidos sobre el papel de los bancos suizos durante la Segunda Guerra Mundial. "El pueblo suizo de a pie era profundamente hostil a los asesinos en masa de Berlín. Odiaban a Adolf Hitler y rechazaban cualquier trato con él y sus secuaces", declaró. "Desgraciadamente, éste no era el caso de algunos miembros de la clase dirigente, a saber, los directores del Banco Nacional Suizo, los miembros de los consejos

de administración de los bancos comerciales y algunos miembros del gobierno suizo". Por sus declaraciones, un grupo de conservadores suizos le acusó de traición criminal, argumentando que sus "mentiras malintencionadas, fabricaciones, calumnias y exageraciones sin límites" amenazaban la seguridad del Estado. La acusación afirmaba que estaba "provocando o colaborando en actividades contra la seguridad del Estado por parte de organizaciones extranjeras o sus agentes". Los "agentes" en cuestión incluían a Alfonse D'Amato, un senador estadounidense que trabajaba en nombre de "organizaciones judías", afirmaban, aunque la demanda no llegó a ninguna parte.

La reputación de Ziegler también se resintió en sus propios círculos. Su lucha por la titularidad en la Universidad de Ginebra fue interminable y estuvo plagada de acusaciones de falta de seriedad académica y plagio. Salió victorioso de estas batallas, pero no hasta que los profesores pidieron al gobierno municipal que interviniera en su favor. Entre sus compañeros activistas de izquierdas, su asociación con Muammar Gaddafi también dejó una mancha, aunque Ziegler acabó denunciando al dictador libio. Y Ziegler sigue defendiendo causas moralmente delicadas, incluido el actual régimen cubano, incluso cuando él mismo ha hecho amplio uso de una libertad de expresión de la que los cubanos no disfrutan.

En repetidas ocasiones ha replicado que ese tipo de libertad no significa nada si hay niños hambrientos y enfermos en las calles. De 2000 a 2008, Ziegler fue Relator Especial de la ONU sobre el Derecho a la Alimentación, y durante su mandato tuvo la costumbre de mostrar en las reuniones fotos de un niño desnutrido para defender sus argumentos. (También lleva consigo ejemplares de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y un documento sobre el hambre en el mundo). Gran parte de su trabajo reciente se refiere al derecho a la alimentación.

"Siempre supuse que era como una llama que se apaga, pero [el hambre] es una aflicción violenta y horrible", afirma. "Los niños son una maravilla", prosigue. "Y qué barbaridad que cada cinco segundos muera un niño de hambre".

Me sorprendió que, tras toda una vida observando los mecanismos del capitalismo, Ziegler siguiera fascinado por la ingenuidad, el cinismo y la malevolencia de sus promotores. "El hecho de que este

minúsculo país de sólo cuarenta y dos mil kilómetros cuadrados, de los cuales sólo el sesenta por ciento es habitable, con una población de menos de diez millones de habitantes, sea un centro extraterritorial tan poderoso -que el veintisiete por ciento de las fortunas extraterritoriales del mundo se gestionen en o desde Suiza- es simplemente asombroso", me dijo. Su indignación moral parecía ir acompañada de asombro. Podía entenderlo.

Le pregunté a Ziegler si todo había merecido la pena y si sentía que había hecho mella en el sistema contra el que pasó tanto tiempo luchando. Al fin y al cabo, el secreto bancario ya no era lo que era; el blanqueo de dinero, aunque ni mucho menos erradicado, es al menos ahora un delito penal; y los bancos suizos están a la defensiva.

Poco antes de que Ziegler y yo nos reuniéramos, veinte de las naciones más ricas del mundo habían acordado un impuesto mínimo mundial sobre los beneficios empresariales. Desde 2016, los titulares de la prensa internacional estaban repletos de noticias sobre evasores fiscales, defraudadores, y blanqueadores de dinero que utilizaban lugares remotos para ocultar su riqueza: los Papeles de Panamá, los Papeles de Pandora, SwissLeaks, LuxLeaks. Los herederos más destacados de Ziegler, al parecer, no son sólo activistas de izquierdas, sino también periodistas de datos no partidistas que informan para organizaciones como el Consorcio Internacional de Periodistas de Investigación y el Organized Crime and Corruption Reporting Project.

La prominencia de este tipo de historias es una prueba de que activistas de izquierdas como Ziegler han influido en los debates públicos sobre justicia, equidad y desigualdad, y de que la concienciación sobre los paraísos ocultos del planeta es cada vez mayor. Pero aún no está claro qué impacto tendrán estas campañas en la desigualdad real de la riqueza y en los pobres del mundo.

Ziegler, por su parte, cree que su país acatará la letra, pero no el espíritu, de la ley.

"Es cierto que Suiza, bajo presión, ha firmado el acuerdo internacional sobre la transferencia automática de información bancaria", me dijo Ziegler. "Si un francés abre una cuenta en Suiza, se informa inmediatamente a las autoridades francesas". Y prosiguió: "Pero el Gobierno y los bancos repiten esta mentira de que Suiza está acabada como paraíso fiscal, cuando es completamente falso. Si eres

rico, más que rico, hay en Ginebra un ejército de abogados que no hacen más que abrir cuentas en paraísos fiscales para los clientes..... Si el dinero está en manos de un banquero, éste está obligado a saber de dónde procede. Los abogados están exentos de esa obligación". (En 2023, el Consejo Federal suizo propuso poner fin a esta exención. El Parlamento del país votará sobre el asunto en 2024).

En resumen, Ziegler sigue viendo el globo oculto con tanta claridad como el material. Quizá más. Luego repitió un Zieglerismo que ha estado en fuerte rotación al menos desde su testimonio ante el Congreso: "Suiza es un hermoso país sin materias primas. Su materia prima es el dinero, en su mayor parte dinero extranjero, venga de donde venga.

"Al menos les incomodamos", continuó. "Además, no podría haber vivido mi vida de otra manera".

Antes de volver a bajar la colina, Ziegler me llevó a su terraza bajo una ligera lluvia de verano. Con mejor tiempo, dijo, desde aquí se vería la cima blanca del Mont Blanc.

"Nicolas Pictet vive a sólo veinte metros", comentó pícaramente Ziegler, señalando una casa cercana. "El presidente del mayor banco privado".

Le pregunté cómo era ser un famoso izquierdista suizo que vivía a escasos metros del capitalista número uno de Suiza.

Ziegler mantuvo la cara seria, pero le sentí vibrar de placer.

"Nuestra relación es irónica".

3

Cubo blanco, caja negra

KAT ¿Sabes lo que es un puerto franco?

PROTAGONISTA Almacén de obras de arte adquiridas...

KAT Pero aún no ha tributado....

PROTAGONISTA Los clientes pueden ver sus inversiones, sin importarlas, por lo que evitan pagar impuestos.

NEIL ¿Una especie de sala de tránsito para el arte?

KAT Arte, antigüedades, cualquier cosa de valor, en realidad.

PROTAGONISTA ¿Algo?

KAT Cualquier cosa legal....

PROTAGONISTA Pero no es diferente del sistema bancario suizo. Opaco.

-Christopher Nolan, escena de *Tenet* (2020)



n un caluroso día de agosto de 1995, un policía de aduanas italiano jubilado llamado Pasquale Camera volvía a casa después de comer a una hora y media al sur de Roma cuando perdió el control de su Renault beige y se estrelló contra la barandilla de la autopista. Cuando la policía llegó a para investigar el accidente, los paramédicos ya lo habían declarado muerto en el lugar; su coche había volcado, y sin el cinturón de seguridad no había tenido ninguna posibilidad.

La policía de tráfico también encontró, en la guantera del coche de Camera, fotografías de jarrones, esculturas y otros artefactos diversos que parecían poder ser antigüedades. Por casualidad, el jefe local había trabajado antes en un equipo especializado en localizar antigüedades saqueadas, así que llamó a sus antiguos colegas de Roma. Por increíble que parezca, llevaban meses tras la pista de

Camera.

Gracias a las fotos, la policía obtuvo una orden de registro que condujo a una redada en el apartamento de Camera, donde se encontró una tabla con los nombres de las personas que se dedicaban al comercio de antigüedades, junto con sus ubicaciones. Esa prueba analógica, escrita a mano por Camera, condujo a los investigadores a una madriguera de ladrones de museos, marchantes de arte, coleccionistas y empresas fantasma ocultas en paraísos fiscales.

La investigación tenía todas las características de una excavación arqueológica, sólo que en lugar de remover tierra y rocas para encontrar un tesoro enterrado, los investigadores escudriñaron capa tras capa de entidades corporativas ficticias antes de llegar a un almacén de Ginebra alquilado por un marchante de arte llamado Giacomo Medici. En la cuarta planta de un almacén gris acero, un alijo de antigüedades griegas, romanas y etruscas obtenidas ilegalmente -algunas saqueadas de excavaciones arqueológicas en Italia, otras con etiquetas de Sotheby's colgando- estaban dispuestas en estanterías y cajas, como manzanas y plátanos en un supermercado.

"Todos los armarios estaban abarrotados de antigüedades: jarrones, estatuas, bronces; candelabros, frescos, mosaicos; objetos de cristal, animales de loza, joyas y aún más jarrones", escriben Peter Watson y Cecilia Todeschini en su libro sobre el atraco, *La conspiración de los Médicis*. También había facturas, cheques, cartas y pagarés. "Estaba claro que la sala exterior era el lugar donde Medici recibía a los posibles compradores, y donde los objetos en venta se exponían en circunstancias seguras y discretas. Estaba igualmente claro... que Medici nunca había esperado que nadie viniera a llamar aquí: todo estaba por ahí, sin ningún intento de ocultación."

El almacén en cuestión no era un minialmacén al uso. Era el puerto franco de Ginebra: un lugar en el que, desde 1888, las mercancías han entrado en el edificio y han permanecido allí, quizá incluso toda la vida, acumulando valor, escondiéndose del escrutinio, evadiendo impuestos, incluso cambiando de manos, todo ello sin salir de los confines del almacén. El almacén había pasado desapercibido en un anodino distrito comercial de Ginebra durante años, hasta que, de repente, se encontró en el centro de espectaculares accidentes de tráfico, millonarios sin escrúpulos, un equipo de policías llamado

"escuadrón del arte" y auténticos saqueadores de tumbas.

La investigación llegó a medio mundo, llevando a las autoridades italianas a buscar obras de arte robadas en museos desde Boston hasta Toledo (Ohio). Atrapó a figuras vinculadas a instituciones tan distantes como el Museo Metropolitano de Arte y el Getty. También llevó a los suizos a regular el almacenamiento de artefactos antiguos y a facultar a la policía para realizar inspecciones de los almacenes. El asunto Médicis encendió las luces, aunque brevemente, en este rincón claustral del globo oculto.

Pero tan rápido como empezó, el escándalo se desvaneció de la memoria y el puerto franco volvió a la oscuridad. Las luces no volverían a encenderse durante más de una década.

- - -

Los puertos francos nos rodean. Conocidos indistintamente como zonas de comercio exterior, zonas de libre comercio o zonas económicas libres, son áreas designadas, a menudo pero no siempre cerca de un aeropuerto, puerto marítimo o frontera, donde las mercancías pueden entrar en un país y permanecer allí sin estar sujetas a los aranceles comerciales u otras normativas fiscales de ese país. Pueden ser almacenes o polígonos industriales independientes, distritos enteros o una planta de un edificio de oficinas. Si vives en , lo más probable es que el coche que conduces, los electrodomésticos de tu cocina y los paquetes de Amazon que tienes en la puerta hayan pasado por algún tipo de puerto franco antes de llegar a tus manos.

El puerto franco se concibió hace cientos de años en Italia para atender dos necesidades comerciales. Los comerciantes que emprendían largos viajes podían utilizar las instalaciones de almacenamiento para guardar grano y otras mercancías perecederas en un puerto extranjero durante un breve periodo de tiempo sin tener que importarlas formalmente ni tratar con las autoridades aduaneras. Y los gobiernos responsables de sus respectivas localidades podían utilizar estas zonas -que incluían almacenes o silos, pero también terrenos a su alrededor- para relajar ciertas normas y beneficiarse de la afluencia de determinados tipos de comercio (y personas) extranjero sin comprometerse a reformas internas de mayor alcance.

Los puertos francos funcionan gracias a lo que es esencialmente un truco legal que crea un nuevo y diferente conjunto de fronteras para nuevas y diferentes personas y cosas: "dualismo económico" es como lo describe un artículo académico. Al igual que los imperios y las naciones que los crearon, los puertos francos tienen todo tipo de formas, tamaños y configuraciones. Lo que tienen en común es la forma en que delimitan lo que ocurre en su interior.

El puerto franco toscano de Livorno, por ejemplo, surgió a finales del siglo XVI, una época en la que la noción de Estado territorial, con fronteras, leyes y jerarquías diferenciadas, se alejaba de los caóticos feudos de la Edad Media para acercarse a algo más ordenado, con muchas zonas grises que explotar. El gran duque de Toscana utilizaba Livorno como una especie de cajón de arena, invitando a mercaderes, navegantes y esclavistas extranjeros que, de otro modo, no habrían sido bienvenidos en su territorio.

El Imperio Holandés también instaló puertos francos a partir del siglo XVII. Estos entrepôts ayudaron a los holandeses a competir con sus rivales alejando el comercio del Mediterráneo y dirigiéndolo hacia los países nórdicos. También les permitían mantener puestos comerciales más lejanos, en lugares como Curaçao, en el Caribe, y disfrutar de productos y conocimientos extranjeros. "La actitud de era: 'Podemos acoger a una comunidad judía, a una comunidad armenia, podemos hacer que desempeñen funciones consulares y podemos invitar a casas comerciales de Inglaterra'", explica Koen Stapelbroek, historiador económico de la Universidad James Cook de Queensland (Australia). Así nos aseguramos de que [el comercio] no sea un caballo de Troya: podemos darles la bienvenida, pero también limitar su influencia". "

Hay pruebas de que los africanos esclavizados en el Caribe también pudieron utilizar estas lagunas en ocasiones. *En The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, or Gustavus Vassa, the African* (1789), Equiano, un marinero esclavizado, relata cómo compraba ginebra en un puerto franco holandés de las Indias Occidentales y la revendía en el Montserrat británico hasta que tuvo suficiente dinero para comprar su libertad.

En 1766, el Parlamento británico cedió a la presión de los grupos de presión comerciales y aprobó la Ley de Puertos Libres, por la que se

abrían cuatro puertos coloniales en Jamaica y dos en Dominica para permitir el comercio con extranjeros. Esto rompió con las políticas anteriores que restringían severamente el comercio exterior en América, aunque el objetivo seguía siendo en gran medida beneficiar a los comerciantes, marineros e intereses económicos británicos. Más tarde, en la primera mitad del siglo XIX, los británicos establecieron puertos francos en Singapur, Shanghai y Hong Kong. De nuevo, no se trataba de acuerdos pacíficos de libre comercio establecidos entre iguales en una sala de juntas: como potencias coloniales, los británicos ocuparon estos lugares por la fuerza y los gestionaron para favorecer sus intereses.

Los puertos francos compartían una forma y una función -suspender su contenido en el tiempo y el espacio-, pero para quién, a qué coste y durante cuánto tiempo variaba, confusamente, según la jurisdicción. Esto sigue siendo así. El contenido de estos entrepôts también depende de las instalaciones: algunas tienen toda la sofisticación de un Home Depot, mientras que otras diseñan su entorno al milímetro. Las empresas farmacéuticas almacenaban la vacuna COVID-19 en congeladores extrafríos dentro de las zonas de comercio exterior de Estados Unidos mientras esperaban la aprobación de la FDA. Una enóloga me contó que, cuando trabajaba en un viñedo de Burdeos, el vino que producían se embotellaba y se enviaba inmediatamente a un almacén libre de impuestos de Londres para que envejeciera. "No creo que los compradores lo bebieran nunca", me dijo.

Solía haber un límite natural al tiempo que los productos perecederos podían permanecer en este estado liminal. Al fin y al cabo, el trigo se pudre. El arroz se echa a perder. El acero se oxida. Incluso el vino puede almacenarse hasta cierto punto sin control climático. Cuando se inauguró el puerto franco de Ginebra a finales del siglo XIX, su principal característica era un gran silo de grano, pero cayó en desuso a medida que nuevos tipos de riqueza se deslizaban por la ciudad: lingotes de oro en tiempos de crisis, suministros humanitarios en tiempos de guerra y, en nuestras décadas más recientes de creciente desigualdad económica, el lucro excedente del 1%. Se desarrollaron sofisticados sistemas de refrigeración y humidificación para ayudar a que el tiempo se detuviera aún más, pero los estatutos fundamentales del puerto franco que rigen el tiempo

no cambiaron. Las mercancías de estas zonas permanecieron en estado de suspensión: físicamente sedentarias pero legalmente en tránsito.

Como en el cuadro de Konrad Witz "Cristo en el lago Léman", en el puerto franco de Ginebra un objeto aparece ante nosotros pero no proyecta sombra. La instalación se parece mucho al Hotel California: los objetos se registran, pero nunca tienen que salir.

- - -

Yves Bouvier, conocido en el mundo como el "rey del puerto franco", es un hombre delgado, de pelo rubio canoso, ojos azules, sonrisa malévola y la ansiedad de un mosquito. Fumador empedernido, bebedor de té y adicto al trabajo acostumbrado a jornadas de dieciocho horas. Las multivitaminas de la estantería de su despacho y el cepillo de dientes del cuarto de baño parecen confirmarlo; Bouvier también tiene desplegados en todo momento al menos dos y hasta cinco teléfonos móviles, que reclaman sincopadamente su atención.

En sus expresiones y lenguaje corporal, Bouvier desprende una sorprendente conciencia de sí mismo. Al menos, sorprende en alguien acostumbrado a viajar en jet privado. El efecto puede ser desarmante. Se burla de sus derrochadores hábitos de gasto, de su falta de motivación en la escuela y del asalto de un antiguo cliente, a través de los tribunales, a su negocio y su reputación, que, admite libremente, ha visto días mejores. A un conciudadano de también le parece un ginebrino. Su discreción, su provincianismo cosmopolita, su facilidad para racionalizar fortunas sucias y lejanas, así lo demuestran.

Es lógico, pues, que el negocio de Bouvier sea totalmente endógeno: compra, vende y manipula obras de arte para extranjeros adinerados, y las almacena en una red de depósitos libres de impuestos. En las dos décadas que lleva trabajando en este negocio, Bouvier ha transformado la inquietante liminalidad del *puerto franco* en un glamuroso y codiciado centro social y comercial donde los coleccionistas de arte pueden esconder sus piezas más preciadas: del fisco, del público, de su cónyuge y de sí mismos. En otras palabras, el trabajo de Bouvier ha consistido en encerrar algunos de los cuadros

más bellos conocidos por el hombre en un lugar al que prácticamente no va nadie.

Jean Ziegler tenía razón cuando decía que la cueva de Alí Babá estaba en su patio trasero. Pero en la leyenda, los cuarenta ladrones al menos hacían visitas para admirar su tesoro. En el puerto franco, las obras de arte están solas, atrapadas en cajas a medida bajo llave.

Yves Bouvier no reinventó exactamente el puerto franco, pero sí lo rebautizó. Sabía, por haber vivido en Ginebra, lo que quieren los ricos: tecnología, exclusividad, paredes, puertas. Los ricos vienen a Ginebra en busca de cierta discreción. A los ricos les gustan sobre todo los lugares especiales donde la gente normal no puede ir.

Otra cosa sobre los ricos: un poco de oscuridad nunca viene mal. Les gusta que la ley esté de su lado. Normalmente lo está. Pero los ricos son como el resto de nosotros: les gusta sentir que están haciendo un trato, que se están saliendo con la suya. La genialidad de Bouvier consistió en convertir *el franco portuario* en un almacén no sólo para sus cosas, sino para sus esperanzas, sus sueños, sus deseos. Esto le llevó a ser demandado en cinco jurisdicciones, con el puerto franco de Ginebra en el centro de todo.

Al igual que el escándalo Medici que le precedió, la batalla legal de Bouvier, librada por una falange de abogados, especialistas en comunicaciones, informadores y espías, ofrece una rara ventana a las fortunas que entran y salen por las puertas del puerto franco. Puede que pasen décadas antes de que volvamos a echar otro vistazo.

Yves Charles Edgar Bouvier nació en 1963 en un pequeño municipio suizo llamado Chancy, justo al otro lado del río Ródano, al lado de Jean Ziegler. Era un estudiante mediocre, pero un apasionado de las actividades al aire libre. Después de estudiar economía, abandonó la universidad para dedicarse a su verdadera pasión: el esquí alpino. Durante sus veinte años, se mantuvo haciendo trabajos ocasionales para su padre, entonces presidente de una empresa local de mudanzas y almacenamiento. Bouvier era un simple hombre con una furgoneta, y en realidad sólo en verano. No era una carrera; era dinero de bolsillo. Pero tras fracasar en su intento de alcanzar el estrellato atlético a los treinta años, decidió incorporarse en serio al negocio familiar en 1997. Rápidamente se puso manos a la obra y un año más tarde sustituyó a su padre al frente de la empresa.

La empresa naviera de la familia, Natural le Coultre, existe desde hace más tiempo que el puerto franco. A lo largo de los años, había transportado de todo, desde maquinaria para industriales hasta paquetes de alimentos para la Cruz Roja. Pero esas cosas no le interesaban a Yves. Trabajar con obras de arte era mucho más lucrativo. También era una ventana a la vida de los ultrarricos, y aunque Bouvier no era en absoluto pobre, le permitía habitar un mundo más enrarecido que el que conocía. El negocio de la logística de alta gama era "de nicho". "Es como entrar en un palacio o volar en primera clase: es una vocación diferente", dice entre calada y calada de un cigarrillo Vogue delgado en su oficina de Ginebra, a dos manzanas de un concesionario de coches de lujo de segunda mano.

Bouvier recordó cómo le deslumbró un tocador del siglo XVIII de procedencia real francesa que entregó al *puerto franco* al principio de su carrera. "Era feo. Hoy no es mi estilo. Pero cuando eres un niño y ves algo chapado en oro y cubierto de mármol que pesa, no sé, doscientos kilos... eso fue algo que me impresionó". Se levantó para hervir agua. "Es muy personal, porque cuando tienes una obra de arte, un cuadro, puedes tocarlo y mirarlo desde todos los ángulos. Estableces una relación personal con la obra".

Bouvier tuvo una corazonada sobre el atractivo potencial del puerto franco para una determinada clase. Vendió la rama aburrida y de escasos márgenes del negocio que especializaba en el transporte de lo que él describe como "IKEA". Para hacer crecer el negocio del arte de Natural le Coultre, fue de puerta en puerta a galerías y museos de toda Francia, presentando su propuesta a conservadores y coleccionistas. No sólo podía enviar las obras de arte en condiciones seguras y climatizadas, sino que también tenía el lugar perfecto para almacenarlas: un almacén libre de impuestos en una jurisdicción "política, económica y socialmente estable", "sin huelgas, con pocos robos y buena discreción suiza", como él decía. Era un vendedor convincente, bien hablado y cada vez mejor relacionado, y en poco tiempo se había convertido en un "pulpo" confeso, con tentáculos en todos los rincones del mundo del arte. Su trabajo le permitía saber quién tenía qué y dónde. "Para hacer su trabajo, los cargadores deben saber muchas cosas", escribió Sam Knight en un perfil de Bouvier publicado en 2016 en *el New Yorker*. "Se les dan registros de ventas

privadas y los nombres de los coleccionistas, con el fin de navegar por las aduanas. En el transcurso de un día típico, parando en las casas de los marchantes y en las trastiendas de las galerías, aprenden quién abre la puerta y el número de teléfono del asistente, y ven los otros cuadros en las paredes."

En 1997, Natural le Coultre solo había alquilado doscientos metros cuadrados en el puerto franco de Ginebra. En 2013, a pesar de los controles más estrictos que regulan el almacenamiento de bienes arqueológicos en las instalaciones, y algunos requisitos reglamentarios sobre los inquilinos destinados a frenar el blanqueo de dinero, esa cifra se había multiplicado por más de cien, hasta alcanzar los veinte mil metros cuadrados. A la dirección del puerto franco le gustaba Bouvier. "Es una persona que nunca hizo trampas con las aduanas, lo cual es importante", dijo el ex director de la instalación, Alain Decrausaz, a Alexandra Bregman para su libro de 2019, *The Bouvier Affair*.

Natural le Coultre atendía a galeristas, conservadores y museos, que a menudo tienen más obras de arte de las que pueden exponer. La empresa también trabajaba con coleccionistas de arte, cada vez más interesados en las ventajas de estas tierras de nadie: en 2014, casi un tercio de los coleccionistas encuestados por consultores de la consultora Deloitte afirmaron haber utilizado un puerto franco. Los beneficios fiscales del puerto franco no hacían mucho por las instituciones que rotan una colección (el arte expuesto no suele devengar impuestos, ya que se considera un bien público). Pero podrían ser interesantes para los clientes que buscan comprar o vender sus obras sin pagar el impuesto sobre el valor añadido de la UE, o almacenarlas cerca de casa sin acumular derechos de importación.

Al igual que los dólares que se multiplicaban en los bancos ginebrinos y el café que se filtraba en las terminales comerciales de Ginebra, el contenido del puerto franco no era autóctono. Estos lujos extranjeros habían ido a parar a este almacén porque éste, como gran parte de la ciudad, carecía de lugar, era limpio y seguro. Como incentivo adicional, las autoridades suizas permitían a los inquilinos del puerto franco comprar y vender sus mercancías dentro de sus muros sin pagar tampoco impuestos locales sobre las ventas.

Para atraer aún más a sus clientes, Bouvier creó salas de exposición

con paredes blancas y una iluminación perfecta, donde el arte podía evaluarse, examinarse y venderse, a personas ajenas o dentro del propio almacén. Aspiraba a convertir la zona semiindustrial de un barrio anodino en un "polo de conocimiento" del arte de gama alta repleto de expertos del sector. "En lugar de trasladar una obra de arte entre los distintos agentes, quiero que todos vengan a la obra, para evitar los riesgos y honorarios asociados", explicó Bouvier, enumerando una lista interminable de complicaciones y costes. "En el puerto franco, quería tener a mano a un tipo que enmarcara, otro que restaurara, otro que fuera experto en arte y otro que fuera analista. En resumen, quería reunir a todos los profesionales que trabajaban en torno a la pieza".

El ascenso de Bouvier en el mundo del transporte, la manipulación y el almacenamiento de obras de arte coincidió con otras tres tendencias: la acumulación cada vez mayor de fondos en Suiza; la represión gradual del secreto bancario suizo; y el crecimiento aparentemente exponencial de las ventas y los precios de las obras de arte en el extremo superior del mercado. Según un informe, entre 2005 y 2015, el tamaño del mercado del arte se duplicó hasta alcanzar los 63.300 millones de dólares. La mayor parte de las ganancias se produjeron en el 1% de las ventas: los ricos eran cada vez más ricos y pagaban más caro por obras de un número menor de artistas. Estas cifras son más significativas en términos relativos que discretos, porque gran parte del arte cambia de manos en ventas privadas no declaradas (a menudo debido a la opacidad del mercado libre).

Sin embargo, como escribe la veterana periodista de arte Georgina Adam en *Dark Side of the Boom*, "las transacciones al más alto nivel son una parte minúscula del volumen del mercado, pero representan una parte desproporcionada de su valor". Eso significaba que entrar en esas transacciones -como vendedor, marchante, casa de subastas u otro intermediario- podía significar cosechar beneficios gigantescos. Bouvier se posicionó para conseguirlo.

Para un coleccionista, es una torpeza vender un cuadro como si fuera una casa en un programa de reformas; el supuesto valor de una obra está en constante tensión con su valor en dólares. Sin embargo, en la época de Bouvier, ya no se podía eludir el hecho de que el arte era una clase de activo. Era un activo ilíquido -los tejemanejes

necesarios para comerciar con grandes obras son tanto un arte como un negocio-, pero fuera o no una *buena* inversión, podía hacer todo lo que hacían otros tipos de inversiones.

Tras la crisis financiera de 2008, cuando los activos más ordinarios generaban rendimientos anémicos para los inversores en el mejor de los casos, el arte parecía un lugar mejor para invertir el dinero que las acciones, los bonos o los inmuebles. Se hizo más habitual especular con las obras de un artista contemporáneo como si fueran otras tantas acciones de bolsa: comprar barato, vender caro. Las personas adineradas, así como los inversores institucionales como oficinas o fondos familiares, podían poner un Monet como garantía cuando pedían un préstamo para comprar una mansión, un yate o un Picasso. Y las transacciones podían ser tan discretas como quisieran. Un contable astuto podía ocultar fácilmente al verdadero propietario de una escultura tras un laberinto de sociedades ficticias y fideicomisos privados, para asegurarse de que un ex cónyuge vilipendiado o un pariente lejano no se apoderara de ella.

Los tipos con menos escrúpulos pueden utilizar el arte para mover, ocultar o blanquear dinero: dado lo fungible y subjetivo que puede ser el precio de un cuadro, es inevitable que los delincuentes se aprovechen. Un capo de la mafia o un narcotraficante podrían transferir una gran cantidad de dinero a un colaborador "vendiendo" una obra de arte con un importante sobreprecio y presentando después una factura para legitimar la venta. Colocar montones de dinero en efectivo en un cuadro de gran valor, y luego ocultarlo, es también una forma de *sacar* dinero de una industria sucia como la minería ilícita y colocarlo en un activo anónimo que puede pagarse en efectivo y mantiene su valor.

Sin embargo, para que cualquiera de estas transacciones financieras sea sostenible, el arte en sí debe mantenerse seguro y protegido de miradas indiscretas, por ejemplo, en un puerto franco. "Las obras compradas por fondos y comerciantes de arte, e incluso por coleccionistas, podrían permanecer tranquilamente en las cámaras acorazadas, con la esperanza de acumular valor hasta que llegara el momento adecuado para venderlas", escribe Georgina Adam. Los operadores de los puertos francos y los especuladores se alimentan mutuamente: cuanto más arte hay en un puerto franco, más turbio es

el mercado; cuanto más salvaje es la especulación, más arte hay en el puerto franco.

Y había otra ventaja, al menos en Ginebra. En un momento en que cada vez era más complicado (o al menos caro) buscar refugio fiscal a través de cuentas suizas numeradas, el puerto franco servía de puerta trasera a la ciudad refugio: las normas internacionales de transparencia que obligan a bancos, fondos y otras instituciones financieras a compartir automáticamente la información de sus clientes no se aplicaban a los almacenes.

La antropóloga económica Oddný Helgadóttir conjetura que el puerto franco de Ginebra evolucionó como una forma de que los suizos acomodaran el capital cambiante. Como señaló el Parlamento Europeo en un informe de 2018, debido al aumento de la regulación bancaria, "las personas con grandes patrimonios han empezado a buscar alternativas y muchas han sustituido el "dinero de sus cuentas bancarias" por bienes de sustitución como arte, diamantes, antigüedades, vino o billetes de banco." Para frenar los abusos, muchos países, entre ellos Suiza, exigen ahora a los marchantes de arte -tanto si operan fuera del puerto franco como si no- que cumplan las normas de "conozca a su cliente" y lleven a cabo la diligencia debida sobre las personas con las que tratan. Pero Helgadóttir sugiere que la preocupación del gobierno por definir con precisión lo que es estrictamente ilegal acaba desinfectando lo que sólo es técnicamente legal. Los puertos francos, señala, "han surgido como nuevos actores en un ecosistema global de evasión fiscal complejo, integrado y en constante evolución que tiene lugar en espacios normativos especialmente diseñados."

Cuando las normas benefician a los ricos, éstos no tienen por qué saltárselas.

- - -

Bouvier hizo balance de estos cambios en el mercado desde la entrada del servicio. No tardó mucho en decidirse a entrar en el juego. Ya tenía el acceso y los contactos, y estaba en proceso de adquirir un sofisticado conocimiento de los cuadros, los precios y las personas.

"No soy más tonto que nadie", me dijo. "Vi a los marchantes de arte. Me di cuenta de que en una transacción ganaban más que yo en todo el año con mi empresa de transporte de cien empleados."

Pero el asunto se puso mucho más interesante cuando Bouvier se relacionó con el hombre al que más tarde apodaría su "adversario": Dmitry Yevgenyevich Rybolovlev.

Rybolovlev era, y sigue siendo, uno de los hombres más ricos del mundo. Compró (y luego revendió) una finca en Florida que una vez fue propiedad de Donald Trump, y posee una participación mayoritaria en el principal club de fútbol de Mónaco y en toda la isla griega de Skorpios. En 2020, *Forbes* cifró su patrimonio neto en 6.700 millones de dólares. En 2011, dejó Ginebra por Mónaco, que tiene mejor clima y mejores impuestos, es decir, ninguno.

Rybolovlev no venía de muy lejos. Nacido en 1966, creció en la región soviética de Perm, cerca de los Urales. Se formó para ser médico, pero se hizo rico invirtiendo en fertilizantes potásicos y acabó teniendo una participación mayoritaria en una empresa llamada Uralkali. Era una época sucia, fea y violenta para dedicarse al negocio de los minerales. Uralkali se dedicaba esencialmente a despojar a su patria de sus partes y venderlas en las bolsas internacionales de materias primas. En 1995, Rybolovlev trasladó a su mujer e hija y al menos parte de sus activos a Ginebra, uniéndose a una larga lista de rusos en la ciudad que podrían llamar Calvingrado.

Mijaíl Bakunin, el famoso líder anarquista ruso, vivió en Ginebra en la década de 1860 y pasó gran parte de su tiempo radicalizando a los artesanos relojeros en un enclave anarquista de las montañas del Jura. A principios del siglo XX, Vladimir Lenin también visitó Ginebra. Allí planeó la Revolución de Octubre, escribió libros en la sala de lectura de la biblioteca pública y cenó en una brasserie local, el Landolt, donde bolcheviques y mencheviques exiliados se enzarzaron en una pelea.

La llegada de los rusos contemporáneos es diferente. La influencia de *los nuevos rusos* es ineludible: en los escaparates de las tiendas, donde Gucci y Prada exhiben sus estilos para atraer a los gustos más extravagantes; en las salas de caviar y vodka que han aparecido en el casco antiguo; en los fragmentos de conversación que se escuchan sobre las campanas de San Pedro; y en Cologny, un elegante

municipio a un par de kilómetros del centro de la ciudad, donde las casas de lujo parecen estar vacías durante gran parte del año.

Rybolovlev pertenecía a esta clase. A los pocos años de su llegada, compró una propiedad e hizo planes grandiosos para convertirla en un extenso complejo inspirado en el Petit Trianon, el amado palacio de María Antonieta. La casa ya contaba con alcobas especiales para colgar cuadros; los anteriores propietarios habían expuesto un Chagall, y eso parecía algo bonito para volver a colgar allí. Según Alexandra Bregman, los Rybolovlev habían desarrollado un gusto por el arte y la cultura en Perm, y estaban deseosos de congraciarse con la sociedad ginebrina. Una envidiable colección de arte era una forma obvia y elegante de entrar.

Y así, según los abogados de Rybolovlev, es como el oligarca acabó fuera del *puerto franco de Ginebra* una tarde de agosto de 2002, paseándose de un lado a otro aparentemente angustiado.

Según Bouvier, fue entonces cuando se encontró con su futuro cliente, gritando al teléfono móvil, furioso por no haber recibido un certificado que probara la autenticidad *de Le Grand Cirque* de Chagall, el cuadro aparentemente destinado a su salón. Viendo la oportunidad, el ginebrino se presentó y le dijo al ruso que podría ayudarle a encontrar el documento.

Rybolovlev, sin embargo, ha afirmado que su encuentro con Bouvier tuvo lugar otro día, y que no fue un encuentro casual, sino concertado previamente por un intermediario de que le ayudaba a conseguir su cuadro. En la reunión, según Rybolovlev, Bouvier se ofreció a encontrarle el certificado a través de su red. Lo hizo, y eso impresionó al ruso.

Un juicio posterior confirmó que el encuentro inicial no había sido casual. De hecho, Bouvier era el propietario efectivo de la empresa a la que Rybolovlev había comprado el Chagall. Como intermediario, lo sabía todo sobre cómo se compraba y vendía, y había tenido acceso al certificado todo el tiempo. Rybolovlev, sin saberlo, quedó impresionado por la inventiva de su interlocutor y empezó a recurrir a él para que le ayudara a identificar, negociar, comprar y almacenar obras de arte. Rybolovlev dijo más tarde que pensaba que Bouvier había actuado como un simple agente, haciendo su puja en el turbio mercado del arte. Bouvier concebía su papel de otra manera; en su

opinión, no estaba impedido de comprar y vender obras de arte para que llegaran a manos de su cliente. Entre su encuentro inicial y 2014, Bouvier recurrió a su profunda red de transportistas, marchantes, compradores y vendedores para encontrar a Dimitry Rybolovlev treinta y ocho importantes obras de arte, así como antigüedades y muebles, por un valor total del lote de 2.000 millones de dólares. La colección incluía un desnudo de Modigliani que había pertenecido al financiero Steven Cohen (93,5 millones de dólares), un Klimt que los nazis habían confiscado durante la Segunda Guerra Mundial (183,8 millones de dólares) y un cuadro "perdido" de da Vinci titulado *Salvator Mundi*, o "Salvador del mundo", que costó a Rybolovlev 127,5 millones de dólares.

Todas las obras "pertenecían" oficialmente a una red de empresas vinculadas a Rybolovlev, pero registradas en Chipre y las Islas Vírgenes Británicas con el tipo de nombres inanes e inocuos preferidos por los contables que se aferran a las palabras: Treehouse, Jolly Times.

No está del todo claro cuánto pudo admirar Rybolovlev sus cuadros, al menos en las paredes de su salón. Muchos de sus tesoros, entre ellos el *nº 6* de Rothko y el *Mosquetero con pipa* de Picasso, "vivieron" en el espacio alquilado por Bouvier en el puerto franco de Ginebra y, más tarde, en una instalación hermana en Singapur, antes de llegar a Chipre. Bouvier, por su parte, realizó sus ventas a través de su propia maraña de jurisdicciones de fiscalidad cero, entre ellas Singapur, las Islas Vírgenes Británicas y Hong Kong.

Con Rybolovlev, al igual que con sus otros clientes, era natural que Bouvier cobrara honorarios, aunque no siempre firmaban contratos formales y más tarde discreparían en voz alta y públicamente sobre la cuantía que debería haber cobrado Bouvier. Hasta que llegó ese día, el acuerdo les convenía a ambos. Rybolovlev obtuvo su colección y, con ella, un billete expedito a las más altas esferas de la sociedad suiza. Bouvier pudo acompañar a sus clientes en primera clase o, mejor aún, en avión privado. Construyó su propia colección, centrándose en obras contemporáneas de diseñadores y arquitectos industriales y de mobiliario, como el británico israelí Ron Arad, los brasileños Hermanos Campana, el italiano Ettore Sottsass y la francesa Charlotte Perriand, que colaboró con Le Corbusier en su famosa tumbona serpentina. Junto a estos favoritos, adquirió piezas más caras y de

moda, "que no me quedé para mí", recuerda.

A medida que su estrella ascendía, Bouvier abandonó la discreción ginebrina que tan bien le había servido como cargador. Tiró el dinero en empresas de negocios tal vez mejor descrito como experimental: Agricultura angoleña, helicópteros de alta tecnología, bebidas energéticas. Se aficionó a la vela y a los caballos. Y, financiado por el dinero que ganaba comprando y vendiendo arte, Bouvier se propuso expandir su imperio de cubos blancos y cajas negras. Un puerto franco en cada puerto.

- - -

La ciudad-estado de Singapur fue el primer objetivo de Bouvier. Me dijo que llevaba viviendo allí desde 2009 por los impuestos, y enseguida le encantó lo eficiente que era todo. "Puedes abrir una cuenta bancaria y tener un talonario de cheques el mismo día, ni siquiera estoy bromeando", comentó. No es de extrañar que los financieros se refieran a ella como "la nueva Suiza". (El paradero exacto de Bouvier fue, de hecho, objeto de debate: la autoridad fiscal suiza alegó en una demanda de 2017 que su domicilio asiático era ficticio, lo que le puso en un aprieto por 360 millones de dólares en impuestos suizos no pagados).

Para un profano, ser "la Suiza de Asia" podría significar una localidad que presume de un gobierno estable, una tradición (confuciana si no calvinista) de trabajo duro, servicio militar obligatorio y una pasión fervorosa por seguir -y escribir- reglas. Pero lea entre líneas e identificará un hilo conductor diferente: Singapur, como Suiza, ha hecho su fortuna, partiendo de casi nada, haciéndose indispensable para el capital mundial. Para Bouvier, podría haber habido un elemento añadido de intriga: Singapur había dejado su huella en el mundo no como nación independiente, sino como puerto franco británico.

Singapur, fundada en 1819 por Sir Stamford Raffles como puesto comercial de la Compañía Británica de las Indias Orientales, la sociedad anónima que controlaba el Imperio Británico en el subcontinente, era una ciudad de mala muerte con una población analfabeta en el estrecho de Malaca. Los británicos se habían instalado

en Singapur para debilitar a los holandeses, cuyo control de los puertos indonesios les daba una influencia desmesurada en las redes comerciales del sudeste asiático.

A esas alturas, los puertos francos eran un concepto bien conocido -los imperios británico, francés, español, holandés y danés los tenían y los utilizaban-, por lo que era natural que Raffles siguiera su ejemplo cuando los británicos se adentraron en Asia Oriental.

"El libre comercio, siguiendo el dictado de Adam Smith, se convertiría en una firma para Singapur, muy inusual en aquella época en cualquier tradición marítima", escribe el historiador John Curtis Perry en su apreciación de la ciudad-estado. "La colonia demostraría ser un potente ejemplo de lo que la empresa privada podía hacer sin restricciones paralizantes y con una inversión mínima de recursos públicos".

Históricamente, los puertos francos como Singapur y sus homólogos en Asia y el Caribe permitían a potencias imperiales como Gran Bretaña tenerlo todo. Todo formaba parte de una danza incómoda que hacía que el pluralismo y el libre intercambio fueran más aceptables en un entorno económico esencialmente mercantilista. En términos contemporáneos, podríamos caracterizarlo como un intento de reconciliar nacionalismo y globalismo.

El llamamiento de Raffles al altar del libre comercio dio sus frutos: pocos años después de su primera visita a la isla, observó el aumento de grandes barcos atracados en el profundo puerto de Singapur, con banderas de todo el mundo. Su número no haría más que crecer en las décadas posteriores al Canal de Suez, que abrió el camino al comercio transcontinental.

En 1867, los británicos designaron a Singapur colonia de la Corona, junto con Malaca y Penang. En 1938 abrieron allí una base naval, que estuvo operativa hasta que el ejército japonés se apoderó de la isla durante la Segunda Guerra Mundial. Tras dos décadas bajo dominio británico, y luego malayo, Singapur obtuvo la plena independencia y el ingreso en la ONU en 1965. Dirigido por un abogado educado en Cambridge llamado Lee Kuan Yew y armado con poco más que la bandera a la espalda y un valioso emplazamiento, el país redibujó las líneas entre comercio y nación en el lapso de una generación y, según cuenta la historia, pasó de ser un humilde "pueblo de pescadores" a

una metrópolis resplandeciente.

Los visitantes comentan que Singapur parece un país dirigido por consultores de gestión (una visión algo más amable que la de "Disneylandia con pena de muerte" del autor de ciencia ficción William Gibson). Es deliberado. La innovación de Lee consistió en desplegar el privilegio soberano de aprobar leyes y construir infraestructuras -lo que nosotros consideramos proyectos públicos, con el civismo y el bien común en mente- en planes de desarrollo económico para atraer a las empresas, personas e industrias más ricas del extranjero. Lee no albergaba visiones halagüeñas de la libertad individual y la democracia directa. Quería ganar, y no tenía mucho con lo que trabajar.

Lee empezó ofreciendo incentivos fiscales y laborales a las empresas industriales y manufactureras extranjeras que buscaban mano de obra barata y competente. Acogió en el profundo y protegido puerto de Singapur a empresas navieras que se lanzaban a la contenedorización y a compañías petroleras que buscaban un lugar donde refinar petróleo. Su Partido de Acción Popular (que aún no ha perdido unas elecciones) abrió una bolsa de valores y creó la Autoridad Monetaria de Singapur, que actuaba como banco central y regulador financiero del país.

La ciudad dio un gran impulso para convertirse en un centro financiero internacional a través de la liberalización y la desregulación; en la década de 1980, era sinónimo de impuestos bajos, papeleo simplificado y una cultura (o, de hecho, un culto) que daba prioridad a las empresas. Llegaron gestores de activos, operadores de divisas, compañías de seguros y nuevas empresas de tecnología financiera. También lo hicieron millonarios y multimillonarios.

Territorialmente hablando, Singapur era (y es) más pequeño que Fiyi. Pero la masa terrestre no es el destino. Para dar cabida a los recién llegados, la ciudad ha ampliado su enclenque territorio en un 22% desde la década de 1960, recuperando acres de tierra del mar. También ha arrendado recientemente terrenos agrícolas que duplican su extensión en otros países, como Australia, China e Indonesia, lo que demuestra que las fronteras entre "aquí" y "allí" son difusas.

Sin embargo, Singapur no es un ejemplo de la ortodoxia del libre mercado. Cuatro quintas partes de su población viven en

apartamentos construidos por el Estado, y éste desempeña un papel activo financiando estudios en el extranjero, fomentando las familias numerosas y desalentando el "singlish" local en favor del inglés del Rey. Estos controles ayudan a la gente a salir adelante en medio de una enorme desigualdad económica. Forjan la identidad nacional, aunque el singlish, para disgusto del Estado, está ahí para quedarse. Esta cuidadosa planificación también ha contribuido a que el país, su población y su industria sean más "competitivos" a escala mundial, con resultados asombrosos: El emprendimiento soberano de Singapur ha elevado el nivel de vida de su población en órdenes de magnitud, y ha superado a Tokio, Londres y Hong Kong en PIB per cápita desde 2015.

Lee Kuan Yew fue franco sobre la naturaleza de perro-come-perro de su batalla. "Cuando empecé, la cuestión era cómo podía Singapur ganarse la vida frente a vecinos que tienen más recursos naturales, humanos y mayor espacio", dijo una vez. "¿Cómo diferenciarnos de ellos? Ellos no tienen sistemas limpios; nosotros los tenemos limpios. Su estado de derecho es torpe; nosotros nos atenemos a la ley. Una vez que llegamos a un acuerdo o tomamos una decisión, nos atenemos a ella. Somos fiables y creíbles para los inversores. Infraestructura de categoría mundial, personal de apoyo de categoría mundial, todos educados en inglés. Buenas comunicaciones por aire, por mar, por cable, por satélite y, ahora, por Internet".

Esta filosofía oportunista ayudó a la ciudad-estado a encabezar las clasificaciones internacionales de , como el Índice de Facilidad para Hacer Negocios del Banco Mundial, que premia a los países con poca corrupción, regulación relajada, impuestos bajos y adhesión al "Estado de Derecho". También era ideal para superar a otros Estados cuando sus normativas se volvían más onerosas.

Cuando Suiza empezó a endurecer algunas de sus normas bancarias con el cambio de milenio, Singapur se apresuró a acoger a los bancos internacionales que buscaban una jurisdicción más amistosa y secreta (¡pero respetable!) para operar. En la primera década de este siglo, el número de bancos privados en la ciudad-estado se duplicó con creces. La Autoridad Monetaria de Singapur calcula que el volumen total de activos gestionados desde la ciudad alcanzó los 900.000 millones de dólares en 2009, la cifra más alta de Asia.

Citando a Lee una vez más: "En un mundo donde los peces grandes se comen a los pequeños, y los pequeños a los camarones, Singapur debe convertirse en un camarón venenoso".

Singapur tenía hambre, y el almacén de Yves Bouvier -y el "centro" de arte que prometió que vendría con él- era un cebo vivo. Con dinero para invertir y una lista de clientes en expansión, Bouvier se reunió con la Junta de Desarrollo Económico de Singapur, que, recuerda Bouvier, hizo que conseguir las aprobaciones para su instalación (de nuevo) fuera "muy, muy eficiente". Junto con algunos compatriotas europeos, hizo planes para construir una pequeña Suiza: el arquitecto, el ingeniero y los expertos en seguridad que contrataron para trabajar en el puerto franco eran todos de su país.

Para entonces, había cosas que ya no se podían hacer en la Suiza real. Tras los escándalos de antigüedades de los años noventa, el país había revisado sus leyes aduaneras para evitar futuras situaciones embarazosas (las normas no se aplicaban con carácter retroactivo). Anteriormente, su puerto franco había sido formalmente extraterritorial, legalmente suspendido en lugar y tiempo entre la ciudad, el país y el mundo. A partir de 2007, fue despojado de su extraterritorialidad y dotado de agentes de aduanas suizos in situ, que no inspeccionaban todos y cada uno de los artículos, pero que en teoría tenían potestad para hacerlo.

En 2005, Suiza también suscribió la Convención de 1970 de la UNESCO, que prohíbe el comercio de bienes culturales obtenidos ilegalmente. Por ello, es ilegal comerciar con estos bienes en territorio suizo, ya sea en el puerto franco de o fuera de él. Los objetos arqueológicos ya no podían almacenarse en el puerto franco sin documentación que acreditara su origen, y las fuerzas del orden tenían derecho a inspeccionarlos en cualquier momento. Singapur, sin embargo, había optado convenientemente por no firmar el tratado de la UNESCO.

"Cuando vas a un banco y alquilas una caja fuerte, nadie sabe lo que hay dentro. Aquí es lo mismo", dijo Alain Vandenborre, uno de los socios comerciales de Bouvier en Singapur, en una entrevista de 2010 con *The Wall Street Journal* sobre las instalaciones de Singapur. "Sólo tienen que dar un código que indica la amplia naturaleza del artículo: oro, vino o un cuadro. No hay valor, ni propiedad, ni lista de

inventario: todos los detalles son confidenciales. Ofrecemos más confidencialidad que Ginebra".

Otra ventaja fueron las subvenciones de organismos públicos. El Consejo Nacional de las Artes y el Consejo del Patrimonio Nacional de Singapur tenían cada uno un 5% de participación en la empresa cuando se inauguró el museo. Esto complementó los esfuerzos de Bouvier por financiar la construcción de la instalación con su propio dinero, inversores externos y préstamos.

En 2010, una estructura similar a una fortaleza se erigió junto al aeropuerto internacional de la ciudad, con la esperanza de servir al creciente mercado del arte chino, "pero también al indio, malayo, indonesio, japonés, coreano, a todo el mundo", dijo Bouvier a Reuters en aquel momento. Costó 100 millones de dólares.

El puerto franco abrió sus puertas con el compromiso de la casa de subastas Christie's de alquilar una superficie inicial de 64.500 metros cuadrados, a la que seguirían otras. Dimitry Rybolovlev, que con la ayuda de Bouvier había adquirido una de las colecciones más importantes del mundo, trasladó gran parte de ella desde Ginebra "en un intento de aislarla de posibles embargos u órdenes de división", según explicaba un expediente judicial. Rybolovlev se había encontrado en el lado equivocado de la ley rusa después de que se abriera un gigantesco socavón en una mina de Uralkali, lo que dio al gobierno la oportunidad de hacerse con el control de la empresa. (Además, se había separado de su mujer, Elena, y quizá hubiera preferido que ella no supiera lo que escondía ni dónde. Era más seguro poner sus cuadros en un lugar con controles biométricos en la puerta.

Bouvier participó en la planificación de todo lo que había en el nuevo puerto franco, desde los pomos de las puertas hasta el sistema de calefacción, ventilación y aire acondicionado. Le gustaba especialmente exponer a artistas que amaba y coleccionaba en las zonas comunes (si se pueden llamar así) del puerto franco. Llegó incluso a encargar una escultura a Ron Arad con ese fin. Una obra gigantesca compuesta de barras de acero brillante dobladas en forma elíptica, que pretendía representar un arca, pero que parecía más bien la entrada de un fondo de cobertura en Saturno. El artista la tituló *Cage sans Frontières*: una jaula sin fronteras.

- - -

Bouvier se fijó en Luxemburgo. Este pequeño Estado -el último gran ducado que queda en el mundo- era, de todos los países de la UE, el más atractivo para su tipo de negocio. Desde la década de 1930, Luxemburgo se había hecho un nombre como lugar de destino de fondos de inversión, así como de pequeños clientes reacios a pagar impuestos, conocidos coloquialmente como "dentistas belgas". Al igual que Suiza y Singapur, la capacidad legislativa de Luxemburgo está orientada a facilitar la vida a las grandes empresas y a los ultrarricos. (Como veremos más adelante en este libro, Luxemburgo incluso envió este modelo de negocio al espacio exterior).

Uno de los inconvenientes de la sede luxemburguesa de Le Freeport era que tenía que cumplir las normas de transparencia de la Unión Europea: había que revelar el propietario real (o "beneficiario efectivo") de cualquier activo de más de 10.000 dólares. Pero con Singapur de por medio, no importaba mucho. Había opciones para todo tipo de clientes.

En Luxemburgo, Bouvier trabajó con Deloitte, la consultora de gestión. Como uno de los mayores empleadores privados del país, Deloitte había estado asesorando al gobierno sobre cómo capitalizar el auge de la inversión en arte desde principios de la década de 2000, así que para Bouvier tenía sentido contratarlos. "No los necesitaba en Singapur, pero es un rito en Luxemburgo", me explicó en su despacho. "Podría explicar lo que quiero [al gobierno de], pero si es alguien de una de las Cinco Grandes [contables], tranquiliza a la gente".

Durante al menos un siglo, intermediarios como Deloitte han ayudado a los países a desviar su capacidad legislativa y de gobierno -el poder de regular la industria, naturalizar a los ciudadanos y proteger sus fronteras- en beneficio de intereses privados. Así es como se fabrica el globo oculto: pieza a pieza, agujero a agujero. Cuando Puerto Rico adoptó su régimen de industrialización evasiva de impuestos en la década de 1950, lo hizo a instancias de la consultora estadounidense Arthur D. Little, a la que nos referiremos en el próximo capítulo. Cuando las naciones de San Cristóbal y Nieves y, más tarde, Malta decidieron vender su ciudadanía a extranjeros ricos, una empresa llamada Henley & Partners comercializó su pasaporte en todo el mundo. Y cuando Liberia empezó a vender banderas de

conveniencia a los barcos que buscaban controles laxos en alta mar, su código marítimo fue redactado por un abogado estadounidense, no por un cargo electo local.

La creación de un pedazo de territorio nacional donde los ricos puedan esconder sus obras de arte no es tan diferente de este tipo de empresas. Gracias a las presiones de Deloitte, en 2011 la filial europea de Bouvier, Le Freeport, obtuvo una concesión a medida inscrita en la legislación aduanera luxemburguesa, que permite el comercio dentro de sus límites. La empresa también consiguió un inmueble situado a escasos metros del aeropuerto internacional y el compromiso del banco central del país de trasladar sus reservas de oro del Banco de Inglaterra a las instalaciones.

En 2014, la fortaleza neobrutalista se inauguró a bombo y platillo. La noche de la inauguración fue digna de una exposición de museo, y lo fue, salvo por la ausencia de arte. Camareros con uniformes rojos sirvieron bandejas de champán. Una orquesta tocó una obertura titulada *Freeport*, encargada especialmente para la ocasión, para un público que incluía al Gran Duque de Luxemburgo. Lirios blancos decoraban el cavernoso vestíbulo, iluminado por una instalación halógena de la artista estadounidense Johanna Grawunder, con retratos en la pared del grafitero portugués Vhils.

"El atrio del puerto franco de Luxemburgo se ha convertido en otra puesta en escena de los hiperricos del mundo, cuya riqueza ha seguido acumulándose a buen ritmo incluso en medio del estancamiento y la crisis económica mundial", observa Samuel Weeks, antropólogo de la Universidad Thomas Jefferson que lleva años estudiando las costumbres empresariales luxemburguesas. "No es que el mundo del arte haya aparecido de repente en este pequeño Gran Ducado", prosigue, "sino más bien que la "cultura del arte" global ha llegado a parecerse a algunas de las actividades más cuestionables que se encuentran desde hace tiempo en el centro financiero offshore de Luxemburgo."

En la cúspide de su carrera en el mundo del arte, Yves Bouvier se había situado en el punto muerto de este deslumbrante nuevo mundo offshore: entre Ginebra, Singapur y Luxemburgo, había creado una red de Estados dentro de los Estados, microjurisdicciones que se comercializaban como espacios secretos para los ultrarricos,

beneficiándose y ocultándose a la vez de los estatutos de cualquier nación. Y ya estaba planeando más.

Según Bouvier, Rybolovlev y él habían hablado de colaborar en la construcción de un puerto franco en Mónaco, pero dejaron de hacerlo cuando el gobierno local decidió construir el suyo propio. También habían hablado de establecer un puesto avanzado en Vladivostok. En 2014, Vladimir Putin declaró sus intenciones de convertir esa ciudad en un centro de comercio con Asia Oriental. A raíz de las sanciones occidentales a Rusia por su anexión de Crimea, un almacén ultraseguro libre de impuestos, al estilo de Singapur, podría ser un lugar ideal donde el comercio en especie de oro, gemas y otras materias primas podría evitar por completo cruzar los bancos occidentales y el dólar estadounidense. Como mínimo, el almacén podría competir con las instalaciones europeas y singapurenses por los clientes asiáticos y rusos, cada vez más interesados en la perspectiva de coleccionar arte. Las conversaciones culminaron en una reunión prevista en el puerto franco de Singapur en mayo de 2016, facilitada por un diplomático luxemburgués y el entonces director general de Le Freeport Luxembourg, David Arendt, que nunca llegó a materializarse.

Antes de la llegada de Bouvier a la escena, había muchas formas de que los ricos evadieran impuestos y muchos lugares donde guardar sus cuadros de forma segura. La salsa especial de Bouvier consistía en hacer que la gente se sintiera segura, envuelta en múltiples capas de garantías. "No se puede correr ningún riesgo cuando se trata de patrimonio cultural", afirma. "Los clientes tienen que poder comer del suelo, como decimos en Suiza.

"Me dije a mí mismo que en estos sitios tienes que sentir que no estás en un almacén, sino en otro lugar", prosiguió.

En este mundo enrarecido, nadie necesita tocar el suelo.

- - -

Resulta apropiado que los primeros rumores de traición comenzaran en las profundidades de las cámaras acorazadas de Geneva Freeport, cuando Rybolovlev retiró discretamente algunos de sus cuadros de las instalaciones arrendadas a Bouvier a principios de 2015 y los transportó a Chipre. Bouvier supuso que se debía al divorcio; en 2014,

la relación de Rybolovlev con Elena, ahora su exmujer, se había agriado hasta el punto de que el oligarca la acusó falsamente de robar un anillo de diamantes, lo que llevó a su detención en Chipre. (Bouvier puso de su parte induciéndola a visitarla: le dijo que había descubierto un alijo de obras de arte en un almacén que ella podría añadir a la cuenta en su acuerdo). Los cargos no prosperaron; Elena presentó el recibo del anillo, y la ex pareja acabó limando sus diferencias para llegar a un acuerdo "amistoso".

Fue Bouvier quien se encontró ahora en el extremo receptor de la ira del ruso.

En un viaje a la isla de San Bartolomé, Rybolovlev se enteró por un asesor de arte neoyorquino de que un desnudo de Modigliani que Bouvier le había vendido por 118 millones de dólares había costado en realidad sólo 93,5 millones. Esto situaba la parte de Bouvier en 24,5 millones de dólares, muchas veces más de lo que Rybolovlev afirmaba haber acordado. Esta revelación llevó a Rybolovlev a examinar las treinta y ocho obras que había comprado a Bouvier a lo largo de una docena de años y a concluir que le habían estafado mil millones de dólares, es decir, la mitad de lo que le habían costado.

El ruso demandó, por supuesto: por presunto fraude, blanqueo de dinero y abuso de confianza. Bouvier había sido contratado como agente para ayudar a Rybolovlev a crear una colección ( ), pero actuó indebida y secretamente como marchante, comprando obras de arte y vendiéndoselas a Rybolovlev a un precio más alto. Y Rybolovlev buscó su venganza muchas veces: presentando cargos contra Bouvier que hicieron que fuera detenido en Mónaco al año siguiente; convenciendo a un tribunal de Singapur para que congelara brevemente los activos de Bouvier en todo el mundo con una orden judicial Mareva, el "arma nuclear" de los litigios civiles; poniéndole a la defensiva en un juicio por fraude en Nueva York, en un caso en Ginebra sobre sus obligaciones fiduciarias, y en Hong Kong, donde estaban registradas algunas de los cientos de empresas de Bouvier. La casa de subastas Sotheby's fue demandada en un caso relacionado en 2018 por su presunto papel en ayudar a Bouvier a comprar y vender pinturas a un precio inflado (Bouvier trabajó con Sotheby's en unas ochocientas transacciones entre 2005 y 2015). Un jurado falló a favor de la casa de subastas a principios de 2024. Un portavoz de Rybolovlev dijo que, no

obstante, el caso "logró nuestro objetivo de arrojar luz sobre la falta de transparencia que plaga el mercado del arte" y "pone de relieve la necesidad de reformas, que deben hacerse fuera de la sala del tribunal."

Bouvier nunca negó que se llevara grandes márgenes. Afirmaba que estaba dentro de su mandato y que era lo razonable; nadie más tenía su acceso, sus contactos, sus artimañas. Antes de llegar a un acuerdo global con Rybolovlev, a Bouvier le gustaba recordar al mundo, una y otra vez, que ninguna de estas demandas había dado lugar a una acusación; que en Mónaco, de hecho, era Rybolovlev quien estaba siendo investigado, por tráfico de influencias y corrupción. (Las autoridades monegascas no han dicho si el caso contra Rybolovlev seguirá adelante, aunque Bouvier, personalmente, ha retirado su denuncia. A través de un portavoz, Rybolovlev mantuvo su inocencia).

Incluso hay pruebas de que Bouvier jugó con la oscuridad del mercado del arte a favor de su cliente. Bouvier adquirió inicialmente *Salvator Mundi* por 83 millones de dólares antes de vendérselo a Rybolovlev por 127,5 millones; en 2017, se vendió por 450 millones, el precio de subasta más alto registrado por un cuadro.

Al final, ninguno de los cargos prosperó. Una a una, las causas penales contra él fueron abandonadas o resueltas en todo el mundo, hasta que en noviembre de 2023, se retiró la última de las demandas de Rybolovlev, y el fiscal de Ginebra anunció que la saga había terminado por fin. Los hombres habían terminado de luchar. No se hicieron públicos más detalles. "Las partes han llegado a un acuerdo confidencial sobre todos los litigios que les enfrentaban en diversas jurisdicciones. No tienen nada que reclamarse mutuamente y se abstendrán de hacer comentarios sobre sus disputas pasadas", declaró un portavoz de Rybolovlev.

Aun así, Bouvier no ganó exactamente. En 2017, vendió su participación en el puerto franco de Ginebra por una suma no revelada, aunque siguió haciendo negocios con clientes allí. En 2022, Bouvier vendió el puerto franco de Singapur a un multimillonario chino de la criptomoneda por 28 millones de dólares, menos de la mitad de su valor inicial. También cedió el control de las instalaciones de Luxemburgo, rebautizadas como Luxembourg High Security Hub, en 2023.

A medida que los hombres avanzaban, era difícil no leer el asunto como una especie de drama de caracteres nacionales en competencia. Rybolovlev, que hizo fortuna con la moda postsoviética de manual, había trasladado a su familia a Ginebra en busca de la estabilidad, el secretismo y el estatus por los que era conocida. Para Rybolovlev, Bouvier debía representar algo más que un tipo que sabía de arte. Él *era* Ginebra.

Bouvier ayudó al ruso a convertir la riqueza que había extraído de la tierra en un tipo de fortuna más abstracta: obras de arte de valor imaginario sujetas a una telaraña de nombres, números y direcciones de todo el mundo. Una vez que convirtió en incalculable el lucro del ruso, Bouvier lo hizo incalculable.

Quizá el error de Bouvier no fuera la codicia, sino la falta de discreción. En todas sus peregrinaciones, había olvidado de dónde venía.

- - -

Nunca me había sentido tan atraída por Ginebra como cuando era básicamente imposible ir allí: con un bebé, en medio de una pandemia mundial, a meses de la primera vacuna y con una escala en el camino. Fue entonces, creo, cuando Ginebra empezó a sentirse como en casa, como un lugar real. En contra de las recomendaciones de pandemia , en octubre de 2020 volé de Nueva York a Ginebra para ver a mi madre.

La noche que salimos de Newark sólo había unos pocos viajeros pululando por la terminal, y el aire se sentía plano, sin el trasfondo de prisas y expectación. Las tiendas libres de impuestos estaban cerradas, incluso la tienda de ultramarinos. Cuando llegamos al día siguiente por la tarde, un agente de aduanas nos ordenó permanecer en cuarentena durante diez días. Pero una semana después, no pude resistirme a hacer una excepción: asistir a una lectura en una librería de Ginebra de un periodista suizo llamado Antoine Harari, que llevaba desde 2019 informando sobre la contienda de Yves Bouvier. Fue allí donde me encontré por primera vez con Bouvier en carne y hueso.

Prácticamente mareado por la novedad de una excursión, tomé asiento en una hilera de sillas plegables de plástico.

"Buenas noches, y gracias a todos por venir", dijo el editor y coautor de Harari, Serge Michel, en francés. "Hoy estamos aliviados, ya que el plazo de prescripción para una demanda ha pasado desde que el libro salió hace tres meses, y no hemos sido demandados", continuó. "Pero también estamos un poco tensos".

Hizo una pausa. "Vemos que hay partes interesadas y sus abogados entre el público".

La presión en la sala se disparó. Los espectadores hacían muecas detrás de sus máscaras. Fue entonces cuando me di cuenta de que dos de los tres hombres sentados en la fila anterior a la mía tenían ordenadores portátiles abiertos, y que uno de ellos estaba tecleando un documento de Word que parecía una demanda judicial. A su izquierda se sentaba un hombre espigado y canoso que vestía vaqueros, un jersey azul de cuello alto, una bufanda azul de cachemira y zapatillas On Cloud: el uniforme de diario de los moderadamente ricos, pero no obscenamente ricos.

Era Yves Bouvier. Y tenía comentarios, no preguntas.

"Le conseguí cuatro Modiglianis. Hay diez en el mundo. Dos están en manos de fundaciones y no están a la venta; el resto se los mostré físicamente en persona", intervino en la primera oportunidad que tuvo, después de que Harari y Michel hubieran presentado en su libro y el conflicto que lo inspiró. "¡Encuéntrenme otra persona en el mundo que pueda hacer eso!".

Harari se tambaleó un poco, se recompuso y continuó hablando de los márgenes de beneficio que Bouvier había sacado a los cuadros con los que había negociado. Se refirió a la calidad de "vendedor de coches usados" de Bouvier y al tamaño del equipo jurídico -no menos de veintisiete abogados en una habitación de hotel, trabajando por miles de francos suizos la hora- que había contratado para defenderse de los litigios de Rybolovlev.

"Me atacaron en Mónaco, Singapur, me atacaron en Hong Kong, me atacaron en Londres, en Nueva York, en Luxemburgo y me atacaron en Liechtenstein", espetó Bouvier. "No me reproche que tenga veintisiete abogados para defenderme. No fue mi elección".

Fue una escena incómoda. Pero también divertida. Mientras Bouvier se retorcía, rodeado de abogados, Harari habló de los conflictos (aún no resueltos) de Bouvier con Rybolovlev, así como de

los intentos más recientes de Bouvier de emprender. "Es increíble que alguien tan ágil, tan inteligente, hiciera un desastre tan espectacular", dijo Harari, refiriéndose a las inversiones de Bouvier en bebidas energéticas, helicópteros y propiedades inmobiliarias.

La sesión de preguntas y respuestas que siguió también fue secuestrada por el entorno de Bouvier. Preguntaron por qué Harari había utilizado fuentes anónimas y por qué, de los diez capítulos de su libro, cuatro eran exclusivamente sobre Bouvier y ninguno sobre Rybolovlev.

"Creo que un aspecto en el que has tenido éxito es que ambos estamos descontentos", concedió Bouvier, aunque no del todo sin humor. Más tarde me diría que sus abogados le habían desaconsejado asistir al acto, pero que había decidido ir porque "soy alguien que no se esconde".

"Es fácil [para cualquiera] escribir un artículo", dijo, "pero yo quiero dar mi versión de los hechos, así que me dije: iré a por él".

Los autores terminaron la charla firmando libros y dijeron que estarían encantados de firmarle uno a Bouvier. Bouvier no aceptó la oferta, pero sí firmó un puñado de libros.

- - -

En una visita posterior a Ginebra, fui andando al puerto franco desde casa de mi madre, por un pequeño puente que cruza el río Arve, pasando por la piscina y por una cochera de autobuses. Cuando llegué, vi camiones descargando cajas, gente entrando y saliendo y agentes de aduanas vigilando en la puerta. Me di cuenta de que era un lugar de mi ciudad, y de aspecto bastante corriente. No era un secreto, sino parte del paisaje; las señales de tráfico de la autopista incluso apuntaban en su dirección. Pero ya sabía demasiado como para pasar de largo.

En un ensayo publicado en 1930 en la *Illinois Law Review*, el jurista estadounidense Lon Fuller definió una ficción jurídica como una afirmación que no es ni verdadera ni mentira, adoptada por su autor con pleno conocimiento de su falsedad, y útil precisamente porque se entiende ampliamente que es falsa.

En virtud del derecho internacional, los diplomáticos a menudo operan lejos de casa bajo la ficción de que todavía están en su propio país; geográficamente, no hay duda de que la embajada de EE.UU. en París está muy lejos de casa. Los intentos de otorgar la condición de persona a chimpancés y ríos también se basan en la ficción jurídica: al considerar a estos no humanos obvios como personas, un tribunal puede concederles derechos de los que disfrutan las personas humanas. La personalidad jurídica de las empresas es el ejemplo más común de ficción jurídica en Estados Unidos: sabemos que las empresas no son personas, pero gozan del estatus de "persona" en la vida política y ante los tribunales.

Y ahí está la ficción del puerto franco: un espacio en un lugar como Ginebra, pero no de ella; una parte de un país como Suiza, pero no realmente; un lugar donde el tiempo no avanza, sino que se detiene selectivamente; un lugar "libre" para objetos de gran valor, pero desde luego no para personas. Es un lugar inventado con reglas inventadas: una construcción que revela aún más construcciones.

Para Fuller, las ficciones empiezan a ser peligrosas cuando pasan a considerarse hechos: cuando damos por sentadas nociones tan excepcionales, olvidando que no son una fatalidad, sino una elección. De hecho, un puerto franco no es sólo una ficción, sino una ficción derivada de una ficción aún mayor de fronteras y vallas y líneas. Cuando decimos que un depósito está fuera de las fronteras nacionales, nos apoyamos más en la veracidad de esas fronteras.

Fuller también creía que la ficción jurídica "representa la patología de la ley..... Sólo en la enfermedad revela el cuerpo su complejidad. Sólo cuando el razonamiento jurídico vacila y busca torpemente ayuda nos damos cuenta de lo complejo que es el Derecho."

Al entrar en un puerto franco, en Ginebra, Luxemburgo o Singapur, uno se enfrenta a este malestar espacial de primera mano. Tienes los pies en el suelo, puedes ver exactamente dónde estás y, sin embargo, te pueden hacer creer que en realidad no estás allí. El razonamiento vacila. Extiendes la mano con torpeza. Te aferras a la complejidad de la ley, del mundo .

4

En las zonas

La zona suele ser un lugar de secretos, hipercontrol y segregación. Oscila constantemente entre el cierre y la reciprocidad como una especie de fortaleza que orquesta una forma controlada de engaño.

-Keller Easterling, *Extrastatecraft*

C

El hábitat natural de Laude de Baissac siempre ha sido la rareza territorial. Criado en Reunión, una isla avanzada del imperio francés, ha desarrollado una carrera de varias décadas asesorando a países sobre cómo crear zonas de libre comercio dentro de sus fronteras nacionales. Estudió las zonas en la universidad y en la escuela de posgrado, y de joven hizo prácticas en la agencia de la ONU en Ginebra que ayudó a popularizar estos enclaves en las naciones en desarrollo.

Baissac sabía cómo hacer números, realizar estudios de viabilidad y evaluar los costes, beneficios y riesgos asociados a estos proyectos para hacerlos atractivos a los políticos. Estima haber contribuido a la creación de docenas, si no cientos, de enclaves de este tipo, convenciendo a gobiernos e instituciones como el Banco Mundial de sus ventajas y ayudando a trazar sus límites, normas y reglamentos.

Pero hoy en día, no está tan seguro de que todo eso fuera una buena idea.

- - -

En mi primera conversación con Baissac -en Zoom, a mitad de la pandemia- esperaba los relatos anodinos y enlatados que uno suele extraer de consultores formados en hojas de cálculo Excel y sutilezas corporativas: alusiones a "escenarios en los que todos salen ganando" e "incentivos" y "escala" flotando en una sopa de letras de PYME, IED y PIB. Pero Baissac no se parecía en nada al abotonado McKinseyite que yo esperaba. Apareció brevemente en mi pantalla en forma pixelada desde su casa de Johannesburgo, desplomado en un sofá bajo un grabado del artista sudafricano William Kentridge, antes de apartarse para gritar a sus hijos adolescentes que se comieran su [improperio] cena. Luego apagó la cámara, disculpándose por su aspecto desastroso, pero siguió hablando durante casi dos horas sobre su carrera, su familia y sus opiniones políticas.

Nuestras siguientes entrevistas siguieron más o menos el mismo patrón, y cuando por fin nos conocimos en persona, en el vestíbulo del hotel Conrad de Manhattan una ventosa mañana de abril de 2022, era tal y como me lo había imaginado, sólo que más alto y con más garra. Tomando chocolate caliente, con música tecno sonando incoherentemente por los altavoces del hotel a las 11 de la mañana, me contó su vida y su época en las zonas, desde el descubrimiento hasta la desilusión.

Baissac creció en la isla de La Reunión, un *departamento* francés situado a unos seiscientos kilómetros al este de Madagascar que, tras siglos de dominio imperial, se ha convertido en el puesto más alejado de la UE. La imagen de la Quinta República ocupando mil kilómetros cuadrados poblados principalmente por isleños de piel oscura en medio del Océano Índico puede parecer un retroceso a los malos tiempos coloniales, pero al menos sobre el papel, la isla no es diferente de Saboya o las Ardenas o cualquier otra región de la metrópoli. La Reunión envía delegados al Parlamento francés, acata las leyes francesas, exige a sus médicos y dentistas licencias profesionales francesas y, a pesar de su remota ubicación, participa plenamente en la economía centralizada de Francia.

Los padres de Baissac, que eran primos segundos, procedían de Mauricio, una isla no muy lejos de Reunión, con su propia historia irregular de gobierno colonial . A partir de 1638, Mauricio fue colonizada por los holandeses (a través de su Compañía de las Indias

Orientales), luego por los franceses y más tarde por los británicos a partir de 1814, para finalmente independizarse en 1968. La familia de Baissac hablaba francés, se sentía francesa, parecía francesa, pero durante años fue técnicamente súbdita británica.

El tío abuelo de Baissac, con el que comparte nombre, y su tía abuela Lise eran espías natos. Durante la Segunda Guerra Mundial, se convirtieron en conocidos miembros de la resistencia británica antinazi en toda Europa y llevaron a cabo misiones encubiertas cruciales para sabotear a las fuerzas del Eje en el periodo previo al Día D.

Debido a su tamaño y distancia de las capitales del mundo, lugares como Reunión y Mauricio no figuran en la visión del mundo de la mayoría de la gente, incluso de quienes se consideran razonablemente cosmopolitas y bien informados sobre geopolítica. Pero para un nativo como Baissac, el hecho de que un lugar como Reunión pudiera ser formalmente francés pero cultural, medioambiental y geográficamente bastante extranjero -o, como Mauricio, su propia nación insular, pero una nación dramáticamente moldeada por siglos de dominación exterior- siempre fue un hecho. La soberanía no era fija, sino mutable y contingente. Baissac siempre ha establecido conexiones entre la indeterminación histórica de sus islas natales y su propia identidad confusa. "Culturalmente y por nacionalidad, soy francés", explica. "Pero me considero un africano blanco".

No es de extrañar que Baissac se dedicara al negocio de las excepciones, o que descubriera su primera zona económica especial (ZEE) hace unos cuarenta años en Mauricio, durante una visita a sus abuelos. "Es su anormalidad", dice, lo que le impulsó. "Lo fuera de lo común y la idiosincrasia".

En la actualidad, Mauricio no se parece en nada a lo que era cuando el joven Claude lo visitó en los años setenta. Se considera un país de renta media-alta, resultado de reformas que, al menos según un economista, fueron un "milagro". Pero por aquel entonces era pobre, con un alto índice de desempleo y una población de ascendencia india, china y africana que, en mayor o menor medida, había sido sometida a un estatus de segunda clase y luchaba por llegar a fin de mes a través de . Cuando Mauricio se independizó en 1968, el economista y premio Nobel James Meade predijo una trampa

maltusiana de superpoblación, subempleo y pobreza. El novelista V. S. Naipaul no se mostró más alegre y describió Mauricio poco después de la independencia como "un barraco imperial abandonado, incapaz de autonomía cultural o económica".

Los antepasados de Baissac habían sido barones del azúcar que poseían cientos de esclavos hasta que los británicos prohibieron esta práctica, y cuando iba a visitar a sus abuelos, seguía aislado por la riqueza y la blancura de su familia. Los viajes fuera del recinto familiar eran reveladores y un poco tensas. Baissac recuerda los ciclones que devastaron el pintoresco paisaje, la pobreza y la desigualdad que persistían desde el dominio colonial, y la precariedad de la economía de la isla, que dependía de las volátiles exportaciones de azúcar. También recuerda los pintorescos paseos en coche que hacía con su abuelo a lo largo de la costa, desde la mansión colonial de la familia hasta la capital del país, Port Louis, y el extraño edificio de una zona industrial llamada Coromandel por el que pasaban de camino.

"Recuerdo la humedad, la humedad, la vegetación verde, verde por todas partes, y el suelo rojo volcánico. Recuerdo la gran pobreza y las viviendas muy primitivas", dice. Luego, como injertada en los cañaverales, había una zona industrial. No se parecía en nada a otros lugares de trabajo que había conocido, con su maquinaria y sus hombres con cascos; en ésta, las jóvenes indo-mauricianas vestidas con saris parecían estar siempre de un lado para otro. "Yo le decía a mi abuelo: '¿Qué es esto? "recuerda Baissac. "Y él me respondía, muy despacio y deliberadamente, que era *la zone franche industrielle d'exportation*": la *zona franca* industrial de exportación.

"Esas palabras, combinadas con la diferente geografía y arquitectura, aunque no sabía lo que hacía, para mí era como, vaya, esto es algo especial. Así que cuando crecí y fui y volví a Mauricio, la zona como que me ancló".

La fábrica en cuestión era la respuesta del industrial al puerto franco, una de las miles de fábricas de este tipo que hay ahora repartidas por todo el mundo. Al igual que un puerto franco , una zona franca industrial es una isla interior (en este caso, en una isla real) en la que no se aplican plenamente las normas nacionales sobre aduanas e impuestos. Se distingue de un puerto franco de

almacenamiento como el de Bouvier por lo que ocurre en su interior.

Los materiales de una zona franca industrial -o, como se conoce más ampliamente, una zona franca o una zona económica especial- no están simplemente en cajas de almacenamiento; llegan del extranjero para ser cosidos, martillados o soldados en productos de consumo por trabajadores locales. Después, los productos se empaquetan y se envían para venderlos en otro lugar. La legislación que regula la zona hace un juego de manos normativo que hace como si las materias primas nunca hubieran tocado el suelo.

Estas zonas también son ficciones jurídicas: se encuentran en el territorio de una nación pero técnicamente fuera de sus fronteras aduaneras y fiscales. A partir de la década de 1970, estos centros de transición para el comercio se consideraron, en los salones del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y otros organismos económicos internacionales, una especie de cura para los males a los que se enfrentaban las economías nacionales cerradas, subdesarrolladas o poscoloniales: si se consideraba que una nación era "hostil" al capital extranjero debido a su política, su sistema fiscal o sus normas para abrir un negocio -o si el Estado simplemente tenía dificultades para lanzar su mercado de exportación-, estas zonas ofrecían una isla de indulto.

El momento en que se produjo esta tendencia no fue una coincidencia: justo cuando docenas de naciones descolonizadas de África, Asia y América Latina eran capaces de ejercer un mínimo de autonomía sobre sus asuntos políticos y económicos, los expertos de Washington y Ginebra empezaron a aconsejarles que repartieran trozos de su territorio -y, según a quién se preguntara, que comprometieran su soberanía duramente conquistada- para ponerlos al servicio de la industria extranjera. Mauricio fue uno de los primeros, notables y relativamente exitosos suscriptores de esta tendencia, en parte porque había tropezado, de forma más o menos orgánica, con una nueva versión de la misma.

La historia es más o menos así. A finales de los años treinta, un comerciante de la ciudad mauriciana de Curepipe llamado Alfred Poncini envió a su hijo José a Suiza para cursar estudios universitarios. Poncini, suizo de origen tesinés, se había casado con una mauriciana de y había emigrado a las islas en 1925 para trabajar

en una empresa francesa que vendía relojes Omega. Quería que su hijo aprendiera sobre negocios antes de hacerse cargo de la tienda.

En la Universidad de Lausana, el joven José conoció a un profesor de economía que le introdujo en el concepto de descentralización, es decir, la idea de que las empresas (y otras instituciones) pueden distribuir sus operaciones en lugar de dirigirlas desde un único lugar. La idea se le quedó grabada, pero José se quedó atrapado en Europa: la guerra había estallado en todo el continente y viajar a los trópicos era casi imposible. Al menos Suiza estaba a salvo, así que José se fue a trabajar para su tío como aprendiz de relojero. Poncini *padre* estaba satisfecho con este acuerdo: pensó que cuando su hijo volviera a casa, podría ayudarle a arreglar los Omega y Rolex que vendía en su tienda.

José regresó a Mauricio unos años más tarde, armado con conocimientos técnicos y nuevos planes para comprar al socio de su padre (cosa que hizo), y todavía pensando en las teorías de su profesor. Pero en lugar de dedicarse a los relojes de lujo, le propuso a su padre un plan diferente, que creía que contribuiría no sólo al éxito continuado de los Poncinis, sino también a la prosperidad de su nación.

En lugar de reparar los relojes él mismo, argumentó José, podría formar y contratar a mujeres de la zona para que lo hicieran. Es más, si aprendían a realizar una de las tareas más delicadas de un relojero - taladrar los diminutos agujeros en el centro de las joyas alrededor de los cuales giran las manecillas de un reloj de lujo-, los fabricantes de todo el mundo les contratarían para esta tarea, por una fracción del coste que tendrían que pagar en Suiza.

No hacía falta mucha materia prima para fabricar relojes: la experiencia de José en el comercio relojero se lo había enseñado. Los componentes eran pequeños, ligeros y fáciles de transportar, y los conocimientos, aunque precisos, no eran difíciles de aprender. Y si podían negociar una reducción de impuestos o algún otro incentivo económico a cambio de dar trabajo a la población local, podrían ganar mucho dinero.

Antes de darse cuenta, José había convencido a su padre, al gobierno mauriciano, a , a los relojeros suizos y a los trabajadores locales para que participaran en su plan de importación y exportación. Abrió una fábrica, Micro Jewels, en 1967, seguida de otra en 1972, y

otras más en el futuro. Mauricio no tardó en exportar con éxito joyas relojeras a otros países. Gracias a una astuta estratagema que permitía arbitrar impuestos y salarios, por no mencionar el ingenio de los trabajadores locales, el país ganaba dinero de la nada. Exportaba agujeros.

Las ZEE que llegaron al país más tarde no eran cualitativamente diferentes de la instalación de los Poncinis, aunque funcionaban a una escala mucho mayor. En lugar de importar piezas de relojería en un pequeño paquete (o, como cuenta la leyenda, sin declarar en el bolsillo del abrigo de un piloto), se enviaban bobinas de hilo o lana desde Asia para que los lugareños las tejieran y confeccionaran prendas, y luego se exportaban a Occidente sin pagar aranceles. Cuando Claude de Baissac se dio cuenta de estas operaciones, ya había docenas de fábricas de exportación en la isla, que producían sobre todo géneros de punto y textiles. Muchas pertenecían a empresas chinas que habían rebasado las cuotas de venta que les asignaban los tratados comerciales internacionales y utilizaban Mauricio como resquicio para seguir vendiendo a los europeos. Empleaban sobre todo a mujeres, que cobraban salarios considerablemente más bajos que los hombres que trabajaban "en tierra".

Baissac era un vago. Nunca había sido un buen estudiante; sus estudios, dice, se resentían de su "hiper TDAH". Tampoco tenía ambiciones particulares, aparte de sentirse atraído por "reventar cosas". Pero las zonas captaron su atención y la mantuvieron, durante años. "La zona representaba una apertura a un mundo más dinámico, mercantil, comercial y cosmopolita que esta subprefectura de La Reunión en la que crecí", dice. "Me interesaban mucho las cuestiones de desarrollo espacial, las desigualdades espaciales y la relación entre espacio, cultura, historia, todo eso".

Tras abandonar los estudios en Francia, Baissac se matriculó en la universidad local de Mauricio, con vagos planes de ampliarlos. Acabó leyendo todo lo relacionado con las zonas francas que caía en sus manos. Escribió su tesis de máster sobre las zonas económicas especiales en las pequeñas economías insulares, que completó mientras trabajaba como profesor sustituto, hacía surf en y fumaba hierba. Tuvo que conseguir que una librería de París especializada en envíos a los trópicos le enviara libros. Y en las bibliografías de esos

libros no dejaba de encontrar un tal Flagstaff Institute de Arizona, que publicaba la mayor parte de la literatura práctica sobre el tema.

En 1993, Baissac escribió a la organización una carta sobre sí mismo y su trabajo, sin esperar gran cosa. Para su sorpresa, unas semanas más tarde recibió una carta por correo: una nota personal del fundador del instituto, Richard Bolin.

"Era el tipo, el hombre del momento", recuerda Baissac. "Con el tiempo le llamé. Recuerdo que le llamé desde Reunión y sonó el teléfono y contestó: *'Bow-linn'*. Y le dije: '¡Ah, Monsieur Bolin, soy Claude Baissac! "

- - -

Puede que Richard Bolin haya hecho más que nadie por popularizar la zona franca, sobre todo en Norteamérica. Nacido en Burlington (Vermont) en 1923, Bolin fue el primero de su familia en ir a la universidad. Estudió ingeniería química y empresariales, y poco después consiguió trabajo en una empresa de Boston llamada Arthur D. Little (ADL).

ADL afirma ser la primera consultoría de gestión del mundo, precursora de las McKinseys y Deloittes que dominan el panorama empresarial actual. Su cofundador, Arthur Dehon Little, era químico de formación y se consideraba un intelectual. En 1921 publicó un folleto titulado *On the Making of Silk Purses from Sows' Ears: A Contribution to Philosophy*. El monedero no era una metáfora: en la guía, Little explicaba cómo había conseguido transformar una infeliz cerda llamada Sukie en un bolso de mil dólares. El tratado es inexpresivo hasta la coda, donde Little señala que el ejercicio "no era más que una diversión de la química en juego".

"No tenemos intención de producir una seda de oreja de cerda para el mercado", escribió. "Hicimos este monedero de seda de una oreja de cerda... porque podría servir de ejemplo a los clientes que acuden a nosotros con sus ambiciones o sus problemas, y también como contribución a la filosofía".

La empresa de Little -y, en gran medida, el multimillonario sector de la consultoría de gestión que le siguió- adoptó este espíritu: encontrar formas novedosas de extraer dinero de donde parecía no

haberlo, incluso si eso significaba cortar las orejas a inocentes animales de granja para demostrar algo.

En sus inicios, ADL fue contratada para resolver diversos problemas químicos, desde el misterio de la "tarta contaminada" de un panadero de Massachusetts (solución: no hornear tarta de merengue de limón cerca de una gasolinera) hasta el estudio del mercado de insecticidas para una empresa química. ADL diseñó las bolsas de Tokio y Londres, dirigió la privatización del sistema ferroviario británico y ayudó a desregular las telecomunicaciones europeas, encontrando en cada caso formas cada vez más sofisticadas de exprimir los beneficios privados de los bienes públicos.

ADL también obtuvo contratos públicos, y uno de los primeros formó parte de un gran impulso del gobierno estadounidense para transformar Puerto Rico de una sociedad eminentemente agrícola a un centro manufacturero. Este trabajo se realizó bajo los auspicios de un programa llamado Operación Bootstrap. Era un nombre apropiado para un plan de rehabilitación diseñado por capitalistas en Washington aterrorizados de que la avanzada caribeña más importante de Estados Unidos pudiera volcarse más decididamente hacia el socialismo. También acabó siendo un "ensayo general de lo que vendría con el desarrollo liberal basado en las exportaciones de las zonas de libre comercio", escribe Ed Morales en *Fantasy Island*.

Según documentos de archivo, ADL fue contratada explícitamente para "ayudar al gobierno a ser autosuficiente". Sus recomendaciones para la isla no eran tan diferentes de las de un plan de desarrollo estándar que se encontraría hoy en día: al atraer inversiones a una ciudad, estado, territorio o nación, la población local se beneficiaría de puestos de trabajo y mejores salarios, al tiempo que se ayudaba a los forasteros a ganar dinero. Lo que diferenciaba a Puerto Rico de iniciativas similares en, por ejemplo, el sur de Estados Unidos, era el estatus único de la isla, a medio camino entre un estado estadounidense y un país extranjero.

Estados Unidos ya contaba con "zonas de comercio exterior" (ZCE) en el continente: una medida del Congreso de 1934 había permitido a las empresas almacenar mercancías extranjeras para su reexportación evitando los exorbitantes aranceles proteccionistas de la era de la Depresión. Durante décadas su uso fue limitado, porque la ley no

permitió la fabricación en estos enclaves hasta la década de 1950, y los cambios en el código fiscal no los hicieron especialmente atractivos hasta la década de 1980. En la actualidad, hay casi doscientas zonas francas activas en los cincuenta estados, y en ellas se han fabricado desde automóviles Chrysler hasta electrodomésticos GE. También fue allí donde se almacenaron las vacunas COVID-19 "en" Estados Unidos antes de su aprobación de emergencia por la Administración de Alimentos y Medicamentos en 2020. Al igual que los puertos francos, las zonas francas son un puente entre la nación y el mundo, un lugar que hace estallar el binario entre la política nacionalista y la economía globalista. ¿Y qué mejor lugar para experimentar con ellas que Puerto Rico, un lugar igualmente difícil de ubicar?

Ya en 1942, los gerentes de las fábricas del continente vieron que Puerto Rico les permitía tener las dos cosas: podían evitar los costes y complicaciones de operar en un país extranjero, al tiempo que se aprovechaban de una mano de obra que hablaba inglés, a la que podían pagar salarios miserables, y que no podría ejercer presión democrática sobre el gobierno federal votando en las elecciones nacionales. Los capitalistas no pagarían aranceles por las mercancías introducidas en Estados Unidos, porque Puerto Rico se consideraba estadounidense a efectos internos. Tampoco pagarían impuestos federales sobre los beneficios: aunque nominalmente estadounidense, la isla no estaba constituida en sociedad y, por lo tanto, era lo suficientemente extranjera como para que este tipo de maniobra pasara la prueba. Por último, gracias a una laguna contable aprobada en 1947 con la ayuda de ADL, las exenciones fiscales se aplicaban cuando el dinero regresaba al continente.

Era lo mejor de ambos mundos: lejos de desafiar la integridad territorial de Estados Unidos, el carácter intermedio de Puerto Rico se convirtió en una oportunidad de negocio. Un lugar que era a la vez americano y no americano resultó ser tremendamente conveniente para los fabricantes estadounidenses que buscaban ahorrar dinero. Nadie lo entendió mejor que Richard "Dick" Bolin.

Bolin tenía treinta y cuatro años cuando se trasladó a San Juan para convertirse en director general de ADL en Puerto Rico. Llegó con su esposa, Jeanne-Marie, que había sido su novia del campamento bíblico en el instituto. Con tres hijos a cuestas, la familia estaba

entusiasmada, recuerda, por cumplir por fin su sueño de vivir "en el extranjero" (no importaba que no necesitaran pasaporte). "Vi que [Puerto Rico] había estallado de la nada y había cambiado todo en la isla", dijo a un periodista más tarde en su carrera. "El gobierno puertorriqueño fue inteligente: echó por tierra todos sus planes socialistas, volvió al sector privado y empezó a hacer que funcionara".

Doug, el hijo mediano de Bolin, recuerda bien los años que pasaron en la isla. Cuando hablamos por teléfono, destacó el entusiasmo de su padre por casi todo: las curiosidades, la música pop y los cohetes. "Nos llevó a ver el Sputnik en 1957. Fuimos a verlo sobre San Juan", me dijo. "Yo tenía cuatro años y no pude verlo, así que me puse a llorar. Así que al día siguiente, cuando regresó, volvimos enseguida".

Bolin fue contratado para promover el mandato de ADL y, más concretamente, para realizar estudios sobre lo que convencería a los empresarios del continente para abrir fábricas en la isla en los últimos años del contrato de la empresa con Puerto Rico. Los estudios tendían a centrarse en las concesiones que la isla podía ofrecer, ventajas que iban más allá de lo que un estado de EE.UU. podía ofrecer sin incumplir los requisitos de salario mínimo o las normas de seguridad laboral. Los archivos de ADL, conservados en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, muestran cómo la empresa ayudó a crear estos incentivos (en su calidad de asesora del gobierno de Puerto Rico) y cómo los promocionó entre los empresarios estadounidenses a través de folletos, panfletos insertados en revistas y anuncios en periódicos.

A pesar de la aversión al socialismo que Bolin profesaba a voz en grito, gran parte de los consejos de ADL al gobierno territorial equivalían a promover el bienestar, sólo que del tipo corporativo: mejorar las infraestructuras para facilitar la apertura de nuevos negocios, subvencionar el alquiler de las empresas, invertir en la educación de los trabajadores y, lo más importante, garantizar que las empresas estadounidenses operarían en un entorno con impuestos bajos sin "andar de agencia en agencia". Pero ADL también identificó obstáculos sociales a la industrialización, instando a los funcionarios a calmar "el miedo a la 'explotación por el capital extranjero' " entre los locales e "inculcar al pueblo puertorriqueño la importancia de trabajar con regularidad y de esforzarse por producir la máxima cantidad de producto de primera calidad." Bolin se ganó la reputación de invitar

personalmente a un posible inquilino a una fábrica, abrirle la puerta y decirle: "Esta es su fábrica, señor". (Según Doug Bolin, su padre también voló a Cuba para escribir un informe sobre desarrollo económico para el Che Guevara y Fidel Castro, porque él y sus socios estaban convencidos de que el Che "era un astuto hombre de negocios").

El objetivo de este proyecto, que Estados Unidos denominó "Operación Bootstrap", era, bueno, bootstraps: moldear a Puerto Rico y a su gente para convertirlos en un territorio de trabajadores deseosos de elevarse sirviendo a los capitalistas del continente. Y aunque el proyecto industrializó las islas y elevó el nivel de vida de los puertorriqueños, los costes del experimento fueron elevados. Los beneficios empresariales obtenidos a través de Bootstrap no se reinvirtieron en el territorio, sino que se dirigieron al continente sin pagar impuestos. Las empresas estadounidenses aprovecharon entonces el aumento de ingresos de los puertorriqueños para venderles los productos sobrantes del mercado continental. En 1970, más de una cuarta parte de los residentes de Puerto Rico habían abandonado la isla por falta de trabajo; la economía agrícola a pequeña escala que una vez los había sostenido había desaparecido. "El modelo económico de Puerto Rico se diseñó para aumentar la producción y los beneficios de las empresas estadounidenses", escribe Ed Morales.

Al igual que Arthur D. Little, Dick Bolin tenía una vena filosófica, y su tiempo negociando negocios entre la metrópoli y la periferia le hizo pensar. ¿Y si este tipo de lugar no tuviera que depender de un accidente histórico (o de una invasión estadounidense, por así decirlo), sino que surgiera de la nada? ¿Y si su oreja de cerdo no formara parte de un cerdo, sino de un lugar, o de un trozo de lugar, a la espera de ser transformado? La relación única de Puerto Rico con Estados Unidos -y las exenciones arancelarias, fiscales, salariales y otros incentivos que su estatus especial hizo posibles- fueron el resultado de una serie de decisiones políticas deliberadas , no de la casualidad. No había ninguna razón por la que los elementos de este acuerdo no pudieran reproducirse en otros lugares.

Esa fue la idea que Bolin se llevó a México, donde ADL le trasladó en 1961 para dirigir su oficina nacional. Allí, la empresa propuso al gobierno mexicano la creación de *maquiladoras*: fábricas a lo largo de

la frontera, similares a las de Puerto Rico, que permitirían a las empresas manufactureras producir bienes para su exportación libre de impuestos, principalmente a Estados Unidos.

México deseaba industrializar su frontera. Los cambios en la política estadounidense también ayudaron a su causa: una norma arancelaria recientemente modificada permitía a los importadores estadounidenses traer mercancías ensambladas en el extranjero, pero pagando derechos sólo sobre el "valor añadido", es decir, la diferencia entre el coste de una pieza de tela y una camiseta. De este modo, a las empresas estadounidenses les resultaba más rentable buscar oportunidades de fabricación en el extranjero que fabricar sus productos en Estados Unidos, donde la mano de obra era más cara. Los industriales locales estaban de acuerdo; el gobierno mexicano, que había encargado el estudio inicial de la ADL, también. Las empresas estadounidenses emplearon a trabajadores mexicanos con salarios bajos para fabricar productos que podían traerse de vuelta para venderlos a los estadounidenses con un fuerte margen de beneficio que seguía siendo bastante barato.

Bolin era partidario del libre mercado, pero, de nuevo, las maquilas no estaban precisamente libres de gobiernos. Se trataba de una iniciativa estatal financiada por Estados Unidos y auspiciada por México que dependía totalmente de los Estados-nación a ambos lados de la frontera para establecer excepciones y protecciones para las empresas, pero no para las personas. Así lo reconoció: "Este es el gran secreto de México: ha hecho el mejor trabajo del mundo como nación en desarrollo porque el presidente dijo no a la participación directa en la industria maquiladora, pero sin embargo el presidente también protegió a los inversores extranjeros de la corrupción".

Había un claro atractivo ideológico en esta forma de pensar, especialmente para los hombres de Washington que operaban bajo la ortodoxia de mediados de siglo. Si la semisoberanía de Puerto Rico lo había convertido en un "laboratorio seguro y... campo de entrenamiento ideal para que los funcionarios estadounidenses dominaran los retos que planteaba la descolonización durante la Guerra Fría", como dijo el antropólogo Patrick Neveling, entonces una zona libre de con las mismas ventajas podría servir igualmente como caballo de Troya en la lucha contra el comunismo. (Al igual que

Baissac, Neveling se interesó por las zonas mientras trabajaba en Mauricio). En apariencia, una fábrica de exportación daba trabajo a los trabajadores de a pie; el país podía ganar socios comerciales y ver cómo aumentaba la actividad económica en torno a la zona. Al mismo tiempo, las lagunas jurídicas que atraían a las empresas difundían discretamente el evangelio de la ausencia de aranceles, los bajos impuestos y el libre comercio. Bolin apostaba a que incluso un país hostil a la libre empresa o empeñado en preservar su territorio e identidad nacional podría convencerse de hacer una excepción en su periferia si podía ganar dinero.

La primera maquila se abrió el 1 de enero de 1965, y el programa creció hasta abarcar miles de fábricas a lo largo de la frontera. A mediados de la década de 1990, los términos del Tratado de Libre Comercio del Atlántico Norte, o TLCAN, sustituyeron el régimen de la maquila por un libre comercio continental con esteroides. Con el TLCAN en vigor, así como con aranceles comerciales más unificados entre los países que se adhirieron a la Organización Mundial del Comercio, no hubo verdadera necesidad de excepciones especiales; países enteros disfrutaron de normas más liberales, incluido México.

No fue una tragedia para Bolin y los suyos. Lo único que demostró fue que su gran experimento de desregulación había funcionado.

Tampoco se extinguieron las propias zonas, como predijeron algunos economistas. Simplemente encontraron nuevos lugares donde arraigar: en África, Asia y, en particular, en China, que construiría su relación económica con el resto del mundo sobre la idea de la excepción.

- - -

Mientras las ideas de Bolin calaban en las fronteras estadounidenses, los burócratas de las Naciones Unidas en Ginebra observaban su trabajo desde lejos. La agitación política y social de la década de 1960 había dado lugar a una explosión de nuevas ideas en la organización y, con ellas, a corrientes de pensamiento opuestas sobre cómo debía organizarse la economía mundial, con ochenta y nueve nuevos países independientes que pasaron a ser miembros de la ONU entre 1945 y 1975.

El Movimiento de Países No Alineados, que no tomó partido en la Guerra Fría y estaba formado por Estados pobres, pequeños y anteriormente colonizados, empezó a promover una visión progresista del internacionalismo basada en la equidad, la dignidad, la autosuficiencia y la cooperación. Estos pueblos habían estado sometidos durante mucho tiempo; su independencia, argumentaban, era una oportunidad para cambiar por fin el equilibrio de poder mundial.

Los países desarrollados, ricos y capitalistas, encabezados por Estados Unidos y las antiguas potencias imperiales, leyeron la sala, pero en el fondo tenían una opinión diferente. Al igual que hoy, creían que los mercados eran la mejor manera de lograr la prosperidad en todo el mundo y, en términos políticos, harían todo lo posible por evitar que el comunismo se extendiera. No querían renunciar a esas cómodas relaciones con sus dependientes más pobres, aunque esas relaciones fueran fundamentalmente de explotación. Sólo tenían que encontrar un acuerdo más aceptable que el imperialismo total. Lo encontrarían en el territorio liminal de la zona.

El sueño de Bolin era en realidad una profecía: florecerían mil zonas. No formaba parte de ningún plan maestro ni de ninguna cábala de globalistas frotándose las manos en Davos. De hecho, por un momento pareció que los desvalidos podrían tener ventaja. La creación de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) -la misma conferencia que llevó al Che Guevara a Ginebra y a Jean Ziegler- parecía una victoria temprana para el grupo de los no alineados. La UNCTAD debía servir de foro para que los países no se limitaran a defender de boquilla la igualdad soberana nominal de unos y otros, sino que forjaran un tipo de equidad más significativa que tuviera en cuenta las asimetrías estructurales de recursos y poder. Para ello, y haciendo uso de su mayoría en la Asamblea General, el bloque de los no alineados nombró al economista argentino Raúl Prebisch Secretario General de la UNCTAD en 1964. Prebisch veía reflejadas en la economía mundial las relaciones de clase explotadoras que Karl Marx había observado en el lugar de trabajo, con las ex colonias y los países en desarrollo asumiendo el papel de trabajadores, y las potencias imperiales y capitalistas actuando como patronos, beneficiándose del trabajo de sus

subordinados. Aunque cambió de opinión más tarde, Prebisch abogaba por que las naciones pobres fueran más autosuficientes sustituyendo las importaciones extranjeras, que se vendían con sobreprecio, por productos cultivados o fabricados localmente. Su idea se conoció como sustitución de importaciones, y los países ricos la odiaron. Llevaban mucho tiempo obteniendo beneficios comprando materias primas a los países pobres, transformándolas en bienes de consumo en su propio país y enviándolas de vuelta para venderlas, embolsándose los beneficios.

A raíz de estas tensiones, en 1966 se creó una nueva agencia de la ONU, la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUDI). El objetivo de la ONUDI era democratizar la industrialización y pretendía apoyar y complementar los objetivos progresistas de la UNCTAD. Ayudaba a los países a determinar qué tipo de industrias debían promover, en función de su ubicación, sus recursos naturales y su demografía, y organizaba seminarios de formación para que los empleados públicos se familiarizaran con el lenguaje de la fabricación y las operaciones. Entre los proyectos de la ONUDI había iniciativas para promover las zonas francas como herramienta de desarrollo. Los países capitalistas estaban encantados de apoyar este programa, y rápidamente la agencia dio un giro tecnocrático.

En su extensa investigación original sobre la organización, Patrick Neveling descubrió que en su primera década, la ONUDI produjo "talleres, un manual y cientos de misiones de asistencia técnica" a países desde Taiwán a Filipinas. En conjunto, sostiene Neveling, los programas de la ONUDI y, en particular, su defensa de las zonas francas, tuvieron el efecto de trasladar puestos de trabajo de países ricos con salarios altos a países pobres con salarios bajos. En el proceso, se crearon jurisdicciones libres de impuestos y aduanas cuyos beneficios para el país anfitrión fueron, en el mejor de los casos, poco estudiados, pero que resultaron políticamente aceptables debido a su estatus híbrido, fuera del ecosistema político nacional. "La ONUDI, una organización destinada a reforzar la soberanía nacional en una era de políticas de desarrollo orientadas a la exportación, se convirtió en la fuerza motriz de la promoción mundial de las ZFE", concluye Neveling.

La ironía no termina ahí. Décadas más tarde, la fabricación deslocalizada se volvería en contra de las naciones ricas cuando algunos de sus propios ciudadanos vieran caer sus salarios, desaparecer sus empleos y disminuir sus ingresos. Culparían a los globalistas.

En 1969, los delegados de la ONUDI viajaron por todo el mundo recopilando informes sobre actividades industriales que iban desde la transformación petroquímica en Yugoslavia hasta la fabricación de yogur en Túnez. También visitaron la recién independizada Mauricio para estudiar cómo una zona franca podría ayudar a salvar la economía mauriciana del sombrío ciclo descendente que predijeron James Meade y V. S. Naipaul. Pero el representante de la ONU señaló en un informe que su trabajo había quedado truncado: el gobierno ya había decidido seguir adelante con el plan poniendo al frente de la nueva Unidad de Planificación Económica de la isla a Edouard Dommen, un francés educado en Oxford con el más plúmbeo de los acentos británicos.

Dommen, ahora jubilado en Ginebra, se trasladó a Mauricio tras casarse con la hija de James Meade, Bridget, una consumada experta en salud pública. Entabló amistad con José Poncini, exportador local de agujeros, se relacionó con funcionarios del gobierno y conoció a las comunidades empresariales chino-mauriciana e indo-mauriciana, que serían decisivas para atraer a empresas manufactureras extranjeras.

Dommen también se enzarzaba en acaloradas conversaciones con su suegro, a menudo mientras fregaban los platos, sobre lo que consideraban una cuestión fundamental: "Los franco-mauricianos que habían dirigido la industria azucarera de la isla, ¿estaban simplemente empachados de azúcar o eran capitalistas que habían encontrado un buen nicho?".

Los economistas llegaron a la conclusión de que no sólo los propietarios de las plantaciones eran capitalistas, sino que toda la sociedad mauriciana también lo era, en virtud de su historia cosmopolita. "¡Incluso los esclavos eran capitalistas!" me dijo Dommen, riendo. "Quizá estaban en el lado equivocado, pero entendían lo que era el capitalismo porque ¡ellos habían sido capitalistas!".

Lo que esto significaba para Dommen y Meade era que allí había

futuro para la industria: que se podía contar con que la gente se comportara como agentes económicos racionales motivados por los beneficios. Mientras tanto, se estaba llevando a cabo un estudio de las zonas francas de Hong Kong, Singapur, Puerto Rico y Taiwán, sancionado por el gobierno ( ), para ver si el modelo relojero podía, en lenguaje moderno, "escalar".

En 1970, el parlamento aprobó una ley que otorgaba concesiones económicas a las empresas que producían exportaciones, incluidas unas "vacaciones" fiscales de diez años, un impuesto del 15% sobre los dividendos, cero aranceles y controles aduaneros y subvenciones sobre el alquiler. Mauricio es muy pequeño, por lo que no tenía sentido delimitar una zona geográfica en la que hacer excepciones; más bien, toda la isla podía ser tu ostra si simplemente abrías el tipo de negocio adecuado y obtenías para él un "certificado de desarrollo". En cada pequeña fábrica-isla industrial, recuerda Dommen, "podías importar todo lo que necesitaras para que tu fábrica funcionara, es decir, materias primas, máquinas y todo lo que quisieras, libre de impuestos y, sobre todo, sin problemas. Luego se podía exportar. Y eso se arreglaba sin problemas, impuestos ni aranceles". Uno de los proyectos que surgieron de esta iniciativa fue Coromandel, la zona que tan fuerte impresión dejó en Claude de Baissac cuando era niño.

Quienes se oponían al plan temían que esta nueva forma de hacer las cosas perjudicara a los sindicatos, redujera el salario mínimo, situara a Mauricio en el lado perdedor de las relaciones de poder mundiales y expusiera a los empleados -la mayoría de los cuales serían mujeres, porque estaban dispuestas a trabajar por un salario más bajo- al acoso sexual. Todas estas preocupaciones resultaron ser válidas, pero eran características, no errores, los mismos elementos que hacían que la mano de obra mauriciana fuera "competitiva" (es decir, barata). Y junto con acuerdos diplomáticos clave que favorecían las exportaciones a Estados Unidos, Europa y Canadá, un tipo de cambio débil (que abarataba los productos y los hacía más atractivos para los compradores con divisas más fuertes) e inversiones públicas en carreteras y electricidad, las zonas "ayudaron literalmente a transformar" las islas en una próspera economía de exportación, según escribió más tarde el economista Arvind Subramanian.

Según el Fondo Monetario Internacional, en los siete años

siguientes a la promulgación de la legislación que establecía las zonas francas industriales, el mercado laboral mauriciano añadió diecisiete mil puestos de trabajo, a una tasa media de crecimiento del 70% anual. En 2000, el sector manufacturero representaba más de una quinta parte de la economía de la isla. Pero Patrick Neveling, que realizó parte de su investigación trabajando como supervisor en una de estas fábricas, dice que las cifras tenían otra cara.

"Te ciegan con las grandes estadísticas, pero no te dicen quién paga esto", me dijo por teléfono. "Tienes a todos esos trabajadores que quizá tengan cuarenta o cuarenta y cinco años. Y no van a morir a los cuarenta y siete, pero ya no pueden entrar en una fábrica y coser cuellos todo el día, así que no hay trabajo para ellos hasta la jubilación. Tienen una pensión estatal ínfima porque el Estado apenas recibe pagos de la seguridad social de las empresas de la zona. Es una enorme cantidad de dinero [perdido]".

Neveling también señaló que Mauricio pidió millones de dólares en préstamos al Banco Mundial en la década de 1970, en parte para construir estas fábricas, millones que sólo podían devolver alquilando las fábricas. "Existe una ideología para vender esto [como un] factor X", afirma Neveling. "Todos estos alcaldes o políticos dicen: 'Tendré mi estatua porque construí Shenzhen en Etiopía'. Pero muy pocas zonas funcionan realmente. Pocas salen de la fase de explotación".

Bolin hablaba mucho de Mauricio, presentándolo como un caso ejemplar de cómo las zonas ayudaban a las empresas y a la población local a prosperar. Se convirtió en una pequeña celebridad, viajando por todo el mundo y recorriendo conferencias y ferias internacionales, donde comparó las zonas con "ventanas al mundo de la fabricación global". Los líderes mundiales le extendieron la alfombra roja; el gobierno de Kazajstán incluso le regaló una bata tradicional de terciopelo bordado para agradecerle sus servicios. "Le quedaba dos tallas más pequeña, así que la guardó en un armario hasta que murió", cuenta Doug Bolin. "Ahora es dos tallas más pequeña para mí".

- - -

La defensa de Bolin en los años 70 y 80 hizo que las zonas francas pasaran de ser una curiosidad marginal a un pilar de la economía del

desarrollo. La Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), que administra la ayuda exterior en nombre del gobierno estadounidense, también se interesó por ellas y empezó a ayudar a los países con financiación para establecer sus propias zonas francas. A raíz de esta iniciativa, un pequeño grupo de consultores estadounidenses empezó a recorrer el mundo para convencer a los líderes mundiales de estas nuevas prácticas. Los enclaves de libre comercio empezaron a surgir por todas partes: en una ciudad portuaria del sur de Jordania, en remotas regiones selváticas de Costa Rica y, finalmente, en Subic Bay, la que fuera la mayor base militar extranjera de Estados Unidos en Filipinas, que en un giro poscolonial alberga ahora centros comerciales libres de impuestos, complejos turísticos, un club náutico y comunidades de condominios cerrados.

Irlanda, que quería recuperar los ingresos que había perdido repentinamente cuando los vuelos de larga distancia ya no necesitaron hacer escala en Shannon para repostar, estableció una zona franca adyacente al aeropuerto y convenció a las empresas para que se trasladaran allí ofreciéndoles exenciones fiscales durante veinticinco años. En seis años, un tercio de las exportaciones del país se fabricaban allí. Shannon se convertiría en otra piedra angular del mundo de las zonas francas: La ONUDI organizó una sesión de formación que, según la tradición industrial, inspiró a los delegados chinos a volver a su país y fundar Shenzhen, que según algunos allanó el camino para el ascenso de China. (Veremos más adelante cómo las dispensas especiales de Shenzhen se concedieron en un último esfuerzo por aliviar la pobreza después de que los líderes locales las propusieran como posible vía de progreso).

Entre el trabajo y el capital, nunca hubo duda de qué lado estaba Bolin. Daba charlas a la ONUDI subrayando lo importante que era mantener los salarios bajos: "La duplicación del salario mínimo... ha reducido drásticamente el incentivo para establecer nuevas maquiladoras en México y ha provocado que varias de ellas abandonen México", advirtió en un seminario de 1977. Doug Bolin recuerda que su padre tampoco era un gran admirador de los sindicatos, y que sus comentarios sobre los salarios a las empresas con las que trabajaba eran indiferentes: "No vendáis tantos puestos de trabajo a niños estadounidenses que no los aprecian. Puedo

conseguirte cuatro trabajadores en México y El Salvador por cincuenta céntimos", recuerda Doug. "Simplemente irritaba a la gente que existiera una estructura que hiciera que eso fuera fácil de hacer", me dijo Doug.

Aun así, en 1974 la ONUDI ya debatía propuestas para crear una organización comercial de administradores de zonas francas. Esto dio a Bolin, y al trabajo de su vida, un impulso de visibilidad. Publicó un manual en el que esbozaba el proyecto de zonas económicas especiales y se hizo cargo del Instituto Flagstaff, sin ánimo de lucro, que con el tiempo pasó a llamarse Asociación Mundial de Zonas de Procesamiento Económico (WEPZA). En aquella época, la organización colaboraba con la ONUDI y el Banco Mundial para promover proyectos de zonas. Hoy desempeña sobre todo una función educativa, publicando documentos y abogando por el sector.

El resultado de este esfuerzo colectivo es que, en la década de 1980, las zonas francas -inspiradas por el imperialismo estadounidense, alimentadas por la descolonización y difundidas por una organización supuestamente anticolonial- habían cobrado vida propia. El FMI prescribía zonas a los países pobres a los que prestaba dinero, apostando a que la presencia de industria extranjera ayudaría a los Estados a devolver sus deudas de forma más disciplinada y puntual. Jamaica -que pocos años antes había liderado en la ONU la defensa de sistemas económicos más equitativos- vio cómo se inauguraba la Zona Franca de Kingston, seguida de la Zona Franca de Montego Bay, la Zona Franca de Garmex, la Zona Franca de Hayes y la Zona Franca de Cazoumar, por nombrar sólo algunas de sus plantas de confección y procesamiento de alimentos con bajos salarios, sin impuestos y con escasas protecciones para los trabajadores. "Aunque las zonas francas aumentaron el flujo de dinero hacia Jamaica, muy poco de ese dinero llegó a manos de los jamaicanos que trabajaban en las plantas, fábricas y almacenes", observa Kojo Koram en *Uncommon Wealth*, señalando que, si bien esto podía ser bueno para los acreedores del país, difícilmente era una forma sostenible de mantener a su población. A finales de la década de 1990, había casi mil zonas de este tipo que empleaban a más de veintidós millones de personas en todo el mundo, y se estaban ganando rápidamente la reputación de talleres clandestinos entre los activistas antiglobalización.

Michael Castle-Miller, un veterano consultor que actualmente trabaja en la empresa de asesoría Albright Stonebridge Group, fue testigo de todo esto desde su puesto en el Banco Mundial, y luego en una consultoría de zona independiente llamada Locus Economica, a principios de la década de 2000. Por aquel entonces, se trataba de una herramienta del Consenso de Washington para liberalizar el orden mundial y hacer los lugares más favorables a la inversión extranjera, especialmente estadounidense, y reducir la intervención gubernamental en estos países", explica a Zoom desde Vanuatu, la isla del Pacífico Sur en la que trabajó como consultor durante gran parte de la pandemia de COVID-19. "Y las zonas desempeñaron un papel crucial en la liberalización de la economía mundial. "Y las zonas desempeñaron un papel crucial en ese programa. Pero creo que ahora ya no son realmente una herramienta eficaz ni siquiera para lograr eso. En cierto modo han ganado. No son sólo las zonas las que ofrecen beneficios. Es todo el país".

- - -

El hecho de que las zonas francas encajaran a la perfección con la ortodoxia económica de la década de 1980 -la Reaganomía, el Thatcherismo y el auge de las gigantescas corporaciones multinacionales- ocultaba un problema persistente: no estaba del todo claro si eran el milagro económico que imaginaban sus defensores.

El mito del milagro de las zonas francas puede atribuirse, una vez más, a Mauricio. En la década de 1990, algunos de los economistas más destacados del mundo acudieron a la isla para tratar de explicar por qué, contra todo pronóstico, esta pequeña nación, antaño totalmente dependiente de los precios del azúcar y muy vulnerable a las crisis económicas y medioambientales fuera de su control, fue capaz de convertirse en una historia de éxito africano. Entre 1977 y 2006, Mauricio disfrutó de una racha de crecimiento del PIB del 5% anual, incluso teniendo en cuenta las caídas durante las crisis financieras mundiales; el mauriciano medio también vio triplicados sus ingresos y alargada su esperanza de vida en doce años. La inflación se mantuvo bajo control e incluso se redujo la desigualdad de ingresos. Las cosas aún no iban bien -el listón estaba muy bajo-,

pero todos los economistas coincidían en que las zonas francas habían hecho *algo*.

Pero, ¿cuál era? Resultó que había una explicación que se adaptaba a cualquier visión del mundo.

El economista de Harvard Jeffrey Sachs, que en su momento fue uno de los principales defensores del libre mercado, argumentó que fue una política comercial abierta al resto del mundo lo que sacó a los mauricianos de la pobreza.

Dani Rodrik, de Harvard, rebatió a Sachs la idea de que la isla era inequívocamente "abierta"; señaló que hasta hacía poco los aranceles eran bastante elevados, abrir un negocio era bastante complicado y las importaciones estaban restringidas para dar prioridad a las empresas locales, en virtud de una política de sustitución de importaciones. Pero dentro de las zonas, señaló Rodrik, se aplicaba un conjunto diferente de normas. Las zonas especiales dieron a Mauricio el impulso que necesitaba porque ofrecían un espacio excepcional donde la política comercial podía salirse del guión. Ofrecían lo mejor de ambos mundos: nacionalismo y globalismo, proteccionismo y neoliberalismo.

Paul Romer, que enseñaba en la Universidad de California, Berkeley, llevó estas narrativas un paso más allá, argumentando que Mauricio había prosperado porque se había abierto a ideas y estrategias importadas de otros lugares. La zona permitió al Estado mantenerse vinculado a sus socios comerciales, pero al mismo tiempo protegerse de la reacción política que podría haber surgido si hubiera reducido totalmente los aranceles comerciales. Y "una vez iniciado el crecimiento, el gobierno redujo las barreras comerciales, liberando el resto de la economía", explicó Romer más tarde.

Esta apertura era crucial porque un Estado puede beneficiarse significativamente "utilizando ideas de países industriales dentro de sus fronteras". En otras palabras: plantar ideas extranjeras en suelo nacional hacía más fértil toda su economía. Y en Mauricio, Romer tenía un caso de estudio perfecto.

Sin los empresarios chino-mauricianos, no habría fábricas de calcetines y bragas en Hong Kong. Lo mismo puede decirse de los capitalistas franco-mauricianos con conexiones en las casas de moda parisinas. Y sin los lazos de los Poncinis con su tierra natal, la idea nunca habría cuajado.

Es difícil desentrañar estas explicaciones, y ninguno de los economistas de optó por centrarse en los aspectos negativos de los proyectos de la zona, a saber, las malas condiciones laborales y los bajos salarios. Además, había otros factores en juego. Mauricio era un país excepcionalmente pequeño, diverso y bien organizado, y su programa de zonas estaba gestionado por el gobierno local, que invertía en infraestructuras. A finales de los años 70 se benefició de dos importantes tratados comerciales, el Acuerdo Multifibras y el Convenio de Lomé, que atrajeron a inversores extranjeros. Y como en los años sesenta era logísticamente difícil para los capitalistas mauricianos trasladar su dinero al extranjero, se les podía convencer de que lo invirtieran más cerca de casa, lo que mantenía la riqueza local. (Un hombre lo intentó, me dijo Dommen, pero el banco suizo que esperaba que le diera cobijo se negó a convertir una cantidad tan grande de moneda mauriciana).

En términos más sencillos, las excepciones de Mauricio fueron excepciones entre excepciones. En otros lugares, era mucho más habitual que las zonas francas se abrieran, emplearan a unos cientos de trabajadores con salarios bajos, ahorraran algo de dinero a una empresa y no tuvieran efectos tangibles a largo plazo sobre la calidad de vida o las infraestructuras locales. Muchos proyectos de zonas tenían un valor limitado para cualquiera, excepto para la empresa que obtenía exenciones fiscales y agilizaba el papeleo. Y aunque es cierto que algunos puestos de trabajo son mejores que ninguno y que una inversión limitada es mejor que cero, estos argumentos se basan en una premisa derrotista: que no hay otra forma de que una nación prospere.

No es de extrañar, pues, que a medida que Mauricio prosperaba, empezara a importar mano de obra más barata de China, India y Bangladesh para dotar de personal a sus fábricas. Cuando expiraron los tratados que beneficiaban a los fabricantes locales, esas empresas también se retiraron. Pero para entonces, Mauricio ya había subido de nivel. Seguía siendo un paraíso fiscal, sólo que estaba al servicio de una categoría diferente.

En 1992, el país empezó a ofrecer a las empresas extranjeras la residencia legal, lo que les permitía beneficiarse de unos impuestos mínimos y un nivel de confidencialidad casi suizo. Empezó a

desarrollar otras industrias extraterritoriales de cualificación media, como la contabilidad y la banca transfronteriza. Estas ventajas, unidas a un acuerdo indo-mauriciano destinado a evitar que las empresas tributaran dos veces, crearon una situación absurda en la que la isla (con una población de 1,2 millones de habitantes) representó sobre el papel casi un tercio de toda la inversión extranjera directa en India (con una población de 1.400 millones de habitantes) entre 2000 y 2016, cuando se cerró la laguna.

Por supuesto, el hecho de que el dinero pase por un centro insular no significa automáticamente que la isla comparta la riqueza desviada. Pero la industria artesanal de banqueros, abogados, contables y su personal de apoyo que hacen que todo esto ocurra se acumulan. Mientras tanto, entre 2001 y 2005, 112 fábricas de las zonas francas cerraron, lo que costó al país 25.000 puestos de trabajo.

Lo sorprendente, en retrospectiva, es que las instituciones que impulsaron las zonas francas eran muy conscientes de sus limitaciones desde el principio. "Es muy probable que las políticas de las ZFE fracasen si se consideran un sustituto, y no una primera fase, de una política amplia y orientada al exterior para el conjunto de la economía", reza un informe del FMI de 1990. "En esencia, por tanto, el concepto de ZPE sólo promete ventajas temporales".

La literatura del Banco Mundial e incluso de la propia ONUDI confirma que se sabía que las zonas no eran una solución mágica. Sin embargo, por inercia o por ideología, o por una combinación de ambas, esto no sirvió para contenerlas. Todo el mundo veía lo que quería ver. Las zonas eran demasiado convenientes como para renunciar a ellas.

- - -

Tras unos breves intercambios telefónicos, Claude de Baissac conoció a Dick Bolin en una conferencia celebrada en Malasia en 1994. Contra todo pronóstico, congeniaron. Baissac, un espíritu libre que busca el caos en cada esquina, se había aseado lo mejor que pudo tras haber pasado la mayor parte de los meses anteriores en la playa. Bolin, por su parte, era todo un hombre de negocios estadounidense de los años 50, con su corte de pelo, pajarita y tirantes. "Era muy americano y

muy republicano. Tenía una barriga bastante grande, no era muy alto y tenía los ojos azules, la cara ancha, una gran papada y el labio inferior colgante", recuerda Baissac. "Le encantaban los helados y Richard Nixon".

En Kuala Lumpur, Bolin se alojó en un hotel de lujo, recuerda Baissac, mientras que él optó por la opción económica. En la conferencia, conoció a los responsables de las zonas: funcionarios, ministros de comercio y burócratas de tercer nivel, como el jefe de una junta de zona keniana de tamaño medio. "Era un acto muy señorial, muy formal", dice Baissac. "Las ZFE eran propiedad del Estado y estaban dirigidas por funcionarios encargados de las licencias de los inversores, los permisos de trabajo y todo eso".

También se dio cuenta de lo radicalmente que chocaba la idea de Bolin de una zona franca con estos esfuerzos gubernamentales más moderados. "Lo que Dick defendía era diferente. Impulsaba zonas gestionadas de forma privada", afirma Baissac. A él mismo no le convencía del todo este planteamiento, pero dejó a un lado sus reservas. Baissac creció en una familia conservadora y se consideraba de derechas: de joven era admirador de Thatcher y Reagan, así que el capitalismo radical de Bolin no le chocó precisamente.

Ese año, Baissac se trasladó a Bristol para hacer un doctorado en geografía. Odiaba la ciudad y le desanimaban sus estirados compañeros ingleses. ("Los ingleses están bien cuando son coloniales y decadentes y liberados y divertidos", me dijo, "pero cuando estás allí de verdad, te preguntas qué coño le pasa a esta gente"). Así que se mudó de nuevo y se buscó la vida para hacer unas prácticas en la UNCTAD en Ginebra, donde, un poco sorprendido, pasó unos meses escribiendo informes para Edouard Dommen. Resultó que Ginebra también era bastante aburrida. Así que, invitado por Bolin, Baissac se subió a un avión rumbo a Flagstaff, Arizona, donde comenzaría un programa de doctorado.

Fue entonces cuando empezó a cuestionarse en serio el planteamiento de Bolin. "¿Cuándo desperté? La primera disonancia cognitiva para mí fue cuando empecé en Flagstaff, y me sorprendió la simplicidad y los puntos de vista ideológicos, casi religiosos, que tenía Dick", recuerda.

"Era tan rabiosamente proamericano; creía en el modo de vida

estadounidense. Pensaba que todo el mundo quiere ser estadounidense, y que las zonas francas industriales son la forma de educar a la mano de obra y de que surja la sociedad de consumo. No había malicia, era una verdadera actitud a lo Doris Day. Jeanne era igual, era la dama americana, de buena familia de Nueva Inglaterra".

Baissac prosiguió: "Oírles hablar de las ZPE como herramienta de civilización nunca fue explícito, pero sí implícito. Era como decir: 'Liberaremos a la gente con mercados libres y serán felices porque lo único que quieren es ser como nosotros'". "Su propia atracción por la zona -y el atractivo de cómo se desarrollaba en Mauricio- había sido "como un desarrollo orgánico, no como una imposición", afirma.

Un par de años después de llegar, Baissac dejó Flagstaff, abandonó su doctorado y aceptó un trabajo en The Services Group (TSG), una organización sin ánimo de lucro de Washington D.C. (ahora llamada Aecom) que obtenía la mayor parte de su financiación a través de contratos de USAID. TSG fue contratada para ayudar a crear enclaves de libre comercio en Jordania, Jamaica, Palestina y la República Dominicana. El trabajo seguía un patrón: consultores como Baissac se presentaban en un nuevo país, hablaban con los dirigentes locales o nacionales, esbozaban un plan de negocio con propuestas de concesiones que el gobierno podía ofrecer en una zona franca y hacían proyecciones sobre los ingresos que generarían las zonas, basándose en casos de éxito en otros países.

A esas alturas, las zonas francas ya tenían fama de explotar a los trabajadores, sobre todo cuando las gestionaba una empresa privada y no el Estado. En Oriente Medio, la indignidad de los bajos salarios y las largas jornadas laborales se veía agravada por las relaciones sociales. "Tuve una sensación tremendamente incómoda al ver a mujeres jordanas y palestinas en talleres clandestinos trabajando bajo las órdenes de israelíes agresivos", dice Baissac. "También me inquietaba el sentimiento antiisraelí entre los industriales jordanos. No estaba convencido de que las ZEE salvaran la brecha cultural. Pensé que se estaban convirtiendo en instrumentos de explotación. Me preguntaba: ¿cuándo son agentes del bien? Y me di cuenta de que necesitas empresarios locales que inviertan y desarrollen su propio negocio... o es una carrera hacia el fondo".

También había problemas de base. Los reglamentos zonales de los

distintos lugares se parecían cada vez más. No mejoraban las infraestructuras, no importaban nuevas ideas ni permitían la formación de agrupaciones industriales especializadas, como creía Baissac que debían hacer. En su mayor parte, se limitaban a facilitar la vida a las empresas de , sin tener apenas en cuenta los países en los que estaban ubicadas. Michael Castle-Miller los describió como "proyectos prefabricados". "Copian y pegan lo que hacen otros países [para hacer negocios] libres de impuestos".

Durante este periodo, las ETG surgieron como un engranaje del complejo zonal-industrial cada vez más profesionalizado. Una vez que se establecieron como una herramienta de desarrollo que podía reducir sigilosamente las barreras al comercio sin amenazar la política y la retórica nacionalistas, incluso en los países socialistas, las agencias gubernamentales estadounidenses, así como las instituciones internacionales, parecían felices de arrojar dinero en su dirección, independientemente de si era probable que estos proyectos marcaran la diferencia. Los gobiernos hicieron su parte ofreciendo concesiones en forma de "vacaciones" fiscales, argumentando que, en primer lugar, no era como si tuvieran que perder los ingresos fiscales de los inversores extranjeros. Y las grandes agencias de desarrollo seguían impulsando las zonas como parte de sus planes de rehabilitación económica, a pesar de que eran conscientes de sus limitaciones desde el principio.

Todo el mundo podía aparentar que estaba haciendo algo, y los consultores dominaban cómo hacer que pareciera que su estrategia funcionaba, con sus optimistas proyecciones sobre el crecimiento del empleo y el PIB per cápita. "El problema de la consultoría de desarrollo es que estás constantemente buscando nuevos proyectos y crecimiento, y engañas al sistema encontrando siempre rendimientos futuros positivos para tu proyecto", se queja Baissac. "Mis jefes me decían: 'Este proyecto necesita una tasa de rentabilidad positiva', y yo les contestaba: 'No puedo dársela basándome en los datos que tenemos'. Me pedían que les pusiera carmín a los cerdos, y yo me negaba".

Al final, Baissac fue despedido. Se retiró para trabajar en el sector de las aerolíneas (en vísperas del 11-S) y para contratistas de seguridad en África (justo cuando el terrorismo se estaba convirtiendo

en una gran preocupación en el continente), al tiempo que trabajaba como consultor en el sector zonal. Presidió brevemente WEPZA, el grupo comercial que había fundado Bolin, y luego cedió las riendas a otro antiguo alumno del TSG, Jean-Paul Gauthier (no confundir con el icono de la moda Gaultier).

A pesar de ser un defensor oficial del sector, Gauthier es tan crítico con él como Baissac.

Empezó a darse cuenta de los problemas cuando trabajaba en la Corporación Financiera Internacional (CFI) del Banco Mundial, que asesora y presta dinero a empresas privadas que operan en países en desarrollo. "Cuando estaba en la CFI, se decía que si nada funcionaba en esos países, probáramos esto", recuerda, refiriéndose a las zonas francas industriales. "Y pronto se demostró que era una idea inviable, porque al cabo de unos años, las evaluaciones muestran que las zonas son porosas.

"La idea de la zona como enclave -que allí todo está arreglado y mejor y es un paraíso para la inversión internacional- es errónea", prosiguió. "Si está rodeada de basura, entonces es basura que entra, basura que sale. Tienes un problema".

Puede parecer una afirmación chocante, viniendo de un hombre que me dijo que estaba detrás del lanzamiento de 134 nuevas zonas y de 38 nuevas leyes o políticas que las permitían en todo el mundo. Pero quizá estas cifras no sean tanto un logro como un reflejo de la omnipresencia de las zonas francas. Según el Adrianople Group, una consultora de zonas francas, hay más de siete mil en todo el mundo.

Al menos varios centenares son zonas zombis: inactivas, funcionando a baja capacidad o directamente abandonadas. Es imposible decir cuántas, porque "nunca se reconoce el fracaso", dice Gauthier. "Las instituciones en particular, los gobiernos al mando, se ven a sí mismos como necesitados de perpetuar su propia existencia, así que nunca declaran un fracaso".

Gauthier cree que las zonas francas aún tienen potencial siempre que no existan en el vacío: la industria requiere cosas que beneficien a todos los ciudadanos, como infraestructuras funcionales, como carreteras y electricidad; un entorno razonablemente libre de corrupción; un sistema político estable que no cambie las reglas cada dos años. "Estas cosas pueden funcionar, pero es difícil, y pueden

funcionar si no se comete el clásico catálogo de cien errores", afirma. Es el planteamiento de "poner una zona" al desarrollo económico que ha producido cientos de enclaves corporativos de valor económico marginal, incluso para las empresas que trabajan en ellos.

Y no sólo eso, sino que pueden perjudicar activamente a las comunidades que viven a su alrededor, que a menudo carecen de los conocimientos o la educación necesarios para trabajar en los empleos prometidos. "Las ZEE son animales muy táctiles, tanto si están en medio de la nada como en terrenos disputados, así que hay que ir allí y echar un vistazo: a qué distancia está, quién vive allí, hay manglares, qué está pasando", dice Gauthier. Sin embargo, según su experiencia, los burócratas suelen carecer de los recursos o la voluntad para ir a verlo por sí mismos.

Esta negligencia puede acabar mal para las comunidades de estas zonas. En la India, donde funcionan 231 zonas, los proyectos de desarrollo han desplazado a poblaciones locales enteras -agricultores, sobre todo- y las han dejado sin medios de subsistencia, salvo quizá una mísera paga única del Estado.

El dominio eminente se invoca en muchos contextos -ferrocarriles, fábricas, puertos y estadios deportivos- en todas partes, desde el sudeste asiático hasta la ciudad de Nueva York. El desplazamiento no es un problema exclusivo de la construcción de zonas. Pero el simbolismo del recorte territorial añade insulto a la injuria. Dice, sin ambigüedad, a los antiguos habitantes: esta tierra no se hizo para ti ni para mí.

- - -

A principios de la década de 2000, Baissac prácticamente había abandonado el sector. Estaba desilusionado y ocupado en una nueva empresa de inteligencia empresarial. Pero un día, en una conferencia en Sudáfrica, se encontró con Paul Romer, el economista estadounidense que sostenía que Mauricio había prosperado gracias a su disposición a tomar prestadas ideas, personas y tecnologías del resto del mundo.

Baissac estaba entusiasmado por conocer a Romer. El economista, premio Nobel en 2018, es conocido sobre todo por sus teorías sobre la

economía de las ideas: a saber, que las ideas no son como otros bienes, porque no se agotan cada vez que se utilizan. Al contrario: las ideas tienen un efecto acumulativo, y a mayor rendimiento, mayor crecimiento económico. Por tanto, hay que tratarlas de forma diferente, compartirlas más liberalmente. Este era el caso de las empresas y de los Estados, que podían invertir en empresas generadoras de ideas. "Si una nación pobre invierte en educación y no destruye los incentivos para que sus ciudadanos adquieran ideas del resto del mundo, puede aprovechar rápidamente la parte públicamente disponible del acervo mundial de conocimientos", escribió en un artículo sobre el crecimiento. "Si, además, ofrece incentivos para que las ideas de titularidad privada se pongan en práctica dentro de sus fronteras (por ejemplo, protegiendo las patentes, los derechos de autor y las licencias extranjeras, y permitiendo la inversión directa de empresas extranjeras), sus ciudadanos podrán trabajar pronto en actividades productivas de vanguardia."

Los escritos de Romer sobre la "nueva teoría del crecimiento" coincidían con las creencias de Baissac sobre lo que genera prosperidad en una economía: que los individuos, cuando tienen la oportunidad, se ven obligados de forma natural a buscar beneficios, creando avances tecnológicos e innovación. Romer también rompió con la tradición al escribir que el crecimiento económico no sólo se producía gracias a factores exógenos, como los recursos naturales, sino también endógenos, como las ideas, que eran posibles de crear desde dentro, a nivel de una empresa o incluso de todo un país, con los incentivos adecuados.

"Pensé: quiero trabajar contigo", dice Baissac sobre su encuentro. Estaba entusiasmado.

"Un día me llamó y me dijo: 'Busco un gobierno que acepte uno de mis proyectos'. "

Los proyectos no eran fábricas. Romer había decidido llevar su concepto más lejos y ampliar la autonomía fiscal de la zona a algo de mayor alcance y político. Sus creaciones serían estados dentro de los estados. Las llamó ciudades charter .

5

Hackear el mundo

La verdad última y oculta del mundo es que es algo que creamos y que podríamos crear de otra manera.

-David Graeber

I

He dudado antes de decidir incluir un capítulo sobre las ciudades autónomas en este libro, en parte porque la idea no es tan nueva. Por un lado, una ciudad charter, si utilizamos la definición de trabajo de Paul Romer, es un territorio situado en un estado que opera bajo las normas de otro estado, o charter. Esto describe prácticamente la mitad del mundo bajo el colonialismo. Describe el Vaticano, las embajadas extranjeras y Hong Kong bajo la política china de "un país, dos sistemas". Es una versión política y expansiva del puerto franco, y la principal razón por la que suena tan disonante a nuestros oídos es porque las naciones-estado dan mucha importancia a su soberanía. La idea de las ciudades charter sugiere una intromisión peligrosa: una influencia extranjera en un lugar al que no pertenece. Esas ciudades rompen la integridad de la nación. Perforan el conjunto.

Pero Romer no es partidario de la ortodoxia. Tras argumentar que las zonas de libre comercio permitían a los países más pobres prosperar al abrirse a la importación de ideas, tecnologías y, en última instancia, reformas, Romer pasó a defender el trasplante de sistemas jurídicos extranjeros a nuevas ciudades en suelo extranjero, no tanto para extender la influencia extranjera como para poner en marcha un cambio más general a escala nacional.

A principios de la década de 2010, Romer se lanzó a una carrera mediática para publicitar estas ciudades autónomas. Escribió artículos,

participó en entrevistas y perfiles en revistas como *The New York Times* y *The Atlantic*, e incluso pronunció una popular charla TED para presentar su visión. El momento era propicio para ello. El mundo seguía inmerso en una recesión económica provocada, en gran medida, por los llamados mejores y más brillantes, y el inteligente contrarianismo de programas de radio como *Freakonomics* y *Planet Money -que* cubrían efusivamente a Romer- parecía explicar la economía tan bien como cualquiera del Banco Mundial o la Reserva Federal. En Estados Unidos, las promesas posraciales de la administración Obama aún no habían dado paso a la conciencia de la era Trump de que la desigualdad y los prejuicios eran estructurales, no personales. En el ámbito internacional también era así: la prensa económica seguía cautivada por soluciones seductoras como los microcréditos, que se apoyaban en los individuos por encima de soluciones sistémicas como una red de seguridad social o infraestructuras funcionales.

También era una época en la que las grandes empresas tecnológicas aún no eran demandadas por monopolio e invasión de la intimidad, sino más bien celebradas por su capacidad para "piratear" todo, desde la forma física personal hasta las encuestas políticas.

Romer intentó durante un tiempo crear ciudades autónomas. Recorrió Honduras y Madagascar en busca de países anfitriones con terrenos libres a los que pudiera dotar de una estructura jurídica, pero ninguno de sus intentos fructificó. Su búsqueda fue la encarnación de aquel chiste de Groucho Marx sobre los clubes: nunca querrías formar parte de uno que te aceptara como miembro. Sólo los Estados más desesperados y disfuncionales aceptarían un acuerdo semejante. Ningún líder mundial respetable se enrolaría voluntariamente en lo que parecía un proyecto neocolonial.

Con el tiempo, Romer también se retiró del proyecto, haciendo uso de una desvinculación que quizá sea una ventaja profesional. "Lo que hago es poner mensajes en botellas, y luego simplemente las tiro al océano, y no puedo controlar realmente lo que ocurre", me dijo. "Intento mantener las distancias con la idea".

¿Qué ha pasado? pregunté. ¿No había hecho todo lo posible por construir las ciudades, a pesar de que los críticos tachaban sus intentos de neocoloniales?

El irónico resumen de Romer fue: "Un mundo de locos libertarios".

Alentados por el (cuasi)respaldo de Romer y con el auge de las acciones tecnológicas, una nueva guardia, procedente de Silicon Valley, había tomado el relevo. En su visión ideal, el Estado extranjero que administraba la ciudad desde lejos era sustituido por una empresa privada que disfrutaba de concesiones similares pero respondía a intereses privados, no públicos. Esto se alejaba de la visión estadocéntrica de Romer.

Los libertarios crearon grupos de reflexión, lanzaron consultorías y publicaron revistas. Abrieron empresas de inversión y organizaron conferencias. Y en el proceso, hicieron que "ciudades charter" rimara con un tipo de libertarianismo extravagante inspirado en Ayn Rand y la economía austriaca. Algunos de estos grupos se han alejado de estas políticas y, en el caso del Charter Cities Institute, con sede en Washington D.C., han empezado a dar prioridad a cuestiones más técnicas, como la zonificación y la planificación urbana. Parecen seguir los pasos de los consultores de zonas francas, que buscan contratos de agencias de ayuda y desarrollo en lugar de dedicarse a la teoría política de salón. Pero es difícil desprenderse del tufillo a Galt's Gulch: una visión de la sociedad basada en el mercado que encanta a periodistas y académicos, pero que se traduce en más palabras que hechos. Esta gente recibe mucha atención, y yo era -y soy- reacio a darles más, la segunda razón de mi recelo.

Dos cosas me hicieron cambiar de opinión.

En la isla de Roatán, una antigua colonia española y luego británica situada frente a la costa oriental de Honduras, están tomando forma los inicios de un enclave semiautónomo. Próspera es, por ahora, una ciudad turística con un puñado de edificios, unas pocas viviendas y un complicado sistema de residencia electrónica que permite a los particulares convertirse en miembros de la comunidad y constituir una empresa sin tener que vivir allí. Próspera supervisa su propio sistema de impuestos, zonificación y gobernanza ( ) -un consejo de administración toma estas decisiones- y contrata guardias de seguridad privados en lugar de depender de la policía local. Ninguno de los ejecutivos de Próspera con los que he hablado vive allí a tiempo completo, aunque afirman que se convertirá en una próspera comunidad de hondureños que disfrutarán de buenas condiciones de

vida y ganarán un salario decente haciendo cosas como teletrabajo, todo ello mientras generan incalculables beneficios para sus inversores a través de honorarios y bienes inmuebles. Encargó a la empresa fundada por la arquitecta y diseñadora británica iraquí Zaha Hadid que realizara unos planos futuristas de su dominio, todo líneas curvas y estética de la era espacial.

Los orígenes del proyecto se remontan a 2009, cuando, tras un golpe militar que derrocó a una administración hondureña de izquierdas, políticos del derechista Partido Nacional del país, ayudados por asesores extranjeros, propusieron una legislación que permitía jurisdicciones en gran medida privadas en las tierras de su país. Sólo se han construido dos: Próspera, y una zona más industrial en tierra firme llamada Ciudad Morazán.

Paul Romer participó en las primeras fases del establecimiento de la ley hondureña; renunció en 2012 tras una discusión sobre la falta de transparencia del gobierno, pero la idea atrajo a poderosos intereses y perduró. En 2013, el Tribunal Supremo de Honduras aprobó lo que se conoce como la ley ZEDE (Zona de Empleo y Desarrollo Económico), que básicamente permite a los inversores autorizados administrar partes del territorio hondureño en prácticamente todos los aspectos, excepto en materia penal. "La gente de allí no quería una reforma [significativa]", recuerda Romer. "Querían crear una jurisdicción política donde pudieran consolidar su poder".

La ley atrajo a los libertarios estadounidenses a Roatán como moscas a la granja. Entre sus emisarios se encuentran Pronomos Capital, un fondo de riesgo especializado en nuevas jurisdicciones, fundado por Patri, nieto del economista Milton Friedman, y NeWay Capital, una empresa con sede en Washington D.C. con un cometido similar. También están en la órbita del proyecto Mark Klugmann, antiguo redactor de discursos de Ronald Reagan y George H. W. Bush; Michael Strong, activista de la reforma educativa que escribió un libro con el fundador de Whole Foods, John Mackey; Shanker Singham, abogado británico-estadounidense que apoyó enérgicamente el Brexit; y los magnates estadounidenses de la tecnología Balaji Srinivasan, Marc Andreessen y Peter Thiel.

Empecé a seguir a Próspera desde el principio, esperando, una y otra vez, que fracasara. Honduras era demasiado inestable. La idea era

demasiado descabellada. Los ciudadanos de Roatán, según las noticias, no parecían muy entusiasmados con la idea. Y las personas implicadas parecían, al menos a mí, tener la cabeza en las nubes.

Por ejemplo, Patri Friedman, responsable de popularizar las ciudades charter en la zona de la bahía y que ha recaudado dinero de fundadores de empresas tecnológicas e inversores de capital riesgo. Hablé por primera vez con Friedman en 2012, cuando dirigía el Seasteading Institute, que promovía el desarrollo de Estados-nación artificiales y flotantes en alta mar. Hemos mantenido varias conversaciones desde entonces. Patri es un interlocutor animado y atractivo que considera que los gobiernos deberían competir por los ciudadanos del mismo modo que las empresas compiten por los clientes. Se siente frustrado por la falta de tierra disponible y la inflexibilidad de la soberanía nacional. No comparto las inclinaciones políticas de Friedman, pero aprecio su voluntad de desafiar la ortodoxia geopolítica. Seasteading es, entre otras cosas, un brillante experimento mental para los estudiantes de geopolítica. Dicho esto, no es especialmente práctico.

Las finanzas de Próspera tampoco están garantizadas. Sus promotores afirman haber recaudado 100 millones de dólares, lo que no parece mucho para un proyecto que se anunciaba como el próximo Hong Kong. La adopción de Bitcoin como divisa por parte de Próspera, que ha sufrido un duro revés desde que se inició el proyecto, aumentó mi escepticismo.

Además de todo esto, la jurisdicción -que se anunciaba como autosuficiente gracias a las tasas de registro y los impuestos- recurrió en un momento dado a organizar sesiones informativas de Zoom y a repartir folletos a cualquiera que se hubiera suscrito a sus correos electrónicos, para intentar captar más inversiones. En una presentación de PowerPoint de 2023, afirmaba que los bienes inmuebles de la ciudad podrían generar rendimientos de hasta el 5.000%. Parecía un poco desesperado.

Y, sin embargo. En el momento de escribir estas líneas, Próspera ha sobrevivido a escándalos políticos, al cierre de durante la pandemia, a un aluvión de prensa negativa de todo el mundo, a una nueva administración presidencial encabezada por la izquierdista Xiomara Castro y a un constante trasiego de publicistas que, puedo dar fe, se

especializan en restringir el acceso al director general de Próspera, un voluble venezolano-estadounidense llamado Erick Brimen. También ha dejado claras sus ambiciones a largo plazo.

En 2022, la empresa matriz de Próspera, registrada en Delaware, presentó una demanda por valor de 10.700 millones de dólares ante el Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones (CIADI), un tribunal supervisado por el Banco Mundial, contra el Estado de Honduras, acusándolo de violar las obligaciones contraídas en virtud de tratados inversor-Estado. Estos tratados (de los que hay cientos) y los tribunales que los dirimen siempre han sido polémicos. El argumento básico a su favor es que ayudan a los países pobres a ganar dinero atrayendo a inversores extranjeros que, de otro modo, no confiarían en las leyes de esos países. Sus defensores los consideran una capa adicional de seguridad contra, por ejemplo, la expropiación: ¿Qué empresario extranjero abriría una fábrica si pensara que se la pueden quitar en cualquier momento?

El argumento en contra de este sistema es que antepone por diseño los intereses financieros de los inversores a los de los Estados anfitriones, invadiendo la soberanía nacional y la democracia y permitiendo a empresas fantasma demandar a países enteros por sumas absurdas de dinero. Los datos también sugieren que los proyectos resultantes no mejoran realmente la prosperidad local.

En 2023, Elizabeth Warren y otros treinta legisladores estadounidenses criticaron la demanda de Próspera en una carta, e instaron a Estados Unidos a apoyar a Honduras frente a los demandantes estadounidenses "para garantizar que casos tan atroces ya no puedan perturbar la formulación de políticas democráticas, trabajando para eliminar la responsabilidad del ISDS [solución de controversias inversor-Estado] en los acuerdos preexistentes en nuestro hemisferio", escribió Warren. Posteriormente, a principios de 2024, Honduras anunció que se retiraría por completo del convenio del CIADI.

Es importante señalar que esto no anula retroactivamente la demanda de Próspera contra Honduras. Tampoco da vía libre al Estado para expropiar el desarrollo de Roatán. Jorge Colindres, secretario técnico de Próspera -un gobernador nombrado por los promotores, pero designado oficialmente por el Estado hondureño-

afirma que los planes de construcción y crecimiento de la jurisdicción no han cambiado.

Mientras tanto, la incipiente ciudad acoge retiros de bienestar, conferencias sobre criptomoneda y una conferencia sobre formas experimentales de alcanzar la longevidad (una vez resuelto el problema de los impuestos, lo único que queda, aparentemente, es la muerte).

Patri Friedman voló para recibir inyecciones de follistatina, una nueva forma de terapia génica, aún no aprobada por la FDA, que supuestamente ayuda a los músculos a crecer y ralentiza el proceso de envejecimiento. Me dijo que estaba encantado con los resultados. Los fundadores de la empresa que lo ofrece, Minicircle, lo probaron en sí mismos antes de acudir a Próspera, donde los impuestos son más bajos y no hay un proceso regulador oneroso como en Estados Unidos. ("Soy optimista en cuanto a que puede crear un ejemplo de cómo puede ser la buena gobernanza", dijo uno de los fundadores de Minicircle a un documentalista, "pero me preocupa que [los fundadores] puedan ser un poco ingenuos o analfabetos históricamente, y por ello acaben perpetuando los mismos ciclos que afectan al Tercer Mundo").

Si Próspera sucumbe, no me cabe duda de que surgirá otro intento en alguna parte. El sello se ha roto. No hay vuelta atrás.

Lo que me lleva a la segunda razón por la que decidí escribir sobre las ciudades autónomas: para bien o para mal, de una forma u otra, creo que las ciudades autónomas existirán, y es increíblemente importante que las hagamos bien. Es fácil imaginar que una jurisdicción privada se convierta en lo que equivale a una ciudad-empresa, gobernada por estatutos corporativos, llena de trabajadores sin voz ni voto. La historia está llena de ejemplos sombríos: pensemos en las hazañas de Henry Ford en el Amazonas. Tampoco es difícil ver cómo Próspera podría convertirse en algo parecido a un club privado para socios: Mar-a-Lago para los de Silicon Valley. Pero en el mejor de los mundos, esta jurisdicción híbrida podría representar un nuevo tipo de lugar, con nuevas reglas para todas las personas: una ciudad de refugio temporal, o incluso permanente. Ceder este territorio únicamente a los capitalistas de ideología rígida sería un gran error.

- - -

Cuando Romer propuso inicialmente su concepto de ciudad charter, no partía de algo terriblemente radical. Las normas, escribió, son importantes. Las buenas normas fomentan los buenos resultados, mientras que las malas no. Muchas cosas contribuyen a una economía próspera y en crecimiento: las ideas, el comercio, la tecnología. Pero sin las reglas adecuadas, las innovaciones carecen de sentido. Se puede enseñar a un hombre a pescar, pero sin normas que impidan la sobrepesca, no llegaría muy lejos.

Sin embargo, en el contexto de la reducción de la pobreza mundial, el principio de nuevas y mejores normas tomadas prestadas de otros lugares se volvió un poco más tenso. Las ideas son una cosa. Otra son las normas, es decir, la gobernanza. "Las personas que viven en los países más pobres del planeta son las que más sufren las consecuencias de unas normas deficientes", escribió Romer. "La tarea más apremiante es encontrar la manera de que adopten normas que ya se sabe que funcionan mucho mejor".

Es comprensible que los lectores se sientan ofendidos. En unas breves frases, Romer -hijo privilegiado de un gobernador de Colorado, doctor en economía por la Universidad de Chicago- insinuaba no sólo que los países pobres tenían malos gobiernos que dictaban las normas, sino que era crucial cambiar la forma de actuar de esos gobiernos si se quería que sus ciudadanos fueran menos pobres.

Romer no lo dijo en ese sentido. Más tarde reconoció su punto ciego en una conversación en el podcast *Freakonomics*. "Supongo que cualquiera, aparte de mí, se dará cuenta de que esto hace saltar todas las alarmas sobre el colonialismo y la historia de la explotación colonial en África", dijo al presentador. "Tenía esta culpa por asociación que significaba que todo el mundo estaba un poco horrorizado por la sugerencia. Pero me pareció que necesitábamos hablar de cómo podríamos intentar algo distinto en materia de desarrollo, porque la ayuda al desarrollo, francamente, ha sido un fracaso".

Ese "algo más" era separar las leyes de las tierras, esta vez sólo voluntariamente. Por muy sordo que pudiera parecer, Romer llegó a su teoría con honestidad, basándose en su anterior trabajo académico sobre la economía de las ideas. Los países pobres tomaban prestadas

tecnologías de los países ricos en beneficio de todos. Y las ideas, fundamentalmente, eran para compartirlas. ¿Por qué no tratar *las normas* del mismo modo que tratamos otros tipos de conocimiento? Las reglas pueden venir de todas partes. Ni siquiera cuestan dinero.

"¿Qué tipos de mecanismos permitirán a los países en desarrollo copiar las normas que funcionan bien en el resto del mundo?". preguntó Romer.

Las ciudades charter de Romer se apoyaban mucho en el ejemplo de China, y en el modo en que el país había aliviado enormemente la pobreza gracias, al menos en parte, a experimentos con la jurisdicción.

Entre 1842 y 1997, Hong Kong fue administrada por los británicos como colonia y luego como territorio dependiente. La Corona tomó el control tras ganar la Primera Guerra del Opio en 1842 y amplió su presencia mediante una serie de tratados coercitivos. En el proceso, los británicos instauraron sus propias normas y leyes: desde por qué lado de la carretera se conducía hasta los tribunales que juzgaban los litigios penales y civiles. Esta mezcla de lo extranjero y lo nacional animó a los occidentales a abrir tiendas y negocios, e incluso a trasladarse allí. También empujó a los chinos a "optar" por este nuevo sistema desde el otro lado de la frontera. A medida que la ciudad prosperaba, también lo hacían ellos.

El éxito de Hong Kong inspiró a la cercana ciudad de Shenzhen, que, bajo la Política de Reforma y Apertura de 1978 de Deng Xiaoping, concedió dispensas para que las empresas y particulares extranjeros disfrutaran de un sistema más basado en el mercado, con menos restricciones al comercio y la inmigración que en el resto del país. Allí se repitió la narrativa de Romer: nuevas reglas, nuevas oportunidades, nueva gente, más dinero.

Nada es tan sencillo, por supuesto, y menos aún la historia económica china. El académico Taomo Zhou ha demostrado que el sistema abierto de Shenzhen arraigó de forma algo más orgánica, cuando los propios residentes aprovecharon las oportunidades de arbitraje e intercambio transfronterizo durante la era Mao. Cuando Juan Du, arquitecto de la Universidad de Toronto, empezó a investigar la misma cuestión, quedó tan asombrada por la discrepancia entre el mito de Shenzhen -el antiguo "pueblo de pescadores"- y la realidad de la ciudad que acabó escribiendo un libro entero al respecto.

"Tras más de una década de investigación académica, proyectos arquitectónicos y compromisos comunitarios en la ciudad, estoy convencida de que esta historia coherente no es tanto un relato fáctico de la evolución de la ciudad como un mito fundacional", escribe en *The Shenzhen Experiment* (2020), señalando que su uso de fuentes en chino y en inglés complicó la narrativa convencional. "La historia del desarrollo temprano de Shenzhen estuvo plagada de oposiciones políticas, incertidumbres políticas, reveses económicos y críticas culturales despiadadas. Su desarrollo no siguió el proceso de planificación centralizada dirigido por Pekín, sino que, en su lucha por prosperar, la ciudad desafió inadvertidamente las políticas verticalistas y alteró drásticamente la planificación centralizada. Gran parte del inesperado crecimiento exponencial posterior de la ciudad fue posible gracias a iniciativas locales, ingenios de abajo arriba y procesos urbanos imprevistos o informales". (Volveremos sobre el mito de Shenzhen más adelante en el libro).

También hay otras complejidades. Al principio de su ascenso, Hong Kong era un famoso centro de talleres clandestinos, y Shenzhen le siguió los pasos. Estas economías de mercado más libres no hicieron que la gente fuera especialmente libre. Para entrar en Shenzhen, incluso siendo ciudadano chino, había que presentar pasaporte y visado hasta 2006. Por último, las recientes intervenciones políticas de China en Hong Kong muestran lo vulnerable que es una zona especial cuando las concesiones dependen totalmente de la buena voluntad de una potencia mayor. En 2020, una nueva ley de seguridad nacional dio a los servicios de seguridad de Pekín acceso abierto a la ciudad. También encargó a la jefa ejecutiva de Hong Kong, Carrie Lam, que decidiera personalmente qué jueces se ocuparían de casos políticamente delicados. A continuación, se prohibió a los candidatos contrarios al establishment presentarse a las elecciones locales. Se detuvo a periodistas, se encarceló a disidentes y los expatriados empezaron a abandonar la ciudad, preocupados por sus libertades personales y la educación de sus hijos. Dos jueces extranjeros que formaban parte del Tribunal Supremo de Hong Kong -una reliquia del sistema británico a la que se atribuye en gran medida la atracción de empresas extranjeras- incluso abandonaron sus puestos tras la aprobación de la ley. Aunque sus razones oficiales eran personales, en

declaraciones a la prensa se refirieron oblicuamente a cuánto poder tendrían. "El jurado está deliberando sobre cómo podrán operar con la nueva ley de seguridad nacional", dijo a los periodistas la baronesa Brenda Hale, ex presidenta del Tribunal Supremo británico.

Difícilmente se trataba del sistema judicial unificado, neutral e independiente que se había prometido a los residentes -y a los jueces-. Es probable que las empresas sigan recibiendo el mismo trato jurídico que durante dos décadas, pero los ciudadanos de Hong Kong podrían encontrarse de repente con unas reglas del juego diferentes. (Volveremos sobre la cuestión de los tribunales mercantiles en el capítulo 6).

Tanto si Hong Kong es un buen ejemplo como si no, Paul Romer tenía razón en un aspecto importante cuando ponía a Shenzhen como modelo de ciudad charter: ni cañoneras ni tratados desiguales obligaron a la República Popular China a construirla. Las presiones fueron internas: China, en ese momento de su historia, salía de la Revolución Cultural increíblemente pobre. Y las influencias externas, como hemos visto en el capítulo anterior, se filtraban a través de organizaciones internacionales y consultores de gestión.

Shenzhen y otras dos zonas económicas especiales chinas acabaron convirtiéndose en parte de una iniciativa para que el país abriera su economía de forma gradual, experimental y controlada. Y lo consiguieron. El economista del Banco Mundial Douglas Zeng calculó en 2010 que las zonas especiales de China eran responsables de casi una cuarta parte del PIB chino, casi la mitad de la inversión extranjera directa, el 60% de las exportaciones y más de treinta millones de puestos de trabajo.

Para Romer, esta narrativa (ciertamente en maceta) muestra cómo una nueva ciudad con buenas normas para todos podría, si se diseña con reformas más amplias en mente, elevar los salarios y el nivel de vida no sólo dentro sino también fuera de la zona.

Pero Romer también ha estado pensando en cómo una ciudad así podría ayudar a lo que él considera el reto más acuciante del mundo: la migración. De hecho, una de las razones por las que Shenzhen creció tan rápidamente fue su capacidad para acoger a millones de trabajadores inmigrantes de otras partes del país que, debido al control interno, lo habrían tenido mucho más difícil para establecerse

en otro lugar. Ahora, a escala mundial, "hay miles de millones de personas que quieren abandonar las jurisdicciones en las que están", me dijo Romer. "Y nuestra respuesta tradicional -oh, no, quédense allí, el Banco Mundial lo arreglará- no ha tenido ningún éxito". (Romer conocería la organización: solía trabajar en ella).

"Tenemos democracias que claramente no quieren aceptar grandes cantidades de inmigrantes. Y si apoyas la democracia, ahí se acaba el debate", prosiguió. "Puedes moralizar todo lo que quieras, pero así son las cosas. Así que lo que podría hacer una jurisdicción especial es el único mecanismo que veo en el que se podría crear un espacio al que la gente pudiera acudir".

La logística de una zona así, según Romer, sería más o menos así: Una nueva urbanización, construida en una zona escasamente poblada del país A, estaría gobernada desde lejos por el país democrático B y acogería a inmigrantes de los países C, D, E, etcétera. Sería una gran ciudad -la mayoría de los emigrantes, señala Romer, quieren trasladarse a ciudades- y acogería, digamos, a diez millones de personas de todo el mundo que, por la razón que fuera, no pudieran quedarse donde estaban.

No habría elecciones, al menos al principio. El control democrático sólo se pondría en marcha cuando la ciudad alcanzara su plena capacidad y ya no necesitara acoger a forasteros. De lo contrario, Romer cree que toda la misión se vería frustrada por las demandas populares. "Lo que ocurrirá es que el millón de personas que ya están allí impedirán con su voz democrática que continúe la migración", afirma.

Y ahí está el problema. "Si se crea una nueva jurisdicción, hay probablemente tres cosas que la mayoría de nosotros apoyaría. Una es la igualdad de trato ante la ley. La segunda es la apertura a la inmigración masiva, porque eso es lo que intentamos abordar aquí. Y la tercera es la toma de decisiones democrática a nivel local", dijo. "Se pueden tener dos de los tres, pero no los tres. Y creo que la igualdad de trato ante la ley es mucho más importante".

Alexander Betts y Paul Collier, ambos veteranos expertos en migración, han propuesto que los países desplieguen zonas económicas especiales financiadas (si no gobernadas) por los países ricos, donde refugiados y migrantes puedan trabajar legalmente. Las

zonas no estarían en Occidente, sino más cerca de las zonas que la gente abandona: Oriente Medio, África, Centroamérica. El objetivo sería dar a los refugiados la oportunidad de ganarse la vida en un lugar seguro, evitando al mismo tiempo reacciones populistas espoleadas por la percepción de que los recién llegados "roban" puestos de trabajo o agotan los recursos de los países de acogida, como ocurre actualmente.

Los campos de refugiados creados para acoger a los desplazados suelen ofrecer pocas perspectivas de empleo, y los solicitantes de asilo que se enfrentan a la burocracia occidental a menudo esperan meses y meses antes de obtener permisos de trabajo y papeles. Un tercer tipo de lugar dividiría la diferencia, según el razonamiento, y daría a la gente más agencia, si no libertad total.

En 2016, un programa piloto organizado por el Banco Mundial, ONG, naciones europeas y el gobierno jordano intentó poner en práctica algunas de las ideas de Collier y Betts. Fue un intento modesto: en lugar de crear una nueva jurisdicción por completo, las naciones europeas ofrecieron concesiones en las importaciones a las fábricas jordanas cuya mano de obra fuera al menos un 15% siria. Se parecía más a Mauricio en los años setenta que a la metrópolis soñada por Romer. En general, los resultados fueron desiguales: las normas se consideraron turbias, las opciones de empleo demasiado limitadas y las fábricas simplemente demasiado lejos de donde vivía la mayoría de los trabajadores sirios.

Entre este tibio resultado y el problema mayor de mantener una población de refugiados separada, es fácil denunciar estas ideas como inútiles, antidemocráticas o algo peor. He optado deliberadamente por leerlas con generosidad porque estoy de acuerdo con sus autores en un punto clave: que para resolver los problemas mundiales de forma que ayuden a la gente corriente, no sólo a sus gobiernos o a las empresas multinacionales, tenemos que ser menos escurridizos con las rígidas nociones de soberanía, territorialidad y jurisdicción. El sistema que tenemos -un "vestigio del sistema internacional de posguerra", como dicen Betts y Collier- está anticuado. Cuando la gente se enfrenta a las fronteras, la frontera siempre gana.

Las ciudades o zonas francas para refugiados tienen sus problemas. Sus defensores tienden a basarse en una lógica esencialmente

capitalista y orientada al mercado, consistente en poner a la gente a trabajar de forma productiva, en lugar de en un régimen más asistencialista - basado en dejarles entrar. Los planes eluden los problemas políticos y sociales, ofreciendo una solución rápida cuando no puede haber tal cosa. Y en lugar de derribar fronteras, construyen otras nuevas. "El paisaje de la acogida", escribe Laura Robson en *Human Capital: A History of Putting Refugees to* Work, es "uno en el que las agencias internacionales de ayuda declararon públicamente su compromiso con la educación de los refugiados, el empleo remunerado y la autonomía económica, mientras que los propios refugiados estaban cada vez más rodeados de campos, guardias fronterizos, puestos de control y alambre de espino".

Al mismo tiempo, cuando se consideran las opciones probadas para los aspirantes a emigrantes, los inconvenientes de una posible ciudad o zona charter empiezan a parecer un mal menor. La ferocidad con la que Estados Unidos, la UE y Australia se han resistido a los recién llegados no hace más que crecer; como veremos en capítulos posteriores, estos países ya están utilizando soluciones extraterritoriales para almacenar a las personas en el extranjero. Los trucos existentes -que incluyen el programa de Estados Unidos "Permanecer en México", la expulsión de inmigrantes de la UE y el uso de prisiones insulares en el extranjero por parte de Australia- no se concibieron para beneficiar a las poblaciones inmigrantes, sino para mantener a la gente fuera, ayudar a los nacionalistas a ganar elecciones y preservar el statu quo etnolingüístico.

En última instancia, las ciudades charter consiguen fines similares: no son, ni serán nunca, una vía rápida hacia sociedades más abiertas y cosmopolitas. Aun así, pueden ofrecer una alternativa a las limitadas, deprimentes y peligrosas opciones que se ofrecen, y a largo plazo podrían incluso salvar vidas.

Lo sabemos porque ya hemos pasado por esto.

- - -

En 1944, *el New York Post* publicó una serie de columnas tituladas "Free Ports for Refugees" (Puertos francos para los refugiados) del escritor Samuel Grafton. Grafton, contemporáneo de I. F. Stone, había

seguido durante algún tiempo las noticias sobre la primera SEZ de Estados Unidos, la Zona de Comercio Exterior 1. Había observado cómo llegaban cajas de mercancías al entrepôt libre de impuestos de Nueva York. Había observado cómo las cajas de mercancías llegaban al almacén libre de impuestos de Staten Island y permanecían en él prácticamente intactas antes de volver a salir al mundo. ¿Por qué no aplicar esta misma cortesía para proteger a millones de refugiados europeos?

"Lo hacemos en los puertos comerciales para las cajas de judías, de modo que podamos obtener algunos beneficios de almacenamiento y procesamiento", escribió Grafton, inexpresivo. "No debería ser imposible hacerlo para las personas".

El contexto de su columna, por supuesto, era el exterminio masivo de judíos europeos por parte de los nazis y la negativa del gobierno estadounidense a acoger a más de ellos. Grafton era consciente del modo en que los xenófobos y los antisemitas habían establecido los términos del debate, de modo que las vidas humanas se trocaban con absurdas soluciones normalmente reservadas a las mercancías. Lamentaba este hecho. Pero ya había pasado el momento de moralizar. "Si podemos utilizar una ficción jurídica para ganar un dólar, deberíamos poder utilizar una ficción jurídica similar para salvar una vida", concluyó Grafton. No bromeaba. Aunque tampoco estaba bromeando.

Conocí los escritos de Grafton gracias a Dara Orenstein, profesora de Estudios Americanos en la Universidad George Washington y autora de una excelente historia del almacén, *Out of Stock*. Orenstein hizo el descubrimiento mientras realizaba una investigación de archivo para su tesis, y se sorprendió tanto como yo al saber que las columnas acabaron formando parte de un debate público de gran alcance que llegó hasta la Casa Blanca de Franklin Delano Roosevelt.

Tal vez lo más sorprendente -al menos, en retrospectiva- fue el hecho de que las personas que proponían tales puertos francos humanos en la prensa y en el gobierno no eran empresarios con ánimo de lucro ni miembros intolerantes del Congreso. Eran abogados y activistas judíos apasionados por la justicia social que buscaban formas de aliviar una emergencia humanitaria. Entre ellos estaban Felix Cohen, abogado del Departamento de Interior que se hizo

famoso por su defensa de la soberanía tribal de los nativos americanos, y su colega Nathan Margold, que en la década de 1930 fue abogado de la NAACP cuando la organización de derechos civiles desafió la doctrina segregacionista de "separados pero iguales".

Samuel Grafton nació como Samuel Lipshutz, hijo de inmigrantes de origen lituano. El Frente Popular, un grupo antifascista de ilustradores, escritores y actores, también se unió a la causa. Los artistas incluso organizaron un proto-Live Aid "concierto y teatro dedicados a los puertos libres para los refugiados" en el Town Hall de Manhattan, con apariciones de Paul Robeson, Sam Jaffe y Canada Lee. No eran antisemitas neoliberales xenófobos.

Desde el punto de vista legal, los defensores del recién creado Consejo de Refugiados de Guerra (WRB) del presidente Roosevelt tenían ante sí la imposible tarea de averiguar dónde ubicar a las personas desplazadas que nadie parecía querer tener cerca. Era difícil cambiar la ley, así que la agencia empezó a deconstruirla y a pensar de forma crítica sobre dónde, a quién y en qué circunstancias podría no aplicarse. Esta forma de pensar seguía la lógica del abogado fiscal de hoy en día, sólo que en lugar de utilizar las lagunas jurídicas para ahorrar dinero, buscaban salvar a las personas.

Las ficciones jurídicas se convirtieron así en "herramientas conceptuales diseñadas para alcanzar fines concretos", escribe Orenstein en un artículo inédito sobre el tema. En el no espacio suspendido de una jurisdicción especial, los defensores esperaban forjar un camino más brillante para la humanidad o, como mínimo, evitar miles y miles de muertes evitables.

Los abogados se fijaron primero en la periferia de la nación: Alaska y las Islas Vírgenes estadounidenses, que incluían Santo Tomás, uno de los puertos francos originales bajo dominio danés antes de ser vendido a Estados Unidos en 1917. Las islas del Caribe podrían reutilizarse como "estación de tránsito" y servir a la humanidad del mismo modo que habían servido a los comerciantes. Los judíos no serían tan mal recibidos como colonos en el norte helado: "un sustituto ártico de Palestina", dice Orenstein (es la premisa de la novela de Michael Chabon *The Yiddish Policemen's Union*). O, de hecho, la base naval estadounidense de la bahía de Guantánamo podría servir de refugio temporal.

El WRB también buscó formas de traer judíos, no como inmigrantes, sino como trabajadores contratados temporalmente; una vez más, no era una solución permanente, pero sí una forma de esperar los ataques de Hitler. En los archivos de la Feria Mundial de 1939 -que era una zona designada para el comercio exterior que podía importar materiales de exposición extranjeros libres de impuestos- Orenstein encontró una carpeta que contenía "docenas de cartas de europeos, en su mayoría judíos, que esperaban participar en la feria para obtener visados estadounidenses y huir así del nazismo".

La propuesta de Alaska recibió cierta atención del Congreso, pero finalmente no llegó a ninguna parte. El plan de las Islas Vírgenes ni siquiera llegó tan lejos. La idea era demasiado extraña para los políticos, que intentaban desesperadamente apaciguar a los conservadores. También suscitó el desprecio de los escritores de izquierdas, que la denunciaron por las mismas razones que Grafton había anticipado: que trataba a la gente como mercancía, o peor. Y es cierto que los "puertos francos para judíos" (o para cualquiera, en realidad) no cuestionan las cuotas xenófobas de inmigración ni cambian la ley. Son una tirita para un agujero de bala.

Sin embargo, la campaña fue un éxito entre el público estadounidense. La Junta de Refugiados de Guerra "se vio inundada de correo sobre la perspectiva de 'Puertos Libres por Vidas Humanas', desde telegramas y notas escritas a mano, hasta peticiones mimeografiadas y tarjetas", escribe Orenstein.

El propio FDR se vio obligado a abordar la propuesta en una conferencia de prensa. No le gustaba el nombre, dijo, pero la idea era válida. Roosevelt llegó incluso a autorizar a la Autoridad de Reubicación de Guerra a traer a 982 refugiados de campos de refugiados europeos a suelo estadounidense, a una jurisdicción especial en el norte del estado de Nueva York llamada Fort Ontario. Fueron los únicos refugiados reconocidos (una categoría relativamente nueva en el derecho internacional) que desembarcaron en suelo estadounidense.

Fort Ontario era confuso desde el punto de vista espacial. ¿Eran ciudadanos estadounidenses los bebés nacidos en Fort Ontario? ¿Tenían derecho los trabajadores a una indemnización? ¿Cómo "emigraban" sus habitantes a Estados Unidos una vez terminada la

guerra? ("Se blanqueaban a través de Canadá", escribe Orenstein).

Las condiciones de vida también eran bastante feas: vallas de alambre de espino y barracones militares. ¿Era un refugio o un campo? Los residentes optaron por "jaula de oro".

Mientras tanto, los canales ordinarios de inmigración durante la guerra dieron a unas doscientas mil personas la oportunidad de abandonar Europa y establecerse en Estados Unidos. Eran más que en cualquier otro país, pero ni de lejos suficientes. De los cientos de miles de personas que solicitaron visados estadounidenses, sólo una pequeña parte los obtuvo. Las listas de espera para los visados no se llenaban de forma rutinaria, y muchos no tuvieron la oportunidad de solicitarlos en primer lugar debido a los cierres de embajadas, la falta de papeleo y el caos de los tiempos de guerra. En un momento especialmente cruel, las autoridades de inmigración estadounidenses rechazaron a más de novecientos pasajeros que llegaban a Miami en el MS *St.* Una cuarta parte de ellos moriría en el Holocausto.

Fort Ontario fue una solución imperfecta para una época terrible. Nadie que huya de la guerra o la persecución debe ser tratado como un convicto y mantenido entre rejas. Y, sin embargo, la mayor tragedia en retrospectiva es que muchos más no tuvieron esa oportunidad.

- - -

Así que aquí estamos, casi un siglo después, en un mundo lleno de guerras y racismo y crecientes amenazas medioambientales para la vida y los medios de subsistencia de las personas: malas cosechas, erosión del suelo, sequía, etcétera. Las secuelas del colonialismo han desplazado a millones de personas, y las realidades del nacionalismo agravan el problema. Quizá haya llegado el momento de probar algo nuevo.

Lan Cao es una profesora de Derecho de la Universidad de Chapman que ha escrito en apoyo de propuestas del estilo de las ciudades charter, como herramienta de desarrollo económico y como alternativa a los campos de refugiados. Cuando era niña, Cao tuvo que huir de Saigón y llegó a Estados Unidos. "Mi emigración fue muy inesperada y traumática para mí. Y hubiera preferido no emigrar", me

dijo por teléfono en 2021. "Pero desde que lo hice, he crecido hasta sentirme cómoda y acogedora con la hibridez. Pienso en cómo se llamaba a sí mismo Salman Rushdie: ¡un mestizo! Acojo con satisfacción el mestizaje y la hibridez".

Cao extiende el mismo principio a la ley. "No estamos en el siglo XVIII , donde las potencias occidentales se reparten el mundo. Este es un universo de derechos humanos posterior a la Segunda Guerra Mundial", afirma.

He escrito largo y tendido a favor de las fronteras abiertas. Más que nada, creo que a la gente se le debe permitir vivir donde quiera vivir, ya sea en su pueblo ancestral o en una megaciudad al otro lado del mundo. Creo que las políticas nacionales e internacionales deberían hacer económicamente viable cualquiera de las dos opciones. Pocas personas, y menos responsables políticos, comparten mi opinión.

De hecho, la mayoría de los políticos preferirían que la gente se quedara donde está. Pero no pueden, y no quieren, y para mantener a la gente segura, alimentada, vestida y sana, para alojar a la gente en caso de desastres medioambientales y para aislar a las familias del cruel cálculo de las campañas electorales nacionalistas, vamos a necesitar normas más creativas, complacientes y generosas que las que ofrecen los 192 Estados-nación del mundo. Las naciones nos han fallado, pero también gobiernan el mundo. Tal vez, si se hace bien, una ciudad charter podría ofrecer una alternativa muy necesaria.

Esto puede significar dar a las ciudades existentes que quieran más inmigrantes la libertad de conceder a los extranjeros la residencia legal, una facultad tradicionalmente reservada a los gobiernos federales. Podría significar construir nuevas ciudades o pueblos desde cero y dejar entrar a la gente hasta que se llenen. Algunos de estos lugares serán temporales, como Port Ontario. Es importante que estos lugares no se conviertan en cárceles glorificadas. Será crucial decidir esto con antelación, para que la gente no languidezca como lo ha hecho en los campos de detención extraterritoriales desde Guantánamo a Micronesia (que veremos en los capítulos 8 y 9).

Este esfuerzo de construcción del mundo requerirá actos de imaginación por parte de todos nosotros. Debemos empezar a entendernos como ciudadanos de una nación, del mundo y, cada vez más, de los lugares intermedios. Esto significa extender la humanidad,

la decencia y el optimismo a lugares en los que no siempre se han aventurado: lugares para el dinero y las cosas, pero no para las personas. Son lugares en los que cualquiera de nosotros podría acabar. ¿Podemos reclamarlos para nosotros ?

6

La ciudad y la ciudad

Todo lo sólido se funde en el aire.

-Karl Marx

T

l Centro Financiero Internacional de Dubai (DIFC) encierra un universo propio.

Geográficamente, ocupa 110 acres de inmuebles de primera categoría repartidos en docenas de edificios en el centro de Dubai.

Legalmente, es una zona franca supervisada por una junta nombrada por el gobernante de la ciudad-estado, con sus propias leyes a medida elaboradas en beneficio de los negocios internacionales. Más de 5.500 empresas están registradas en el DIFC en el momento de escribir estas líneas: algunas con conexiones tangibles con el emirato, otras meros buzones que aprovechan una normativa ventajosa. Otras han elegido el DIFC no como su domicilio administrativo, sino como su domicilio jurisdiccional: las empresas son de su propiedad y operan en el extranjero, pero prefieren tener aquí su día en los tribunales. El propio tribunal no sabe cuántos de estos "opt-ins" hay: sólo tiene noticias de ellos en caso de litigio.

Su presencia confiere al DIFC un aspecto metafísico: el centro es un portal entre un conservador petroestado del Golfo y el mundo del más allá. Si los puertos francos tradicionales han servido durante siglos para almacenar mercancías físicas, y los industriales transforman estos materiales de brutos a acabados, el DIFC representa la siguiente mutación de la zona: un lugar donde la riqueza, alejada de su fuente desde hace mucho tiempo, va a desafiar las leyes del tiempo y el espacio.

El DIFC es también un reluciente centro comercial con tres hoteles, torres de apartamentos de lujo, restaurantes de alta gama, tiendas de ropa, spas, salones de belleza y galerías de arte. Hay incluso una casa de culto: los mercados duermen por la noche, pero la Gran Mezquita del DIFC está abierta 24 horas al día, 7 días a la semana.

Todo ello convierte al DIFC en otra cosa: un microcosmos de un mundo en el que algún día viviremos todos. Un mundo en el que las fronteras se trazan no sólo en torno a las naciones, sino también en torno a las personas, las empresas y la riqueza; en el que las propias ciudades están cada vez más segregadas por ingresos, clases y estatus; y en el que las fronteras entre lo personal, lo político, lo comercial e incluso lo espiritual se difuminan.

Este mundo producirá nuevos tipos de Estados, nuevos tipos de leyes, nuevos tipos de dioses y nuevos tipos de fronteras. Dubai es una prueba de adónde nos llevarán.

- - -

La piedra angular del DIFC es una gigantesca puerta rectangular inspirada en el Arco del Triunfo. Se parece mucho al monumento parisino si los franceses hubieran querido conmemorar a sus caídos en la guerra con millones de Legos grises. Dubai se ha distinguido durante mucho tiempo por construir cosas estrafalarias, horteras e increíbles: un edificio con forma de velero, un archipiélago recuperado con forma de mapa del mundo, una pista de esquí en un centro comercial en el desierto. En comparación, la Puerta de Dubai es prácticamente apagada: formal de negocios para el atuendo de cóctel de su ciudad. Por eso, cuando empezó a buscar inquilinos, en 2002, el DIFC parecía un lugar idóneo desde el que "situar a Dubai como puerta de entrada regional para el flujo de capital e inversión hacia y desde la región", en palabras de su entonces Director General.

El proyecto legal del centro financiero surgió en 2004. Desde Abu Dhabi, capital de los Emiratos Árabes Unidos, el entonces presidente del país, el jeque Zayed bin Sultan Al Nahyan, cambió la constitución nacional para permitir las zonas francas orientadas al intercambio no de bienes materiales, sino de activos financieros como acciones, bonos y derivados. Los residentes emiratíes no tuvieron nada que decir al

respecto, pero no tienen mucho que decir. Los ciudadanos constituyen apenas el 12% de la población de la autocracia; los extranjeros -desde los empobrecidos trabajadores inmigrantes que probablemente construyeron la Puerta hasta los multimillonarios que comerciarían en ella- constituyen el resto.

Lo más importante era que la idea atraía al jeque Maktoum bin Rashid Al Maktoum, gobernante de Dubai en aquel momento, quien, siguiendo a su padre, presidió el ascenso de la ciudad desde el sol y la arena hasta el cristal y el acero. El mito fundacional de Dubai -que sus gobernantes, con mentalidad empresarial, la transformaron de un mero pueblo de pescadores a un gigante financiero en unas pocas décadas- se parece mucho al de Shenzhen y Singapur. (¿Qué les pasa a los capitalistas con sus pueblos pesqueros?) La narrativa ha sido engullida y escupida implacablemente por intereses corporativos, periodistas de *The Wall Street Journal* y *Financial Times*, y el propio Estado. No importa que todas las ciudades en cuestión fueran durante siglos puestos avanzados para el comercio colonial y regional, la cultura local y las tradiciones políticas. El libre comercio era una explicación mucho más conveniente.

En 2004, el Jeque Maktoum firmó la Ley nº 9 y nació el Centro Financiero Internacional de Dubai. En una parte del mundo que había estado perdiendo dinero a causa de guerras, disturbios civiles y conmociones geopolíticas, el DIFC prometía a las empresas un oasis de protección y desregulación: una pequeña Suiza en el Golfo. Los inquilinos del centro -entre los que se incluirían Bloomberg, Deutsche Bank, JPMorgan y Goldman Sachs- se beneficiarían de concesiones que incluían enormes exenciones fiscales para las empresas, propiedad totalmente extranjera de las empresas y procedimientos de inmigración acelerados para los trabajadores expatriados.

Pero Dubai no podía detenerse ahí. Al fin y al cabo, los que querían Suiza ya tenían Suiza, y Luxemburgo, y las Islas Caimán, y un sinfín de lugares que cobraban pocos o ningún impuesto y tenían un largo historial de protección del patrimonio a toda costa. Así que, para atraer aún más a los inversores, el DIFC les vendió otra cosa: la ley.

El Derecho no es algo estático. No brota de la tierra, como un árbol. no necesita un hábitat concreto para desarrollarse, como un insecto o un pájaro. Se comporta más bien como un virus, saltando de un lugar

a otro, cultivando nuevos huéspedes y portadores, y mutando por el camino.

Tampoco está predeterminada la letra de la ley. Cuando las empresas y las personas firman un contrato, suelen acordar qué normas se aplicarán en caso de litigio. Para satisfacer la demanda, muchas grandes ciudades -Londres, París, Singapur, Hong Kong, entre otras- cuentan con centros de arbitraje dotados de expertos en los que estos litigios se resuelven de forma privada y, en gran medida, al margen de los sistemas judiciales nacionales. En el arbitraje, los jueces no son funcionarios públicos, sino árbitros privados elegidos normalmente por los litigantes. Los expedientes suelen mantenerse en privado; la ubicación, los laudos y otros detalles pueden variar de un caso a otro. (No ocurre lo mismo con los delitos penales -asesinatos, agresiones, etc.-, que casi siempre se juzgan en los tribunales públicos según su ubicación. En Estados Unidos, la jurisdicción también depende de si las leyes que se considera que se han infringido son federales, estatales, tribales o locales).

Dubai ya contaba con uno de estos centros de arbitraje, así que en 2005 llevó la idea aún más lejos. Ese año, el DIFC abrió un nuevo tribunal para supervisar los asuntos civiles y comerciales de la zona. Sus leyes procedían de otros lugares. También sus jueces. Y sus demandantes. Y sus demandados. El resultado fue un Estado dentro de otro Estado dentro de otro Estado o, por retomar una publicación del DIFC, "otro ejemplo de cómo la globalización está reconfigurando la relación entre las instituciones jurídicas y los sistemas políticos en el siglo XXI".

No tenía nada de Dubai. Esto lo convirtió en la quintaesencia de Dubai.

El pluralismo jurídico -el mantenimiento de múltiples sistemas de derecho en un territorio determinado- no era un concepto nuevo para los residentes y gobernantes de Dubai a principios de nuestro siglo. Hasta 1971, Dubai y sus emiratos hermanos habían sido protectorados británicos, con un conjunto de normas para los súbditos no musulmanes y otro para los nativos y creyentes. Tras lograr la independencia, el nuevo Estado-nación se propuso construir un sistema judicial descentralizado que permitiera a cada emirato actuar por su cuenta o regirse por normas federales.

Desde el punto de vista judicial, los EAU tenían más en común con el federalismo de Estados Unidos que con un sistema centralizado. Pero fuera cual fuera el emirato, las vistas judiciales se celebraban en árabe y estaban arraigadas en la jurisprudencia islámica, así como en el derecho civil, una tradición que se apoya en gran medida en códigos, normas escritas y doctrina redactada por legisladores y eruditos nacionales, a diferencia del common law, que domina el mundo anglófono.

El jeque Maktoum y sus asesores se dieron cuenta de que esto era un problema: por decirlo crudamente, los occidentales no querían tratar con tribunales musulmanes.

Rápidamente se dieron cuenta de que, aunque una zona franca con impuestos bajos y un mínimo de burocracia estaba muy bien, las empresas extranjeras querían un sistema jurídico conocido en el que litigar asuntos como la quiebra, la protección de datos, la propiedad intelectual y el empleo. Esa era una ventaja que tenía Mauricio: su más alto tribunal de apelación sigue siendo el Comité Judicial del Consejo Privado, un tribunal londinense de derecho consuetudinario que dicta sentencias definitivas para los tribunales de veintisiete lugares que antes o ahora tienen influencia británica.

Injertar un sistema idéntico al británico sería demasiado cercano al colonialismo. Dubai buscó otra solución mejor. Para crear una jurisdicción compuesta, con normas tomadas de otros lugares y jueces formados en las leyes de todo el mundo, el DIFC necesitaría su propio Víctor Frankenstein.

Llegó a ellos por casualidad, en forma de un inglés de ojos azules llamado Mark Beer.

- - -

Conocí a Beer un día de la primavera de 2022 en Sarabeth's, un restaurante de desayunos al sur de Central Park, en Manhattan. Me sorprendió su amabilidad. Beer es un padre de cinco hijos con pinta de ser un gran aficionado al rugby y a la cerveza. "Anoche fuimos a un restaurante que se llama Daniel, el Daniel, por ahí...", dice con efusividad, sonando en más como un turista ansioso que como un Oficial del Imperio Británico, título que recibió de manos de la Reina

Isabel en 2013. "Es absolutamente increíble, es realmente fantástico. Pero no es barato". En Sarabeth's, pidió una tortilla con salsa picante y patatas fritas caseras; no era Boulud, pero no estaba mal.

En la actualidad, Beer preside una empresa de consultoría llamada Instituto Metis, que asesora a zonas francas, gobiernos, judicaturas y otros organismos. Tiene una vena excéntrica: trabaja pluriempleado como ministro de Justicia de una nueva nación experimental que no tiene masa continental, sino que "vive" en un satélite (más adelante hablaremos de ello). Beer habló de leyes, Platón, el espacio exterior y los bebés con la misma facilidad alegre, zampándose su tortilla mientras esquivaba hábilmente las preguntas que prefería no contestar y sin apenas pestañear cuando amamanté a mi bebé de cuatro semanas en su mochila. Me resultaba fácil imaginarme a Beer engatusando a autócratas mercuriales y ejecutivos con ánimo de lucro para que fundaran un tribunal desde cero, sólo que con un traje a medida de Ascots & Chapels en lugar de unos chinos rojos y una camiseta azul de rugby. Era difícil no entusiasmarse con su desbordante entusiasmo.

Beer empezó su carrera jurídica de adolescente, trabajando como cargador de bolsas -literalmente- en el despacho de un abogado durante los veranos en Birmingham. Estudió jurisprudencia en Oxford, se licenció en Derecho en York y se formó como mediador en Singapur. A mediados de los noventa, Beer trabajó una temporada en Dubai, pero se curtió en Suiza, en una empresa de inversiones del cantón de Schwyz, de baja fiscalidad, a principios de la década de 2000. En 2003, Beer regresó al país del Golfo para trabajar como abogado interno de Mastercard.

A medida que Dubai crecía, crecía y crecía, y empezaba a abrir zonas empresariales especializadas -la Ciudad de los Medios, con leyes de libertad de expresión nominalmente más libres que las del resto del país; la Ciudad de la Salud, con adaptaciones técnicas para hospitales; y la Ciudad de Internet, donde tiene su sede Mastercard-, Beer empezó a pensar de forma más amplia en cómo afectan las leyes a las economías. Durante la mayor parte de su carrera, había operado bajo el mismo supuesto que sus colegas abogados de formación clásica (y en realidad, la mayoría de la gente que le rodeaba): que desde que el mundo se había organizado en un mapa de discretos Estados-nación

descolonizados, las leyes y las tierras se habían vuelto inextricables. "Tenía las anteojeras puestas", me dijo. Pero a medida que pasaba más y más tiempo en el sector privado, empezó a pensar en el derecho -en la *justicia*- de forma *muy* diferente: en los sistemas jurídicos "no sólo como una herramienta para la equidad, sino como una herramienta para el desarrollo económico".

Estas ideas cobraron concreción para Beer en 2006, cuando conoció a Nasser Saidi, entonces economista jefe del DIFC, y le oyó hablar de las zonas francas de Dubai. "Habló de las zonas económicas no como hermosos edificios y cosas por el estilo, que era el argumento de venta en aquel momento, sino en términos de las razones por las que existen y las oportunidades que ofrecen", recuerda Beer. "Y al oírle hablar, me hizo pensar en el sector de la justicia dentro de una zona, y para qué sirve".

Saidi, antiguo político libanés, llegó a calificar el DIFC de "Vaticano de las finanzas internacionales", comparando la autoridad del centro sobre su pequeño feudo con la del Papa en Roma. La analogía puede llevarse más lejos. ¿Qué es el DIFC sino una microsoberanía incrustada en una ciudad global, aislada del entorno político más amplio y al servicio de los intereses de un grupo de hombres poderosos que creen representar un poder superior, en este caso, el mercado?

Pero Beer se dedicaba al derecho, no a la divinidad. "Lo que yo apreciaba era que el papel de los tribunales era simplemente proporcionar confianza", dice. "No creo que a nadie le preocuparan tanto los principios del Estado de Derecho. Se dieron cuenta de que para que las zonas tuvieran éxito, los inversores necesitaban tener confianza. Para tener confianza, necesitaban sentir que se cumplirían sus promesas. Y querían hacerlo en un entorno familiar: de ahí la creación de ese tribunal".

El derecho, en otras palabras, no era sólo hombres con toga codificando los valores de una sociedad. Era más bien un modelo de prosperidad que podía plantarse y replantarse a voluntad: sin raíces, cosmopolita y altamente portátil.

Durante ese periodo, Beer tuvo otro encuentro fortuito, con el presidente del tribunal del DIFC, Sir Anthony Evans. Evans era un reputado abogado mercantilista y marítimo que había desarrollado una larga carrera como juez de apelaciones en el Reino Unido ( ) antes

de pasar a formar parte del Tribunal Supremo de Bermudas en 2003. Debido a los sistemas jurídicos comunes de sus países, que se remontan a la época colonial, los jueces de los países de la Commonwealth pueden trabajar fácilmente en muchos tribunales hermanos, y se les pueden ofrecer cómodas comisiones de servicio tras la jubilación. Estos hombres y mujeres forman una pequeña élite de profesionales del derecho conocidos como jueces itinerantes, que saltan de una jurisdicción a otra (cada una con un clima aparentemente mejor que la anterior) para resolver asuntos comerciales especializados. En la mayoría de los casos, se les pide que presten servicio debido a su experiencia, o para cubrir vacantes en lugares donde puede haber pocos candidatos disponibles para la tarea. A veces se dice que "mejoran la reputación internacional del Estado anfitrión" al parecer imparciales y ajenos al gobierno, escribe la profesora de Derecho de Fordham Pamela Bookman.

El DIFC vio el valor de contratar a estos jueces de probada eficacia -para inspirar confianza en su sistema, principalmente-, por lo que uno de sus estatutos fundamentales permitía el servicio de estos extranjeros. En 2005, el jeque Maktoum contrató a Evans como primer presidente del tribunal, junto con Michael Hwang, un juez de Singapur, para que le sustituyera. En 2008, se incorporaron otros seis colegas procedentes de Malasia, Reino Unido, Nueva Zelanda y los EAU "onshore".

Sólo que Evans no se trasladó exactamente a Dubai; parte del tiempo fue "transportado" desde Londres, como dijo en un discurso (todo ello mientras insistía en lo importante que era que el mundo entendiera que "el Tribunal se reúne en Dubai, aunque sea ante un 'juez virtual'"). Mucho antes de que la pandemia del COVID-19 obligara a tantas empresas a conectarse a Internet, la presencia física permanente en Dubai no era un requisito para los reyes filósofos del DIFC: se esperaba que muchos llevaran un estilo de vida seminómada, viajando entre residencias, países y jurisdicciones. Los jueces itinerantes no necesitaban hablar árabe ni tener mucha formación en leyes locales para hacer su trabajo. Se comportarían un poco como mercenarios, sólo que, en lugar de hacer la guerra, decidirían el destino de empresas en apuros y contrapartes enemistadas.

Cuando Evans y Beer se conocieron por primera vez, recuerda Beer,

Evans dijo que estaba buscando en un administrador competente que se ocupara del trabajo diario de dirigir el nuevo tribunal. "Pero yo le sugerí que si quería ser uno de los principales tribunales mercantiles del mundo, era algo más que presentarse un miércoles y hacer seis horas de trabajo", me dijo Beer en una conversación por vídeo desde su residencia en Oxford, Inglaterra, con un póster vintage de James Bond asomando por encima de su hombro. "Y me dijo: 'Si sabes tanto de esto, ¿por qué no lo haces? "

A Beer le costaba repartir su tiempo entre el trabajo y su creciente familia. Después de un agotador viaje de negocios que le llevó a América Latina pasando por Londres y Nueva York en pocos días, estaba dispuesto a abandonar el barco, siempre y cuando no tuviera que subirse a uno. "El DIFC era entonces una obra doméstica, así que no había que viajar mucho", comenta. "Podía irme a casa por la noche y no estar pensando en mi próximo vuelo a Nueva York o a donde fuera".

Más allá de eso, estaba ansioso por poner por fin en práctica algunas de sus grandes ideas sobre la ley. Quizá incluso pudiera dejar su huella en el mundo. "Lo que más me fascina es el sistema roto y por qué permitimos que se rompiera", me dijo, refiriéndose al estado generalizado de disfunción política en el mundo en mayo de 2022.

"¿Qué es lo que probablemente creará mejores sistemas? No va a ser reformar. Tiene que ser otra cosa".

- - -

Mark Beer asumió el cargo de secretario en 2008. Hasta entonces, el tribunal había desarrollado su labor con relativa discreción. "Sólo intentaban averiguar quiénes eran y qué tipo de casos iban a conocer", dice Jayanth Krishnan, profesor de Derecho de la Universidad de Indiana y autor de una monografía sobre la historia del tribunal. La mayoría eran disputas que tenían lugar dentro del propio recinto, entre inquilinos.

El mandato de Beer era convertir el DIFC en el lugar de referencia para los negocios en la región. Su visión no se limitaba a los límites de la Puerta; imaginaba el DIFC como una jurisdicción abierta a todo el mundo, en la que cualquiera podía acogerse a sus normas y

reglamentos familiares y eficientes. Pero justo cuando estaba empezando a despegar, la crisis financiera mundial puso al mundo de rodillas y se llevó por delante a Dubai World, el equivalente de la ciudad-estado a un fondo soberano.

Antes de la quiebra, Dubai World empleaba a cien mil personas que trabajaban en los sectores inmobiliario, naviero y logístico, repartidas en unas doscientas filiales. Explotaba zonas francas y puertos en todo el mundo, gestionando el movimiento de buques y su carga en la intersección de la tierra y el mar. Una de sus filiales saltó a los titulares cuando, en 2006, tomó el control de una empresa británica y empezó a dar servicio a veintiún puertos estadounidenses. La medida irritó a los políticos estadounidenses, preocupados por la pérdida de soberanía nacional en favor de una empresa estatal árabe. En la última década, la empresa ha protagonizado un revuelo menos ruidoso, pero posiblemente mayor, al hacerse cargo de una serie de puertos en África Oriental y Occidental.

El holding también tenía grandes inversiones inmobiliarias y se dedicaba a la hostelería, el turismo y el capital riesgo. Era enorme, lo que, tras la crisis, se tradujo en una deuda de casi 60.000 millones de dólares que ni la empresa matriz ni sus descendientes pudieron devolver a tiempo.

Por supuesto, los acreedores de la empresa llamaron a la puerta. Para tranquilizarlos y salvar su reputación empresarial, Dubai hizo algo radical: reunió a un equipo de asesores externos para crear un nuevo tribunal de insolvencia, dirigido por tres jueces del DIFC. En diciembre de 2009, el tribunal abrió sus puertas a todos los acreedores de Dubai World, con independencia del lugar en el que desarrollaran su actividad, para averiguar cómo se les podía pagar. La idea era consolidar todos los casos bajo un mismo techo.

A pesar de la complejidad de cada uno de los casos, el tribunal cumplió su propósito: demostrar al mundo que se podía contar con él para juzgarlos de forma justa e imparcial. Al final, los veredictos se dividieron casi a partes iguales, la mitad a favor de las entidades propiedad de Dubai y la otra mitad en contra, y la empresa pudo mantenerse a flote gracias a estos nuevos acuerdos (y a un rescate bastante cuantioso de Abu Dhabi). Se podía confiar en que un tribunal con sede en Dubai fallaría con imparcialidad y seguiría el consejo de

expertos extranjeros, aunque su gobernante no electo tuviera un interés financiero en el resultado del litigio.

En el proceso, el nuevo tribunal rompió el sello territorial. Aparecieron todo tipo de partes para presentar reclamaciones, desde fondos de alto riesgo de Nueva York hasta contratistas locales. El nuevo tribunal lo permitió, alegando que una empresa de Dubai debía dinero a los demandantes. "Los jueces se mostraron claramente independientes y agnósticos en cuanto a quién debía el dinero, y estaban bastante contentos de conceder indemnizaciones y costas y todo tipo de cosas contra el gobierno", dice Beer, que formó parte del equipo que reunió al tribunal de quiebras. (El tribunal se cerró formalmente en 2022).

Así, de las cenizas de la economía mundial, consiguió su deseo: los tribunales del DIFC estaban ahora abiertos a todos. En 2011, el DIFC empezó a permitir que las partes de fuera de sus muros eligieran que sus casos fueran tratados por su tribunal. Si usted y yo firmáramos hoy un contrato, también podríamos llevar un futuro litigio ante el tribunal, aunque ninguno de los dos tuviera nunca intención de visitar Dubai. Bastaría con que lo acordáramos por escrito y pagáramos una tasa, pero cuanto antes llegáramos a un acuerdo, menos pagaríamos. Todo en nombre de la rapidez y la eficacia.

El canal de YouTube del tribunal ofrece una visión íntima de estos procedimientos. Unos ochocientos vídeos inmortalizan vistas sobre indemnizaciones por despido, quiebras y disputas contractuales. La jerga jurídica y las formalidades se entremezclan con la intriga familiar de la era Zoom: quién está en silencio, qué cámara funciona mal, qué tiene cierta juez en las paredes de su despacho. Me he pasado horas viendo estos archivos, esperando algo revelador o representativo, pero casi me duermen los abogados hablando. Resulta que los contratos son bastante aburridos.

Entonces me topé con una noticia de 2016. La puerta triunfal del centro había sufrido una brecha, pero nadie sabía bajo la jurisdicción de quién.

El año anterior, una losa de mármol había caído, como caída del cielo, desde el revestimiento orientado al sur de la Puerta hasta el paseo inferior. El DIFC demandó a Brookfield, promotor inmobiliario de la Puerta, alegando que se trataba de una chapuza "habitual y

generalizada", que podía poner en peligro la vida de las personas: la zona donde había caído la piedra era un lugar muy frecuentado para celebrar actos y ceremonias.

Se llevaron a cabo investigaciones. Los abogados se involucraron. Pero nada de esto tuvo lugar en los nuevos tribunales. El propio DIFC llevó sus problemas a los tribunales "onshore" de Dubai.

Cualquiera que fuera el motivo -se mencionaron fechas de constitución-, no era una muestra de confianza en los nuevos tribunales del DIFC. (También planteó una cuestión más filosófica: ¿Las puertas de una ciudad están dentro o fuera de sus límites? ¿A quién pertenece siquiera una frontera, una línea?).

Brookfield solicitó una orden para detener el procedimiento, alegando que el caso debía juzgarse donde tuvo lugar: no en Dubai, sino en el DIFC de Dubai, según el acuerdo de arbitraje original. El juez inglés de los tribunales del DIFC, Sir Jeremy Cooke, se mostró de acuerdo con esta apreciación, pero se negó a dictar una orden que impidiera que el pleito "onshore" siguiera adelante (otro pleito en 2020 llegó hasta el final y llevó al juez del DIFC a frustrar con éxito un caso "onshore"). La cuestión, escribió el juez, era si el litigio debía resolverse "en el DIFC o en Dubai, fuera del DIFC".

Al final, las partes acabaron en el DIFC, pero resolvieron su litigio en privado, en su división de arbitraje. La Puerta se reparó, las partes se apaciguaron. Y en el proceso, la ficción legal se convirtió en un hecho legal. Quedó constancia de que no había uno, sino dos Dubais.

El episodio me hizo pensar en *La ciudad y la ciudad*, de China Miéville, una novela de ciencia ficción cuyo protagonista, un detective llamado Tyador Borlú, revolotea entre su ciudad natal, Beszél, y su imagen especular, Ul Quoman. Cada ciudad tiene una topografía distinta y costumbres únicas, aunque ocupan el mismo espacio geográfico. Tyador pasa gran parte de la novela investigando un asesinato antes de capitular y unirse a Breach, la silenciosa y liminal fuerza policial que mantiene esta dualidad jurisdiccional. "Mi tarea ha cambiado: no es defender la ley, u otra ley, sino mantener la piel que mantiene la ley en su sitio", dice Tyador. "Dos leyes en dos lugares, de hecho".

El detective explica: "Aquí donde estoy todos somos filósofos y debatimos, entre otras muchas cosas, la cuestión de dónde vivimos. En

esa cuestión soy liberal. Vivo en el intersticio sí, pero vivo en la ciudad y en la ciudad".

A primera vista, un tribunal de este tipo puede parecer algo agradable para Dubai: un poco extraño, sin duda, pero propio de una ciudad llena de emigrantes y expatriados. No hay verdaderos perdedores en estos juicios, porque estar en condiciones de presentar una demanda en el DIFC es, por definición, estar en una posición privilegiada. Este no es un lugar para las amas de llaves filipinas sobrecargadas de trabajo, las acompañantes moldavas víctimas de la trata, los trabajadores bangladeshíes lesionados sobre cuyas espaldas se ha construido Dubai. Incluso la división de demandas de menor cuantía del tribunal es mayoritariamente de cuello blanco.

Al mismo tiempo, el nuevo tribunal de Dubai revela algo más preocupante: que la propia ley se ha convertido en una mercancía. Lo que está en juego aquí no son juicios injustos ni jueces corruptos; las víctimas no son los demandantes ni los demandados, ganen o pierdan. Lo que ha hecho el tribunal del DIFC es poner en juego una nueva norma: para satisfacer las necesidades de las empresas extranjeras, las multinacionales y los expatriados, los países deben ofrecerles un sistema de justicia distinto, importado de otros lugares. Y cuando los ricos recurren a los tribunales de justicia extraterritoriales, trayendo consigo sus honorarios y abogados, el sistema nacional también se resiente.

Beer reconoce que la disociación de la tierra y la ley por parte del tribunal podría parecer extraña, incluso sacrílega, a un observador occidental. En teoría, afirma, "la presencia de un tribunal de lengua y sistema extranjeros en una jurisdicción no es una decisión que un soberano pueda tomar a la ligera, especialmente cuando ese sistema es totalmente independiente de su control". Pero en este caso, el soberano había invitado al tribunal a entrar. De hecho, le complacía mucho delegar los engorrosos casos comerciales en personas ajenas a él, sobre todo si eso significaba ganar más dinero. "El modelo clásico en una autocracia es que todos los niveles de gobierno sepan cuál es la línea [del partido]", continuó Beer, pero en el DIFC, las ventajas de contar con un tribunal como "valían más que doblegarse ante cualquier decisión que el gobernante quisiera tomar".

Lo que esto significa también es que ya no tiene mucho sentido

hablar sólo de una ley del país: las dos se han desacoplado conscientemente, en la jerga moderna. La ley ya no tiene una conexión particular con el lugar que gobierna; está en Dubai, pero no es de Dubai. (Desde el punto de vista demográfico, Dubai tampoco es exactamente de Dubai).

Una vez que el tribunal estuvo en funcionamiento, el DIFC empezó a exportar su producto de tribunal en una caja a otras jurisdicciones. En 2008, el economista Nasser Saidi proclamó que "se nos han acercado países tan lejanos como el Caribe y Latinoamérica y Corea y África para establecer clones del DIFC". De hecho, en 2023, habían aparecido tribunales de comercio independientes por todas partes: en Abu Dhabi, Qatar, Benín, Kosovo, Irak, Países Bajos, Francia y Kazajstán, donde Mark Beer volvería a liderar la iniciativa.

- - -

A la hora de seducir a los capitalistas, los rasgos definitorios de Kazajstán -su perdurable autocracia, su dependencia de las exportaciones de petróleo, su tendencia al chanchullo, esa maldita película de Borat- podrían parecer desventajas. ¿Quién querría abrir una empresa en un lugar así? ¿Quién se arriesgaría a ser el blanco de *ese* viejo chiste?

Resulta que hacer negocios en un Estado con pésima reputación tiene sus ventajas. Sus dirigentes tienen delirios de grandeza. Sus dirigentes quieren ganar dinero. Y sus dirigentes pueden hacer, y harán, lo que crean que tienen que hacer para conseguir sus objetivos.

Mark Beer aterrizó por primera vez en Kazajistán en 2015 con una misión: conseguir que las sentencias del DIFC fueran reconocidas y ejecutadas por otros tribunales. Necesitaba asegurarse de que si una empresa registrada, por ejemplo, en Manhattan perdía un pleito en el DIFC, el tribunal de Manhattan haría pagar a la parte perdedora, y vice versa. Aunque no son jurídicamente vinculantes, estos acuerdos, conocidos como Memorandos de Orientación, suelen ser muy respetados. Para Dubai, eran una forma importante de legitimar el tribunal advenedizo.

Beer había firmado este tipo de acuerdos con departamentos de justicia de Inglaterra y Gales, Corea, Singapur, Kenia, Australia y

Nueva York, por nombrar sólo algunos. Pero en la estepa, Beer acabaría haciendo algo más que negociar la reciprocidad.

En aquel momento, Kazajistán estaba gobernado por Nursultan Nazarbayev, un autócrata aferrado al poder desde el final de la Unión Soviética. Geopolíticamente, el país se encontraba atrapado entre una China en ascenso -que en 2013 anunció por primera vez en Astana, la capital kazaja, el lanzamiento de su iniciativa "Un cinturón, una ruta", un amplio conjunto de proyectos de infraestructuras que se extenderían desde Europa hasta Asia Oriental- y Rusia, cuya moneda se desplomó en 2014 y se llevó consigo el 40% de las exportaciones de petróleo de Kazajistán.

Consciente de que los hidrocarburos solo beneficiarían a su país a corto plazo, Nazarbáyev tomó medidas rápidas y drásticas para integrarlo en el sistema económico y financiero mundial. En una conferencia celebrada en 2015, propuso la creación de un "Centro Financiero Internacional de Astana" (CFIA) para fomentar la inversión extranjera. Su estatus legal supondría una ruptura tan radical con el statu quo, escribió *The Astana Times*, que podría requerir "introducir enmiendas en la Constitución de la nación". (El país también ingresó en la Organización Mundial del Comercio en noviembre de 2015, indicando que pondría sus políticas comerciales en consonancia con las del resto del mundo).

Nazarbayev estaba, en pocas palabras, injertando Dubai en la estepa: el AIFC llegó a describirse a sí mismo en un momento dado como "destinado a convertirse en una puerta única que conecte Europa con Eurasia", al igual que el DIFC se presentaba como "la puerta financiera y de negocios entre Oriente Medio, África y Asia". Los incentivos fiscales incluirían una exención de cincuenta años de todos los impuestos sobre la renta y de sociedades sobre los ingresos obtenidos en el AIFC, y se suprimirían esencialmente todas las restricciones de visados de trabajo para inversores, empleados extranjeros, y sus familias. Dentro de la AIFC habría un nuevo tribunal. El tribunal de la AIFC, al igual que su homólogo del Golfo, sería independiente del resto del sistema judicial kazajo y tendría jurisdicción exclusiva sobre todos los litigios que se produjeran entre las entidades de la AIFC.

La administración de Nazarbáyev también se asoció con sus vecinos

chinos para desarrollar una extensa zona franca interior conocida como la ZEE Khorgos-Puerta Oriental, por donde en 2018 pasaron 311 trenes de contenedores en su ruta entre Europa y China, y donde 1,2 millones de personas entraron, sin visado, para comprar productos libres de impuestos y mezclarse con sus vecinos durante el almuerzo.

Era un libro de jugadas predecible, escrito en el idiolecto de las finanzas mundiales: el tipo de programa que mejoraría la clasificación de un país en el índice de facilidad para hacer negocios del Banco Mundial o, como mínimo, conseguiría un puesto en un panel de Davos para un ministro de tercer nivel. ¿Quién mejor que Mark Beer para abogar por ello?

Si Beer se mostró circunspecto sobre su papel en Dubái -trabajaba sobre todo entre bastidores, esencialmente como intermediario-, su papel en Kazajistán se hizo más público. A principios de 2016, fue nombrado miembro de un órgano consultivo llamado Consejo Internacional del Tribunal Supremo de Kazajistán, cuyo objetivo era modernizar e internacionalizar los tribunales nacionales del país.

Dos años después, el presidente del Tribunal Supremo de Kazajstán aprobó un conjunto de reformas judiciales denominadas los Siete Pilares de la Justicia, cuyo objetivo era aumentar la confianza en el poder judicial. Cuando Beer abrió allí su propio bufete en 2020 para asesorar a inversores extranjeros, lo llamó, en una aparente muestra de esa confianza, Seven Pillars Law.

Y en julio de 2018 se puso en marcha el Centro Financiero Internacional de Astana, que combina un tribunal de arbitraje y un tribunal al estilo del DIFC.

Beer estaba entusiasmado con el tribunal de la AIFC. Escribió columnas de celebración para el periódico local en inglés y apareció en comunicados de prensa y vídeos del tribunal de la AIFC. En junio de 2020, Beer redactó un informe para el Consejo de Europa en el que elogiaba el éxito de las reformas judiciales de Kazajstán. "Objetivamente, ningún otro poder judicial se ha esforzado por lograr tantas reformas a un ritmo tan acelerado", escribió. "Nuestras conclusiones son que las reformas han sido impresionantes en varios factores mensurables y que el impulso es sólido y positivo".

Mientras tanto, Kazajstán se enfrentaba a una serie de casos de corrupción de alto nivel y experimentaba un descontento popular sin

precedentes. Aunque las noticias occidentales hacían hincapié en la preocupación de los ciudadanos por la creciente influencia de China en el país, las manifestaciones eran también el resultado del resentimiento por los arraigados chanchullos y la profunda desigualdad, así como por la priorización por parte del país de los intereses económicos extranjeros sobre los de los ciudadanos de a pie.

Aunque, sobre el papel, se dice que el PIB del país se ha duplicado en un periodo de diez años a partir de 2006, su porcentaje de inversión en el PIB no aumentó realmente desde 2008, y solo 162 personas poseían el 50% de la riqueza del país en 2019. El botín de los vastos recursos extractivos de Kazajistán -miles y miles de millones de dólares en uranio, titanio, oro, cobre y, por supuesto, exportaciones de petróleo- había sido acaparado en su mayor parte por oligarcas con conexiones políticas que escondían la mayor parte de su riqueza en propiedades en el extranjero y cuentas en paraísos fiscales.

En 2016, la filtración de los Papeles de Panamá reveló que el nieto de Nazarbáyev poseía activos en las Islas Vírgenes Británicas durante la recesión económica de Kazajistán de mediados de la década de 2010 (una época en la que Nazarbáyev había pedido a los multimillonarios kazajos que repatriaran sus activos). Más tarde se reveló que su tercera esposa había recibido unos 30 millones de dólares sin motivo aparente a través de una serie de offshores; y su sobrino se vio obligado a entregar 230 millones de dólares en joyas.

La investigación más reciente del Organized Crime and Corruption Reporting Project sobre los miles de millones de Nazarbáyev señaló de forma forense la extensa red de organizaciones sin ánimo de lucro y fundaciones benéficas de su familia, en la que se guardaban u ocultaban al menos 8.000 millones de dólares en activos. Esto por no hablar de los numerosos funcionarios de alto nivel que han sido detenidos por corrupción desde 2015.

Una nueva ronda de protestas se desencadenó a raíz de un mortal incendio doméstico a principios de 2019 en Astana: sus víctimas fueron cinco niñas de entre tres meses y trece años, y la causa del fuego fue una estufa que no cumplía las normas de seguridad, pero que sus padres habían dejado encendida durante la noche para mantenerlas calientes, ya que el ayuntamiento aún no había instalado tuberías de gas en su casa recién construida en una zona "nueva" de la

ciudad en rápida urbanización. En el momento del incendio, ambos progenitores se encontraban en sus respectivos trabajos nocturnos.

Como observó un comentarista, el caso reflejaba los profundos problemas que fomentan el malestar político, a saber, la "creciente brecha entre el gobierno y los gobernados". Señalaron que "la indignación por la laxitud de la supervisión -de los recursos financieros del país, de su rápida urbanización y de sus pobres- pone de manifiesto la falta de confianza pública en las estructuras del Estado."

Las protestas que siguieron obligaron a Nazarbayev a abandonar la presidencia, aunque los disturbios de bajo nivel continuaron durante los dos años siguientes antes de volver con fuerza cuando los precios del gas subieron a principios de 2022. El nuevo presidente, Kassym-Jomart Tokayev, trató de distanciarse del antiguo régimen (aunque era aliado de Nazarbayev), haciendo declaraciones sobre su deseo de abordar la arraigada desigualdad del país. Todo ello mientras alistaba tropas rusas para sofocar violentamente las revueltas populares: Murieron 164 personas.

A lo largo de los años, Beer ha justificado gran parte de su trabajo con la AIFC como un esfuerzo por aumentar los bajos niveles de confianza que los extranjeros tendrían (¡comprensiblemente!) en los sistemas judicial y político del país. El supuesto -expresado tanto por el régimen de Nazarbayev como por el propio Beer- es que cualquier inversión futura en Kazajstán probablemente "goteará" hacia "el pueblo". Pero no está claro que sea así. Pamela Bookman, en un artículo de 2021, señala los posibles efectos sociales y políticos negativos de esta comercialización del derecho. En los Estados no democráticos, las jurisdicciones uniformes como la DIFC y la AIFC pueden ocultar problemas sociales de mayor envergadura, ya que ofrecen a las empresas leyes empresariales sólidas sin las correspondientes reformas en materia de derechos civiles y humanos. Estos tribunales también pueden estar otorgando una legitimidad indebida a regímenes autoritarios. "Especialmente en Estados no democráticos o no completamente democráticos, los motivos de los tribunales arbitrales de cara al exterior parecen ser inspirar confianza a los inversores o atraer litigios comerciales internacionales, pero pueden no tener efectos más amplios de transformación del poder

judicial o del Estado", escribe Bookman.

Me enfrenté a Beer con la objeción de que él, un hombre blanco que disfrutaba del privilegio de vivir en una nación democrática, estaba ayudando a regímenes no democráticos a lavar su reputación en un esfuerzo por salir adelante económicamente.

Beer invocó la respuesta de Sir Anthony Evans, presidente de los tribunales del DIFC, ante una polémica sobre el trato de Dubai a los trabajadores inmigrantes y la acusación de que, en palabras de Beer, "está prestando su reputación para reforzar un régimen antidemocrático".

Dijo Beer: "Su respuesta, que me pareció brillante, fue: Debo hacer lo que hago para mejorar el sistema. La gente tiene acceso a un sistema al que antes no tenía acceso. Si el tribunal es creíble e independiente, debe estar haciendo una contribución positiva".

Beer señaló que la idea de una mujer juez fue durante mucho tiempo sacrílega en los EAU. Pero después de que el DIFC nombrara una y "el sol siguiera saliendo al día siguiente", el sistema "onshore" decidió nombrar también juezas. No hay jurisdicción en la que no se plantearía trabajar, me dijo Beer, si cree que está moviendo la aguja en la dirección correcta.

Aun así, los editoriales kazajos de Beer empezaron a sonar un poco crispados. "En estos tiempos sombríos, con la economía mundial en suspenso, con muchos países bloqueados física y metafóricamente, es un alivio que líderes como el Presidente de Kazajstán impulsen una sociedad más justa, inclusiva y equitativa", decía una columna de 2020. "Me he dado cuenta de que muchas cosas han cambiado [en Kazajstán]. Una narrativa renovada centrada en el ciudadano, un edicto para que los funcionarios escuchen a la gente y un enfoque en la generación de riqueza (y, me atrevería a decir, la redistribución) más allá de los salones sagrados de Astana."

Mientras tanto, un informe de USAID de 2020 señala que "la AIFC muestra que la financiación de grandes inversiones está disponible cuando un proyecto se alinea con los intereses [del gobierno de Kazajstán], aunque la justicia inversora para el resto de los ciudadanos sigue siendo ineficaz".

La jurista de la Universidad de Columbia Katharina Pistor ofrece una crítica más sistémica de este modo de legislar. En *The Code of*

Capital (El código del capital), señala lo que parece ser una paradoja: mientras que las leyes nacionales crean valor, el capital actual "es de tipo itinerante: no tiene ni necesita un hogar (físico) y, en cambio, se desplaza de un lugar a otro en busca de nuevas oportunidades". Para crecer, el capital "siempre necesita la ayuda de un Estado", escribe Pistor, y cualquier Estado que esté dispuesto a cumplir sus órdenes, independientemente de su respeto por la humanidad, lo hará.

El sistema jurídico del Centro Financiero Internacional de Dubai, y sus tribunales imitadores, podrían ser el ejemplo paradigmático de este sistema de justicia poco riguroso y fragmentario: un tribunal autónomo e independiente, forjado de la nada por un ejército de consultores, dotado de abogados y jueces extranjeros y nacionales, y que opera al amparo de un estatuto concedido a una entidad corporativa en una zona franca financiera creada por una dictadura del Golfo.

"El capital codificado en el derecho portátil tiene libertad de movimientos", escribe Pistor, mientras que "las ganancias pueden obtenerse y embolsarse en cualquier parte y las pérdidas pueden dejarse donde caigan".

- - -

En 2017, Mark Beer dimitió de su cargo en el DIFC, y el centro tuvo una nueva registradora jefe: Amna Al Owais, una joven y vivaz abogada de Dubái. En esta ciudad de expatriados, inmigrantes, trabajadores invitados y trabajadores a tiempo parcial, Al Owais es una rareza: una mujer emiratí nativa en un puesto de poder significativo. Al Owais, que estudió en los EAU antes de continuar su formación jurídica en Londres, trabajó brevemente en un bufete privado antes de incorporarse al tribunal en 2006 como secretaria de bajo nivel, sólo "un escalón por encima de la gente que te recibe cuando entras", dice Beer. "Pero, ¿sabes que cuando entras en una casa sabes que es la que quieres comprar? Supe inmediatamente que ella tenía ese potencial, y vivimos juntas el viaje del tribunal".

Conocí a Al Owais en sus oficinas de Dubai en noviembre de 2021. De camino a , en el vestíbulo del edificio principal, pasé por delante de una vitrina que mostraba la huella de la mano derecha del

soberano de Dubai, el jeque Mohammed bin Rashid Al Maktoum, y las de sus seis hijos, todas conservadas en arcilla. Los objetos, que pertenecían a la Colección de Arte Corporativo del DIFC, me parecieron un burdo intento (incluso torpe) de señalar que esta catedral de las altas finanzas seguía formando parte de Roma.

Tras subir por una escalera mecánica hasta los ascensores y salir a un pasillo de mármol de la tercera planta, esperé en una sala de conferencias donde una secretaria se disculpó por el desorden, aunque no había ni una mota de polvo en la mesa. Al Owais apareció quince minutos después, un poco sin aliento, con la mente claramente puesta en su última reunión. Llevaba un hiyab negro y un elegante reloj de oro que se enroscaba dos veces en su muñeca como una serpiente. Habló rápida y articuladamente sobre la corta historia del tribunal, anticipándose a mis preguntas antes de que pudiera hacerlas y relatando su propia experiencia en el tribunal. "Lo más emocionante es trabajar siempre en proyectos apasionantes y, en cierto modo, crear historia", dijo Al Owais. "Es muy internacional, el equipo es muy diverso, y en todo lo que hubo desde 2006 pude participar, desde la construcción hasta las nuevas iniciativas".

En el día a día, Al Owais había tomado el relevo de Beer, ejerciendo de portavoz del tribunal y asegurándose de que todos los trenes funcionaran a su hora. Pero justo cuando empezaba a trabajar, la política de los tribunales experimentó un cambio sutil, tal vez dialéctico.

Las corrientes nacionalistas que han recorrido la política mundial en la última década no han dado muestras de ceder, al menos retóricamente, y, por mucho que Dubai dependa del resto del mundo en cuanto a personas, dinero e ideas, no es inmune a estas presiones. La creación de un tribunal de derecho prestado con jueces alquilados estaba destinada a provocar luchas de poder en algún momento.

En el caso de Dubai, esto empezó a suceder hace aproximadamente una década, cuando el DIFC empezó a intervenir en asuntos "onshore" relacionados con el tribunal de Dubai (no perteneciente al DIFC). En teoría, casi todo el mundo podía optar por la jurisdicción del nuevo tribunal, lo que podía percibirse como un desafío extranjero a los tribunales locales originales de Dubai. Cinco años antes, esto podría no haber causado ningún revuelo, pero con el telón de fondo del

Brexit, la elección de Donald Trump y el éxito electoral de políticos nacionalistas de derechas desde Austria hasta China, la configuración empezaba a sentirse incómoda.

"A partir de 2016, el gobierno de Dubái dijo: 'Espera un segundo, estamos de acuerdo con que existan los tribunales del DIFC, pero lo que sentimos es que esencialmente nuestro sistema judicial tiene dudas sobre si los tribunales de habla árabe están siendo eclipsados' ", me dijo Jayanth Krishnan. "La verdadera cuestión era si los tribunales locales nacionales debían ser realmente los que llevaran la voz cantante".

El hecho de tener a Al Owais al frente del DIFC demuestra el compromiso del centro con la "emirización", una iniciativa federal destinada a emplear a más trabajadores locales. Pero para resolver conflictos más sustantivos sobre qué tribunal debe prevalecer en casos concretos, las autoridades crearon otro tribunal, también compuesto por una mezcla de jueces del DIFC y de la costa, que se encargó de tomar estas decisiones. Esto podría interpretarse como un debilitamiento de la autonomía del DIFC o como una medida necesaria para mantener un frágil equilibrio.

Para distraer la atención de la política nacional, el tribunal ha desviado su atención de los EAU y los emiratíes. En 2015, puso en marcha un registro de testamentos que regula las herencias de los expatriados no musulmanes. Antes del tribunal del DIFC, si el patrimonio de una persona fallecida se encontraba en el emirato y no había hecho testamento, el patrimonio se repartía según la ley de sucesiones de Dubái, que sigue los principios de la sharia que reparten más a los hijos que a las hijas. Optar por no hacerlo era posible, pero oneroso y caro.

"¡Hubo drama!" dijo Al Owais. "Nos dimos cuenta de que era una oportunidad de tener algo desde cero y ahorrar tiempo y molestias a los herederos para evitarles pasar por el sistema tradicional". El servicio está ahora abierto a cualquiera que tenga inversiones en Dubai, sea o no residente, e independientemente de que el grueso de sus activos se encuentre en la jurisdicción de los EAU. Asimismo, pueden elegir a qué partes de su patrimonio se aplican estas normas: una obra de arte en un rascacielos de Dubai, pero no una cartera de acciones gestionada por un fondo en Londres.

El experimento de Dubái con la sucesión acabó teniendo un impacto nacional: los EAU cambiaron sus leyes federales para dar a los residentes no musulmanes la opción de seguir las normas de sucesión de su país de origen. Entró en vigor en 2023. En estos casos, lo que importa es dónde nace la gente, no dónde muere.

Al Owais también supervisó los Tribunales del Futuro, un grupo de reflexión dedicado a ampliar aún más los límites del DIFC, utilizando la inteligencia artificial y explorando los litigios en el espacio exterior con un tribunal simulado.

Mientras tanto, Mark Beer encontró tiempo para llevar también sus intereses jurídicos a la última frontera.

Tras un encuentro en 2017 en el Foro Económico Mundial de Davos con el propietario de una empresa de satélites, Beer se convirtió en el ministro de Justicia de Asgardia: la primera nación del mundo basada en el espacio, cuya "masa terrestre" fue brevemente un servidor en un satélite en órbita alrededor de la Tierra, cuya "población" se comunica predominantemente en una plataforma de blogs y cuyas "leyes" las decide la comunidad... y Mark Beer.

"Estaba muy enfadado por algo, creo que era un ministro de justicia [en la Tierra] con el que estaba tratando, que era un completo bufón, y alguien me dijo: 'Tienes que caminar una milla en sus zapatos'", cuenta Beer sobre su decisión de "presentarse" a un "cargo". Así que se declaró asgardiano, presentó su candidatura a su parlamento y fue nombrado por su jefe de estado. (Beer también había montado una candidatura al Ayuntamiento de Oxford en 2022, como conservador, pero perdió esa carrera de forma algo más democrática).

Yo también me había apuntado para ser ciudadano de Asgardia, allá por 2017, antes de saber nada del DIFC o de Mark Beer. Pero empezaron a cobrar, y las cuotas anuales de cien euros empezaron a sumar. El dinero de mis impuestos (si podemos llamarlo así) no llegó muy lejos en el espacio. Tampoco descubrí que tuviera mucho en común con la comunidad a la que optaba.

Beer, en cambio, persistió, como uno de los pocos funcionarios de Asgardia que no eran libertarios ni "trekkies", como él decía, y que se tomaban sus posturas medianamente en serio, ya fuera como cosplay, arte escénico o parte de un proyecto político que pretendía llevar a la estratosfera los límites de la soberanía privatizada, corporativa y no

territorial.

En 2022, asistí a un seminario de Zoom en el que participó Beer, sobre el futuro de la nación y la territorialidad. Junto a un funcionario asgardiano originario de Grecia y el ministro de Comercio de la nación, un sudafricano, Beer postuló que la definición de nación migraría de "una comunidad de jurisdicción -'todos vivimos en este espacio'- a una comunidad de intereses".

"Como en Dubai, quiero hacer más, y quizá estoy presionando más de lo debido", me dijo. "Pero pronto lanzaremos la constitución de empresas en Asgardia, y creo que eso da una dimensión y una plataforma totalmente nuevas para hablar de zonas económicas fuera de cualquier jurisdicción territorial".

O Beer estaba años luz por delante de la mayoría de los pensadores políticos a la hora de predecir la silueta de la soberanía estatal dentro de diez, veinte o cincuenta años, o estaba en otro planeta. Quizá no fueran mutuamente excluyentes. "El cincuenta por ciento de los asgardianos son astrofísicos y neurocirujanos, y me encanta interactuar con ellos", dijo. "Pero tienen que construir la conectividad y tomar el estatus de observador en la ONU, de lo contrario sigue siendo una idea".

"Creo que lo harán", añade. "Es un poco como los pioneros de Internet: también pensábamos que eran unos chiflados".

Hacia el final de nuestro desayuno en Sarabeth's, se nos unieron a Beer y a mí su mujer, Adi, y su hijo menor, que entonces tenía cuatro años. Estaban en Estados Unidos para visitar la Universidad de Yale, donde su hijo mayor se matricularía en otoño. La familia planeaba una excursión al zoo de Central Park y utilizaban walkie-talkies para comunicarse por la ciudad. Parecían disfrutar enormemente de lo bien que funcionaban los aparatos, sin necesidad de satélites.

Pero el cosmos seguía estando claramente en la mente de Beer: Era realmente preocupante , dijo, "que la última gran ley espacial se redactara en 1967, y sólo los países pueden ser parte en ella".

También tenía otras preocupaciones domésticas en mente.

"Si mi hija va al espacio con Richard Branson, y no hay derecho penal ni nada, ¿qué pasa?".

7

Ad Astra

El espacio ultraterrestre representa hoy un interés fundamental para la humanidad. No es un asunto ajeno a la vida del hombre. Ya no es un espectáculo puramente científico. Ya no es sólo una posibilidad de horizonte para la ciencia. Hay un interés humano inmediato en que el espacio exterior quede libre y no quede bajo el poder de un Estado, sino que se utilice para la cooperación internacional. Esto nos lleva a la conclusión -que considero importante- de que el espacio ultraterrestre no puede ser objeto de apropiación; no puede ser explotado; no puede ser utilizado exclusivamente por una Potencia o un grupo de Potencias que dispongan de los medios materiales para hacerlo, porque existe un interés humano que implica el derecho de la humanidad a la utilización del espacio ultraterrestre.

-Fernando Belaúnde Terry, discurso ante la Asamblea General de la ONU, 5 de diciembre de 1961



n una tarde lluviosa de abril de 2017, el príncipe Guillaume, gran duque heredero de Luxemburgo, y su esposa, la princesa Estefanía, entraron flotando por la puerta principal de un edificio de oficinas a las afueras de Seattle en la sede de una empresa emergente llamada Planetary Resources. Los ingenieros de la empresa recibieron a los miembros de la realeza con aperitivos, cerveza artesanal y botellas y botellas de Rieslings y Syrahs de Columbia Valley. En un rincón del salón había un antiguo juego arcade Asteroids . En una pared, las franjas rojas, blancas y azules del Gran Ducado colgaban junto a una bandera estadounidense.

Antes de que Planetary Resources fuera vendida a una oscura empresa de blockchain en 2018, había sido una de un puñado de start-ups que construían las herramientas para "expandir la economía al espacio." Además de los inversores más predecibles de Silicon Valley, la nación de Luxemburgo fue uno de sus primeros y más ruidosos

benefactores, habiendo prometido alrededor de 25 millones de euros en financiación directa y apoyo estatal para investigación y desarrollo. La improbable inversión del país fue uno de los elementos de una campaña nacional tremendamente ambiciosa y en curso para convertirse en un centro terrestre para el negocio de la extracción de minerales, metales y otros recursos de los cuerpos celestes.

Al igual que su primo cercano, Suiza, la pequeña nación de Luxemburgo se ha enriquecido significativamente durante el último siglo engrasando las ruedas de las finanzas mundiales. Ahora, mientras multimillonarios, empresas emergentes y grandes compañías aeroespaciales se preparan para una conquista cósmica, Luxemburgo aprovecha su lugar en la Tierra para ayudar a enviar el capitalismo al espacio profundo.

Históricamente, la exploración espacial ha sido un campo de operaciones grandiosas y nacionalistas, demasiado costosas y peligrosas para que los civiles las emprendieran sin el respaldo del Estado. Pero la tecnología espacial ha avanzado hasta el punto de que los civiles pueden participar, y la incipiente industria "NewSpace" -término que engloba los vuelos espaciales comerciales, la minería de asteroides y otras empresas privadas- ha encontrado entusiastas partidarios en la clase inversora. Los empresarios espaciales del siglo XXI hablan de una nueva "fiebre del oro" y comparan su misión con la de los hombres de frontera o los primeros industriales. Las nuevas empresas de cohetes apuestan por encontrar agua en la Luna, lo que les permitiría construir estaciones de repostaje para los viajes a las profundidades del cosmos.

A medida que los recursos naturales de la Tierra se agotan rápidamente, los mineros de asteroides ven una solución en el tesoro de agua, minerales y metales sin explotar del espacio exterior. En 2017, Goldman Sachs envió una nota a sus clientes en la que afirmaba que la minería de asteroides "podría ser más realista de lo que se cree", gracias a la caída de los costes de lanzamiento de cohetes en y a las enormes cantidades de platino que se encuentran en las rocas espaciales, esperando a ser extraídas. Los capitalistas de riesgo y otros inversores se han volcado en la industria espacial. Según una estimación, un total de 1.832 empresas espaciales han recibido casi 300.000 millones de dólares en financiación en la última década.

El espacio es también un escenario para egos infinitamente expandibles. Jeff Bezos, de Amazon, cree que dentro de no mucho, una "cuarta revolución industrial" trasladará toda la industria pesada fuera de la órbita terrestre. En 2000, Bezos fundó Blue Origin, que fabrica cohetes y otros dispositivos para explorar el espacio. Se ha lanzado personalmente a la órbita terrestre; también lo ha hecho Richard Branson, que fundó el sello discográfico Virgin, ahora una marca de estilo de vida. La empresa espacial de Elon Musk, SpaceX, lanzó Starlink, una constelación privada de satélites de Internet que dan servicio a todo el planeta, y tiene contratos multimillonarios con la NASA (la agencia ha hecho un esfuerzo consciente por ampliar sus alianzas con el sector privado).

Esta oleada de interés está convirtiendo cuestiones teóricas que antes eran dominio de las novelas de ciencia ficción y los experimentos de dormitorio en acuciantes preocupaciones jurídicas, normativas y comerciales. ¿Quién puede reclamar un asteroide y toda su riqueza extraíble? ¿Debe colonizarse, privatizarse y comercializarse el espacio? ¿Qué tipo de poder tienen los Estados individuales tan lejos de sus fronteras? ¿Se aplica la economía del "goteo" en condiciones de gravedad cero?

Tras las fronteras anteriores, desde las conquistas coloniales hasta alta mar, el espacio es el último campo de pruebas de estas espinosas cuestiones éticas y jurídicas. También podría acabar siendo el escenario de una auténtica fiebre del oro. Así, mientras grandes potencias como China e India invierten cada vez más dinero en desarrollar programas espaciales que rivalicen con los de la NASA, y Estados Unidos y Rusia militarizan las estrellas para preparar futuras guerras, Estados astutos como Luxemburgo están haciendo una apuesta diferente: convertirse en el hogar de un elenco multinacional de empresarios que quieren ir al espacio para ganar dinero. Para , el espacio representa el paraíso fiscal por excelencia: un escenario en el que ejercer el poder y enriquecerse. Así que tiene todo el sentido que un veterano de la actividad extraterritorial en la Tierra esté entre los primeros en la fila para explotar esta última frontera.

Es un negocio polémico. Por cada accionista feliz que elogia las normas favorables a las empresas y las lagunas jurídicas de Luxemburgo para ahorrar dinero, hay un crítico que condena su

voluntad de acelerar la carrera reguladora a la baja.

Pero, ¿qué puede hacer un pobre? En una economía global que enfrenta sin piedad a las naciones entre sí, a un país como Luxemburgo no le queda más remedio que explotar el recurso más valioso que tiene: su soberanía nacional. Al elaborar normas, leyes y reglamentos innovadores que sólo él podía (o quería) ofrecer, Luxemburgo atrajo a bancos, empresas de telecomunicaciones y consultoras antes de que ninguna de estas industrias llegara a dominar la economía mundial. Y al cortejar a los mineros de asteroides y a los cowboys espaciales antes de que nadie los tomara en serio, es muy posible que acabe haciendo lo mismo con la comercialización del espacio.

La minería de asteroides "no es una idea nueva, pero lo que sí es nuevo es el apoyo estatal a la idea", me dijo Chris Voorhees, entonces Consejero Delegado e Ingeniero Jefe de Planetary Resources, en el momento del junket en el Estado de Washington. "Todos pensaban que era inevitable, pero no estaban seguros de cuándo ocurriría. Y Luxemburgo está haciendo que ocurra". Para ello, el único gran ducado del mundo -que tiene todos los metros cuadrados de un asteroide y, con una población de alrededor de medio millón de habitantes, no muchos más- ha destinado millones de dólares a las empresas que se incorporen a su nuevo sector espacial. El gobierno informó en 2023 de que más de setenta empresas e instituciones espaciales empleaban a mil cuatrocientas personas en el país, lo que suponía entre el 2% y el 4% de su PIB anual. Envía regularmente funcionarios a Japón, China y los EAU para hablar de asociaciones de exploración espacial, y ha nombrado asesores a veteranos de la industria espacial, entre ellos el antiguo director de la Agencia Espacial Europea. En mayo de 2017, el país pagó un suplemento brillante en *Scientific American* titulado "Luxembourg's Innovation Is Out of This World". Incluía artículos sobre el entorno empresarial del país, una breve historia de los satélites y una elogiosa valoración de su sector bancario, todo pagado por el Estado, para demostrar su seriedad en materia espacial. También creó el Centro Europeo de Innovación en Recursos Espaciales (ESRIC), un centro de investigación "sobre aspectos científicos, técnicos, empresariales y económicos relacionados con el uso de los recursos espaciales para la exploración

humana y robótica, así como para una futura economía espacial".

Y lo que es más importante, en el verano de 2017, su parlamento aprobó la Ley de Recursos Espaciales -la primera de este tipo en Europa y, en aquel momento, la de mayor alcance del mundo-, que afirma que si una empresa luxemburguesa lanza una nave espacial que obtiene materiales como agua, plata, oro o cualquier otra sustancia valiosa en un cuerpo celeste, los materiales extraídos serán considerados propiedad privada legítima de la empresa por Luxemburgo, una nación soberana legítima. Las empresas van y vienen, y los inversores son notoriamente volubles, pero las leyes nacionales pueden perdurar durante años, incluso generaciones, y dejar su huella en la historia de la humanidad. La Ley de Recursos Espaciales es un ejemplo de lo que Katharina Pistor describe como la "codificación" dirigida por el Estado de nuevas formas de capital: en este caso, recursos que están literalmente fuera de este mundo.

En los meses previos a la aprobación de la ley luxemburguesa, se recurrió a la joven realeza del país para que deslumbrara, sedujera y diera seriedad a la operación, de ahí la visita del príncipe y la princesa a la sede de Planetary Resources. El objetivo principal de la misión era convencer a los ejecutivos de Silicon Valley, a la desconcertada prensa luxemburguesa y a los científicos espaciales de todo el mundo de que la explotación de asteroides ya no era ciencia ficción. Para ello, los miembros de la realeza fueron acompañados por unos cuarenta de sus súbditos, todos los cuales tenían un papel que desempeñar en esta industria emergente.

Etienne Schneider, entonces Viceprimer Ministro luxemburgués, encabezaba la delegación. Schneider mide aproximadamente 1,80 m, tiene una calva brillante, ojos sonrientes y un comportamiento fácil y jovial (desde entonces ha dejado la función pública para trabajar en el sector privado). No había universidades en su país cuando Schneider alcanzó la mayoría de edad, así que estudió en el Reino Unido, adquiriendo un elegante acento británico que combina a la perfección con sus impecables trajes a medida. Schneider es un producto de los partidos políticos socialistas europeos. Pero, si se le presenta la ocasión, está dispuesto a servir a los intereses del capitalismo mundial. Schneider es también un bon vivant de la vieja tradición europea que, sin embargo, encuentra desconcertante y seductor el estilo de vida de

la Costa Oeste. En su tiempo libre, colecciona coches antiguos, cuida de su jardín y, de vez en cuando, cuelga selfies con su joven y apuesto marido en Instagram.

Con Schneider llegó una delegación de científicos, agregados comerciales, banqueros, abogados y periodistas locales que alternaban el alemán, el inglés, el francés y el luxemburgués, con algún que otro término extranjero como complemento: *meeting*, *framework*, *brunch*. ("No tenemos todas las palabras", confesó tímidamente un miembro de la delegación). El nombre de su dialecto lo dice todo: Con un PIB per cápita de 140.310 dólares, sus seiscientos mil habitantes son los más ricos del mundo, según el Fondo Monetario Internacional.

El equipo de Planetary Resources llevó a sus benefactores a visitar los laboratorios donde se construía su hardware. La empresa nunca llegó a extraer asteroides, pero para beneficiarse de las concesiones luxemburguesas abrió una oficina en el Gran Ducado, en realidad un buzón glorificado, pero ¿quién lo comprueba? De cerca, su nave Arkyd-6 tenía el mismo aspecto que los satélites de las películas, pero más pequeño. Tenía múltiples aletas y apéndices, entre ellos un sensor de infrarrojos, un rastreador de estrellas para orientar la nave en el espacio y una unidad GPS.

Una vez terminada la visita, comenzó la hora del cóctel. Schneider, propietario de un viñedo, saltaba de una conversación a otra, rebosante de alegría infantil. Los ingenieros de la empresa se arremolinaban en vaqueros y sudaderas con capucha, orgullosos y confusos.

Chris Lewicki, Director General de Planetary Resources, hizo un brindis elogiando las contribuciones de Luxemburgo "a un futuro abundante para toda la humanidad". Como regalo de despedida, obsequió a Su Alteza Real con un collar tachonado de diminutos fragmentos de asteroides.

- - -

Es razonable preguntarse cómo, exactamente, una monarquía europea marginal, alentada por un socialista vivaz, acabó convenciendo a empresarios estadounidenses a la vanguardia de la innovación de que

su Estado de tamaño caserío podía impulsar a la humanidad -y al capitalismo- hacia el espacio profundo. En 2017, el Gran Ducado carecía de agencia espacial nacional, instalaciones de lanzamiento y una capacidad de investigación modesta. Abrió su primera y única universidad en 2003, y su ejército está formado por 1.128 soldados, todos ellos en la Tierra. Luxemburgo no encaja en la imagen de una nación espacial; de hecho, algunos se han preguntado si debería ser una nación.

Sin embargo, la propia esencia de Luxemburgo -una mota en el corazón de Europa- le permite, incluso le exige, participar en empresas tan ambiciosas. El lema nacional del país es "Queremos seguir siendo lo que somos". A lo largo de los siglos, este espíritu independiente ha soportado las ocupaciones de los duques de Borgoña, los reyes de España y Francia, los emperadores de Austria y el rey de los Países Bajos. Hoy en día, el Estado, que obtuvo la independencia total en 1867, ocupa una curiosa posición en el imaginario mundial: un país con una enorme influencia económica del que todo el mundo ha oído hablar, pero que nadie puede encontrar en un mapa.

Según el economista Gabriel Zucman, este país es difícil de pasar por alto para los observadores del mundo financiero. "Luxemburgo tiene bancos privados como Suiza, tiene una gran industria de fondos de inversión como la de Irlanda, se utiliza para la evasión fiscal de las empresas como Bermudas u Holanda, y también alberga uno de los dos depositarios centrales internacionales de valores, por lo que es activo en eurobonos", explica por teléfono. "Es el paraíso fiscal de los paraísos fiscales, presente en todas las fases de la industria financiera". Tony Norfield, antiguo banquero de la City londinense que ahora escribe sobre finanzas mundiales, ha descrito Luxemburgo como "un dechado de parasitismo".

La historia de cómo un país marginal y relativamente impotente ha sobrevivido a guerras mundiales, crisis económicas y avances tecnológicos cataclísmicos para convertirse en una potencia bancaria y financiera recuerda a la de Suiza. Nos dice mucho sobre lo lejos que puede llegar un país pequeño de su clase de peso si jura lealtad al globo oculto.

Luxemburgo fue, durante las primeras décadas de su vida independiente, un pequeño país adormecido cuya principal

exportación era el acero. Pero mucho antes de que sus minas de hierro cerraran en los años 80, el gran ducado llegó a representar una discreta pero poderosa libertad normativa. Empezó a tomar forma un modelo económico autóctono: en las décadas siguientes, se haría un nombre aprobando leyes "diseñadas para tentar al dinero caliente del mundo", señala la Tax Justice Network, un grupo de defensa contra la evasión fiscal.

Sus primeros intentos significativos de ganar dinero de la nada comenzaron a mediados de la década de 1920. A medida que la radio se convertía en un popular medio de entretenimiento y comunicación, el Gran Ducado decidió no crear un servicio de radio financiado con fondos públicos, como hicieron sus vecinos de Francia y Alemania. En su lugar, cedió sus ondas a una empresa privada de radiodifusión y recaudó ingresos de las licencias que ésta concedía. Esa empresa se convirtió en la primera emisora comercial financiada con publicidad que emitía programas musicales, culturales y de entretenimiento en toda Europa y en varios idiomas. "Al ceder los derechos de un bien público a una empresa privada, el Estado comercializó, por primera vez, sus derechos soberanos en un contexto mediático", señala *The Fruits of National Sovereignty*, un libro sobre la historia económica de Luxemburgo publicado en 2000 por un banco luxemburgués.

Tres meses antes del colapso del mercado bursátil de 1929, el Parlamento luxemburgués aprobó una ley que eximía del pago del impuesto de sociedades a las "sociedades de cartera", es decir, a las empresas matrices que existen únicamente para poseer partes de otras empresas o controlarlas. En los primeros cinco años tras la aprobación de la ley, se establecieron setecientas sociedades holding; en 1960, había mil doscientas, y a principios del siglo XXI, unas quince mil empresas "buzón" -una por cada dieciocho ciudadanos- estaban constituidas en Luxemburgo. (En 2006, la Comisión Europea consideró que esta exención infringía las normas de la UE, por lo que Luxemburgo creó rápidamente una nueva denominación, la "sociedad de gestión de patrimonio familiar", que cumplía las obligaciones del país en virtud del Tratado de la UE y ofrecía al mismo tiempo muchas de las mismas ventajas de ahorro).

Luxemburgo también desempeñó un papel decisivo en la desnacionalización del dinero. La historia, un tanto complicada, es la

siguiente: En la década de 1950, muchos gobiernos extranjeros tenían reservas de dólares estadounidenses en bancos estadounidenses, que podían utilizar para comprar bienes, obtener intereses, pedir préstamos o cambiar por oro. Inicialmente, estos dólares estaban en manos de bancos situados en Estados Unidos, pero algunos llegaron al extranjero a través de préstamos, transferencias u otras transacciones en el periodo de posguerra. La moneda estadounidense que vivía fuera de la jurisdicción estadounidense recibió un nuevo nombre: eurodólar.

El oxímoron era la cuestión. "El encanto de los eurodólares, para los banqueros, era que no pertenecían a ninguna parte y no debían lealtad a nadie; por lo tanto, nadie los regulaba", escribió George J. W. Goodman, bajo el alias de "Adam Smith", en *Paper Money*. "La Reserva Federal puede exigir a los bancos que pongan una parte de sus depósitos como reservas; otros organismos regulan el carácter y el tamaño de los préstamos. Pero no en eurodólares; estos dólares podrían ser depositados, prestados y devueltos, todo mientras la Reserva Federal miraba desde lejos." (Confusamente, un dólar estadounidense depositado en una cuenta nigeriana o tailandesa lejos de Europa sigue llamándose eurodólar).

No sólo la Reserva Federal estaba confundida. Los gobiernos extranjeros tampoco tenían ni idea de cómo regular estos "dólares de ninguna parte". Y en lugar de quejarse a las autoridades, los bancos estadounidenses decidieron unirse a la diversión: se podía ganar mucho dinero comprando, vendiendo, especulando y titulizando estos billetes sin lugar en el incierto espacio entre naciones.

Los eurodólares sentaron las bases de los eurobonos, o deuda vendida fuera de su país de origen que paga intereses en esa moneda: dólares estadounidenses (llamados bonos eurodólares), pero también rands sudafricanos (bonos eurorand) o yenes japoneses (¡euroyen!). Hasta hace poco, los bonos podían poseerse de forma anónima y pagaban intereses a quien los conservara. Naturalmente, fueron un éxito, en gran parte gracias a Luxemburgo.

En su libro *Moneyland*, Oliver Bullough describe un juego de "Twister jurisdiccional", en el que un pionero de los bonos en eurodólares descubrió cómo sortear un continente de barreras y controles monetarios. Para ello, los primeros bonos eurodólar no se "emitieron" formalmente en Londres, donde se encontraba el banco

que los suscribía, sino durante una escala en el aeropuerto de Ámsterdam, un tecnicismo para eludir los impuestos británicos. El dinero recaudado con la venta de los bonos se destinó a la sociedad estatal italiana de autopistas, que no era el destinatario previsto, sino que actuaba como una sociedad instrumental a través de la cual se podían eludir aún más impuestos. Después, gracias a la laguna legal de la sociedad holding de 1929, los bonos pagaban sus intereses "en" Luxemburgo -de nuevo, sobre el papel- para evitar otro impuesto, antes de aterrizar en Suiza, donde podían esconderse en secreto indefinidamente. (Entre el 40% y el 60% de los eurobonos se guardaban en cuentas de custodia suizas; la mitad de todas las ventas de eurobonos fueron intermediadas por una institución suiza). Esta transacción muestra el globo oculto funcionando a pleno rendimiento: un archipiélago de empresas y no-lugares falsos que trabajan en concierto para hacer que algo -en este caso, dinero- desaparezca y reaparezca de una forma nueva y abstracta.

Cuando estas innovaciones financieras llegaron al mercado y se aprovecharon de las laxas normas luxemburguesas, los responsables políticos del país empezaron a darse cuenta de que, en materia de regulación, lo pequeño es hermoso y menos puede ser más. En cuanto a los consumidores, los bajos impuestos del Estado atrajeron a la pequeña burguesía europea reacia a los impuestos. A partir de los años sesenta, los "dentistas belgas" y los "carniceros alemanes" -los estereotipos predominantes citados en la prensa financiera internacional- empezaron a hacer escapadas al Gran Ducado para depositar dinero allí, evitando así pagar impuestos en su país. El Estado luxemburgués llegó incluso a bajar el precio del combustible para atraer a los excursionistas.

Pero los ahorros ocultos de dentistas y carniceros no pudieron con la desindustrialización.

En los años setenta, la industria siderúrgica del país sufrió un drástico declive. Luxemburgo necesitaba nuevos trucos.

En 1981, introdujo normas jurídicamente vinculantes sobre el secreto bancario comparables a las de Suiza, para competir con los evasores y electores de alto nivel. (Las normas se redujeron en 2014, bajo la presión de la comunidad internacional). Ese mismo año, el Gobierno convenció a Georges Schmit, entonces un joven licenciado

por la Universidad de Michigan, para que abandonara su puesto de consultor y pasara a trabajar en el Ministerio de Economía. Schmit, a quien entrevisté en Nueva York unos meses después de nuestro viaje a la Costa Oeste, es una figura importante en la historia económica de Luxemburgo. "Luxemburgo estaba en mal estado cuando entré en el Gobierno", me dijo. "La última mina de hierro acababa de cerrar. Estábamos en medio de una grave crisis del acero. Entré pensando: '¿Qué quieren que haga?' Me pidieron que diseñara una política de innovación y trabajé en ella durante un año. Nuestra industria se había dormido porque lo habíamos hecho muy bien en el pasado, y no habíamos creado capacidad para renovarnos".

Algunas de las soluciones estaban a la vista: Luxemburgo sólo tenía que hacer más con lo que tenía, lo que en realidad significaba hacer menos, con más propósito. Según Schmit, el mayor inconveniente de Luxemburgo "no era lo que hacíamos, sino que no hacíamos nada". Por ejemplo, Luxemburgo no tenía su propio banco central. El país formaba parte de una unión monetaria con Bélgica desde 1921, por lo que utilizaba la misma moneda pero no imponía requisitos de reservas a las empresas financieras. Esto significaba que sus bancos -tanto si guardaban los ahorros de la gente para un día lluvioso como si invertían activamente el dinero de los clientes en el extranjero- podían prestar o gastar el dinero que habrían tenido que mantener en depósito en otras jurisdicciones: más oportunidades para especular y hacer dinero.

El mandato de Schmit consistía inicialmente en estudiar la industria manufacturera, no los servicios financieros ni la tecnología. Pero en 1986, su departamento creó una oficina comercial en San Francisco para vigilar las telecomunicaciones y la tecnología. "Desde la independencia, necesitábamos encontrar espacios económicos más amplios, ya fueran regionales o continentales", afirmó.

Uno de estos espacios se encontraba por encima de la Tierra. En 1977, Luxemburgo entró en el negocio de la televisión por satélite. Al igual que había hecho con la radio casi cincuenta años antes, vio la oportunidad de comercializar este bien inmaterial vendiendo a operadores privados el acceso a ese espacio, que era un bien público. El momento era propicio para ello: Estados Unidos ya estaba a la cabeza. Clay Whitehead, responsable de la política de

telecomunicaciones de Richard Nixon, había impulsado con éxito en Estados Unidos un programa de "cielos abiertos" que llevó el libre mercado a la órbita terrestre. Sus ideas allanaron el camino a la moderna industria de la televisión por cable al hacer posible que las cadenas emitieran vía satélite, en lugar de alquilar líneas fijas a AT&T, el proveedor monopolista.

En 1983, la esposa estadounidense del embajador de Luxemburgo en Estados Unidos se dirigió a Whitehead, que en ese momento trabajaba para Hughes Aircraft Company (ahora Boeing), con una propuesta: ¿Podría llevar su experiencia a Luxemburgo y crear allí una empresa de satélites? Whitehead aceptó y Schmit voló a Los Ángeles para reunirse con él. "Tenía treinta años y no tenía ni idea de lo que estaba pasando", recuerda Schmit. Aun así, se dio cuenta de que su país estaba en una posición única. "La gran novedad es que se trataba de una privatización del espacio. Todos los demás operadores eran empresas intergubernamentales, propiedad de los gobiernos a través de acuerdos internacionales. Ésta fue la primera empresa comercial que se propuso utilizar el espacio para la radiodifusión".

Société Européenne des Satellites, o SES, se convirtió en la primera empresa comercial de televisión por satélite de Europa que emitía directamente a los hogares de los telespectadores. Acabó con los monopolios estatales europeos de radiodifusión y se convirtió en una de las mayores empresas privadas de satélites del mundo. Cuando SES empezó a ser rentable, la apuesta de Luxemburgo por la desregulación dio sus frutos: el pequeño país se convirtió en la sede de un gigante de las telecomunicaciones y, como uno de los primeros inversores, recibió una parte del pastel. De este modo, la nación se afianzó sobre la Tierra y se hizo a la idea de que el cielo no era el límite, sino sólo el principio.

A principios de la década de 2000, Luxemburgo retomó este manual para otro tipo de recurso invisible: los activos comprados, vendidos y transferidos en línea, como las películas y los MP3. A medida que crecía la economía digital, el país aprovechó la oportunidad para cortejar a minoristas como Amazon y Apple con nuevos incentivos.

Por ejemplo, el impuesto sobre el valor añadido más bajo de Europa, que abarata la compraventa de productos digitales. Y luego estaban los acuerdos privados con grandes empresas, conocidos como

resoluciones fiscales, que el Estado mantenía en secreto.

Amazon, Microsoft y Spotify, por nombrar solo algunas, abrieron allí sus sedes, mientras que Georges Schmit hizo el mismo viaje a la inversa. En 2009, se trasladó a California para continuar la labor de su vida, como cónsul general y enviado comercial de su país a Silicon Valley.

- - -

La crisis financiera de 2007-2008 no tuvo piedad ni conoció fronteras: prácticamente todos los países del mundo tuvieron que hacer frente a los efectos en cascada del hundimiento del mercado inmobiliario estadounidense sobre los bancos, el empleo, los presupuestos estatales y la confianza de los consumidores. Los problemas no perdonaron a Luxemburgo, que tuvo que rescatar a algunos bancos locales, además de sufrir un ligero aumento del desempleo y un lento crecimiento económico. Aun así, el país salió relativamente bien parado, sobre todo en comparación con sus vecinos europeos.

Entonces apareció otro tipo de crisis a sus puertas. Se trataba de una debacle de relaciones públicas que se abatía sobre el ducado.

En 2014, el Consorcio Internacional de Periodistas de Investigación publicó los detalles de las resoluciones fiscales de Luxemburgo. Conocidas como las filtraciones de Lux, las enormes cantidades de datos filtrados revelaron que, entre 2002 y 2010, la agencia tributaria del país aprobó una serie de acuerdos confidenciales que permitieron a American Insurance Group, IKEA, Deutsche Bank y más de otras trescientas grandes empresas ahorrarse miles de millones de dólares que podrían haber adeudado si hubieran tenido su sede en otros Estados. Las decisiones no eran necesariamente ilegales y, desde luego, no eran exclusivas de Luxemburgo (Bélgica, Irlanda y), pero sí provocaron un escándalo que dio lugar a informes condenatorios en los medios de comunicación, protestas en toda Europa y promesas de una regulación más estricta dentro de la UE.

Siguieron investigaciones a ambos lados del Atlántico sobre asuntos relacionados, y las demandas revelaron información sobre otras empresas con sede en Luxemburgo. (Un detalle memorable: El acuerdo de reestructuración fiscal de veintiséis pasos de Amazon en

Luxemburgo se denominó Proyecto Goldcrest, en honor al ave nacional del país).

Por aquel entonces, Gabriel Zucman, un recién doctorado que había estudiado con Thomas Piketty en la Escuela de Economía de París, empezó a investigar el papel de Luxemburgo en la evasión y elusión fiscal internacional. Su atención no se centraba en las multinacionales, sino en el próspero sector de los fondos de inversión luxemburgueses, que, a través de normativas específicas y lagunas jurídicas, permitía a los inversores eludir también determinados impuestos.

A esas alturas, Luxemburgo era bien conocido como centro financiero, pero las estadísticas que Zucman desenterró mientras investigaba su libro *La riqueza oculta de las naciones* le dejaron perplejo: en 2015, los datos nacionales mostraban que en el gran ducado estaban domiciliadas participaciones en fondos de inversión luxemburgueses por valor de 3,5 billones de dólares, mientras que los datos de otros países solo representaban dos de esos billones. Los 1,5 billones que faltaban le sugerían que el dinero -que, según señala, probablemente acumulaba intereses día a día- no tenía propietario ni domicilio identificables. Esto significaba que los países a los que se debían impuestos por esa suma impía desconocían su existencia.

A nivel mundial, Zucman calculó que casi 8 billones de dólares en riqueza financiera (que no incluía bienes inmuebles, bienes de lujo, oro u otras materias primas) habían sido robados de esta manera a países y contribuyentes gracias a jurisdicciones secretas como Luxemburgo, las Islas Vírgenes Británicas y Panamá que trabajan "en simbiosis". En su libro, Zucman describe Luxemburgo como una "colonia económica de la industria financiera internacional" y cuestiona su derecho a vender su mayor activo: su soberanía.

"Imagine una plataforma oceánica en la que los habitantes se reunieran durante el día en para producir y comerciar, libres de toda ley o impuesto, antes de ser teletransportados por la noche de vuelta a casa con sus familias en tierra firme", escribe, refiriéndose a la inusual demografía del país: el 47% de los seiscientos mil residentes de Luxemburgo son ciudadanos de otros países, y el 44% de su mano de obra se desplaza diariamente a través de las fronteras de los estados-nación para trabajar.

"A nadie se le ocurriría considerar nación a un lugar así, donde el

100% de su producción se envía al extranjero", escribe Zucman. "El comercio de la soberanía no conoce límites. Todo se compra; todo es negociable".

- - -

Luxemburgo no es el único Estado que comercializa su soberanía nacional. Ni siquiera es el más desvergonzado.

Por ejemplo, Luxemburgo no vende directamente la nacionalidad, como hacen cerca de una docena de Estados, entre ellos Malta y Antigua y Barbuda. (Investigué el mercado mundial de pasaportes en mi último libro, *Los Cosmopolitas*). Luxemburgo no ofrece su territorio a multinacionales, como hizo Madagascar cuando vendió franjas de terreno agrícola a la empresa coreana Daewoo (un golpe de estado interno invalidó el acuerdo en 2009). Tampoco alquila islas enteras a una empresa china, como intentó brevemente Tulagi, parte de las Islas Salomón, en 2019 (las autoridades nacionales paralizaron el acuerdo).

Luxemburgo nunca ha subastado sus prefijos ni sus nombres de dominio .lu a artistas para adultos de poca monta, como hicieron en los años 90 las islas de Niue y Tuvalu, en el Pacífico, que se convirtieron así en centros internacionales del sexo telefónico. "Estos países están siendo cortejados por las empresas de marketing porque sus líneas de datos son baratas de alquilar, tienen un amplio excedente de dígitos disponibles para redirigir las llamadas y la mayoría no imponen restricciones de contenido aplicadas por otros reguladores, ya que las llamadas terminan en otro lugar", explicaba el *Australian Financial Review* en 1996.

La práctica de ganar dinero por el mero hecho de ser un país no tiene por qué ser sórdida. Puede ser casi pintoresca. Según Joel Slemrod, profesor de la Escuela de Negocios de la Universidad de Michigan y coleccionista, los filatelistas pueden sentirse tentados por ofertas como , que incluye "sellos de Elvis Presley emitidos por Burkina Faso, sellos de Chad con la imagen de Marilyn Monroe, sellos de Chechenia con la imagen de Groucho Marx, sellos de Mongolia con los Tres Chiflados y los X-Men, y sellos de Montserrat con Jerry García". (Afortunadamente para Slemrod y los suyos, Chechenia, aunque forma parte de Rusia, conserva cierta soberanía sobre su

franqueo).

La idea central que subyace a todos estos esquemas es la misma: la soberanía es un activo, aunque intangible e infinito, que permite ganar dinero teóricamente ilimitado por el mero hecho de ser un país. Además de tener lo que el sociólogo Max Weber caracterizó como un "monopolio sobre el uso legítimo de la fuerza física", o el derecho a condonar la violencia física en forma de, por ejemplo, la policía o la guerra, los Estados-nación también tienen un monopolio sobre lo que podríamos llamar "productos estatales". Éstos pueden abarcar algo tan amplio como las leyes y tan insignificante como los sellos, tan primigenio como la tierra y tan funcional como un número de teléfono.

Algunos de estos recursos, como la tierra, son finitos; otros, como los sellos, pueden producirse sin límite. Esta no es una idea con la que los teóricos políticos o los economistas hayan contado del todo, pero es una fuerza poderosa en el comercio internacional que a la vez desafía las mitologías nacionalistas y refuerza el poder de negociación del Estado-nación. Para los países pequeños, pobres en recursos y situados al final de la cadena alimentaria internacional, la venta de estos productos puede ser un salvavidas y, lo que es más cualitativo, una forma de superar su peso en la escena mundial.

Slemrod acuñó el maravilloso eufemismo "empresariado jurídico" para este tipo de prácticas. (Slemrod realizó un análisis estadístico de los países que llevan a cabo estas prácticas y descubrió "un considerable solapamiento entre estos aspectos de la comercialización de la soberanía estatal". Un paraíso fiscal, según los economistas, tiene 2,5 veces más probabilidades de emitir sellos limitados del Pato Lucas que un país que no es paraíso, lo que lo haría 1,8 veces más propenso a ser calificado de blanqueador de dinero, lo que, a su vez, lo hace casi 5 veces más propenso que un país que no blanquea a ser un paraíso fiscal. La consecuencia es que "puede haber factores subyacentes comunes que impulsen estas decisiones", como el tamaño (pequeño), la población (también pequeña) y la flexibilidad de las leyes (elevada).

También se considera que estos países están bien gobernados -al menos por los habitantes de Davos y por instituciones como el Banco Mundial-, lo que tiene sentido si se aparca dinero en ellos. Los

capitalistas quieren que su dinero esté a salvo de robos y confiscaciones. Cuando hay corrupción, quieres que trabaje para ti. Si pasas por una mala racha y necesitas utilizar uno de tus nuevos sellos como franqueo, quieres que tu carta llegue a su destino.

Aun así, la legitimidad técnica no elimina la controversia. El escrutinio de las maniobras de Luxemburgo -por parte de la prensa, el público y la UE- se extendió en un momento incómodo. El gobierno de coalición de demócratas, socialistas y verdes del Primer Ministro Xavier Bettel, que estaba en el poder cuando se produjeron las filtraciones, quería distanciarse de las políticas económicas del anterior Primer Ministro Jean-Claude Juncker y seguir las reglas de la UE. "Sinceramente, estoy harto de que se me acuse de ser defensor de un paraíso fiscal y un foco de pecado", dijo Bettel en un discurso ante la Asociación de Banqueros de Luxemburgo poco después de asumir el cargo. "Tenemos que trabajar en nuestra imagen... hemos cambiado mucho en los últimos años, ahora es el momento de asegurarnos de que todo el mundo lo sepa".

Etienne Schneider, entonces ministro de Economía, también participó en este esfuerzo. Pero en lugar de ser aplaudidos por romper con el pasado, desde el momento en que tomaron el poder, a los políticos se les recordaron constantemente las anteriores indiscreciones de su país.

El nuevo gobierno tenía que cuadrar el modelo luxemburgués de desarrollo económico con las nuevas realidades políticas. Tenía que seguir mirando hacia delante. Tenía que encontrar la manera de cambiar el discurso.

- - -

Una curiosa posibilidad había surgido en el verano de 2012, cuando Georges Schmit estaba de vuelta en California visitando el Centro de Investigación Ames de la NASA en Palo Alto y se encontró en conversación con Pete Worden, que había dejado recientemente su puesto como director del centro. En cuanto terminó su "periodo de reflexión" obligatorio, durante el cual no se le permitía trabajar para un competidor, Worden aceptó un trabajo asesorando al gobierno

luxemburgués.

Worden, un hombre pícaro de más de setenta años, cuyo carácter de empollón oculta una feroz vena proempresarial, se describe a sí mismo como el "coconspirador" de Schneider. Se convirtió en el intermediario de Luxemburgo en Silicon Valley y en su principal enlace con la élite espacial. "Pete fue nuestro primer contacto con Luxemburgo", me dijo Chris Vorhees, de Planetary Resources. "Les representaba como embajador de la tecnología y la ciencia. Era muy emprendedor, con buenas relaciones allí y en Estados Unidos".

Tomando un café, Worden le habló a Schmit del emergente sector NewSpace y de su sueño de encontrar vida en otros planetas. Schmit intuyó que Worden haría buenas migas con Schneider, así que los presentó. Al principio, la minería de asteroides le pareció una locura a Schneider. "Le escuchaba y me preguntaba qué se habría fumado este tipo esta mañana; sonaba a ciencia ficción total", recordaba Schneider en un discurso. Pero cuanto más lo escuchaba, más sentido tenía. Worden convenció a Schneider de que "no se trata de si ocurrirá, sino de cuándo ocurrirá". Y los países pioneros serán los que más partido saquen después".

De 2014 a 2016, se celebraron una serie de reuniones entre los estadounidenses y los luxemburgueses. Schneider cifró sus esperanzas -y sus perspectivas políticas- en las estrellas. Era una oportunidad de desviar la conversación de los impuestos hacia el cosmos; de establecer una industria para el futuro profundo de Luxemburgo; de contribuir incluso a la ciencia y al conocimiento humano. Además, en tiempos tan difíciles, ¿a quién *no* le gusta hablar de las maravillas de lo desconocido? Sin duda, las empresas del NewSpace estaban ansiosas por trabajar con Luxemburgo. Estaban sedientas de fondos y atención, y se sentían invisibles en Estados Unidos. Luxemburgo era un lugar donde podían conseguir reuniones con políticos de alto nivel en cuestión de minutos; donde todo el mundo hablaba un inglés estupendo ; donde la burocracia era mínima y se mantenía la promesa de unos impuestos bajos. Como me dijo un ejecutivo de NewSpace: "Sólo queremos trabajar con un gobierno que no nos estorbe".

La única pega era la ambigüedad de la legislación espacial: las empresas querían garantías de que los frutos de su trabajo extraterrestre serían reconocidos aquí en la Tierra. Esto no está

garantizado. Al contrario que en la Tierra, donde un país puede otorgar a una empresa una concesión minera o una persona puede vender el derecho a explotar su tierra, nadie tiene un derecho legal claro sobre lo que hay fuera de nuestra atmósfera. De hecho, el derecho internacional prohíbe desde hace décadas que los países reclamen la soberanía sobre los cuerpos celestes. Y si nadie gobierna la Luna y las estrellas, ¿quién puede decir a quién le pertenece un trocito de ellas?

- - -

El derecho espacial es un concepto resbaladizo por definición, principalmente porque el espacio no es un lugar, sino infinito, y compuesto en su mayor parte de materia intocable e inalcanzable. Por definición, no puede haber fronteras en el espacio, porque no puede haber fijeza; y sin fijeza, no hay contención. La perspectiva de atribuir las leyes del hombre a un reino tan vasto, tan incognoscible y tan atemporal es un ejercicio fútil y egocéntrico que sólo los humanos podrían intentar. Dios sabe que lo hemos intentado.

Ya en el siglo XIII, un jurista romano llamado Accursius proclamó: "Cuius est solum, eius est usque ad coelum et ad inferos" (Quien poseía el suelo podía reclamarlo hasta el Cielo y hasta el Infierno). La concepción vertical de los derechos de propiedad, que a menudo se abrevia *ad coelum*, se introdujo en el derecho consuetudinario inglés cuando el hijo de Accursius, Franciscus, aceptó un puesto en Oxford como profesor de jurisprudencia. A lo largo de los siglos siguientes, este principio se invocó para resolver disputas que iban desde quién era el propietario de una bandada de azores juveniles hasta si un terrateniente podía construir una casa pegada a la ventana de su vecino, tapándole el sol.

Siglos más tarde, la llegada de los globos aerostáticos y, posteriormente, de los aviones, puso en juego la doctrina. ¿Podía un propietario impedir que un globo sobrevolara su terreno si nada tocaba el suelo? ¿Era invasión disparar a un pato migratorio desde el patio de su casa en el momento en que cruzaba el jardín de su vecino? ¿Un avión o un cohete que apenas se ve puede considerarse una molestia legal si sobrevuela brevemente su casa? ¿A qué altura estaba

el cielo?

Con el tiempo y en todo el mundo, *el ad coelum* se vio debilitado por las normativas nacionales sobre rutas aéreas, cables telegráficos y, más tarde, tecnologías como los drones. Se consideró que las naciones, más que los particulares o las unidades jurisdiccionales más pequeñas (los estados, en Estados Unidos), tenían autoridad soberana sobre sus cielos, y un elaborado sistema de permisos y licencias facilitó las idas y venidas de vuelos comerciales y fletados dentro y fuera de los espacios aéreos. Mientras tanto, los convenios internacionales convirtieron gran parte del espacio aéreo entre estas naciones en extensiones de alta mar, en las que los pilotos gozaban de libertad de navegación. Al igual que ocurre con los buques, la nación a la que está registrada una aeronave suele determinar su jurisdicción cuando está en vuelo.

Estas normas han hecho posible lo que hoy llamamos "globalización", desde el turismo hasta los envíos al día siguiente, y sin duda son más útiles para la humanidad que un cielo vigilado y enclaustrado. Pero si la idea del *ad coelum* fue siempre un poco tonta, teológicamente o no, también lo es la idea de regular el espacio aéreo. Al igual que los reyes portugueses y españoles que trazaban líneas en el océano para delimitar su territorio, los Estados-nación aplicaban ahora sus reglas inventadas a los delgados rastros de aire.

En un poema en el que comentaba esta tendencia tan humana, el crítico literario William Empson escribió en 1928 que la ley "hace largos radios de las cortas estacas de los hombres". El poema de Empson, titulado "Ficción legal", era un comentario conciso sobre la inquebrantable determinación de la humanidad de imponer su voluntad y sus leyes más allá de su alcance. "Vuestros derechos llegan abajo, donde se reúnen todos los propietarios, en el cónclave / exclusivo del Infierno, en el centro de la Tierra... Y arriba, a través de las galaxias, un sector cada vez mayor", escribió.

Al invocar el "sector en expansión", Empson anticipó los retos a los que se enfrentarían los delegados de las Naciones Unidas encargados de decidir cómo, por qué y en beneficio de quién regularía la humanidad el espacio exterior.

Cuando la Unión Soviética lanzó el Sputnik fuera de la órbita terrestre el 4 de octubre de 1957, abrió un inmenso vacío legal, a

veinte mil leguas (y algo más) sobre el mar. El satélite, del tamaño de un balón de playa, tardó poco más de hora y media en orbitar la Tierra, repitiendo su viaje cada día durante noventa y dos días, emitiendo pitidos regulares durante tres de esas semanas que se retransmitieron por las radios de todo el mundo mientras cruzaba lo que, *ad coelum*, podría haberse considerado territorio de otras naciones.

Al abrir una brecha entre el cielo y la tierra, el Sputnik dotó al espacio de una geografía legal: aunque su trayectoria elíptica estaba a kilómetros y kilómetros del sistema de naciones-estado, la presencia de una máquina rusa de 184 libras llevaba consigo el peso metafórico del mundo. El espacio aún se cierne sobre todos nosotros, pero aquel día se convirtió en la Tierra: indeleblemente ligado a la tierra por la ciencia, la tecnología y la guerra, y sujeto a las leyes y caprichos de las naciones.

La pregunta era: ¿Qué nación?

Tras la exitosa incursión de los rusos -nada menos que en plena Guerra Fría-, los Estados miembros de las Naciones Unidas iniciaron una serie de debates sobre cómo se utilizaría y navegaría por el espacio exterior. Los delegados estaban preocupados por la posibilidad de que el espacio se convirtiera en un apoderado militar de la Tierra, por lo que se creó un grupo de trabajo de las Naciones Unidas sobre los Usos Pacíficos del Espacio Exterior. Las primeras conversaciones incluyeron a los sospechosos habituales -Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Rusia, Italia- así como a un puñado de estados más pequeños: Polonia, Argentina y Mongolia, junto con Chad, Sierra Leona y Marruecos en representación del mundo descolonizado. (Los delegados chadianos y sierraleoneses acabaron teniendo que faltar a las reuniones celebradas en los todavía segregados Estados Unidos, ya que tuvieron problemas para encontrar y pagar alojamiento).

Las partes acordaron rápidamente que la soberanía territorial no se extendía al universo, ni *ad coelum* ni por otros medios no lineales. Invocando al jurista Wilfred Jenks, el comité señaló que el hecho de que los países reclamaran zonas del espacio como propias "sería incoherente con los hechos astronómicos básicos". Los delegados también coincidieron ampliamente en que la Carta de la ONU debía aplicarse al cosmos. Esto significaba que las relaciones internacionales

y el derecho internacional se aplicaban, incluso en ausencia de naciones territoriales, en el espacio ultraterrestre.

Al igual que en la Tierra, las definiciones de "paz" variaban desde la desmilitarización total hasta la mera ausencia de operaciones militares activas, pero los delegados dejaron claro que la Luna no podía, por ejemplo, servir de base militar para una guerra por poderes entre Estados Unidos y Rusia.

En las conversaciones también se abordaron cuestiones como las naciones y la apropiación, los derechos de propiedad y la contaminación, la desigualdad y la tecnología. Los países sin capacidad espacial expresaron su preocupación por quedar excluidos de la exploración espacial en el futuro sólo porque otros países hubieran llegado antes. Estados Unidos abogó por una supervisión reglamentaria mínima, mientras que la URSS defendió lo contrario, presionando (sin éxito) a favor de controles medioambientales más estrictos.

Mientras tanto, los países no alineados del grupo de trabajo -algunos de los cuales habían solicitado un puesto en la mesa postcolonial de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo- defendían una visión más colectivista de los dominios extraterritoriales. Esperaban que los recursos naturales, el conocimiento científico y la propiedad intelectual producidos fuera de las fronteras establecidas de las naciones se compartieran entre todos los países.

En el contexto no sólo de la Guerra Fría y la proliferación nuclear, sino también de la aceleración del capitalismo y la apertura de nuevos mercados en territorios descolonizados, el espacio representaba así un nuevo comienzo: una segunda oportunidad para la equidad y la redistribución, y una ocasión para rectificar los pecados del pasado en un escenario totalmente nuevo. En la Tierra, las naciones, ayudadas por consultores, ideaban formas cada vez más creativas de trocear el territorio al servicio del capital privado. Por encima de todo, los países no alineados ayudaron a impulsar la posición del comité de que el espacio ultraterrestre y los recursos que en él se encuentran eran *res communes*: no sujetos a ocupación o apropiación, y para ser utilizados libremente por todos los miembros de la comunidad internacional.

En retrospectiva, esto parece un enorme logro diplomático, y en

cierto sentido lo es: hoy en día es casi imposible imaginar este nivel de consenso sobre recursos potencialmente lucrativos, estén donde estén. Pero cuando estas ideas se consagraron en el Tratado sobre el Espacio Ultraterrestre de 1967 -hasta la fecha, el documento más importante sobre derecho espacial- los "bienes comunes" seguían estando vagamente definidos.

Eso irritó a Fernando Belaúnde Terry, que representaba (y más tarde dirigiría) a Perú. Advirtió a sus colegas de que se necesitaban normas más estrictas para evitar la explotación desenfrenada de los bienes comunes cósmicos por parte de naciones, actores privados o individuos. En un extenso discurso pronunciado en 1961 ante la Asamblea General de la ONU, en el que citaba a Pascal, Hegel, Shakespeare y el libro del Génesis, Belaúnde temía que, puesto que el estudio de las cosas "infinitamente pequeñas" (la energía nuclear) había tenido el efecto contrario en la promoción de la paz, la conquista de las "infinitamente grandes" podría conducir a la aniquilación. Señaló que el poder no tenía límites, y que el dominio del espacio conduciría inevitablemente al "dominio de la propia Tierra".

No bastaba con declarar el espacio *res communis omnium*, insistía Belaúnde. La igualdad soberana de los Estados tiene un significado limitado en la Tierra, debido a la desigualdad de acceso, recursos y poder; significaría aún menos en el universo. Se trataba de una oportunidad única para garantizar que el contenido de los bienes comunes cósmicos se utilizara para producir cambios favorables en el planeta azul.

Exhortó a la comisión a que diera a la ONU más margen para ejercer la jurisdicción internacional sobre el espacio, para actuar a la vez como su guardián, legislador y policía, en lugar de como un mero contable de las actividades cósmicas. Sólo así se evitaría que los mismos patrones de dominación y explotación se reprodujeran en un bucle sin fin entre la Tierra y el cielo por parte de imperios, naciones y las corporaciones que les seguirían.

- - -

En el momento de escribir estas líneas, el espacio no ha terminado de hacer realidad los temores de Fernando Belaúnde Terry sobre la aniquilación humana. Las semillas de nuestra destrucción parecen firmemente arraigadas en la sangre, el suelo y, cada vez más, el carbono. Pero las advertencias del diplomático sobre el destino de los bienes comunes intergalácticos parecen más premonitorias que nunca.

El quid de la cuestión es qué se considera un recurso y quién tiene derecho a reclamarlo desde lejos.

Una década después de que 110 Estados miembros de la ONU firmaran el Tratado sobre el Espacio Ultraterrestre, los representantes de ocho países ecuatoriales -Brasil, Colombia, Ecuador, Indonesia, Kenia, Uganda y las naciones ahora conocidas como República Democrática del Congo y Congo-Brazzaville- se reunieron en Bogotá para emitir una declaración sobre un "sector en crecimiento" en el que tenían un gran interés: la tecnología de satélites. No es que estos países estuvieran tecnológicamente avanzados; para muchos, siglos de explotación colonial habían frustrado sus ambiciones. Sin embargo, se encontraban en una posición fortuita para aprovechar los avances de otros países en virtud de su ubicación a lo largo del eje horizontal de la Tierra, a unas 22.236 millas por debajo de una sección del universo conocida como órbita geoestacionaria.

Muchos de los satélites de los que dependemos a diario para las comunicaciones, la meteorología y los datos están sincronizados con la órbita terrestre, lo que significa que siguen perfectamente la rotación de la Tierra.

Su ubicación coincide con el mismo punto de la Tierra a medida que ésta gira. Esto funciona porque los satélites se sientan en los asientos de la orquesta de la ópera espacial: asientos que resultan estar situados por encima de estos ocho estados terrestres. Pero los espacios son limitados en número debido a las normas que rigen la distancia a la que deben colocarse los satélites para evitar colisiones. Esta escasez crea valor.

Muchos de los países que se presentaron en Bogotá estaban influidos por las exigencias radicales del Nuevo Orden Económico Internacional. Sabían muy bien lo que estaba a punto de ocurrir si el capitalismo se hacía con el control del cosmos: ya habían sido estafados en el pasado por las potencias coloniales con sus propias

riquezas. Así que decidieron no sólo considerar estos aparcamientos "recursos" comunes, sino reclamarlos formalmente para sí. Argumentaron que su geografía les daba derecho a hacer lo que quisieran con el espacio que había sobre sus tierras, del mismo modo que harían con los minerales que había debajo: "hasta el cielo y hasta el infierno". Siguiendo esta lógica, sostenían que las franjas horarias sobre alta mar debían considerarse *res communes*, y que el botín debía repartirse equitativamente entre todas las naciones del mundo.

Se trataba, en cierto modo, de un retroceso a la vieja doctrina *ad coelum*, sólo que esta vez esgrimida por Estados históricamente marginados en un intento de redistribuir los recursos hacia abajo y quizás incluso de empezar a corregir los errores del colonialismo. Pero la declaración de Bogotá, por falta de adopción generalizada, no llegó a ninguna parte. En su lugar, la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT), una organización con sede en Ginebra, ha gestionado durante el último medio siglo la asignación de estas franjas horarias. Y su propio sistema de reparto del pastel orbital distaba mucho de ser inmune a las manipulaciones de los capitalistas de la Tierra.

El funcionamiento de la asignación de franjas horarias es relativamente sencillo: La UIT permite a las naciones -ya sea como solicitantes individuales o como miembros de un grupo comercial especializado- reclamar espacios de estacionamiento para satélites a través de una rama de la organización llamada Junta Internacional de Registro de Frecuencias. Las empresas deben hacer las solicitudes a través de su Estado de origen. Pero al principio, por falta de demanda, la UIT impuso pocos requisitos a los Estados que hacían estas peticiones, aparte de enviar un formulario con la información pertinente.

Entre los primeros en adoptar la tecnología se encuentran Estados Unidos y Rusia, los únicos países con capacidad espacial; Luxemburgo, que alquiló sus franjas horarias a SES; y el reino de Tonga, la nación insular polinesia situada entre Nueva Zelanda y Papúa Nueva Guinea.

El proceso por el que Tonga entró en el espacio exterior fue una especie de preludio de las ambiciones de Luxemburgo en el siglo XXI: la historia de una monarquía pequeña pero decidida, un empresario estadounidense y la codificación de un nuevo tipo de propiedad, para

ser comprada, vendida y especulada lejos, muy lejos. también trata de la capacidad de la imaginación humana para trascender las limitaciones de la tierra de formas sorprendentemente inspiradas en el pasado: un ejemplo más de cómo la soberanía nacional puede comercializarse lejos de sus fronteras terrestres, en zonas excepcionales y jurisdicciones liminales.

El diminuto tamaño de Tonga suele ser su seña de identidad a ojos de los economistas del desarrollo. Pero a diferencia de los luxemburgueses sin salida al mar, que vivieron durante siglos a la sombra de poderosos vecinos territoriales, el pueblo tongano nunca se ha identificado como "pequeño". Caracterizarlos sólo por su masa continental es pasar por alto un elemento más esencial de su vida espiritual, social y económica: el océano Pacífico.

Tonga (al igual que otros países insulares de Oceanía), colonizada hace unos 3.000 años por el pueblo lapita y repartida en 169 islas en su mayoría deshabitadas, tiene una larga tradición marinera. En lugar de trazar una fuerte línea divisoria entre la tierra y el mar, ven su dominio como un continuo rico y en constante expansión, sin limitaciones por las fronteras económicas y políticas modernas. "Si nos fijamos en los mitos, leyendas y tradiciones orales, y en las cosmologías de los pueblos de Oceanía, resultará evidente que no concebían su mundo en proporciones tan microscópicas", escribe el intelectual fiyiano de Tonga Epeli Hau'ofa en su ensayo "Nuestro mar de islas". "Su universo abarcaba no sólo las superficies terrestres, sino también el océano circundante hasta donde podían atravesarlo y explotarlo, el inframundo con sus habitantes que controlaban el fuego y sacudían la tierra, y los cielos con sus jerarquías de dioses poderosos y estrellas y constelaciones con nombre propias con las que la gente podía contar para guiar sus caminos a través de los mares. Su mundo era todo menos pequeño. Pensaban a lo grande y contaban sus hazañas en proporciones épicas".

Es poco probable -o al menos, poco claro- que fuera con este legado en mente que un empresario estadounidense convenciera a Tonga para especular con las estrellas.

Mats Nilson, ingeniero formado en Stanford, formó parte del primer grupo de expertos que construyeron la moderna industria de las telecomunicaciones que Georges Schmit se dedicó a cortejar en los

años setenta y ochenta. Tras una temporada en la oficina estadounidense de COMSAT (Communications Satellite Corporation), un proveedor de redes por satélite que estableció las primeras conexiones telefónicas a través del Atlántico, Nilson fue trasladado por la empresa a Ginebra, donde vivió cinco años antes de regresar a Estados Unidos en 1975. Después de trabajar para otra empresa de satélites, Nilson intentó independizarse y competir con COMSAT, pero no tuvo éxito y se granjeó algunos enemigos en la industria.

Tras la muerte de su esposa en 1987, Nilson viajó a Tonga con la idea de retirarse allí algún día. En medio del dolor y el desasosiego, Nilson no podía quitarse de la cabeza una idea que se le había ocurrido mientras observaba su industria y, en Ginebra, las normas establecidas por la UIT: que se podía ganar mucho dinero reclamando, y luego arrendando, espacios orbitales en asociación con una nación soberana. No importa lo pequeña que sea. Lo que importa es que sea un Estado.

Así, Nilson "identificó aspectos de las leyes internacionales que otorgan poderes desproporcionados a microestados soberanos", escribe Anthony van Fossen, profesor titular de la Universidad Griffith de Australia. "El número de franjas horarias para satélites está limitado por el derecho internacional para evitar interferencias entre satélites, pero las franjas horarias pueden ser reservadas sin coste alguno por casi cualquier nación soberana sobre una base esencialmente de orden de llegada u okupa".

En Tonga, Nilson se asoció con el rey, Taufa'ahau Tupou IV, para solicitar a la UIT dieciséis preciadas franjas orbitales no reclamadas; les concedieron un total de nueve. Creó una empresa llamada Tongasat para que fuera el agente de Tonga en todos los asuntos relacionados con los satélites, y en los años siguientes ayudó al país a convertirse en la sexta nación del mundo propietaria de franjas horarias. "Mats era un poco pirata. Tenía fama de pirata. Pero era muy emprendedor: intentaba casi cualquier cosa", recuerda James Simon, antiguo socio. "Así que se reunió con el príncipe heredero de Tonga, se puso a hablar con la princesa de Tonga y formó una corporación para que Tonga solicitara a la UIT puestos de satélite".

El movimiento sacudió el mundo de las telecomunicaciones, que, descartando de algún modo las artimañas tanto de los pequeños

Estados como de los empresarios formados en Stanford, había confiado en los pactos de caballeros para llevar a cabo sus negocios. "En aquel momento [había] muchos puestos vacantes en el Pacífico, en el sudeste asiático, y Tonga los solicitó todos, lo que no iba contra las normas", explicó Simon. "Al final, Tonga se hizo con unos siete satélites de primer orden; su huella iba de Denver a Europa. Fue bastante masivo: el ratoncito que rugió". Las partes estadounidense y tongana arrendaron las posiciones a empresas extranjeras de satélites y se repartieron los beneficios del multimillonario negocio.

El esfuerzo ilustra los resultados no deseados de dar a cada nación la misma voz en la mesa internacional, incluso -o especialmente- sin rectificar el equilibrio de poder político y económico entre ellas en primer lugar. La "igualdad soberana" crea un tablero de Monopoly a partir del mapa mundial. Por un lado, los Estados-nación marginados o relativamente impotentes harán, como es su derecho, lo que puedan para obtener rentas. Pero las presiones para que lo hagan -de sus pueblos, pero también de organismos internacionales como el Banco Mundial y el FMI- corren el riesgo de convertirlos en juguetes que los capitalistas pueden explotar para su beneficio personal.

La agencia de cada Estado depende mucho del contexto en el que opere; hoy en día, Suiza tiene mucha más influencia que, por ejemplo, Palaos. Pero cada uno encuentra su lugar en el mercado mundial a su manera. En los países ricos, como Luxemburgo, se recurre al arbitraje fiscal; en los empobrecidos, como Chad, se venden sellos de correos a cambio de cacahuetes; en la tierra, en el mar e incluso en el espacio. "Con una plantilla de seis personas y poco capital, Tongasat propone de hecho una bandera de conveniencia para los satélites", escribió Anthony van Fossen, en la época del asunto. "Esto permite a los capitalistas escapar o minimizar la pesada reglamentación y los impuestos directos e indirectos de los gobiernos centrales que hasta ahora han controlado el espacio exterior".

Al final, el plan de Nilson se convirtió en una batalla legal que duró décadas y en la que participaron miembros de la familia real de Tonga, empresas de satélites rusas y chinas, una maraña de empresas fantasma de todo el mundo y procedimientos de quiebra que se extendieron desde Nevis hasta Indiana. No obstante, su incursión demostró que la falta de una distribución equitativa y justa de los

recursos en el espacio -ya sea mediante el acceso a los vuelos espaciales, un fondo común de financiación para la exploración o alguna otra forma de compartir la riqueza a escala internacional- conducirá inevitablemente a la especulación, la competencia y la acumulación capitalista. Como predijo Fernando Belaúnde Terry en 1967, es el poder, y no el consenso, el que acaba estableciendo las reglas. Belaúnde esperaba mejores barandillas para evitar que esto ocurriera, garantías más sólidas de que el espacio no se convertiría en el dominio de empresarios deseosos de hacer dinero. Quería una Eleanor Roosevelt lunar. En lugar de eso, tenemos a Elon Musk.

La Ley de Competitividad de Lanzamientos Espaciales Comerciales, aprobada por el Congreso de Estados Unidos en 2015, fue la primera ley mundial de "quien la encuentra se la queda", reconociendo la propiedad de los recursos espaciales. Puede parecer extraño que un país pueda permitir algo tan radical sin la aportación de otros Estados, pero la letra del derecho internacional no se lo impedía. Tampoco había forma de que otro Estado impidiera a Estados Unidos extender su régimen de derechos de propiedad extraterritorialmente. Al fin y al cabo, no estaba reclamando los océanos, sino simplemente pescando. (Los ecologistas se hacen una pregunta análoga sobre las profundidades marinas: Nauru está vendiendo licencias a una empresa minera canadiense que espera pescar níquel y manganeso en el lecho marino de sus aguas territoriales, una práctica que algunos juristas internacionales han condenado por sus consecuencias de largo alcance, pero que, al igual que la extracción de asteroides, parece estar técnicamente permitida, al menos por ahora).

Basta un Estado para que los recursos espaciales entren en el mercado terrestre. Cinco años después de la Ley Espacial, en 2020, la NASA seleccionó a cuatro empresas para desplegar robots que recogieran regolito lunar (también conocido como polvo lunar), que compraría por un precio simbólico. "En este momento, estamos tratando de probar el concepto de que los recursos pueden ser extraídos, y pueden ser comercializados", dijo el administrador de la NASA Jim Bridenstine en ese momento. "Y no sólo entre empresas o particulares, sino también entre países y a través de las fronteras: particulares de otros países". Una empresa de Colorado llamada Lunar Outpost planea cumplir su promesa a finales de 2024. Ha recibido

(naturalmente) financiación de Luxemburgo.

A la hora de la verdad, no importaría que Costa Rica o Guinea se opusieran a la ley. Nuestro hipotético minero de asteroides podría vender su polvo lunar en Estados Unidos, o a una empresa estadounidense, obtener dólares a cambio y gastarlos libremente donde quisiera.

Los partidarios de la Ley Espacial afirmaban que la perspectiva de la propiedad privada en el espacio fomentaría el trabajo duro y la innovación. En un artículo de opinión en *el Wall Street Journal*, Paul Stimers, entonces abogado del bufete K&L Gates y asesor de Planetary Resources, celebró la aprobación de la ley con una referencia a la teoría de la propiedad de John Locke, basada en el derecho natural. "Estados Unidos reconoce que el cosmos pertenece a todos. Pero con la nueva ley, los recursos pueden ser recuperados de su ubicación en el espacio y posteriormente explotados", escribió. "Los derechos de propiedad estimulan el trabajo duro y la innovación, en la época de Locke, en la nuestra y en la era de los vuelos espaciales comerciales que se avecina".

Pero la legislación estadounidense tenía una limitación clave: sólo reconocía los derechos de las empresas propiedad de ciudadanos estadounidenses. Consciente de esta limitación, Luxemburgo encargó inmediatamente un estudio a la consultora de gestión Deloitte sobre si podía llenar ese vacío legal para las empresas multinacionales. El informe, que ya ha sido retirado de Internet, señalaba que "aunque persiste la inseguridad jurídica, en el marco legal y reglamentario actual, las actividades de minería espacial (al menos) no están prohibidas", y concluía que Luxemburgo debería aprobar una legislación que concediera a los mineros el derecho a quedarse con cualquier recompensa extraterrestre que pudieran extraer.

Se redactó dicha ley y el 1 de agosto de 2017 entró en vigor. La ley luxemburguesa no discrimina por nacionalidad, ni siquiera por la ubicación de la sede de una empresa. De hecho, la ley indica la voluntad del país de servir como una especie de bandera de conveniencia para las naves espaciales, permitiéndoles jugar según la idea de reglas de un país en ausencia de acuerdos universales y vinculantes.

Rick Tumlinson, un inversor de capital riesgo que invierte en

empresas NewSpace y presenta un programa de radio de temática espacial, me dijo que le gustaba la ley de Luxemburgo porque no veía ciudadanos ni fronteras: sólo un planeta azul desde las alturas . Invocaba lo que se conoce como efecto de visión de conjunto: la sensación de totalidad y trascendencia que los astronautas experimentan al ver la Tierra por primera vez. Según esta lógica, Luxemburgo no concedía exenciones a los ciudadanos más privilegiados. Lo que hacía era igualar las condiciones en el espacio.

- - -

Seis semanas después de informar sobre la misión comercial del Gran Ducado a Washington, embarqué en un vuelo de Ginebra a la ciudad de Luxemburgo. Es un servicio de enlace de poco más de una hora muy popular entre los banqueros. Todos a bordo parecían cómodos y un poco aburridos, como si viajaran en un tren de cercanías a las afueras.

Al desembarcar del minúsculo avión, en medio de un tumulto de trajes grises y maletas negras, me dirigí al aparcamiento, entre anuncios de empresas de gestión de patrimonios y fondos de inversión. Allí cogí el autobús que me llevaría al centro de la ciudad, pasando por delante de docenas de enormes edificios de nueva construcción, una línea de tranvía en construcción y dos enormes torres amarillas que, a la luz de la tarde, parecían dos lingotes de oro que apuntaban al cielo.

Debí de pasar también por el puerto franco de Luxemburgo, entonces aún bajo la dirección de Yves Bouvier, pero en gran parte oculto a la vista. La razón era clara. El antropólogo Samuel Weeks recuerda la "mirada perdida" que le dirigió un taxista al que pidió que le llevara al depósito. "El taxista se fue a consultar a algunos de sus colegas. El veredicto: uno de ellos había oído hablar de algo, alguna vez de un 'puerto franco', pero no estaba seguro de qué era ni de dónde se encontraba".

Al cabo de una hora, estaba sentado en la puerta de un bar de mala muerte frente a los baños del casco antiguo con Lars Schmitz y Gabrielle Taillefert, miembros de un colectivo local de teatro y arte llamado Richtung22 (Dirección22). En los últimos años, el grupo

había puesto en escena una serie de representaciones que ridiculizaban el modus operandi mercenario de su país. En lugar de escribir guiones desde cero, el colectivo creó collages dramáticos casi enteramente a partir de documentos primarios: leyes, comunicados de prensa, discursos, transcripciones del parlamento, vídeos promocionales, etcétera.

Una de las primeras obras de Richtung22 satirizaba el puerto franco de Luxemburgo. En ella, un actor que interpretaba a su director, David Arendt, afirmaba que "aquí el blanqueo de dinero es patrimonio cultural", a lo que el personaje de Yves Bouvier respondía: "Está claro, como suizo conozco a mis colegas", antes de exigir cambios en la legislación fiscal del país. La siguiente producción del colectivo fue una parodia del comité de marca nacional de Luxemburgo, cuyo objetivo era promocionar el país en el extranjero. La obra, financiada en parte por el Ministerio de Cultura, se titulaba *Lëtzebuerg, du hannerhältegt Stéck Schäiss (Luxemburgo, pedazo de mierda*). Schmitz me contó que, después de aquel, la financiación estatal del grupo desapareció misteriosamente.

En su tiempo libre, Schmitz, de complexión delgada y pelo rubio recortado, trabaja en la organización antifascista y anticapitalista. Tiene la divertida resignación de un activista de izquierdas que trabaja en un país cuya política es, para él, tan trágica que la resistencia popular debe adoptar necesariamente la forma de farsa. La siguiente obra de Richtung22 criticaba los esfuerzos del país por atraer a la industria NewSpace. Su título era *La Exploración Espacial Privada Luxemburguesa Superfancy Asteroid Tailoring.*

Schmitz considera que la minería espacial es un giro de alta tecnología a una antigua estafa: la venta de soberanía. "El modelo de negocio del país está oculto", afirma. "Está haciendo leyes que las empresas quieren, y asumiendo un riesgo con esas empresas. Pero el Gobierno lo utiliza para decir: '¡Así de modernos somos! ¡Esto es algo nuevo! "

Gabriel Zucman, economista, comparte la opinión de Schmitz. "Adaptar esta estrategia al negocio de la conquista del espacio es lo que significa ser un centro financiero extraterritorial", afirma. "No es diversificación. Es sólo extender la lógica de ser un paraíso fiscal a una nueva área."

En el escenario, toda la empresa espacial se presentó como una debacle cínica, avariciosa y lavadora de reputación, dictada por intereses del sector privado. "Nos sentimos mal porque nuestro país hace esto al mundo y nadie más habla de estas cosas", me dijo Schmitz. Schmitz enumeró una docena de transgresiones luxemburguesas, entre ellas la complicidad en la evasión fiscal y la elusión de la normativa bancaria de la UE. En un país tan pequeño, es difícil ser tan franco contra el interés nacional. "La gente piensa que somos traidores", dice.

¿Había algo bueno en su país? le pregunté. "Es hermoso", reconoció Schmitz. Y tenía razón: Luxemburgo es bello, y aquella cálida tarde de mayo resultaba especialmente encantador. La ciudad se asienta en dos niveles: la ciudad "baja", más pequeña, tiene pintorescas callejuelas y cafés al borde del río, mientras que el centro de la ciudad "alta" alberga una animada calle principal con boutiques de lujo, chocolaterías de lujo y cadenas como H&M. Los cafés anuncian crémant -una crema de cacao- y las tiendas de moda. Los cafés anuncian *crémant -un* vino espumoso local- y platos locales que toman prestada su riqueza de los franceses y su estoicismo de los alemanes.

Al día siguiente, fui a reunirme con Marc Baum, diputado del partido socialista democrático Déi Lénk (La Izquierda). Me entregó un documento político publicado por su partido en el que se criticaba la propuesta de Schneider sobre la minería espacial: consideran que su ley es incompatible con las obligaciones de Luxemburgo en virtud de los tratados de 1967, que crea oportunidades para que los multimillonarios se enriquezcan aún más y que podría ser perjudicial para el medio ambiente. Peor aún, consagra la noción de "competencia en lugar de cooperación" entre Estados. "¡Es el capitalismo infinito!" exclamó Baum mientras tomaba una cerveza fría en una terraza empedrada.

Baum también es actor. Cuando nos conocimos, se estaba preparando para actuar en *Rinoceronte*, de Eugène Ionesco, una obra absurdista sobre un pueblo cuyos protagonistas hablan exclusivamente en tópicos y cuyo conformismo incuestionable acaba convirtiéndoles en rinocerontes. A lo largo del drama, los habitantes del pueblo justifican su decisión de "convertirse en rinocerontes" declarando que "el humanismo ha muerto, los que lo siguen no son más que viejos

sentimentales". El único héroe de la obra, Bérenger, se resiste a sucumbir a la "rinoceritis", pero no consigue salvar a nadie más en el pueblo.

La analogía entre la obra y la propia situación de Baum parece un poco exagerada. Fue uno de los dos políticos que votaron en contra de la ley espacial.

En junio, aproximadamente un mes antes de que el Parlamento aprobara la ley que había firmado, Schneider y algunos de sus colaboradores volaron a Nueva York para realizar otro discurso de ventas, esta vez en beneficio de los inversores de capital riesgo de la Costa Este. Su discurso se centró en los aspectos financieros de la carrera espacial luxemburguesa y en la intención del país de entrar de lleno en la exploración espacial comercial. "Según la Ley Espacial de EE.UU., su capital tiene que ser mayoritariamente estadounidense", dijo, refiriéndose a la voluntad de EE.UU. de reconocer derechos de propiedad en el espacio a sus ciudadanos. "Realmente no nos importa de dónde venga el dinero en nuestro país, siempre que el dinero sea limpio".

Según Schneider, Luxemburgo haría por el comercio de recursos espaciales lo mismo que había hecho por el mercado del eurodólar, los holdings internacionales y los gigantes tecnológicos: proporcionar una base segura y fiable en la que pudieran operar en tándem con un Estado entusiasta y cooperativo -o, según la valoración de sus detractores, dócil y adulador-. Schneider anunció que, tras aprobar su ley, Luxemburgo crearía su propia agencia espacial, y así lo hizo, en 2018. No iban a enviar astronautas a Marte -al menos, todavía no-, pero sí a promover la educación espacial, enviar delegados a otras agencias espaciales y consolidar el papel de Luxemburgo en esta economía naciente. Si la minería de asteroides despega, Luxemburgo será lo que los amigos de Schneider en Silicon Valley llamarían un "early adopter".

Es una apuesta arriesgada, por supuesto, sobre todo cuando el futuro de la Tierra, por no hablar del cosmos, parece más precario que nunca. Pero es difícil imaginar dónde estaría Luxemburgo si no hubiera desplegado continuamente su ingeniosa estrategia de desarrollo a lo largo del último siglo. Al fin y al cabo, se trata de un país que ha desafiado todos los pronósticos y ha hecho virtudes de sus

aparentes debilidades. Su pequeño tamaño no le impidió convertirse en el mayor centro de fondos de inversión del mundo, después de Estados Unidos. Su escasa población no impidió que grandes multinacionales establecieran allí sus sedes. Ha aprovechado su condición de país neutral y miembro fundador de muchas organizaciones europeas para enviar a tres de sus políticos -más que ningún otro país- a presidir la Comisión Europea desde que se fundó el órgano ejecutivo de la UE. Incluso tiene un puerto franco, probablemente repleto de arte de talla mundial. No importa que nadie pueda verlo.

La economía mundial ofrece pocas opciones aparte de servirla, y recompensa generosamente a quienes la facilitan. Tal vez un espíritu mercenario sea justo lo que necesita un país pequeño para triunfar en el mundo. Y quizá "Queremos seguir siendo lo que somos" no sea más que la versión luxemburguesa del viejo dicho francés: *Plus ça change* ...

8

Titanic

Había una bandera, por supuesto, ondeando sobre la popa. La bandera, sin embargo, era tan pálida, tan endeble, tan destrozada, que podría haber representado cualquier bandera de cualquier país del mundo. Parecía haber ondeado en los buques de guerra de todas las flotas que habían participado en batallas navales durante los últimos cinco mil años.

-B. Traven, *El barco de la muerte*

I

n abril de 2022, un crucero de color blanco pálido llegó a la costa de Gadani (Pakistán), veinticinco millas al noroeste de Karachi, a orillas del mar Arábigo. Un penacho de gases de escape salía de su chimenea; su ancla, visible desde la playa, colgaba a babor sobre el agua turquesa. El barco estaba en buen estado: su casco no tenía abolladuras ni rozaduras, y su cubierta aún tenía un aspecto bastante decente, con una brillante franja de pintura azul a unos quince metros por encima del agua. Cerca de la cubierta superior, entre el nivel del gimnasio y el de la discoteca, había balsas salvavidas esperando, tal vez, a salvar una vez más la vida de alguien.

Lo que había que salvar era la propia nave, y ya era demasiado tarde. Estaba en la última milla de su viaje final. Había venido a Pakistán a morir.

Morir no es fácil cuando tienes un cuerpo de acero de dieciséis mil toneladas que lleva a flote cuarenta y siete años. No puedes volver al polvo. Debes morir lenta y deliberadamente, pedazo a pedazo. Legalmente, además: hay muchas normas que regulan lo que ocurre con el cadáver en descomposición de un barco. Pero el barco sabía cómo eludirlas, así como la miríada de otras leyes que se confunden en las aguas del mundo. Hasta hacía poco, el barco se llamaba *Salamis*

Filoxenia y navegaba bajo bandera chipriota. Ahora era el *Titán* y enarbolaba la bandera funeraria de Palau, una identidad ficticia hecha a medida para eludir la normativa medioambiental.

A nadie le importaba que el *Titán* hubiera dado la vuelta al mundo, pero ni una sola vez a la república insular de Palaos, en el Pacífico. Su lealtad a esa nación era mínima. Además, nunca había tenido favoritos. Había acogido a turistas soviéticos y estadounidenses durante la Guerra Fría y contratado a bailarinas británicas, cocineros egipcios e ingenieros rumanos en el cambio de milenio. Hizo las delicias de entusiastas de Turquía, Grecia y Chipre, que difundieron instantáneas de sus idas y venidas en los puertos mediterráneos. Encantó a un mánager indio y a un actor ucraniano, que se conectaron a Internet durante la pandemia para encontrar imágenes de su vieja amiga. "Estuve con ella de 2009 a 2013, me encanta, aún recuerdo cada rincón suyo", comentó Mahi Maji, miembro de la tripulación, en un post de Facebook.

Oleksander Babii subió por primera vez al barco en su ciudad natal, Odessa, en 1983, como turista, y volvió para actuar como mimo en 2011. Cuando se enteró de su desaparición, días después de que Vladimir Putin prometiera intensificar su guerra contra Ucrania en otoño de 2022, Babii se sintió desolado. "¿Esto es real? No lo sabía", escribió. "Ahora no sigo las noticias del mundo porque aquí estamos en guerra. Pero si es verdad, claro que duele. Lo siento mucho".

Los 3.700 miembros de una página de Facebook creada en honor del barco compartían este sentimiento. En ella, los antiguos pasajeros lloraban los veranos que habían conocido y amado a bordo. Recordaban las abundantes raciones de sandía troceada y cóctel de gambas, crepes con helado, el bufé caliente, el bufé frío, los espectáculos de magia, la danza del vientre, el piano bar, la bola de discoteca y una exuberante interpretación de "YMCA" al anochecer. Dos años enteros de restricciones de COVID significaban que estas reminiscencias eran lo más cerca que muchos de podían estar de recapturar la sensación de ser verdaderamente despreocupados, por no hablar de despreocuparse en un crucero de bajo presupuesto para un millar de europeos de clase media.

Nunca había conocido al *Titán*, y ahora nunca lo conoceré. Pero sé cómo olía: a pelo mojado, a ron de pozo y a Club Med.

La fiesta ha terminado, el verano se ha ido. En su última morada, en un desguace lejos de casa, el *Titán* es desmembrado y sus entrañas se dejan secar al sol abrasador. Las mesas donde los comensales comían espaguetis a la carbonara se subastan a granel; las lámparas que iluminaban las filas de conga de los borrachos se arrancan de las paredes. Se retiran los colchones de los camarotes, que se arrancan de las cubiertas, que se separan del casco, que se rompe en pedazos, se funde y se recicla en otro barco.

El *Titán* está muerto.

¡Viva el *Titán*!

- - -

El *Titán* comenzó su vida en un astillero de Turku, Finlandia, en 1975 como *Gruziya*, el segundo de cinco buques gemelos encargados por la compañía naviera soviética Black Sea Shipping Company. Su nombre, el primero de muchos, era el término ruso para referirse a la entonces República Soviética de Georgia. A su lado estaban el *Belorussia*, el *Kareliya*, el *Kazakhstan* y el *Azerbaijan*. Al más puro estilo soviético, todos los barcos eran iguales: 512 pies de eslora, 54 pies de calado y pintados de blanco con un bonito toque de rojo. Al más puro estilo soviético, los buques enarbolaban la hoz y el martillo en el mar.

Durante las siguientes cinco décadas, esta bandera sería reemplazada una y otra vez a medida que las mareas de la historia arrastraran al *Gruziya* y a sus hermanas desde su puerto natal de Odessa hacia el resto del mundo. Sobreviviría a cambios de régimen y catástrofes económicas para servir a nuevos dioses y nuevos amos. Sortearía tormenta tras tormenta económica hasta encontrar su fin en una tumba acuática.

La primera misión de *Gruziya* fue como transbordador de pasajeros. En sus inicios, se ganaba la vida transportando a ciudadanos soviéticos, funcionarios y sus coches entre el Cáucaso y Crimea. Luego, en los años ochenta, se equipó con pequeños lujos -cabinas más bonitas, un cine, un bar- y empezó a hacer cruceros por el Mar Negro. Su clientela estaba formada principalmente por turistas nacionales, pero los viajes también estaban abiertos a occidentales que buscaban unas vacaciones asequibles que "no fueran Las Vegas", como dijo un

agente de viajes a *The New York Times*. Fue entonces cuando Babii embarcó por primera vez en un crucero de siete días. Hizo escala en los puertos soviéticos de Yalta, Sochi, Sujumi, Batumi, Sebastopol y Novorossiysk.

Cuando la URSS se derrumbó en 1991, la Compañía Naviera del Mar Negro pasó a ser ucraniana, y el *Gruziya* y sus hermanas fueron gestionados por la empresa estatal conocida como Blasco. La empresa, que en su día fue una de las mayores del mundo, se vio atrapada entre el socialismo y el mercado. El nuevo dirigente ucraniano, Leonid Kravchuk, pretendía que se privatizara sin demora, mientras que los antiguos comunistas del parlamento ucraniano trataban de ralentizar el proceso. La situación se convirtió en una batalla política, ya que el Parlamento investigó la gestión de Blasco y descubrió una importante malversación de fondos públicos (la empresa negó haber cometido delito alguno). Esto, a su vez, asustó a los posibles inversores en la empresa, que, tras años de dificultades, se declaró en quiebra y vendió su flota.

El drama de la sala de juntas no impidió que el *Gruziya* aprovechara su nueva libertad. El primer verano navegó por el Mediterráneo y el siguiente por el río San Lorenzo, en Canadá. En agosto de 1992, en Montreal, su hoz y su martillo fueron sustituidos por un gran tridente; a la ceremonia, que conmemoraba el primer aniversario de Ucrania como nación soberana, asistieron funcionarios y dignatarios, entre ellos el primer embajador canadiense en Ucrania, tres miembros de alto rango del clero y una orquesta juvenil ucraniana.

Ese mismo otoño, el barco se dirigió a la costa atlántica de San Petersburgo (Florida). Una flotilla civil salió a recibirlo; era el primer barco ex soviético que zarpaba de un puerto estadounidense en una década, y llevó a los pasajeros a las Bermudas, México y la isla hondureña de Roatán, y en un "crucero de fiesta a ninguna parte" que duró dos días de borrachera. En 1993, durante una misión en el Caribe, un reportero del South Florida *Sun Sentinel* observó cómo un camarero estadounidense explicaba a un joven tripulante ruso cómo mezclar arándanos, naranja, vodka y aguardiente de melocotón en un Sex on the Beach. "Una cosa es oír que la Guerra Fría ha terminado", escribió el periodista. "Otra cosa muy distinta es sentarse en un antiguo barco soviético en medio del Golfo de México y ver a un

foodie de Tampa presidiendo la elaboración de cócteles impúdicos".

Pero los barcos son criaturas de circunstancias, y la hora del cóctel terminaría antes de que sonara la campana de la cena. En mayo de 1994, el Departamento de Defensa de Estados Unidos convocó una licitación: buscaba buques, con tripulación y personal, para un lucrativo trabajo en el Caribe. Había problemas en Haití -un golpe militar, agravado por una pobreza aplastante, enredada en dos décadas de represión, corrupción e intromisión extranjera- y el Military Sealift Command necesitaba toda la ayuda posible para acorralar a miles de haitianos asustados que intentaban abandonar su país. Los buques no guiarían a los emigrantes hasta un lugar seguro ni ayudarían a las embarcaciones más pequeñas a navegar hasta la costa. Lo que harían sería alojar a personal militar, pescar personas en el océano y llevar a cabo procedimientos de control de asilo a bordo, con la intención de enviar a los migrantes de vuelta a casa lo antes posible.

El *Gruziya* cumplía todos los requisitos: podría estar libre para empezar a trabajar a finales de mayo y tendría capacidad para setecientos pasajeros. Un agente de buques que representaba al Pentágono se puso en contacto con otro agente, que se dirigió a la dirección del Gruziya, y su oferta de cobrar 34.000 dólares al día se impuso a la competencia.

Así fue como, prácticamente de la noche a la mañana, el buque pasó de ser un crucero de borrachera a una instalación de ayuda a la "interdicción, recepción, transporte, detención, seguridad, control y procesamiento de migrantes haitianos".

El *Gruziya* no era el primer buque alistado para este tipo de trabajo, conocido en círculos jurídicos y políticos como interdicción. Durante décadas, Estados Unidos ha hecho todo lo posible para mantener a los inmigrantes en general, y a los haitianos en particular, lo más lejos posible de su territorio, con el fin de evitar que reclamen y hagan valer sus derechos constitucionales. Su estrategia se basaba en un uso creativo e insensible del espacio extraterritorial. Si los migrantes no se alejaban de la frontera, Estados Unidos desplazaría su frontera.

- - -

La historia de la interdicción comenzó a finales de la década de 1960, cuando los haitianos de a pie, hartos del corrupto y violento régimen de Duvalier, empezaron a abandonar su país, primero en cantidades relativamente pequeñas y luego en cantidades mucho mayores, a bordo de embarcaciones que iban desde lanchas destartaladas hasta veleros de artesanía experta. Al principio, un puñado de emigrantes llegó a Estados Unidos sin llamar demasiado la atención, pero cuando las migraciones no autorizadas no cesaron, el recién elegido presidente, Ronald Reagan, intervino para aprobar una orden ejecutiva en 1981 que autorizaba a los guardacostas a interceptar sistemáticamente a los emigrantes haitianos en el mar, más allá de las aguas territoriales estadounidenses. Su administración llegó incluso a un acuerdo con el gobierno haitiano, por el que se permitía a las tropas estadounidenses sacar a los migrantes de barcos con bandera haitiana, en aguas pertenecientes a Haití. El razonamiento subyacente a estas políticas fue cínico desde el principio: si los migrantes no llegaban técnicamente a territorio estadounidense, Estados Unidos podía actuar como si no existieran.

A bordo de estos barcos, los agentes de las fuerzas de seguridad debían entrevistar a los haitianos para determinar si tenían un temor creíble de persecución en su país, ya que es contrario al derecho internacional devolver a un solicitante de asilo al peligro. A continuación, los agentes los devolverían a Haití o los admitirían en Estados Unidos. Pero si al principio las entrevistas parecían dar a los migrantes la oportunidad de defender su caso, pronto se revelaron como una farsa. De las 24.600 personas que fueron capturadas de esta forma entre 1981 y 1991, sólo a 11 se les permitió presentar una solicitud de asilo a Estados Unidos. El resto, , fueron etiquetados como migrantes "económicos" y enviados lejos, a veces a situaciones peligrosas, incluso con riesgo para sus vidas.

En septiembre de 1991, las cosas tomaron un cariz aún más oscuro. El primer presidente de Haití elegido democráticamente, Jean-Bertrand Aristide, había llegado al poder tras prometer acabar con la corrupción y dar más poder a los pobres, pero siete meses después de su elección, un golpe militar dirigido por Raoul Cédras desencadenó una nueva oleada de violencia. Durante seis semanas, el Presidente George H. W. Bush suspendió las interdicciones y permitió a los

haitianos entrar en Estados Unidos, pero su administración dio marcha atrás rápidamente y reanudó las entrevistas a bordo de los barcos. Cuando los barcos se llenaron demasiado, Estados Unidos empezó a acorralar a los haitianos en otra jurisdicción extraterritorial: Guantánamo.

Antes de que se convirtiera en una prisión de máxima seguridad para presuntos terroristas tras el 11-S, Guantánamo había sido una base naval relativamente desconocida que Estados Unidos arrendó a Cuba: de forma consensuada entre 1903 y 1959, y después de forma unilateral desde la Revolución Cubana (en el momento de escribir estas líneas, Cuba está sentada sobre millones de dólares de pagos de alquiler estadounidenses no cobrados). La ubicación física de Guantánamo era estratégicamente útil para los estadounidenses, pero su geografía jurídica no podía ser mejor. Al no ser ni territorio "nacional" ni estrictamente "extranjero", permitía al gobierno estadounidense argumentar que era un lugar donde no se aplicaba la Constitución.

Lo que esta liminalidad significaba para los haitianos allí recluidos era que no podían disfrutar de protecciones como el habeas corpus o el derecho a un abogado. Tampoco podían solicitar directamente asilo político en Estados Unidos, porque Guantánamo era una mera unidad de alquiler y no parte del país donde deben tener lugar las solicitudes de asilo. Más bien, los haitianos tendrían que ser "investigados" antes de tener la oportunidad de presentar solicitudes de asilo.

Entre la interdicción a bordo y la detención extraterritorial, Estados Unidos realizó en la década de 1990 un verdadero truco de acrobacias extraterritoriales. La tierra no era su tierra; las leyes no eran sus leyes; y las personas ni siquiera contaban como personas reales. Tales interpretaciones significaban que podía retener indefinidamente a personas sin su consentimiento en un lugar que retenía indefinidamente sin su consentimiento.

En la primavera de 1992, la situación humanitaria en Guantánamo se estaba volviendo insostenible. Los alojamientos de la base estaban abarrotados, con más de 12.500 personas internadas en campamentos improvisados rodeados de alambre de espino. Lo más polémico era que un grupo de 300 refugiados seropositivos permanecía confinado en un campamento llamado Camp Bulkeley. A pesar de haber sido

considerados en gran medida aptos para iniciar un procedimiento de asilo, parte del grupo, que incluía mujeres embarazadas y niños pequeños, permaneció detenido durante veinte meses debido a la prohibición estadounidense de inmigrantes seropositivos. "Las condiciones en las que viven, si se pueden llamar así, son propias del *Infierno* de Dante: el noveno círculo del Infierno", escribió Michael Ratner, uno de sus abogados, cuando visitó a sus clientes. "Durante catorce meses han utilizado retretes portátiles que rara vez se limpian y que están llenos de heces y orina. El campamento es desolador: no hay hierba, el suelo es duro y hay barracones provisionales de madera sobre losas de hormigón. Dentro de esas "casas" se apiñan de 15 a 20 haitianos con sólo sábanas colgando de las vigas. La lluvia, las alimañas y las ratas son los otros ocupantes".

En Estados Unidos, empezaron a acumularse los recursos legales contra el trato que la administración daba a los migrantes en tierra, mar y espacios intermedios. Los detenidos en Guantánamo organizaron huelgas de hambre para conseguir mejores condiciones de vida, abogados y libertad; los activistas de Estados Unidos escribieron cartas, celebraron concentraciones y protestaron ante los tribunales. Cada vez estaba más claro que Guantánamo no estaba cumpliendo su principal objetivo: mantener a los haitianos fuera de su vista y de su mente.

Pero el objetivo era, y sigue siendo, mantener a los solicitantes de asilo tan lejos de Estados Unidos como sea humanamente posible. En una orden ejecutiva aprobada el 24 de mayo de 1992, Bush padre anunció que los haitianos interceptados en el mar serían devueltos sumariamente, sin hacer preguntas. Cuando el Tribunal Federal de Apelaciones ordenó el cese de estas interdicciones sumarias, la administración Bush elevó el caso al Tribunal Supremo, que falló a su favor. Este precedente se convertiría en el retroceso más significativo de los derechos de los refugiados en la historia moderna de Estados Unidos.

Según la sentencia del *caso Sale v. Haitian Centers Council, Inc.* de 1993, no se aplicaban las normas de que prohíben *la devolución*, o el retorno de personas a lugares peligrosos, a los agentes de la Guardia Costera que sacan a personas del mar, porque dichas normas no se aplicaban extraterritorialmente. En la sentencia, los jueces "crearon

efectivamente un agujero negro en el derecho internacional de los refugiados con respecto a los refugiados capturados en alta mar", escribió el profesor de la Facultad de Derecho de Yale Harold Koh, que formaba parte del equipo que representaba a los haitianos seropositivos. Aunque Bill Clinton había hecho campaña para poner fin a las interceptaciones sumarias, éstas continuaron hasta bien entrado su primer mandato. La diferencia fue que esta vez se llevaron a cabo con la bendición del Tribunal Supremo.

Ese tampoco fue el fin de Guantánamo.

Los detenidos de Bulkeley languidecieron hasta que un juez ordenó su liberación en el verano de 1993. La administración Clinton, que había tomado posesión del cargo en enero, respondió a la orden con un acuerdo. Liberarían a los haitianos que quedaban en Guantánamo sin recurrir la decisión del tribunal, pero sólo si éste la anulaba. Ratner y el equipo jurídico de Koh aceptaron, y el resultado fue que a mediados de 1994 Guantánamo volvía a tener una población de catorce mil personas, y el régimen excepcional de detención indefinida de la base naval se mantendría.

Mientras tanto, Clinton había encontrado la manera de tener su pastel político y comérselo también, y fue entonces cuando el nuevo contrato de *Gruziya* entró en escena. El presidente reanudó por fin los controles de asilo de haitianos a bordo de los barcos, como había prometido durante la campaña electoral; al fin y al cabo, era un humanitario. Para contribuir a su misión de proteger a los estadounidenses de los intrusos extranjeros, utilizaría el transbordador ucraniano, dotado de policías estadounidenses, para interceptar a los inmigrantes haitianos en aguas territoriales jamaicanas. En total, la interceptación entre enero de 1993 y noviembre de 1994 fue el mayor trabajo de la Guardia Costera en tiempos de paz.

- - -

Tan pronto como obtuvo su fletamento del Military Sealift Command el 14 de mayo de 1994, el *Gruziya* canceló sus planes de vacaciones para participar en en lo que se conoció como Operación Sea Signal. La decisión sorprendió a la comunidad de cruceros. "La última vez que recuerdo haber oído algo similar a este tipo de situación fue cuando el

Queen Elizabeth II fue tomado por el gobierno británico durante la Guerra de las Malvinas", declaró un agente de viajes al *Tampa Bay Times.* "Es muy inusual".

Alexander Bout, vicepresidente ejecutivo de la compañía de cruceros *Gruziya*, no se disculpó. "No dirigimos una organización benéfica", declaró el ejecutivo de Odessa a un periódico de la comunidad ucraniano-estadounidense. "Nunca antes el Departamento de Estado de Estados Unidos había utilizado ningún buque de la Unión Soviética en el desempeño de sus funciones".

Tras un breve retraso para reparar el sistema de ventilación de a bordo e instalar equipos de procesamiento de migrantes, el *Gruziya* inició su viaje. Según los archivos de la Marina estadounidense y los informes de prensa, el buque zarpó de Florida con destino a Jamaica, cuyo gobierno había accedido a que los buques estadounidenses fondearan en sus aguas territoriales a partir del 10 de junio. Se informó de que el orden de operaciones era el siguiente: Los migrantes que salieran de Haití serían recogidos por los propios cúteres de la marina que patrullaban el Paso de Barlovento. Los cúteres llevarían a los solicitantes de asilo al USS *Comfort*, un buque hospital con mil camas anclado cerca de Kingston, donde se llevarían a cabo las entrevistas de asilo, reanudadas recientemente bajo Clinton. Los inmigrantes que no cupieran en el *Comfort* serían trasladados al *Gruziya*, donde dormirían en catres o colchonetas en la cubierta del garaje del barco. Luego serían devueltos a Haití o continuarían su viaje hacia Guantánamo.

Bout recuerda la disposición de otro modo. El *Gruziya* "era para el personal militar: para comer, dormir, lavar la ropa, los camarotes. Este barco era demasiado lujoso para los refugiados".

De hecho, el *Gruziya* no llegó a albergar a ningún solicitante de asilo, sólo a unos cuatrocientos miembros del personal estadounidense de aduanas, inmigración, médico y militar que se preparaban para su misión, y a la tripulación original. "Cuando retiramos el barco de su fletamento y lo trasladamos de vuelta a Florida, [la tripulación] mantenía relaciones con el personal estadounidense", recuerda Bout en una entrevista telefónica a desde su casa en Florida. "¡Algunos de ellos se enamoraron! Tenemos chicas guapas en la Unión Soviética".

El contrato *del Gruziya* con la marina finalizó un día antes de que

comenzara el proceso de embarque, debido a retrasos burocráticos y operativos. Era un buque provisional, en gran medida no preparado para este tipo de trabajo, pero un oficial del Cuerpo de Marines lo recordaría con cariño en un informe oficial como "un barco bien dirigido, acostumbrado a satisfacer las demandas de los pasajeros europeos y estadounidenses". El 15 de junio fue sustituido por otro buque de Blasco, el *Ivan Franko* (una "opción sucia y deficiente", recordaba el mismo informe), que se hizo cargo de los pasajeros y el equipo.

Aun así, la *Gruziya* hizo historia al convertirse en una pequeña parte de una creciente constelación de espacios extraterritoriales que reescribieron la forma en que los países occidentales ricos procesarían a los inmigrantes en las décadas venideras (un tema que se analiza con más detalle en el capítulo siguiente). "Con la interdicción, nuevas intervenciones policiales -elaboradas para eludir la revisión judicial- irrumpieron en estos espacios como expresiones puntuales del poder soberano más allá del territorio y de su núcleo fijo y terrestre", escribe Jeffrey Kahn, antropólogo jurídico, en *Islands of Sovereignty*. "Esta búsqueda renovada de control soberano y burocracia liberada impulsó el aparato de control de asilo hacia un espacio-tiempo de relativa libertad oceánica, una especie de laboratorio en el que se podrían probar, cuestionar y rutinizar nuevas formas de gobernanza fronteriza en los años venideros".

Existe una oscura simetría en los orígenes estadounidenses de la interdicción. Si históricamente se interceptaba a los recién llegados a Estados Unidos en estaciones de paso como Ellis Island para registrarlos y someterlos a cuarentena, el uso de buques de crucero en mar abierto cumplía un propósito opuesto: mantenerlos fuera. Y si las fronteras territoriales de Estados Unidos se habían inspirado en el Destino Manifiesto, o en la idea de que Dios había ordenado a los colonos que aumentaran su dominio, la ampliación del alcance de las autoridades de inmigración fuera de tierra, hacia el océano y hacia la jurisdicción de otros Estados soberanos, tenía cierto sentido metafísico en un periodo de creciente globalización.

- - -

Tras la debacle de Haití, era hora de que el *Gruziya* se reinventara. Así que volvió al norte, al puerto de Montreal, y empezó a transportar pasajeros por el río San Lorenzo, a lo largo del fiordo Saguenay. Su destino era San Pedro y Miquelón, un vestigio de territorio francés de ultramar que Al Capone utilizó en su día para introducir alcohol de contrabando en Estados Unidos durante la Ley Seca. Miquelón es una isla borrascosa y gélida, pero al igual que su homóloga tropical, Reunión, sigue siendo una improbable parte de la Francia contemporánea: las señales de tráfico están construidas según especificaciones francesas, y el único hotel acepta euros. A bordo, sin embargo, el *Gruziya* nunca ha dejado atrás del todo la URSS. "Bajo cubierta, los grupos folclóricos ucranianos y rusos, con sus deslumbrantes trajes, cantan y bailan para ganarse el corazón de los pasajeros", informa *The Hamilton Spectator*, elogiando a la Banda del Mar Negro por sus interpretaciones de clásicos francocanadienses. "El *Gruziya* también ofrece clases para preparar Borscht, tiro al plato, juegos de piscina e incluso una degustación de vodkas de varias regiones de la antigua Unión Soviética".

En uno de esos viajes, el *Gruziya* volvió a casa con un nuevo nombre: el *Odessa Sky*. Monseñor Igino Incantalupo, un sacerdote católico que trabaja a bordo como capellán, se pasó el crucero dando consejos y la comunión a los veraneantes que, entre ver ballenas y emborracharse, querían algo más. En un correo electrónico, el sacerdote recuerda las cosquillas que le hizo el (re)bautizo del barco: fue casi como si el aire frío y el agua vigorizante le hubieran limpiado de su roce con la oscuridad.

Pero ser un barco es existir en un limbo permanente, y el pecado sólo puede mantenerse a raya durante cierto tiempo. En el verano de 1995, *el Odessa Sky* fue detenido por los guardacostas canadienses en el puerto de Montreal. Blasco, que estaba en proceso de quiebra, se había retrasado gravemente en el pago de sus facturas, y la única forma que tenían sus acreedores alemanes de recuperar el dinero era emprender acciones legales. Los veraneantes vieron interrumpidos sus viajes mientras el *Odessa* Sky estaba anclado en el puerto. Una vez vaciado de pasajeros, quedaron a bordo 212 tripulantes rusos y ucranianos.

Los visados de la tripulación no les daban derecho a desembarcar y residir en Canadá mientras se resolvían los problemas legales del barco. La mayoría carecía de fondos para volver a casa. Para complicar aún más las cosas, el *Odessa* Sky ya no era técnicamente un problema de Ucrania. Era propiedad de una filial de Blasco con sede en el Reino Unido, operado por una línea de cruceros con sede en Mineola, Nueva York, y recién reinscrito bajo la bandera de Liberia. Eso significaba que, navegara donde navegara, el barco era una pequeña isla de soberanía liberiana, con las normas, leyes y reglamentos de ese país.

En la cultura popular, el océano suele representarse como un medio rebelde y anárquico, el único espacio libre que queda en nuestro ordenado y delimitado mundo. Pero el viaje *del Gruziya* desde la cuna báltica hasta la tumba subcontinental ofrece una imagen más compleja e interesante. Bajo la jurisdicción flotante de media docena de pabellones, parte en innumerables tratados internacionales y en manos de un elenco rotativo de propietarios, acreedores, capitanes y gestores, el barco no sufría de falta de leyes. En todo caso, había demasiadas leyes a las que dar sentido.

Las leyes estaban, por supuesto, dos o tres veces alejadas de sus orígenes. Su aplicación era arbitraria, incluso carente de sentido (en ese sentido, un barco en alta mar se parece mucho a un oso en el bosque). Pero no hay verdaderos vacíos en nuestro mundo y, si los hubiera, un barco no podría navegar en uno. La soberanía en el mar se mueve como una corriente, supeditada a la gravedad política, los vientos ideológicos y la fricción social, lo que hace que la libertad de los mares sea muy parecida a todas las demás libertades: más libre para unos que para otros.

La Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (CNUDM) es un complejo y extenso conjunto de tratados cuyas directrices medioambientales, normativas y jurídicas han tardado más de una década en negociarse. La Convención se firmó en 1982 y entró en vigor en 1994; se han adherido 169 países, aunque Estados Unidos aún no lo ha hecho. Sería absurdo resumir en una frase un convenio que rige los usos de dos tercios de los océanos del mundo y sus recursos, pero la esencia del tratado es que las mayores masas de agua del mundo pueden clasificarse en distintas zonas marítimas. La zona

situada a menos de doce millas de la costa se considera territorio de la nación más cercana, donde se aplican las normas nacionales ordinarias. A menos de doscientas millas de la costa está la Zona Económica Exclusiva del país, lo que significa que la pesca y la prospección de recursos naturales están bajo el control del Estado, pero que la navegación en estas zonas está abierta a todos. Esta disposición abarca el 35% de todos los mares, contiene el 90% de los peces del mundo y "transmite claramente una lógica capitalista en la que el mar se explota funcionalmente como un recurso, en lugar de ocuparse políticamente como un territorio", escriben Alejandro Colás y Liam Campling en *Capitalism and the Sea.*

Más allá de esas fronteras, el mar es técnicamente "libre" para la explotación y la navegación, pero está sujeto a montones de restricciones medioambientales y comerciales. La responsabilidad de los buques de cumplir estas normas recae en el Estado de abanderamiento, que también determina la legislación laboral, extracontractual y contractual a bordo, independientemente de dónde se encuentre el buque.

Este sistema de gobierno se había seguido de manera más o menos informal: durante siglos, los barcos se identificaban por su pabellón. Pero a lo largo del siglo XX, los vínculos entre un buque, su pabellón, su propietario, su tripulación y su país de origen se fueron rompiendo. Justo antes de que se firmara la CNUDM, hasta el 42% de la flota mundial por tonelaje bruto enarbolaba una de las doce "banderas de conveniencia" (BDC); en 2019, la proporción se acercaba a las tres cuartas partes.

Se supone que los buques deben mantener un "vínculo genuino" con su Estado de abanderamiento según el derecho internacional, pero este concepto también es vago. Para países como Liberia, pero también las Islas Marshall, Chipre, San Vicente, Comoras y Palaos, la relación es financiera: cualquiera que esté dispuesto a pagar tasas de arqueo y a contratar una póliza de seguros puede encontrar un pabellón para su buque.

Los países BDC han seguido el ejemplo de Suiza: a cambio de su jurisdicción, aplican pocas normas, gravan a sus flotas con una miseria (si es que lo hacen) en y mantienen a sus propietarios en el anonimato, lo que dificulta las demandas por salarios atrasados,

accidentes o abusos. Las grandes empresas de cruceros disfrutan de ventajas especiales. Si Carnival, la mayor compañía de cruceros de Estados Unidos, quisiera abanderar su flota en el país, sus barcos tendrían que construirse en Estados Unidos, contar con personal estadounidense, pagar impuestos federales y el salario mínimo, y cumplir un sinfín de normativas, como hacer los camarotes accesibles a las sillas de ruedas. En su lugar, alquila leyes panameñas o bahameñas, llena sus camarotes de tripulación con trabajadores extranjeros y se ahorra millones y millones de dólares al año.

Para limitar la inevitable "carrera a la baja" y asegurarse de que se cumplen las normas básicas de seguridad, unas cuantas docenas de países han firmado una serie de memorandos que permiten a los agentes portuarios locales registrar y entrar en los buques atracados en sus puertos si sospechan que están maltratando a los trabajadores, contaminando el medio ambiente o cometiendo alguna de una larga lista de otras transgresiones. Pero las inspecciones se producen menos de lo que los trabajadores desearían, y es difícil exigir responsabilidades. A menudo, el Estado de abanderamiento contribuye deliberadamente a ocultar quién es el propietario efectivo del buque. Esto significa que si algo va mal a bordo, no hay un recurso claro ante los tribunales.

La Federación Internacional de los Trabajadores del Transporte (ITF), una alianza de sindicatos que aboga por los marinos, lleva más de setenta y cinco años atacando públicamente el sistema de banderas por esta misma razón. "Los armadores se ven obligados a buscar las formas más baratas y menos reguladas de gestionar sus buques para poder competir, y las BDC ofrecen la solución", afirma la organización. "En un mercado naviero cada vez más ferozmente competitivo, cada nuevo BDC se ve obligado a promocionarse ofreciendo las tarifas más bajas posibles y la mínima regulación".

Cuando el *Odessa* Sky fue detenido en Montreal, los inspectores portuarios subieron a bordo. Comprobaron que las condiciones eran adecuadas, a pesar de que uno de los marineros afirmaba que la comida era incomible y los camarotes estaban llenos de amianto. Indiscutiblemente, la tripulación estaba descontenta, arruinada y sin opciones. Los propietarios del barco se encontraban en una espiral de bancarrota; el capitán había recurrido a amenazas y violencia para

evitar que su escaso personal desertara; y sin dinero en para viajar a casa, se encontraban, absurdamente, en una bizarra porción de Liberia, que no significaba absolutamente nada. Esto no se debía a que el sistema estuviera roto, sino a que funcionaba. La bandera no era un garante significativo de derechos, sino una ficción legal tras la cual las empresas de un país podían afirmar ser de otro.

Los orígenes de esta ficción ni siquiera fueron liberianos, sino tan estadounidenses como la tarta de manzana.

Para entender la decisión de Liberia de empezar a vender su bandera a armadores sin escrúpulos, es necesario rebobinar el reloj y navegar hasta Panamá, un país que a principios del siglo XX tomó la fatídica decisión de abrir su registro marítimo no sólo a ciudadanos panameños, sino a armadores de todo el mundo. El objetivo inicial del país era aumentar su flota mercante -aunque sólo fuera sobre el papel- una vez abierto el Canal de Panamá (construido por Estados Unidos) en 1914. Pero en las décadas de 1920 y 1930, encontró una clientela ávida en las altas esferas del poder industrial y estatal estadounidense.

Durante la Ley Seca, el pabellón panameño atrajo a armadores estadounidenses -entre ellos el gobernador de Nueva York, W. Averell Harriman- que insistieron en vender alcohol a bordo de sus barcos para satisfacer a los marineros, a pesar de una resolución del fiscal general de Estados Unidos que prohibía esta práctica. El alcohol resultó ser una buena excusa. La legislación laboral estadounidense era cada vez más estricta, lo que obligaba a las flotas a aumentar los salarios y mejorar las comodidades de los marineros. El "reabanderamiento" permitía a los buques cambiar su matrícula estadounidense por una panameña con menos normas y restricciones.

Harriman acabó ahorrando millones cuando su nueva bandera le permitió contratar trabajadores extranjeros y evitar ciertos aranceles. A su lado estaba John Foster Dulles, el antiguo asesor jurídico de Estados Unidos en Versalles que más tarde se convirtió en el principal abogado de Panamá en Estados Unidos.

Los abogados de la Standard Oil también acudieron a Panamá, sobre todo cuando estalló la guerra y las leyes de neutralidad estadounidenses restringieron el movimiento de barcos con bandera estadounidense. Paralelamente, diplomáticos estadounidenses asesoraron a Panamá sobre cómo vender su incipiente negocio de

banderas a través de una red de embajadas y consulados en todo el mundo, un negocio que haría ganar al país decenas de millones de dólares al año. Y cuando no había embajadores panameños, los estadounidenses enviaban a sus propios hombres. "El registro de barcos panameños se convirtió en un complemento de la oficialidad estadounidense", escribe el historiador Rodney Carlisle en *Soberanía en venta*, argumentando que, en lugar de socavar los intereses geopolíticos de Estados Unidos, la bandera de Panamá los reforzaba. "Los estadounidenses podían tener su legislación de justicia social para los barcos de bandera estadounidense", prosigue, "pero los estadounidenses también podían competir internacionalmente con barcos baratos bajo registro extranjero".

El pirateo de la bandera fue ingenioso. También era perfectamente legal, según la reciente normativa estadounidense y un tribunal internacional de hace décadas. En 1905, el Tribunal Permanente de Arbitraje de La Haya había juzgado *el caso Muscat Dhows*, en el que Inglaterra impugnaba la práctica francesa de alquilar su bandera a supuestos traficantes de esclavos (Estados Unidos también había utilizado BDC para transportar esclavos desde África). El tribunal decidió que "en términos generales, corresponde a cada soberano decidir a quién concede el derecho a enarbolar su bandera y prescribir las normas que rigen tales concesiones".

En otras palabras: era prerrogativa de un país decidir qué barcos eran suyos, y ningún otro país podía hacer nada al respecto. La decisión ha contribuido a justificar el "abanderamiento" hasta nuestros días, tanto si los armadores lo hacen para protegerse de los sindicatos, los embargos comerciales, los impuestos, las leyes de inmigración o las normativas medioambientales.

(Curiosamente, uno de los árbitros que redactó la decisión fue el presidente del Tribunal Supremo de Estados Unidos, Melville Fuller. En Estados Unidos, Fuller es más recordado por su sentencia "separados pero iguales", que codificó la segregación racial en *Plessy contra Ferguson*. Fuller también rechazó los primeros intentos de establecer un impuesto federal sobre la renta, disintió contra las sentencias antimonopolio, votó a favor de limitar las protecciones laborales y valoró los derechos de propiedad individual por encima de muchas otras cosas. Aunque los contextos de sus decisiones sobre el

transporte marítimo y la segregación no son comparables desde el punto de vista moral o ético, ambos se basan en convenientes ficciones jurídicas: en un caso, la igualdad de los ciudadanos, y en el otro, la igualdad de los Estados. Del mismo modo que los afroamericanos de no podían disfrutar de las ventajas de sus compatriotas blancos, Panamá no podía competir con Estados Unidos en la escena internacional, pero afirmar que eran iguales era, y es, terriblemente conveniente).

Esto no quiere decir que las BDC sean siempre malas. En la década de 1930, los barcos amparados en la neutralidad panameña transportaron refugiados judíos desde los puertos del Mar Negro y el Adriático hasta Palestina, aunque en un momento dado las cuotas de inmigración británicas interfirieron. Armadores griegos registraron buques en Panamá para eludir los acuerdos de no intervención de su país y entregar suministros a las fuerzas leales que luchaban contra el fascismo durante la Guerra Civil española. Un tal Alexander Davaris cambiaba el nombre de su barco después de cada viaje para evitar ser descubierto y, inexpresivo, le dijo a un diplomático estadounidense que no estaba financiando a luchadores antifascistas, sino simplemente evadiendo impuestos griegos. Hoy, el océano sigue siendo un lugar de desesperación idealista, o de ideales desesperados. Las clínicas flotantes han proporcionado abortos y anticonceptivos a mujeres de países que los prohíben. Con la anulación *de Roe contra Wade* en 2022, una organización sin ánimo de lucro estadounidense espera ahora hacer lo mismo en el Golfo de México.

Sin embargo, las banderas siempre han sido increíblemente impopulares entre los sindicatos. Las objeciones de los sindicatos se refieren a los derechos de los trabajadores, por supuesto, que se vulneran en el mar, si no más a menudo, sí con mayor facilidad, gracias a una supervisión deficiente, a la contratación de trabajadores de países pobres y a las penurias de la vida a bordo. Pero lo más inquietante es la forma en que las BDC pueden, de un día para otro, desafiar los dictados del espacio y el tiempo para satisfacer las demandas del capital.

En 1926, un alemán que escribía bajo el nombre de B. Traven publicó una novela titulada *El barco de la muerte.* El protagonista de la novela es Gerard Gales, un marinero de Nueva Orleans que pierde su

barco en Amberes y se convierte en apátrida funcional tras perder su carné de marinero. Al igual que los cientos de miles de apátridas que vagaban por Europa después de la guerra, Gales se encuentra atrapado entre dos aguas, luchando contra burócratas de poca monta hasta que se le caen los ojos. Acaba teniendo tan poca fe en el sistema de naciones, estados y fronteras que renuncia a explicar de dónde viene. "No, señor. Sin nacionalidad. Sin país. Sociedad de Naciones, Ginebra", proclama.

Debido a su difícil situación, Gales se ve reducido a trabajar en el Yorikke, un decrépito cañonero con una bandera "tan pálida, tan endeble, tan destrozada, que podría haber representado cualquier bandera de cualquier país del mundo". Sus descripciones del *Yorikke* hacen que el *Odessa Sky* parezca un hotel de cinco estrellas; aun así, el barco proporcionaba salarios míseros y compañía desesperada a hombres que no pertenecían a él. Gales llega a querer al *Yorikke* como a una madre, aunque sea -literal y figuradamente- un recipiente de los peores impulsos de la humanidad.

El océano no es un refugio para Gales: ni del nacionalismo, ni mucho menos del capitalismo.

"Todas las naciones tienen sus barcos de la muerte", se lamenta Gales. "Las compañías orgullosas con nombres bonitos y banderas hermosas no se avergüenzan de navegar en barcos de la muerte. Nunca ha habido tantos como desde la guerra por la libertad y la democracia que dio al mundo pasaportes y restricciones a la inmigración, y que fabricó hombres sin nacionalidad y sin papeles por diez mil."

Los miembros de la tripulación *del Yorikke* deciden su propio destino, pero siguen siendo esclavos de las naciones y los mercados que atan al mundo. Cualquier libertad que experimenten es función de no tener nada que perder. Para Gales, no hay forma de escapar de estas prisiones de nuestra propia creación, y menos en el mar, donde las jerarquías y tragedias de la tierra se reducen a un potente brebaje.

"Un buen sistema capitalista no conoce el despilfarro. Este sistema no puede permitir que estas decenas de miles de hombres sin papeles vaguen por el mundo..... ¿Por qué pasaportes? ¿Por qué restringir la inmigración? ¿Por qué no dejar que los seres humanos vayan a donde quieran ir, al Polo Norte o al Polo Sur, a Rusia o a Turquía, a Estados

Unidos o a Bolivia?...Los muros que todas las naciones han levantado desde la guerra por la democracia tendrán el mismo efecto. La expansión de los mercados y la obtención de grandes beneficios son una religión. Es la religión más antigua quizás, porque tiene los sacerdotes mejor formados, y tiene las iglesias más bonitas; sí, señor".

- - -

A medida que los titanes de la industria naviera dependían cada vez más del poder marítimo panameño, sus administradores pusieron en práctica su ventaja soberana. El registro cobraba tasas cada vez más elevadas, los cónsules que lo dirigían se dedicaban a pequeños actos de corrupción y los grupos sindicales internacionales estaban enfadados por la facilidad con que los armadores podían saltarse las normas. En última instancia, unas controvertidas elecciones presidenciales en 1948 y los disturbios que siguieron hicieron tambalearse la confianza estadounidense en que la bandera panameña podía seguir siendo indefinidamente una mascota preciosa pero servil. Los armadores querían opciones. Era hora de que el capitalismo hiciera su trabajo y creara competencia.

Edward Stettinius, un apuesto ciudadano de Staten Island con el pelo plateado y una sonrisa capaz de vender pasta de dientes, era el hombre adecuado. Stettinius conocía los negocios tan bien como sus banderas: nacido en el seno de una acaudalada familia de empresarios, trabajó como ejecutivo para General Motors y U.S. Steel antes de servir como Secretario de Estado en las administraciones de Roosevelt y Truman. Como representante de Estados Unidos en la Conferencia de San Francisco de 1945, desempeñó un papel decisivo en la redacción de la Carta de las Naciones Unidas.

En 1945, Stettinius acompañó a la delegación estadounidense en Yalta, donde fue fotografiado junto a Joseph Stalin, ambos con una gran melena. En su viaje de regreso a Estados Unidos, Stettinius se detuvo en Monrovia (Liberia) para asistir a una ceremonia de apertura del puerto y hacer un reconocimiento. Liberia había sido fundada en 1822 por una organización estadounidense que pretendía deportar a los esclavos liberados de Estados Unidos: un primer intento mundial

de "separados pero iguales". Ahora que estaba establecida y reconocida en la escena mundial, era el momento de explotar su soberanía en busca de piezas, utilizando una estrategia trillada. "Al igual que Panamá, Liberia tenía una pequeña tradición marítima, pero no poseía una flota mercante moderna propia", escribe Rodney Carlisle. "Ambos países eran estados tropicales de alrededor de un millón de habitantes, cada uno gobernado por una pequeña oligarquía faccionalizada con una larga tradición de gobierno....". Al igual que Panamá, Liberia se había formado originalmente con ayuda estadounidense; sin embargo, ambos tenían de hecho su propia herencia de independencia celosamente defendida, y cada uno estaba ferozmente orgulloso de su soberanía y herencia nacional en formas que los estadounidenses normalmente no reconocían."

En consonancia con el ideal de "hegemonía benévola" del siglo americano, Stettinius tenía grandes planes de asociaciones público-privadas en materia de exportaciones, concesiones mineras y nuevas infraestructuras. Pero su primer paso, y el más exitoso, fue establecer un registro marítimo abierto que rivalizara con el de Panamá. Lo que Richard Bolin estaba tramando en ese mismo momento para Puerto Rico, Edward Stettinius soñaría con llevarlo a Liberia, pero en lugar de crear zonas francas para fábricas en el interior, alquilaría pequeños trozos del laissez-faire liberiano en forma de bandera.

Stettinius, que se hizo muy amigo del presidente liberiano William Tubman, había invertido en el transporte marítimo a título personal, por lo que conocía muy bien el arbitraje de banderas: algunas de sus inversiones estaban abanderadas en Panamá, y era lo bastante optimista sobre las perspectivas competitivas de Liberia como para invertir 200.000 dólares de su propio dinero en la empresa a través de su firma, Stettinius Associates. También resaltó las conexiones de su personal con la CIA, la marina y el Departamento de Estado. Sus hombres no tenían ninguna relación oficial con el gobierno estadounidense y se encontraban en Monrovia como agentes privados, pero podían hacerse pasar fácilmente por funcionarios estadounidenses (también habían convencido a los agentes de la CIA de que estarían encantados de proporcionar información a la agencia). Y lo que es más importante, Stettinius sabía lo que quería la industria naviera.

En 1948, el grupo de Stettinius empezó a redactar los códigos marítimo y de sociedades de Liberia, y firmó acuerdos con el gobierno liberiano. Su empresa estaba estructurada para obtener el 65% de los beneficios, mientras que el gobierno de Liberia se quedaría con una cuarta parte, dejando el 10% restante a una organización benéfica. Gracias a una formidable campaña de relaciones públicas, se escribieron más de quinientos artículos sobre sus planes. Muchos de estos artículos hablaban de este plan de reparto de beneficios y de humanitarismo; pocos profundizaban en los desvergonzados conflictos de intereses que entrañaba la creación de la ley de la bandera liberiana.

E. Stanley Klein, abogado del bufete de Stettinius, y James G. Mackey, tesorero de la empresa, fueron los encargados de redactar el nuevo código marítimo. Ambos tenían inversiones en empresas navieras que podrían beneficiarse enormemente de la entrada en vigor de las laxas normas del registro. A su lado estaba Bushrod B. Howard, miembro del consejo de administración de Standard Oil, que se convirtió en Esso (y más tarde en ExxonMobil). Howard ya había incursionado antes en ficciones legales: en la década de 1930, había supervisado parte de un laberíntico juego de trileros mediante el cual veinticinco petroleros alemanes fueron abanderados por la efímera Ciudad Libre de Danzig para evitar ser requisados por los Aliados, y luego transferidos a Panamá una vez que Danzig fue absorbida por Alemania.

Antes de presentar el documento al gobierno liberiano, Stettinius Associates aclaró cada palabra y disposición con los transportistas de petróleo de los que dependería su negocio. Esso también era un inversor en la empresa conjunta, lo que significaba que poseía parte del registro liberiano y podía ganar dinero con las tasas que pagaría. Los liberianos restaban importancia a estas incómodas alianzas presumiendo de haber consultado con los mejores y más brillantes. Y hasta el día de hoy, un elenco rotativo de empleados del registro representa a la nación en foros internacionales, desdibujando la línea divisoria entre los sectores público y privado.

En 1948, la legislatura liberiana aprobó la ley. Al año siguiente, el magnate naviero griego Stavros Niarchos fue el primero en cambiar el pabellón de su petrolero, el *World Peace*, a Liberia. Poco después,

Stettinius murió de insuficiencia cardíaca a la edad de cuarenta y nueve años. A mediados de la década de 1950, Liberia superaba a Panamá en tonelaje registrado.

En cierto sentido, Stettinius logró su objetivo. Hoy, Liberia cuenta con unos cuatro mil buques en su flota, casi el 15% de todos los buques del mundo, lo que la convierte en el mayor registro del mundo, según estimaciones de la UNCTAD. El negocio marítimo es la mayor fuente de ingresos del país. En el mundo de los negocios y el comercio, puso a Liberia en el mapa; en teoría, podría haber contribuido a la prosperidad de los liberianos.

Pero la bandera tiene un lado oscuro que Stettinius, amante de la paz, debería haber previsto, pero que no podría haber tolerado.

Para empezar, la bandera nunca fue gestionada por liberianos, sino por concesionarios en Estados Unidos: incluso en los primeros tiempos, la International Trust Company de Stettinius estaba registrada en el paraíso fiscal de Delaware y operaba desde una oficina en el norte de Virginia. A finales de la década de 1990, el registro de la bandera pasó a manos de una segunda empresa de Virginia, fundada por Yoram Cohen, asesor de relaciones públicas del presidente liberiano y criminal de guerra convicto Charles Taylor. Durante la guerra civil de Liberia, el gabinete de Taylor utilizó el dinero de los registros de barcos para comprar armas, en violación de un embargo internacional de armas. Y mientras los países occidentales reprimían las importaciones de diamantes "de sangre" procedentes de Liberia en un alarde de humanitarismo y solidaridad, el multimillonario negocio de las banderas seguía registrando barcos como de costumbre.

Incluso en tiempos de paz, la ganancia de Liberia es a menudo la pérdida del planeta. La bandera liberiana ondeó sobre algunas de las mayores catástrofes medioambientales del siglo XX: el *Torrey Canyon*, que se hundió en 1967 al oeste de Cornualles, derramando 850.000 barriles de crudo en el mar; el *Argo Merchant*, que encalló cerca de Nantucket en 1976 y derramó 183.000 barriles frente a la costa de Massachusetts; y el *Amoco* Cadiz, que en 1978 derramó 1,6 millones de barriles de crudo ligero cerca de Bretaña, por nombrar sólo algunos. El pabellón mercante liberiano es crucial para el transporte de combustibles fósiles por todo el planeta, un proceso que genera sus

propias emisiones de carbono antes incluso de que se utilice el petróleo.

Más recientemente, barcos con bandera liberiana han sido condenados por verter petróleo intencionadamente y acusados de permitir la pesca ilegal y abusar de los marineros. Y debido a la naturaleza desterritorializada de su sector, por no mencionar la actual carrera a la baja entre los Estados de abanderamiento para atraer clientes, la industria naviera ha presionado agresivamente contra las intervenciones medioambientales y los impuestos: incluso una reciente propuesta de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) de un impuesto de sociedades mínimo global del 15 por ciento dejó completamente fuera a las empresas navieras.

Liberia es sólo una de las muchas banderas de este tipo, cada una tan ficticia como la siguiente. Este era el terreno que pisaba la antigua tripulación del *Odessa* Sky. Vivieron durante años en Liberia sin siquiera pisar el país.

- - -

"Si ha visto un bonito transbordador blanco que no se ha movido del Puerto Viejo en una semana, no está ahí porque sus pasajeros amen Montreal demasiado como para marcharse", bromeaba un periódico francófono en septiembre de 1995 sobre la incautación del *Odessa Sky*. En realidad, el barco seguía atrapado en medio de una disputa entre su propietario, Blasco, y una compañía de fletamento alemana llamada Transocean, a la que debía millones de dólares. Los crecientes problemas financieros de Blasco seguían a su flota por todo el mundo, y el acreedor alemán había obtenido una orden para que las autoridades embargaran el *Odessa* Sky con la esperanza de que su venta les ayudara a recuperar parte de los fondos perdidos (hicieron lo mismo para embargar buques propiedad de Blasco en otros puertos de escala, como India e Italia).

La orden se emitió el 4 de agosto y, tras la detención, 212 miembros de la tripulación quedaron atrapados a bordo. Al igual que los haitianos que habían recogido el año anterior, los marinos estaban atrapados entre las normas nacionales y los acuerdos internacionales, sin saber cómo ni dónde buscar justicia. Sólo que, en lugar de ser

repatriados a la fuerza desde el puerto canadiense a sus ciudades de origen en Ucrania y Rusia, se les dejó a su suerte: permanecer a bordo y esperar que se les pagara una vez que la dirección solucionara las cosas, o seguir adelante, encontrar su propio camino a casa y perseguir a la compañía por el dinero más tarde.

La mayoría cortó por lo sano: los marineros, cocineros, camareros y bailarines se fueron filtrando a lo largo del año, hasta que en julio del año siguiente sólo quedaban cuarenta y seis personas. Siete más desertaron en el verano de 1996. Una camarera se enamoró de un canadiense que conoció en tierra y se casó; siete de sus compañeros solicitaron asilo político en Canadá después de que dos de ellos alegaran que el capitán había amenazado a sus familias en su país.

Los últimos marineros permanecieron en Montreal durante la mayor parte del año, esperando a que un tribunal liberara el barco de su custodia. Un observador lo vio en el puerto, y más tarde comentó en un tablón de anuncios que "tenía un aspecto absolutamente terrible: se habían caído enormes capas de pintura donde el casco y la superestructura se estaban oxidando".

El 31 de agosto de 1996, el buque zarpó hacia el puerto de Wilhelmshaven (Alemania), con una tripulación mínima encargada de las operaciones a bordo. *El Odessa* Sky iba a ser equipado con un nuevo motor de estribor, y luego fletado por una compañía de cruceros alemana, lo que en teoría permitiría a Blasco empezar a pagar parte de sus deudas. Pero el acuerdo se frustró y, nada más llegar el 11 de septiembre, el *Odessa* Sky fue encadenado de nuevo.

La tripulación abandonó el barco y fue sustituida en julio de 1997 por otro equipo, también de Ucrania, que tampoco cobró. En poco tiempo, los marineros habían agotado todas las provisiones del barco y Blasco había desaparecido en combate. "No hubo contacto con el armador", recuerda Juergen Maly, abogado laboralista que trabajó en el caso de los marinos. "El barco quedó abandonado. Abandonado". La única vez que Blasco se puso en contacto fue para amenazar a los marinos con incluirlos en las listas negras de otros buques si montaban una escena, recuerda el ex marino Michael Kolesnichenko. A sus cuarenta y tantos años, había dejado a su mujer y a su hija en Ucrania, pensando que trabajaría en el servicio de pasajeros a bordo del *Odessa* Sky, vería mundo y volvería a casa con algo de dinero extra en el

bolsillo. Acabó varado en Alemania durante más de un año, haciendo de intérprete en un conflicto laboral cada vez más desagradable. "Un agente de la empresa que trabajaba en Alemania dijo a los miembros más activos de la tripulación: '¿Entendéis que se os cerrará la puerta a futuros empleos? ", recuerda Kolesnichenko en una videollamada desde su cocina. "Nos sentíamos desesperanzados, como si nunca nos fueran a pagar y nos quedáramos atrapados allí para siempre. Parecía un sueño que alguna vez nos pagaran".

En situaciones como ésta, los marinos tienen pocos recursos hasta que la compañía consiga fondos para pagarles. Por ello, la tripulación del *Odessa* Sky solicitó ayuda a la ITF y a la misión local de marinos sin ánimo de lucro, que apoya a los marinos con visitas a los buques, defensa y asistencia financiera.

Otto Bohme y Dieter Wagener, los dos voluntarios locales de la organización sin ánimo de lucro, embarcaron en 1996. Les sorprendió lo que vieron en su ordenada ciudad portuaria alemana. "Sólo había un poco de combustible para los motores y, por tanto, no había calefacción para el barco", escribió Wagener en un artículo de la época, señalando que la temperatura en los camarotes no superaba los 10 grados centígrados. Suministros como detergente para la ropa "llegaban sólo irregularmente" de la compañía, hasta que dejaron de llegar.

Wagener, sargento retirado del ejército alemán, pidió a sus antiguos colegas del ejército sus planes de menú y, solicitando descuentos y donaciones a los comercios locales, consiguió alimentar a la tripulación con cinco marcos alemanes (algo menos de tres dólares) por persona y día. "De la noche a la mañana, conseguí una familia ampliada de treinta y una personas", escribió. "Con una cuidadosa planificación, aprovechando todas las ofertas especiales -entregas gratuitas de pan de la panadería de la ciudad de Wilhelmshaven, además de verduras y fruta de ayer una vez a la semana proporcionadas gratuitamente por el [supermercado], y un descuento demencial en patatas, huevos y aves de corral en el mercado semanal- conseguimos salir adelante".

La organización repartió periódicos, hizo recados, organizó celebraciones de cumpleaños y organizó una fiesta de Navidad (con un menú ucraniano) para mantener la moral. Se mantuvieron en contacto

con Maly, el abogado, que llevó el caso al tribunal local y consiguió que se subastara el barco.

Todos los hombres confiaban en Kolesnichenko para traducir del alemán al ucraniano y viceversa. Antes de formarse como abogado, trabajar como policía y hacerse a la mar, Kolesnichenko se había enamorado de la literatura alemana, leyendo a Erich Maria Remarque cuando era estudiante, así que encontrarse inmerso en el idioma le parecía cosa del destino. La tripulación pasó el invierno lo mejor que pudo: haciendo trabajillos por la ciudad, calentando los camarotes con ladrillos que calentaban en estufas eléctricas y abandonando las jerarquías del mar por la camaradería de los intermedios tomando chupitos de vodka cuando podían permitírselo. En cubierta, los maquinistas y marineros se ocupaban del mantenimiento del barco; los compañeros del capitán hacían guardia las veinticuatro horas del día.

Puede que el *Odessa* Sky haya sido abandonado por su país, sea cual sea, o dondequiera que esté. Pero en el puerto no estaba sola. "Casi todos los del barco encontraron amigos en la ciudad", recuerda Kolesnichenko. "Los ciudadanos de Wilhelmshaven nos trajeron todo lo que pudieron".

Más de veinte años después, cuando Rusia invadió Ucrania, los viejos amigos de Kolesnichenko incluso organizaron su regreso a Wilhelmshaven. La cocina desde la que me llamaba estaba en el piso de alquiler que le habían ayudado a encontrar. Esperaba que su hija pudiera reunirse con él allí también.

"Es una ciudad preciosa. Parece un parque muy grande. Y hay mar. Para mí es muy importante", dijo. Aun así, se sentía *-estaba-desplazado*. Wilhelmshaven no era su hogar, sino un exilio familiar.

"Los ciudadanos de Odessa viven cada día como su último día", dijo. "Yo sólo puedo vivir en Odessa".

- - -

El verano de 1998 fue jubiloso en Europa Central: Francia ganaba a Brasil en la Copa del Mundo, la Unión Europea estaba a punto de adoptar una moneda continental, y "My Heart Will Go On" de Celine Dion sonaba una y otra vez mientras la película *Titanic* de James

Cameron comenzaba su migración de los cines al VHS.

En medio de todo este alboroto, el *Odessa* Sky fue subastado por orden de un tribunal alemán. El calvario de la tripulación llegaba por fin a su fin.

Juergen Maly había intentado en repetidas ocasiones a lo largo del año ponerse en contacto con los supuestos propietarios del barco en Ucrania, pero Blasco nunca respondió. Liberia tampoco fue de mucha ayuda. De hecho, ni siquiera formaba parte de la conversación. "Liberia es falsa", afirma Maly. "El registro se encuentra en Estados Unidos, no hay autoridades reales en Liberia, y muchas empresas toman esta bandera porque no hay responsabilidad de nada".

En cierto modo, esto simplificó los procedimientos. Una vez programada la subasta, nadie se preocupó de entorpecerla.

El tribunal de distrito dictaminó que los ingresos de la subasta debían compensar primero a la tripulación ( ) antes de reembolsar a los acreedores de Blasco, así que en agosto de 1998, cuando el *Odessa* Sky fue vendido a una empresa holandesa por unos 17 millones de marcos alemanes (unos 16 millones de dólares de hoy, con la inflación), los marineros recibieron el equivalente a 2.500 dólares por cada mes que habían pasado a bordo, una suma enorme en aquella época y para sus estándares. Maly recuerda que el dinero se depositó en cuentas de un banco alemán con sucursales en Kiev y Odessa. La tripulación, los abogados y los voluntarios de la misión de marinos celebraron su victoria en un restaurante local. Brindaron por Kolesnichenko, cuyos conocimientos de alemán lo habían hecho posible.

Felices, agotados y un poco tristes, los miembros de la tripulación se prepararon para volver por fin a casa. Los días previos a su partida fueron agridulces - "el barco era una hermana, una madre para nosotros", recuerda Kolesnichenko- y la antigua Unión Soviética estaba cambiando tan deprisa que no estaban seguros de lo que les esperaría. La economía ucraniana aún se estaba adaptando a los caprichos del libre mercado, y los bienes de consumo eran difíciles de conseguir, por lo que los marineros gastaron parte del dinero en Alemania. Alquilaron un viejo autobús, lo llenaron de aparatos electrónicos, electrodomésticos y otros artículos que les costaría encontrar en casa, y contrataron a dos guardias armados para asegurarse de que no les

robaran en el camino de vuelta a través de Polonia. Kolesnichenko condujo con un colega que había comprado un coche. Kolesnichenko llevaba más de un año sin ver a su mujer y a su hija adolescente, y cuando llegó a su apartamento, "era el hombre más feliz del mundo". En ese momento prometió que encontraría trabajo más cerca de casa. "Decidí que nada de barcos, nada de mar nunca más", dijo.

Aun así, lo primero que hizo fue comprar billetes para que los tres hicieran un crucero, nada menos que a bordo de un barco de Blasco. Se llamaba *Lev Tolstoi* y les llevó por Europa hasta Estambul, Roma, Nápoles y Marsella. "Como pasajero a bordo, era todo lo contrario que cuando estaba trabajando", dice. "Disfrutas cada día, cada minuto. Era un barco feliz". El *Lev Tolstoi* fue vendido para desguace en 2014.

El *Odessa* Sky también volvió a navegar. Cruzó el Mar de Wadden hasta Bremerhaven para ser equipado con nuevos camarotes, un casco nuevo y un casino interno . Su nuevo propietario, un holandés llamado Gerard van Leest, le dio un nuevo nombre, *Club 1*, y su empresa, un advenedizo en el mundo de los cruceros, compraría otros cuatro barcos con la esperanza de popularizar las salidas de borrachera desde el puerto de Rotterdam. Sin embargo, desde el punto de vista económico, los viajes cortos fueron un fracaso, por lo que el barco fue rebautizado como *Van Gogh*, abanderado en San Vicente y las Granadinas, otro registro ausente, y arrendado a otras compañías.

Como el *Van Gogh*, el buque no parecía poder mantenerse alejado de los problemas. En 2004, chocó contra un petrolero de ochenta mil toneladas cerca del puerto de Gibraltar, evitando por poco el desastre total. "Había mucha niebla. Estábamos en la proa del barco cuando un gran petrolero se asomó por nuestra proa", recuerdan Pam Sykes y Rene Williams, unas ancianas hermanas británicas que contemplaron el naufragio desde la cubierta mientras almorzaban. Nadie resultó herido, pero el barco salió del accidente con un gigantesco tajo a lo largo de la proa que a las hermanas les recordó a un tiburón. No guardaron rencor. "Ya hemos reservado otras vacaciones en el *Van Gogh* porque nos encantó nuestra estancia a bordo", declararon al periódico local. "Sin duda recordaremos nuestra estancia en Gibraltar, que podremos contar a nuestros familiares y amigos".

En 2006, el barco sufrió repetidos brotes de norovirus. Uno de ellos mató a un pasajero anciano; otro obligó a cancelar un crucero a

Noruega. En total, cientos de pasajeros enfermaron.

En 2007, a la edad de treinta y tres años, el antiguo *Gruziya* dio su primera vuelta al mundo. El viaje comenzó en Falmouth (Reino Unido), cruzó el océano Atlántico pasando por las Azores portuguesas y navegó por varias islas del Caribe antes de dirigirse al Pacífico, con escalas en Tonga, Nueva Zelanda y Australia. El Océano Índico fue el siguiente destino: el *Van Gogh* hizo escala en Mauricio y Reunión. Continuó su viaje por el continente africano, visitando Ciudad del Cabo y Durban, antes de llegar a la isla de Santa Elena (territorio británico), en el Atlántico Sur, a Cabo Verde, en el Atlántico Norte, y finalmente a Funchal, en el archipiélago portugués de Madeira.

El primer crucero alrededor del mundo se desarrolló sin contratiempos, pero el del año siguiente sería el último. Tras emprender un itinerario similar, el barco volvió a la cárcel marítima. Su empresa de fletamento, Travelscope, había quebrado en 2007 y sus acreedores llamaron a la puerta. Pero esta vez no sólo la tripulación estaba atrapada, sino también los pasajeros. Un pasajero confesó *a The Guardian* que no les importaba precisamente el tiempo extra en Madeira.

"No podrías estar en mejor lugar para que te pidan rescate".

- - -

El barco prosperó en su última década de vida. Tras su detención en Madeira, fue adquirido en una subasta en el puerto de Eleusis, cerca de Atenas, por una empresa llamada Salamis Lines, reabanderado en la vecina Chipre y rebautizado como *Salamis Filoxenia*. Entre 2010 y 2019, estuvo desplegado en las islas griegas e Israel, con veraneantes rusos y europeos a bordo. *Filoxenia* es una palabra griega que significa "amor a los extraños", y el nombre le sentaba bien. A los treinta y cinco años, había viajado -y contenido- el mundo entero.

Pero aunque sus tablones, sus motores, sus camarotes e incluso su casco habían sido sustituidos varias veces, el *ex-Gruziya* seguía siendo reconocible por sí mismo, un palimpsesto marítimo de finales del siglo XX. La Unión Soviética cayó y el barco siguió navegando. Blasco se hundió y el barco siguió navegando. Había sido arrestado en Canadá, abandonado en Alemania, liberado, arrestado, reequipado, repintado,

y seguía navegando, quizás en busca de un lugar al que llamar hogar.

Lo encontró en un lugar poco probable.

Chipre se considera un pabellón de conveniencia por sus impuestos inexistentes y su laxa reglamentación; no es el pabellón más indulgente, porque debe cumplir las normas europeas, pero desde luego no es estricto. Según la OCDE, la mayoría de los buques registrados en Chipre -al igual que en otros BDC- están en manos de empresas anónimas, en paraísos fiscales, como pequeños muñecos de la disociación empresarial. Sin embargo, para el *Salamis*, entrar en el resplandeciente puerto de Limassol ( ) fue como volver a casa. Por primera vez desde que partió de Odessa como *Gruziya*, las estrellas se alinearon sobre él: su estatus legal coincidía con su lugar en el mundo, que correspondía a la ubicación de su propietario, que, increíblemente, también era donde empezaba y terminaba cada viaje: una rareza en el mundo marítimo.

La ficción se había hecho realidad y su problema metafísico se había resuelto. Una vez recuperada, se ocupó de algunos asuntos pendientes.

A primera hora de la mañana del 25 de septiembre de 2014, el *Salamis* regresaba a Limassol desde la isla griega de Syros con varios centenares de pasajeros chipriotas cuando recibió una llamada de emergencia. Un pesquero que transportaba a 345 personas había emitido una señal de socorro a unas cincuenta millas náuticas del puerto chipriota. El barco, que había zarpado de Siria, llevaba tres días completos en el mar y estaba a punto de sucumbir a las olas. Su capitán había huido del pesquero que se hundía en una lancha rápida; los pasajeros que había dejado a la deriva eran solicitantes de asilo -muchos de ellos mujeres, niños e incluso bebés- que habían pagado entre 3.000 y 6.000 dólares cada uno para abandonar el país asolado por la guerra civil.

Esa suma era órdenes de magnitud superior a lo que los veraneantes habían pagado por su viaje, pero un billete para viajar es algo inútil sin los papeles en regla. Al igual que los marineros apátridas a bordo del ficticio *Yorikke*, los solicitantes de asilo estaban limitados en cuanto a dónde podían ir y cómo podían llegar. No les quedaba más remedio que embarcar en una nave que podría o no dejarles a las puertas de la muerte.

Afortunadamente, el *Salamis* se apresuró a rescatarlos y, en el transcurso del día siguiente, puso a salvo a todos sus pasajeros. Las imágenes tomadas por un equipo de la televisión chipriota a bordo del crucero mostraban una escena que se repetiría sin cesar en las cadenas de televisión de todo el mundo durante los años siguientes: familias acurrucadas con niños en la abarrotada cubierta de una barcaza mientras era azotada por grandes olas; madres abrazando a sus bebés mientras eran evacuados por una escotilla en la cubierta inferior del barco; los gritos de los marineros gritando "los niños primero"; un chico de quince años en explicando a hombres adultos que la razón por la que arriesgaban sus vidas para abandonar Siria era porque la vida allí "era insoportable"."

Los pasajeros originales a bordo del *Salamis* desembarcaron a su llegada, pero los náufragos se negaron a bajar del barco. Su corrupto capitán (que al parecer se había hecho con 2 millones de dólares) les había prometido llevarlos a Sicilia y ellos exigían completar el viaje por el que habían pagado. Si no lo hacían, tendrían que iniciar los trámites de asilo en Chipre, donde pocos de ellos tenían contactos. Al no formar parte del espacio Schengen, el país tampoco les permitiría entrar en otros países europeos sin avisar.

Tras algunas negociaciones, los recién llegados fueron obligados a abandonar el barco. Algunos fueron trasladados a un hospital local para ser tratados de enfermedades y heridas, mientras que el resto permaneció en un refugio temporal hasta que fue cerrado a principios del año siguiente.

Después, el grupo se dispersó. Decenas nunca solicitaron asilo en Chipre y acabaron en un limbo legal, algunos durmiendo en la calle, otros desapareciendo por completo. Otros se dirigieron a Alemania y otros países de la UE para reunirse con familiares que habían atravesado el mar en peligrosas travesías. Algunos se quedaron en Chipre para empezar una nueva vida.

Adnan Massri, palestino apátrida nacido en Damasco (Siria), apenas tenía dieciocho años cuando fue rescatado en el mar. Recuerda aviones y helicópteros sobrevolando sus cabezas, y su primer bocado de halloumi chipriota a bordo del *Salamis* después de llevar días sin apenas comer. "Tenía tanta hambre que nunca olvidaré su sabor", recuerda en un artículo publicado en 2020 en un periódico chipriota.

Massri abandonó Damasco durante la guerra civil siria con su padre, su tía y sus primos. Su padre era uno de los pasajeros que se resistía a abandonar el barco -quería acabar en Alemania-, pero al final decidieron quedarse, y pudieron traer a la madre y los hermanos de Adnan para que se unieran a ellos. La transición no siempre fue fácil, pero "he llegado a amar este país", escribió Massri. "No podría imaginar mi vida fuera de Chipre".

- - -

El *Salamis* completó su último crucero en el invierno de 2019. Es difícil exagerar el impacto de la pandemia de COVID-19 en la industria de los cruceros: el último lugar donde alguien quería estar a principios de 2020 era en un barco lleno de extraños. Pero el cierre de las fronteras nacionales supuso un obstáculo aún mayor para la economía marítima en general, que sustenta más del 80% del comercio mundial. Uno a uno, con apenas un día de preaviso, los países cerraron sus puertas a los ciudadanos extranjeros y a veces incluso a las mercancías y los vehículos, sembrando el caos en los puertos de entrada y haciendo prácticamente imposible que los marineros volvieran a casa. En el punto álgido de la pandemia, unos cuatrocientos mil marinos estaban varados en el extranjero, y otros cuatrocientos mil atrapados en casa, sin trabajo. En julio de 2021, un cuarto de millón de trabajadores seguían varados, y muchos de ellos trabajaban sin descanso para mantener sus buques, ya que los cambios de tripulación seguían estando restringidos.

Los propios buques, sobre todo los más antiguos, no siempre salieron adelante. Hasta principios de 2022, el *Salamis* languidecía, acumulando óxido en Limassol, mientras Salamis Lines se hundía en números rojos. Entonces, en febrero, fue vendido a una empresa emiratí llamada Prime Spot Ship Trading LLC por 4,1 millones de dólares, o 266 dólares por tonelada.

Prime Spot no tenía intención de rehabilitar el viejo transbordador. Rebautizó el *Salamis* con el nombre de *Phoenix Titan*, lo reabanderó en la nación insular de Saint Kitts y Nevis, y lo puso a cruzar el Atlántico.

En marzo, un influencer de cruceros llamado Peter Knego dijo

haberla visto en la entrada del Canal de Suez. Subió un vídeo a su canal de YouTube en el que se despedía de la vieja nave, señalando que era la última de las cinco hermanas soviéticas en llegar a su fin.

El *Belorussia*, que recientemente había servido de alojamiento para estibadores en Croacia, se encontraba en Aliağa (Turquía) en proceso de desmantelamiento.

El *Azerbaiyán* había sido vendido para desguace en 2020, pero se soltó de su ancla y se partió en dos frente a las costas de México antes de que pudiera hacer su última escala.

El *Kareliya* funcionó bien como casino flotante de Hong Kong hasta la pandemia. En 2021 fue desguazado en Alang (India), el mayor cementerio de barcos del mundo.

El *Kazajstán* hacía tiempo que había desaparecido, tras haber sido reciclado, también en Alang, en 2011.

En los comentarios de la página de fans del *Gruziya* en Facebook se sucedieron las condolencias: de un marinero que se había unido a la tripulación *del Gruziya* en su primer año de servicio; de un fotógrafo que había documentado sus viajes en la década de 1980; de un turista con recuerdos dorados de la década de 1990; de un agente portuario que lo había abordado en la década de 2000, cuando navegaba como *Van Gogh*, y recordaba maravillado el mobiliario soviético original que sus propietarios habían conservado de algún modo. "Las 5 hermanas se convirtieron en cruceros de éxito gracias a su tamaño íntimo y su gran maniobrabilidad, que hacían posible las visitas a puertos menos visitados de Europa", escribió el agente portuario. "Me despido del Gruziya y de sus hermosas hermanas".

Cuando salió de Suez, el *Phoenix Titan* había vuelto a cambiar de estado. Ahora era el *Titán*, y pertenecía a un segundo comprador, llamado Virna Maritime Corp. En la página web de Virna figura una dirección de Dubai y se anuncian servicios de gestión de buques con todo incluido. Con el nuevo guardián, el buque cambió su bandera por la de Palau, en el Pacífico, e informó de que su destino era la isla indonesia de Batam, no lejos de Singapur. Los sistemas de seguimiento de buques indicaron que estuvo en ese puerto a finales de abril, la misma época en que un fotógrafo aficionado captó su foto policial mientras corría hacia la playa de Gadani.

El *Titán* estaba a las puertas. Llevaba tiempo preparándose para

dejar este mundo. Se había despedido de sus hermanas, de su país, de su puerto; había pagado sus deudas y se había liberado de ataduras mundanas. Incluso se había separado de su cuerpo corpulento y putrefacto: una especie de transubstanciación en el mar. A través de una maraña de empresas, direcciones, banderas y ubicaciones -algunas reales, otras falsas y otras intermedias-, *el Titan* consiguió eludir la normativa europea sobre desguace y exportación de residuos convirtiéndose en otra cosa. Como *Salamis*, de propiedad chipriota, el buque habría tenido que cumplir las directivas de la Unión Europea que garantizan la seguridad medioambiental y de los trabajadores, así como los acuerdos internacionales que impiden que los buques se desguacen en desguaces no acreditados. Pero como *Phoenix Titan,* con bandera de San Cristóbal y registro de Dubai, o *Titan,* con bandera de Palaos y propiedad india, no estaba sujeto a estas normas. Aunque el buque seguía siendo el mismo de proa a popa, su jurisdicción había cambiado de la noche a la mañana. A partir de ese momento, nadie supo situarlo.

Prime Spot, la primera en hacerse con la custodia del buque, es una entidad corporativa con nombre y dirección en el Burj Khalifa de Dubai, la torre más alta del mundo, que está construida en forma de vela de barco. Pero llamar a Prime Spot una empresa productiva es exagerado: no parece haber hecho nada más que comprar este barco una vez, lo que sugiere que es una sociedad instrumental creada para rellenar papeles entre un barco, su vendedor, su comprador y su desaparición. Virna, el siguiente comprador, comparte dirección con una empresa de nombre muy apropiado llamada Last Voyage, especializada en la compra de buques "tal como están, donde están" -código de la industria para "en efectivo, sin hacer preguntas"- y Best Oasis, un conocido comprador en efectivo que organiza para los buques condenados "un final perfecto para su magnífico viaje". Las empresas están registradas en el Multi Commodities Center de Dubai, una zona de libre comercio centrada en el intercambio de materias primas que van del cacao a los metales.

Virna encargó a otra empresa, BBN, su "viaje de entrega única": un eufemismo para referirse a cuando un barco necesita ir del punto A al punto B con una tripulación mínima, una póliza de seguros escasa y una nueva identidad, preferiblemente deprisa.

En el sector del transporte marítimo, este tipo de acuerdos son habituales: según un estudio, el 90% de las empresas propietarias de grandes buques poseen un solo barco. El autor del estudio, el economista francés Guillaume Vuillemey, ha demostrado cómo las empresas navieras utilizan estas tácticas para aislar sus activos -incluidos sus otros buques- de posibles acreedores. (Las flotas de propiedad estatal tienden a ir en contra de esta tendencia. Esto es lo que condujo a las repetidas y prolongadas detenciones del *Gruziya* en los años noventa: aunque técnicamente estaba en manos de una filial británica de Blasco y enarbolaba bandera liberiana, no fue difícil demostrar que su propietario efectivo -por no hablar de los contables que contrató- procedía de la antigua Unión Soviética).

Al final de la vida útil de un buque, las LLC de un solo uso suelen comerciar con ellos a cambio de dinero, con la esperanza de obtener un beneficio por su valor en chatarra. No venden buques completos, sino que comercian con mercancías y, lo que es más importante, eluden su responsabilidad por los daños medioambientales que puedan causar. "Si hubiera que cumplir la normativa europea sobre reciclaje, un barco viejo tendría que pagar para ser reciclado: el precio de hacerlo de forma limpia podría ser superior al de la materia prima", me dijo Vuillemey por teléfono. "El reabanderamiento y las prácticas de compra en efectivo convierten algo con un precio negativo en algo con un precio positivo -positivo sólo porque no asumen ninguno de los costes medioambientales".

Los propietarios del *Salamis* podían fingir ignorancia sobre las consecuencias, gracias a un sándwich corporativo cuidadosamente construido. Como el barco no atracaría en un país que hubiera aceptado los controles del Estado rector del puerto, los molestos agentes no podían intervenir. Para estar seguros, los barcos a veces incluso informan mal de su último puerto de escala para enturbiar su morbosa trayectoria: el *Titán* no tenía nada que hacer en Batam, Indonesia. Y si su Estado de abanderamiento llegara a intervenir, sus esfuerzos serían en vano.

El registro de banderas de Palaos afirma tomarse en serio sus responsabilidades medioambientales. Pero la nación del Pacífico no se convirtió en una de las banderas funerarias más populares del negocio por casualidad. Con la ayuda de empresarios extranjeros que imitan a

Edward Stettinius, Palaos y sus homólogos de Saint Kitts, las islas Comoro y Camerún han aprovechado los esfuerzos internacionales para que el desguace de buques sea más responsable con el medio ambiente, ofreciendo una vía para eludir las cada vez más estrictas normas europeas y norteamericanas. Guillaume Vuillemey descubrió que, a principios de la década de 2000, los países con pabellones funerarios apenas disponían de registros marítimos . En 2019, más de la mitad de los buques moribundos enarbolaban una de sus banderas.

Palau destaca incluso entre esta variopinta tripulación. Su registro representa menos del 0,001% de la flota mundial, pero el 59,5% de las últimas banderas. "En otras palabras, es probable que este registro se haya creado específicamente con el propósito de permitir a las navieras eludir sus responsabilidades al final de su vida útil", escribe Vuillemey en un artículo sobre el tema. (Curiosamente, Vuillemey también descubrió que las compañías navieras registradas en países de derecho consuetudinario son más propensas a utilizar un pabellón de última travesía, porque "los entornos de derecho consuetudinario pueden dar lugar a más intentos de ocultar responsabilidades mediante contratos que son meros velos"). No se puede culpar a los propios palauanos de este negocio sucio. El registro se gestiona desde oficinas en Woodlands, una comunidad planificada cerca de Houston (Texas), y el puerto del Pireo en Atenas. Su director general es un hombre de negocios llamado Panos Kirnidis, que ejerce de cónsul honorario de la nación del Pacífico en Grecia. Para competir con otros pabellones más consolidados, hace que las transacciones sean lo más rápidas y sencillas posible.

- - -

La siguiente y última parada del *Titán* fue Gadani: la tercera instalación de desguace de buques más grande del mundo, con 40 empresas de desguace repartidas en 130 parcelas de propiedad privada en seis millas de playa con mareas. Los observadores del sector afirman que Pakistán ha mostrado poco interés en mejorar las condiciones medioambientales o laborales. "Gadani es el peor lugar para enviar un barco", me dijo un veterano consultor de desguace. "Es el único astillero en el que no he estado. No nos dejan entrar en

Gadani".

Los vídeos de los astilleros del subcontinente dan una idea de lo duro que puede ser el trabajo. En un impresionante telón de fondo de aguas cristalinas y arena bruñida, seis mil trabajadores desmontan unos cinco millones de toneladas de chatarra al año con grúas, cadenas, sopletes, llaves inglesas y sus propias manos. El trabajo les expone, a ellos y a su entorno, a altos niveles de sustancias químicas como mercurio, amianto y plomo, sobre todo cuando se trata de un buque tan antiguo como el *Titán*. Muchos apenas tienen equipamiento, aparte de trapos para protegerse de las chispas y las llamas, y cuando las cosas van mal, nada parece cambiar. En 2016, un gran incendio en el petrolero retirado *Aces* mató al menos a veintinueve personas y quemó a docenas más. No se adoptó ninguna medida reguladora. "Cierran durante seis meses después de un incidente, y luego vuelven a arrancar", dijo el consultor. "No deja de ocurrir".

No está claro quién desguazó el *Titán* ni cuánto tiempo tardó. Pero parece que estuvo varado en dos parcelas, o subdivisiones, de la playa durante varios meses, haciéndose cada vez más pequeño hasta que apenas quedó nada de él. Los hombres que trabajaron en él no podían cobrar más que unos pocos dólares al día en este taller sin paredes, desmenuzando lenta, metódica y peligrosamente una de las mayores creaciones de la humanidad hasta que todo lo que quedó fue un cadáver.

En otoño de 2022, el *Titán* había sufrido su transformación final. Se la clasifica como muerta: ya no es una nave, sino una colección de piezas vendidas para construir otras máquinas menores.

Su cuerpo estaba destrozado: había pasado del óxido al polvo.

Pero el espíritu de la cosa -los humos, el combustible y el fuego que durante medio siglo la hicieron funcionar- vivirá para siempre: en las aguas por las que navegó, en las personas a las que salvó y en los cuerpos de los hombres que la enterraron y que algún día también serán enterrados.

9

Extirpado

Aquí, en esta prisión, todo es anormal y diferente de todos los pueblos, ciudades y continentes.

-BehroUz Boochani, *Libertad, sólo libertad*

Abdul Aziz Muhamat aterrizó en el aeropuerto de Ginebra el 11 de febrero de 2019 con poco más que una mochila y un puñado de documentos de viaje. Había necesitado cuatro vuelos, dos días y un ataque de pánico en cada parada para llegar hasta allí.

Aziz no había volado desde que huyó de Sudán para escapar de la persecución política en 2013. Tras abandonar su país, había intentado llegar a Nueva Zelanda en barco a través de Indonesia, con la esperanza de solicitar asilo a su llegada. Sin embargo, las autoridades australianas lo desviaron a la isla de Manus, en Papúa Nueva Guinea, tras averiarse su embarcación en aguas australianas. Languideció en Manus durante la mayor parte de sus veinte años. No había cometido ningún delito.

Manus, junto con un segundo campo en la isla de Nauru, en el Pacífico, fueron la respuesta australiana a Guantánamo: cárceles en alta mar, cálidas, húmedas y aisladas, donde el país albergó a solicitantes de asilo hasta mediados de 2023. Los entrepôts extralegales formaban parte de una política más amplia para limitar la migración, devolviendo las embarcaciones de solicitantes de asilo antes de que llegaran y disuadiéndolos con detenciones prolongadas si llegaban más lejos. Los planes de fueron costosos, impopulares y ampliamente reconocidos como un desastre humanitario. Aun así, los dirigentes australianos siguieron adelante y se negaron a cerrar los

campos durante años. Se trataba de proteger sus fronteras, decían, invocando la naturaleza supuestamente inmutable y sagrada de la soberanía.

Los cautivos, mientras tanto, eran tratados como una carga no deseada. Pero la comida rancia y las raciones escasas, los aseos sin puertas y la ventilación inadecuada, los servicios médicos deficientes que provocaron la muerte de más de una docena de detenidos, ni siquiera eran lo peor.

Fue la sensación de falta de lugar -físico, temporal, espiritual y legal- lo que llevó a tantos a la más absoluta desesperación. "Estar en un limbo perpetuo tiene muchos efectos destructivos en la salud mental de cada persona", escribió el intelectual kurdo iraní Behrouz Boochani, con quien Aziz entabló amistad en el centro de detención de inmigrantes. Boochani se refería a la teoría del "estado de excepción" del filósofo italiano Giorgio Agamben, cuando el Estado crea agujeros negros legales en nombre de la gestión de emergencias. "Nuestro estatus legal como individuos ha sido suspendido y nos convertimos en seres legalmente innombrables, transformados en animales desprovistos de dignidad", escribió.

Al igual que Boochani y los otros 4.249 refugiados sometidos a este trato, Aziz no sabía cuándo, cómo ni si podría abandonar este infierno artificial. Para pasar el tiempo -y conservar una sensación de autonomía- organizó concentraciones, ayudó a otros refugiados a recibir atención médica y denunció las míseras condiciones, utilizando un teléfono de contrabando mientras los guardias, en su mayoría papúes, hacían la vista gorda. Mantuvo correspondencia con un periodista de Melbourne y le envió grabaciones que relataban los horrores a los que se enfrentaban los detenidos en alta mar, desde el aburrimiento hasta los disturbios. En el proceso, Aziz se convirtió en uno de los rostros públicos de la represión de la inmigración en Australia y fue nominado para un prestigioso premio de derechos humanos. Eso era lo que le había traído a Ginebra aquel día.

Por el hueco de la ventanilla de cristal reforzado del control de inmigración, Aziz deslizó una carta de la Fundación Martin Ennals, que lo había preseleccionado para el premio, junto con una nota del gobierno suizo y una autorización temporal de viaje de Papúa Nueva Guinea ( ). Aziz no tenía pasaporte válido. Su pasaporte sudanés había

caducado hacía años.

El guardia fronterizo examinó su documentación y le hizo pasar. Los suizos sabían que venía. En la puerta, Michael Khambatta, el administrador del premio, estaba allí para recibir a Aziz. A su lado estaba Michael Green, el reportero australiano que había estado narrando la estancia de Aziz en la isla de Manus para un podcast premiado. Ninguno de los dos podía creer que Aziz lo hubiera conseguido. Había habido varios contratiempos por el camino. Incluso con una invitación oficial de una conocida organización suiza sin ánimo de lucro, un africano negro sin pasaporte no puede ir de Papúa Nueva Guinea a Suiza sin ser interrogado en cada parada.

Pero aquí estaba, en el impecable aeropuerto de Ginebra, mirando los anuncios de relojes de pulsera de 50.000 dólares y botellas de whisky escocés libre de impuestos. Había viajado de un lado al otro del globo oculto.

Desde que Ginebra es una ciudad de agujeros, también ha sido una ciudad de refugio. Ginebra es la cuna de las agencias internacionales y de las leyes que supuestamente protegen a los refugiados como Aziz de lugares como Manus. También fue cuna de lo que el historiador Quinn Slobodian llama la "Escuela de Ginebra", un grupo de economistas neoliberales que Ludwig von Mises y Friedrich Hayek hicieron famosos y que promovían una ideología de fronteras abiertas para el capital, pero no para las personas. Mientras los internacionalistas de los años veinte soñaban con una sociedad universal a orillas del Léman, estos economistas también lo hacían, sólo que su nuevo mundo se organizaba en torno a la competencia de mercado, no a la cooperación democrática.

Ginebra está llena de contradicciones. ¿Las convenciones sobre crímenes de guerra absuelven a la ciudad por su papel en la gestión de la riqueza de los criminales de guerra? ¿Sus cumbres sobre la protección del medio ambiente reparan los daños causados por sus comerciantes de petróleo?

Tal vez me equivoque de pregunta. Estas fuerzas -que no son realmente opuestas, ni siempre iguales- no están separadas en absoluto, sino contenidas en el mismo caparazón, como la tortuga de dos cabezas nacida en el Museo de Historia Natural de Ginebra en 1997. La tortuga, bautizada Janus, tiene dos cabezas, dos corazones,

dos pulmones y dos personalidades, pero un solo aparato digestivo. En la naturaleza, la criatura habría muerto rápidamente, ya que las dos cabezas no caben a la vez en su caparazón para eludir a los depredadores. Pero gracias a los cuidados y la paciencia de sus cuidadores, Janus, ciudadano de Ginebra, es el reptil más longevo del mundo.

- - -

Aziz es uno de los diez hermanos de una familia política acomodada de Sudán. Su padre era un exitoso ganadero. Su madre, líder comunitaria convertida en política local, era una firme partidaria de Omar al-Bashir, el ex militar que gobernó Sudán durante treinta años antes de ser depuesto en un golpe de Estado en 2019.

Aziz no compartía las ideas políticas de su madre y le irritaban el faccionalismo y el tribalismo a los que culpa del estado de agitación casi constante de Sudán, por no mencionar las guerras civiles que han matado a decenas de miles de personas corrientes. Cuando era estudiante de secundaria, a principios de la década de 2010, ayudó a organizar lo que él describe como un movimiento de unidad que rechazaba un Sudán dividido e intentaba unir a los ciudadanos, independientemente de sus orígenes.

Si esto suena más o menos anodino, bajo el gobierno de Bashir era cualquier cosa menos eso, especialmente una vez que Aziz y sus compañeros rechazaron los avances de grupos políticos establecidos que creían que intentaban cooptar su movimiento. Habían irritado a la clase dirigente, y la familia de Aziz empezó a sufrir las consecuencias, sobre todo su tío, que dirigía un próspero negocio de importación y exportación de automóviles.

En primer lugar, el gobierno le retiró la desgravación fiscal que había permitido a su tío introducir los coches libres de impuestos. Luego le subieron los impuestos y empezaron a confiscar sus propiedades, recuerda Aziz. Las cosas tampoco pintaban bien para Aziz. Una protesta estudiantil que había estado planeando parecía estar ganando adeptos, y como había cumplido dieciocho años, su familia empezó a preocuparse de que fuera detenido y juzgado como adulto. Se habló de marcharse, o al menos de esconderse, hasta que

las cosas se calmaran.

Fue el tío quien hizo la llamada a mediados de 2013: ambos debían irse, y pronto. "Entendió el mensaje y me dijo: 'Oye, sea lo que sea lo que quieras hacer, yo siempre te apoyaré'", recuerda Aziz. "Cuando las cosas se pusieron feas, fue cuando decidió: vámonos".

Así que se dispersaron: el tío a Arabia Saudí, Aziz a Indonesia. Su plan había sido continuar sus estudios en el extranjero, pero poco después de que las protestas que había ayudado a organizar tuvieran lugar en su país, Aziz empezó a sentir que le seguían. Dejó de aparecer en público. Sólo salía por la noche. Supo de amigos en Indonesia que habían sido detenidos, acosados e incluso obligados a viajar a su país para ser acusados: "tanto si eres de dentro como de fuera, mientras estés en la lista, te perseguirán", dijo.

Así que decidió viajar aún más lejos, sin dejar rastro. No podía renovar su visado indonesio por tercera vez sin alertar a las autoridades de su paradero. Y aunque en un principio se había dirigido al Alto Comisionado de la ONU para los Refugiados para solicitar asilo, tampoco se sentía seguro. Así que Aziz hizo lo que empezaban a hacer cada vez más solicitantes de asilo: entró en Facebook para explorar sus opciones. Así fue como acabó en la ciudad costera de Bogor, haciendo autostop en un barco que creía que iba a Nueva Zelanda.

Aziz no planeó exactamente el viaje. Se encontró por casualidad con un grupo de solicitantes de asilo en un cibercafé: "Se suponía que iban a salir y yo estaba allí", recuerda. Pagó unos 500 dólares al contrabandista, que probablemente pensó que no tenía nada que perder añadiendo un cuerpo más a un barco ya repleto de ellos. El grupo de afganos, iraníes, sirios y Aziz se subió a un monovolumen, condujo hasta la orilla y cruzó los dedos.

Su primer intento fracasó. El segundo intento fracasó. En su tercer intento, llegaron lo suficientemente lejos como para quedar varados y pasaron tres días en el agua, preguntándose si alguna vez llegaría la ayuda. El rescate llegó, pero en forma de la marina australiana, que los envió a la isla de Christmas y les dijo que nunca pondrían un pie en Australia, una política que rige todas las llegadas por mar y que sigue vigente. Las mujeres y los niños serían enviados a Nauru, les dijeron, y los hombres a Manus.

Aziz tenía una buena formación y conciencia política. Pero también era joven y sólo había entendido la política en el contexto de Sudán. No conocía sus derechos como solicitante de asilo en el extranjero ni como sujeto de derecho internacional.

Sin embargo, era muy bueno haciendo preguntas.

En la isla de Navidad, Aziz preguntó a uno de los guardias dónde y qué era exactamente Papúa Nueva Guinea. "Me dijo que Papúa Nueva Guinea es un país que antes formaba parte de Australia, así que es una clase de historia. Nos dio una clase de historia".

El guarda también contaba otras historias, que parecían más mitología que historia. Recuerda que dijo que la isla era "un lugar muy malo" e incluso mencionó el canibalismo. (No hay caníbales en Manus, ni en ninguna parte de Papúa Nueva Guinea).

"Dijo que tenía enfermedades contagiosas. Así que ni siquiera se puede dar la mano a esa gente", recuerda Aziz, todavía estupefacto ante sus extravagantes afirmaciones. "A veces me da vergüenza decir lo que dijo exactamente", prosiguió, "pero dijo muchas tonterías que realmente aterrorizaron a todo el mundo".

Era una táctica clásica de intimidación, que Aziz comprendió: "La idea es que, psicológicamente, necesito dominarte [a ti], y luego enviarte allí". Más de eso habría en el futuro.

Como lo serían más preguntas de Aziz: ¿Por qué, sabiendo estas cosas supuestamente horribles, los australianos los enviaban a Manus? ¿Cuánto tardarían en salir? ¿Adónde irían después?

Aziz pronto se enteraría de que los solicitantes de asilo llevaban haciéndose estas preguntas desde 2001, cuando un viaje en barco no muy distinto del que él emprendió cambió la historia de Australia.

A día de hoy, muchos dirán que no han recibido buenas respuestas.

- - -

El 26 de agosto de 2001, una señal de socorro marítima sonó en las ondas de la isla de Christmas, territorio australiano situado a unas mil millas del continente: un pesquero llamado *Palapa* estaba a punto de zozobrar con 433 pasajeros a bordo. Todos los pasajeros menos nueve eran afganos que habían huido del dominio talibán. Muchos de ellos

pertenecían a la minoría hazara, perseguida por sus prácticas religiosas. En avión, tren y automóvil, llegaron a Indonesia, donde se escondieron de la policía hasta que los dioses del mar les sonrieron. Luego se embarcaron para la última etapa de su viaje a Australia: un país agradable, suponían, que había firmado todos los tratados y acuerdos adecuados y que respetaría su derecho a solicitar asilo.

Casi de inmediato, la *Palapa* empezó a averiarse: primero se averió el motor, luego las tormentas agitaron los mares y la embarcación recibió una paliza, dejando a sus pasajeros sedientos, mareados y a la deriva. Consiguieron pintar AYUDA EN el techo, lo que hizo que los guardacostas australianos enviaran ayuda. Por suerte, un carguero noruego *llamado Tampa* se dirigía de Fremantle (Australia) a Singapur. Su capitán, Arne Rinnan, acudió rápidamente al rescate de *la Palapa*.

Rinnan alcanzó el buque a ochenta y cinco millas al norte de la isla de Navidad. La tripulación fue subiendo uno a uno a los pasajeros *del Palapa*. No se trataba de un acto de altruismo, sino de una estipulación clave de un tratado marítimo firmado por Noruega, Australia y docenas de otros países: que los capitanes de barco tienen "la obligación general... de proceder a socorrer a quienes se encuentren en peligro". Momentos después de evacuar a la última persona, vieron cómo la *Palapa* era engullida por las olas. "Abbas Nazari, que sobrevivió al naufragio a la edad de siete años, declaró años después *a The Guardian*: "No se puede negar la emoción de ser salvado. "Subir las escaleras, recuperar el aliento en la cima y mirar hacia abajo para ver cómo la *palapa* se caía a pedazos. Eso no hace falta explicárselo a un niño: un niño puede entenderlo".

Los refugiados estaban a salvo, pero no sanos y salvos. En los meses y años siguientes, su presencia desencadenaría una serie de batallas diplomáticas y legislativas que redibujarían el mapa australiano, redefinirían la forma y función de su territorio y cambiarían para siempre la política migratoria mundial.

Los problemas empezaron enseguida. Rinnan, que había efectuado el rescate en aguas territoriales indonesias, dio media vuelta para llevar a los refugiados a Java, como habían pedido los australianos. Pero, al igual que los sirios a bordo del *Salamis Filoxenia*, que habían suplicado que se les llevara a Italia en vez de a Chipre, sus pasajeros le rogaron que diera marcha atrás.

Atrapado entre las órdenes que recibía desde lejos y una emergencia que se desataba, el capitán pensó en lo que tenía ante sí: los jóvenes que harían cualquier cosa por un futuro, los niños cansados y sedientos, las madres y los padres que habían arriesgado lo impensable para llegar hasta aquí, todos ellos prefiriendo tentar al destino por segunda vez antes que dar marcha atrás.

Pensó en sus responsabilidades como capitán, como hombre. El 27 de agosto regresó a la isla de Navidad, deteniéndose justo antes de llegar a la zona marítima de doce millas que rodea el territorio.

A los australianos no les hizo ninguna gracia. El gobierno amenazó con procesar a Rinnan por tráfico de personas si entraba en aguas australianas, y el Primer Ministro John Howard anunció que no se permitiría al *Tampa* tocar tierra. Rinnan se quedó donde estaba pero pidió que sus pasajeros recibieran evaluaciones médicas. A esas alturas, quince personas estaban inconscientes y docenas más sufrían llagas abiertas, deshidratación, dolores de estómago e infecciones, pero el barco seguía sin recibir luz verde para entrar en Australia.

El 28 de agosto, los refugiados adultos iniciaron una huelga de hambre. Sintiendo que no tenía más remedio que moverse, Rinnan entró en aguas australianas al día siguiente. Su comité de bienvenida incluía a cuarenta y cinco miembros del Regimiento del Servicio Aéreo Especial Australiano.

Esa misma noche, en Canberra, el Primer Ministro Howard introdujo una ley para permitir el desalojo militar de todos los barcos extranjeros que llegasen a Australia, sin hacer preguntas. Howard hizo la ley retroactiva a las nueve de esa mañana, apenas unas horas antes de que el *Tampa* hubiera llegado a la isla de Christmas. (Howard sabía todo sobre el cronometraje: su tatarabuelo había sido un convicto deportado a Australia desde Inglaterra tras robar un reloj de carey). El proyecto de ley no llegó a aprobarse, pero en las semanas y meses siguientes se perfilaron los contornos de una política conocida como la "Solución Pacífica" -ni pacífica ni solución, les gusta decir a los defensores de los refugiados-. Inspirado directamente en las operaciones estadounidenses de interceptación en el Caribe, según el jurista Daniel Ghezelbash, el plan de Australia para restringir la migración se basaba en el uso intensivo de excepciones -espaciales, temporales y políticas- para eludir sus responsabilidades humanitarias.

En lugar de buques soviéticos y bases navales cubanas, cooptó un archipiélago de islas para que sirvieran como centros de detención en alta mar y zonas libres de derechos.

Las islas Christmas, Ashmore, Cartier y Cocos (que hoy son tan australianas como Long Island es estadounidense), junto con otras cinco mil islas y puertos, pasaron por el bisturí jurisdiccional y fueron políticamente "extirpadas" del territorio australiano a efectos de migración. Esto significaba que estos lugares seguían bajo la plena soberanía australiana, pero que las leyes nacionales de migración de Australia -incluidas las que rigen las obligaciones internacionales del país hacia los migrantes- quedaban excluidas del contrato social. Las personas que llegaban en barco a los territorios extirpados no se consideraban legalmente "presentes" en territorio australiano, por lo que no podían solicitar un visado y Australia quedaba excluida del cumplimiento de los tratados internacionales sobre derechos humanos y refugiados. (Los abogados discuten si esto es realmente legal.) Y como estos eran los lugares en los que desembarcaban la mayoría de los boat people, era una forma cómoda de rechazar a la gente, aunque sus vidas estuvieran en peligro. Incluso cuando los inmigrantes detenidos en alta mar llegaban al continente -por ejemplo, para recibir atención médica- lo hacían "dentro de una burbuja legal que sostenía la ficción de que no habían entrado oficialmente en Australia, aunque hubieran estado físicamente presentes en Australia durante años", escribe el sociólogo David Scott FitzGerald, de la Universidad de California, San Diego, en *Refuge Beyond Reach*. En otras palabras, sus cuerpos quedaron envueltos en ficciones.

Esta política recuerda el enfoque adoptado por los franceses en los años noventa ante el gran número de personas que llegaban al aeropuerto Charles de Gaulle de París. Reticentes a admitir a los inmigrantes sin comprobar si cumplían los requisitos para obtener el estatuto de refugiado, pero incapaces, en virtud del Derecho internacional, de expulsarlos sin más, las autoridades francesas idearon un plan alternativo y crearon lo que se conoce como *zones d'attente*, o zonas de espera, en el propio aeropuerto: la ley libre de impuestos se une a las compras libres de impuestos. Cuando los detenidos enfermaban, Francia designaba ambulancias y salas de hospital como "zonas internacionales flotantes" para mantener la farsa.

Daniel Ghezelbash -hijo de refugiados iraníes en Australia- tiene un término para este uso excesivamente literal y de mala fe del espacio extraterritorial: "hiperlegalismo". El hiperlegalismo se produce cuando los Estados aprovechan las lagunas percibidas en el sistema internacional para eludir los acuerdos que firmaron voluntariamente. "Los Estados han intentado reducir el alcance extraterritorial de sus obligaciones internacionales", escribe Ghezelbash en *The American Journal of Comparative Law*. "Al mismo tiempo, han desarrollado ficciones jurídicas que les permiten tratar como no presentes a determinados solicitantes de asilo que se encuentran físicamente en su territorio".

Ghezelbash escribió su artículo pensando en el derecho internacional de los refugiados y en el comportamiento de Australia. Pero el concepto puede entenderse de forma más amplia. El hiperlegalismo ayuda a explicar la lógica que anima al globo oculto: del mismo modo que un millonario suizo puede mantener una residencia ficticia en Singapur para ahorrarse impuestos, o un agente naviero sin escrúpulos puede reservar su buque en Palau para eludir las normativas medioambientales, el Estado de Australia puede arrendar parte de otro país para detener a solicitantes de asilo y librarse así de sus responsabilidades legales y morales. El hiperlegalismo explica incluso la falta de espacio de un puerto franco destinado originalmente a almacenar grano perecedero, que ahora se utiliza para robar oro imperecedero. Asimismo, permite a los gobiernos (y a las personas a las que sirven, ya sean ciudadanos o extranjeros) actuar de ambas formas: con crueldad, pero aparentar moralidad o, al menos, legalidad. "Porque, ¿qué tan malo puede ser si cumple con el derecho internacional? pregunta Ghezelbash.

Puede que ni siquiera lo haga. Con mucho, la parte más controvertida de la Solución Pacífica -que ha suscitado la condena casi universal de los abogados de derechos humanos- fue el uso por parte de Australia de dos Estados soberanos: Nauru, donde fueron enviados los pasajeros del *Palapa*, y la isla de Manus, en Papúa Nueva Guinea, donde desembarcó Aziz.

- - -

Papúa Nueva Guinea es una nación de más de ocho millones de habitantes, ochocientas lenguas y seiscientas islas situada entre Indonesia y Australia que alcanzó la plena independencia en 1975. A finales del siglo XIX, colonos alemanes se anexionaron partes de Papúa, en el norte del país. Los holandeses mantuvieron el oeste de Nueva Guinea, mientras que Gran Bretaña reclamó el este, compartiendo tareas administrativas con los territorios de Queensland, Nueva Gales del Sur y Victoria. En 1906, el control pasó a manos de los australianos, que durante la Segunda Guerra Mundial combatieron la ocupación japonesa junto a tropas locales y estadounidenses. Todo ello mientras unos 750 grupos culturales o tribales distintos mantenían sus propias vidas y ricas costumbres.

Los administradores coloniales permanecieron en el país hasta su descolonización pacífica en 1975, pero nunca se consideraron imperialistas (¿eran ellos los que gobernaban desde lejos?). (¿No eran *ellos* los gobernados por la Corona desde lejos?) Sin embargo, hasta el día de hoy, Australia ejerce su influencia sobre el país a través del comercio, la ayuda y los planes de desarrollo económico. Hasta 2017, esto incluía la construcción, financiación y dotación de personal del centro de detención de refugiados de Manus.

Si Papúa Nueva Guinea puede trazar una línea relativamente recta desde el dominio colonial más o menos formal hasta convertirse en una nación independiente y más o menos unificada, la de Nauru se definió por su estatus internacional continuamente ambiguo, según el historiador australiano Cait Storr. La isla -actualmente la tercera nación soberana más pequeña del mundo- nunca fue anexionada formalmente como colonia por Australia. En cambio, fue explotada por compañías comerciales y empresas privadas que actuaban con casi total impunidad.

Habitada durante siglos por exploradores polinesios y micronesios, el destino de Nauru cambió en 1888, cuando sus doce líderes tribales fueron detenidos a punta de pistola y se les comunicó que su isla pasaría a formar parte del "protectorado" alemán de las Islas Marshall. Esta categoría jurídica ha tenido distintos significados en distintos lugares a lo largo de los años, pero siempre implica una capa de control externo por parte de un Estado más poderoso. En este caso, el acuerdo acabó concediendo a una empresa comercial alemana el

control sobre los recursos naturales de Nauru, pero exigiéndoles muy poca protección real (a menos que prohibir el alcohol, imponer estrictos códigos de vestimenta y enviar misioneros cristianos cuente como "protección"). Para los alemanes, todo eran ventajas. Para Nauru, todo lo contrario.

En 1900, unos buscadores británicos descubrieron en la isla grandes reservas de fosfato, un poderoso fertilizante. Siete años después comenzaron las operaciones mineras, y británicos y alemanes se repartieron los beneficios, dejando a la población local con las migajas. La empresa alemana cedió entonces su participación a una compañía británica, antes de que las tropas australianas ocuparan Nauru durante la Primera Guerra Mundial. La ocupación allanó el camino para que Australia, Gran Bretaña y Nueva Zelanda supervisaran Nauru como "mandato" de la Sociedad de Naciones entre las guerras. En teoría, Nauru era una empresa conjunta dirigida por estas potencias. En la práctica, era Australia y, más concretamente, sus intereses en los fosfatos, quien llevaba las riendas.

En la Segunda Guerra Mundial, Nauru fue ocupada por los japoneses, que deportaron a mil doscientas personas -dos tercios de la población nativa- para trabajar como peones en Micronesia. Cuatrocientos sesenta y tres murieron. Tras la guerra, las Naciones Unidas otorgaron a Nauru el estatus de territorio en fideicomiso -de nuevo bajo control australiano- antes de que consiguiera la independencia en 1968.

En lugar de encajar en las categorías contemporáneas de Estado y no Estado, el estatus cambiante y vulnerable de Nauru permitió lo que los estudiosos denominan extractivismo: cuando "los territorios, las poblaciones y la vida animal y vegetal [son] convertidos en mercancías para enriquecer a los centros económicos mundiales", en palabras de la antropóloga Julia Morris. Un elenco rotativo de empresas extranjeras explotó la isla, década tras década, sin apenas tener en cuenta a la población nativa. El fosfato generó beneficios increíbles y transformó el sector agrícola australiano, a un coste medioambiental asombroso.

"La isla, es como una gran roca [formada por] estalagmitas porque excavaron todo el fosfato", dice John Pace, abogado de derechos humanos que visitó los campos de detención de Nauru con Amnistía

Internacional en los meses posteriores al asunto *de Tampa*. "Era como estar en la Luna".

Los mineros habían seguido adelante con la suposición explícita de que, con el tiempo, la isla se volvería inhabitable. Como no eran responsables de su población ni de su salud a largo plazo, les pareció una buena apuesta. Y aunque los nauruanos se beneficiaron económicamente a corto plazo -los ingresos del fosfato les convirtieron brevemente en uno de los ciudadanos más ricos del planeta-, una serie de malas decisiones de inversión y de negligencia ecológica convirtieron su roce con la prosperidad en una victoria pírrica.

En la década de 1980, el fosfato había desaparecido y la isla volvía a tener problemas. En 1989, Nauru demandó a Australia ante el Tribunal Internacional de Justicia por incumplir sus responsabilidades como administrador fiduciario, destruir su entorno natural por sobreexplotación y no rehabilitar la isla. Australia pagó 107 millones de dólares australianos en el acuerdo. Pero el pago de 1993 también indemnizaba al país frente a futuras demandas. Aparentemente sin inmutarse, inmediatamente después del asunto *Tampa*, los australianos se dirigieron a Nauru con una nueva propuesta: prisiones.

Los campos de Nauru y Manus se abrieron poco después del asunto *Tampa*, aparentemente para albergar temporalmente a solicitantes de asilo mientras se evaluaban sus solicitudes. Las prisiones eran la triste prueba de que, aunque Australia ya no saqueaba tierras extranjeras como antes, seguía exprimiendo hasta la última gota de utilidad de sus vecinos más pobres y menos poderosos. Esa utilidad era el estatus internacional de Nauru: el hecho de ser un Estado, en este caso para acoger a personas no deseadas. "Tras el declive de los ingresos por fosfatos y el agotamiento de los fondos fiduciarios, el propio estatus internacional se ha convertido en el recurso que la República trata de alquilar", escribe Cait Storr, de Nauru.

Como hemos visto, muchos países comercializan su soberanía, a veces con efectos absurdos. Pero incluso la adopción de zonas francas por las antiguas colonias fueron decisiones tomadas, si no desde una posición de poder absoluto, al menos desde una de elección. En el Pacífico, el establecimiento de los campos sigue un amplio patrón histórico definido por la explotación colonial. "Son Estados en busca de oportunidades... con pocas oportunidades económicas sólidas y

sostenibles", me dijo Damon Salesa, vicerrector de la Universidad Tecnológica de Auckland, a través de Zoom. "Y como son pequeños, son más vulnerables a los puntos únicos de capital y a los debates políticos cambiantes".

Con este telón de fondo, Salesa advierte, no obstante, que no se debe pintar a Nauru y Manus con el mismo pincel. "Son diferentes y se les considera diferentes", afirma. "Papúa Nueva Guinea es un Estado independiente que funciona, mientras que Nauru tiene una profunda historia [de] disfunción debido a sus orígenes y a su industria clave".

Aun así: "Todo el mundo en el Pacífico considera que la culpa es de Australia".

El cálculo de los australianos era como el de Estados Unidos en Guantánamo: trasladando a las personas al extranjero, Australia podía afirmar que no era responsable, o al menos no completamente responsable, de su destino. Podía eludir sus responsabilidades internacionales con este astuto truco.

Pero la práctica "no cumple el derecho internacional, y no es un escudo para la responsabilidad moral", me dijo Daniel Ghezelbash, citando las convenciones de la ONU contra la tortura, el maltrato de niños en Nauru y los principios básicos de la Convención de Refugiados de 1951, todos los cuales Australia ha incumplido. "Son actos moralmente reprobables". (Australia no ha sido demandada ante los tribunales internacionales por violar estos acuerdos).

Las políticas de detención en el extranjero de Australia se desarrollaron en dos partes: la primera, desde el asunto del Tampa hasta principios de 2008, y la segunda, tras una prórroga de cuatro años, desde 2012 hasta la actualidad. Nauru, adonde fueron enviados los pasajeros del *Tampa*, y el campo de Manus, construido sobre una antigua base naval y en sus alrededores, detuvieron a un total de 1.647 migrantes en los primeros años; alrededor de la mitad fueron reasentados, sobre todo en Australia y Nueva Zelanda, y un puñado regresó a casa, al parecer por voluntad propia. Ambas instalaciones estaban gestionadas por la Organización Internacional para las Migraciones, una agencia de la ONU.

En 2008, el gobierno australiano cerró oficialmente los campos. Pero en 2012, el gabinete de la primera ministra Julia Gillard se enfrentó a una intensa presión de la derecha y, en poco tiempo, los

centros volvieron a funcionar. El gobierno posterior, dirigido por Kevin Rudd, prohibió a cualquiera que intentara llegar a Australia en barco no sólo la residencia, sino la entrada en el país. Su sucesor, Tony Abbott, rebautizó la política como Operación Fronteras Soberanas y exigió que las familias, mujeres y niños que llegaran en barco fueran enviados a Nauru, además de volver a abrir Manus para hombres adultos (aunque algunos adolescentes también acabaron siendo enviados allí). Mientras tanto, la marina remolcaba varias embarcaciones de vuelta a Indonesia o las obligaba a dar la vuelta por su cuenta.

Fue durante el gobierno de Abbott cuando Aziz se convirtió en uno de los mil trescientos solicitantes de asilo enviados a Manus. Recuerda que pasó mucho tiempo haciendo cola para conseguir comida, atención médica, ropa y tiempo frente al ordenador. También esperó noticias de lo que le esperaría. Pero, aparte de la espera, no había un día normal en la isla. Los días, las semanas y los meses parecían arbitrarios. "No controlamos nuestra rutina", recuerda. "Alguien que tiene el control, alguien que manda, te dice a qué hora duermes, a qué hora te levantas, qué comes y cuándo comerás, y cuándo y a quién verás". Manus no era sólo un lugar donde la lógica convencional estaba confusa: revelaba lo incoherente que era el orden mundial, por su capacidad para crear un lugar así. Incluso los observadores externos se dieron cuenta. Madeleine Gleeson, abogada de derechos humanos del Centro Kaldor de Sydney, calificó esta rareza de "uno de los pocos asuntos en los que el personal puede estar generalmente de acuerdo". En su libro sobre la detención en el extranjero, habla con un número de contratistas que fueron a Nauru o Manus por trabajo y se quedaron estupefactos al ver cómo "nada tenía sentido pero todo el mundo se comportaba como si lo tuviera".

"No es algo que pueda explicar a mi familia ni a mis amigos en casa, así que acabo teniendo relaciones extrañas e intensas con la gente de la isla porque somos los únicos que lo entendemos", le dijo un visitante. "Quiero decir que es como estar en una zona de guerra, pero no lo es, así que no sé por qué actuamos como si lo fuera. Es tan insano... tan artificial".

Estos testimonios se hacen eco de otros recuerdos sensoriales de ultramar. En una visita a la bahía de Guantánamo, el antropólogo

Jeffrey Kahn recuerda lo incómodo que se sintió al navegar por la base naval, "extraña mezcla de lo viejo y lo nuevo". Cait Storr, que pasó un tiempo en Nauru como asesora jurídica de su parlamento, recuerda cuando paseaba por una playa de Nauru y perdió el equilibrio al ver desaparecer un portacontenedores en el horizonte.

"En ese momento, me di cuenta de que no había subido a un avión y cambiado de lugar en un mundo fijo; no había volado simplemente de un punto a otro", escribe. "Más bien, el propio mundo se desplegaba de forma diferente desde el punto en el que me encontraba. De pie en aquella playa, ya no tenía sentido pensar en Nauru como una anomalía en el orden internacional. Tanto como París y Nueva York y Londres, como Japón y Alemania y Australia, Nauru era lo que era. Era yo quien estaba equivocado".

- - -

En el caso de los niños detenidos en esos lugares, esta conciencia podría incluso manifestarse a través de un conjunto de síntomas fisiológicos que los médicos han empezado a denominar síndrome de resignación.

La enfermedad se detectó por primera vez en un grupo de niños que se enfrentaban a la deportación de Suecia a principios de la década de 2000. Los niños entraron en una especie de coma de vigilia: dejaron de comer, hablar, moverse e ir al baño. Enfermaban sin más motivo aparente que el estrés de vivir en el limbo durante tanto tiempo . En 2001, poco después de que comenzara la represión de los solicitantes de asilo en Australia, un joven iraní recluido en una prisión de inmigración australiana (en tierra firme) presentó síntomas similares tras ver cómo sus compañeros se autolesionaban. Demandó al Estado australiano y recibió una indemnización de 400.000 dólares australianos.

Los síntomas reaparecieron entonces en niños retenidos en Nauru, donde en 2018 el estado de una adolescente se deterioró hasta el punto de que un juez australiano ordenó su evacuación. En última instancia, la afección afectó al menos a treinta niños de Nauru, con la "incertidumbre generalizada" y la "falta de libertades" como principales causas de su angustia. El Centro Australiano de Recursos

para Solicitantes de Asilo señala que el trastorno suele producirse cuando se impide a los pacientes huir o luchar -respuestas instintivas al estrés intenso- y no les queda más remedio que congelarse.

Y, sin embargo, el tiempo pasó. Siempre pasa. En Nauru, las mujeres tuvieron bebés y sus hijos crecieron. En Manus, Behrouz Boochani escribió su novela, *No Friend but the Mountains*, un mensaje de WhatsApp cada vez. Una joven iraní atrapada en Nauru desde que cumplió los dieciocho mejoró su inglés hasta el punto de dominarlo. En el proceso, adquirió acento australiano. ¿Dónde estaba?

Aziz vivió huelgas de hambre, un motín instigado por la policía y la muerte de doce de sus amigos. Las semanas se convirtieron en meses, los meses en años, y sus cuidadores seguían sin poder decirle cuándo saldría. Aziz obtuvo el estatuto de refugiado en 2015, lo que significaba que el propio gobierno australiano reconocía que no podía volver a casa sin arriesgarse a ser perseguido. Pero su política hacia las pateras no había cambiado: negaría a todos los llegados por mar el derecho a entrar en Australia, sin hacer preguntas. Hasta que otro país aceptara acogerlo, Aziz permanecería en el limbo.

Se las arregló poniéndose en medio de la acción: traduciendo inglés y árabe, dando clases de idiomas, organizando, organizando, organizando. "Poco a poco empecé a tener más energía y más energía haciendo eso", dijo. "Me di cuenta de que tenía un papel que desempeñar y mi papel sería hablar claro".

Aziz se hizo con un teléfono móvil de contrabando, cuyas facturas pagaron voluntarios australianos. Empezó a hablar con Michael Green, que documentó su experiencia. Salió a pasear por la selva de Manus con Boochani. Dentro y fuera de los campos, Aziz se convirtió en una especie de celebridad. La vida, o algo parecido, continuaba.

Entonces, en 2016, el Tribunal Supremo de Papúa Nueva Guinea dictó una sentencia demoledora: el campo de Manus era inconstitucional. Al principio, los hombres se negaron a marcharse: querían libertad, libertad de verdad, no la falsa libertad que obtendrían simplemente abandonando los confines de su complejo penitenciario y viviendo en una ciudad sin futuro. El enfrentamiento duró veintitrés días. Después, seiscientos hombres fueron trasladados a vivir a Port Moresby, la capital de Papúa, donde no había adónde ir ni nada que hacer.

Cuando Aziz se enteró de que había sido nominado para el premio de derechos humanos, supuso que no podría marcharse. Pero, de algún modo, los astros se alinearon y consiguió los documentos necesarios para salir de Papúa Nueva Guinea, pasar por Manila, Doha y Qatar, y llegar a Ginebra, donde pudo quedarse dos semanas. Aziz sabía que dos semanas más tarde tendría que repetir el viaje a la inversa, pero era una oportunidad única de transmitir su mensaje sin intermediarios.

El viaje a Suiza fue abrumador. Aziz había pasado casi siete años casi cautivo con los mismos hombres en el mismo lugar. De repente, caminaba libre por un aeropuerto, rodeado de todo tipo de personas de todo el mundo. Se quedó helado, presa del pánico, en su primera escala en Filipinas. Recuerda que un guardia de seguridad de Manila se le acercó y le hizo pasar un mal rato: ¿Quién era? ¿Dónde estaba su documentación? ¿Adónde iba? Insatisfecho con las extrañas respuestas de Aziz, el guardia le llevó ante su supervisor.

Ahora le tocaba a Aziz dar una lección de historia al guardia fronterizo. "Soy , vengo de Manus, y no sé si ha oído hablar de la prisión de inmigración australiana en Manus, pero estuve allí seis años y medio", dijo, explicando su situación mientras mostraba su autorización de viaje suiza.

"El tipo pasó de estar tan cabreado conmigo a ser bastante servicial, lo que para ellos es alucinante", recuerda. "Y les dije: 'Nunca me he acostumbrado a ver gente, gente extraña. Sólo suelo ver a gente que conozco desde hace años'. "

Los guardias, probablemente encantados por la sonrisa ganadora y la personalidad magnética de Aziz, no le dejaron marchar sin más. Lo escoltaron en coche hasta la terminal para su vuelo de conexión a Qatar.

Pero había otro problema: la compañía aérea no le dejaba embarcar.

"Era la misma pregunta. ¿Quién demonios eres? ¿De dónde vienes?", recuerda. Aziz pensó brevemente en quejarse en las redes sociales, pero, como no quería llamar más la atención, decidió llamar a sus patrocinadores en Ginebra. Michael Khambatta utilizó todos sus contactos para llevar a Aziz a Suiza. Era papeleo, pero parecía una negociación con rehenes. "Desde el punto de vista burocrático, fue una

auténtica pesadilla", recuerda Khambatta. "Podrían haberlo devuelto en cualquier momento".

El avión partió sin él y Aziz se encontró en una situación familiar: una celda con una cama, un retrete y una puerta cerrada. No podía creer que estuviera ocurriendo otra vez.

A la mañana siguiente, sin embargo, Aziz se despertó y encontró a unos visitantes de la aerolínea en su puerta. "Vinieron y empezaron a disculparse: 'Lo siento, no debíamos hacer eso, bla, bla, bla'. Y yo ya lo había superado. Yo estaba como, 'Hey, sólo sácame de aquí. No quiero escucharlo.

"Así que me llevaron desde allí y todo el camino de vuelta al vuelo, y me encontré en Ginebra. Y cuando salí del aeropuerto de Ginebra, fue cuando me di cuenta de que técnicamente ya no estaba en Manus. Pero todo el tiempo, como todo ese tiempo en el avión, todo eran dudas para mí. Como un sueño".

- - -

El primer día de Aziz en Ginebra fue un borrón. Tuvo que volver al aeropuerto poco después de salir para corregir un error en su papeleo de inmigración. Intentó, inquieto, dormir un poco en el hotel. Sus conocidos le regalaron un abrigo de invierno. No podía creer el frío que hacía.

Después fue trasladado a una rueda de prensa, donde una sala llena de activistas, periodistas y humanitarios lo acosaron a su llegada. La gente me preguntaba: "¿Cómo se siente después de tantos años en prisión? ¿Cómo ves la contribución de la comunidad internacional? "recuerda.

"Y yo estaba como, ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué me están haciendo todas estas preguntas? Me estaba dando vueltas en la cabeza".

El viaje fue un anticipo de lo que vendría. En las calles de Ginebra, Aziz se cruzaba con carteles con su foto que anunciaban el premio. No hacía ni una semana que vivía en un sofocante complejo de apartamentos, compartía el baño con nueve personas y no se le identificaba por su nombre, sino por su número de preso. Ahora le

reconocían por la calle en una ciudad plagada de carteles con su cara. Michael Khambatta le hizo una foto posando junto a uno.

Aziz recibió la buena noticia de que había ganado el premio y que pronunciaría el discurso de apertura de la gala. En su habitación de hotel, cerca de la estación de tren, se afanó en revisar el guión.

Para la gala, Aziz llevaba una chaqueta de punto sobre una camisa de cuadros rojos y blancos y pantalones. Subió al escenario y se dirigió al glamuroso público. "Es la primera vez que estoy en un lugar frío", bromeó, visiblemente nervioso. "Todavía me siento como en Manus. No es real". Empezó como había planeado, dando las gracias a la comunidad internacional por el honor. Pero en cuanto prescindió de esas formalidades, se salió del guión.

Aziz arremetió contra el gobierno australiano, acusándolo de deshumanizarlo a él y a sus compañeros refugiados, de acosarlos, de encerrarlos "como animales en una jaula en ", mostrando una total indiferencia por sus necesidades y derechos básicos. Habló de los doce amigos que había perdido, once de ellos por negligencia médica. Él y sus amigos eran personas vulnerables cuya única intención era buscar protección. Pero Australia, dijo, los envió a un lugar sin ninguna. "Estamos a miles de kilómetros de Australia, pero todo lo dictan los políticos australianos o el gobierno.....

"Tienen que sentirlo, no tienen que pensar en esta historia", dijo al público. "Imagínense poner a personas inocentes que son vulnerables, ponerlas y exponerlas a condiciones tan crueles e inhumanas que les hacen perder la fe en su existencia, perder la fe en Dios. Quiero salvar a estas personas. Y todo lo que oigo de ellos es: 'Eres un alborotador, no deberías estar donde estás. ¿Por qué te quejas? Vienes de un lugar sin seguridad'. "

Aziz terminó su discurso con una nota sombría: cuando terminaran sus dos semanas en Ginebra, regresaría a Manus. Al fin y al cabo, sólo era un visitante, con un visado que pronto se acabaría y asuntos pendientes que había que terminar. "Esa fue la parte de mi discurso que más sorprendió a la gente", me dijo más tarde.

No era para tanto. Según los términos de su pase de viaje, Aziz tendría que volver al único lugar de residencia que tenía: Manus. Y tenía toda la intención de volver.

Pero en las semanas siguientes, su vida daría otro giro. Aziz

acabaría quedándose y haciendo su vida en Ginebra.

- - -

Conocí a Aziz un día de agosto en el exterior de un edificio de la Universidad de Ginebra, en medio de una ola de calor histórica, tras ser presentado por Madeleine Gleeson. Pero, al igual que muchos encuentros en el universo paralelo del globo oculto, nuestro encuentro estaba predestinado. Después de mi llegada a Ginebra a finales de julio, un amigo de Brooklyn me escribió para decirme que estaba en la ciudad visitando a un antiguo colega de . Fui a tomar una copa y, en cuestión de minutos, me enteré de que su anfitrión, Mike Flynn, dirigía el Global Detention Project, la organización sin ánimo de lucro en la que trabajaba Aziz.

"¿Conoces a Aziz?" Le pregunté.

"¡Todo el mundo conoce a Aziz!"

Era cierto. Los compañeros de clase, el personal de la cafetería y un conserje le saludaban por su nombre mientras caminábamos. Aziz estaba repasando los exámenes que había aplazado en primavera, pero su aspecto era el opuesto al de un estudiante desaliñado. Alto y musculoso, con una sonrisa dulce y una mirada intensa, Aziz viste con elegancia. ("Le gustan sus joyas", me había dicho Flynn).

Aziz parecía sorprendido de seguir en Ginebra. Volvió a insistir en que nunca había planeado quedarse. "Quería demostrar que era un hombre de palabra", dice sobre su intención de regresar a Manus. La idea fue surgiendo poco a poco. Primero prorrogó su visado de visitante. Luego volvió a hacerlo. Llegó un momento en que se dio cuenta de que volver a Manus sería arriesgar su vida por segunda vez. La Agencia de la ONU para los Refugiados había considerado Papúa Nueva Guinea un lugar inadecuado para reasentar a los solicitantes de asilo, debido a los altos niveles de violencia y a la escasez de inmigrantes. Tenía pocas perspectivas, económicas o de otro tipo. Además, en 2019, Aziz solo tenía veintiséis años. Se había perdido muchas cosas de la vida, y no quería desperdiciar el resto.

Primero pensó en trasladarse a Canadá como refugiado, pero le informaron de que primero tendría que probar suerte con los suizos. Así que presentó su solicitud de asilo en Ginebra, y pasó semanas

siendo trasladado por Suiza a diferentes centros de inmigrantes, viviendo una vez más en semiconfinamiento, viendo el mundo a través de la lente del papeleo, las entrevistas, el papeleo. Repitió su historia más veces de las que puede recordar. Era aburrido y molesto al mismo tiempo. Una cosa del proceso consiguió sorprenderle. "En la entrevista ya no me preguntaban por Sudán", dijo. "Me preguntaban por Australia", es decir, por las penurias y la persecución a las que se había enfrentado no por parte de las autoridades sudanesas, sino de las australianas.

A Aziz se le ofreció inicialmente solo protección temporal. La rechazó, apeló, y en junio de 2019 le concedieron el estatuto permanente. Justo cuando se había instalado en su nuevo apartamento, la pandemia de COVID cerró su nueva ciudad, su nuevo país y su nueva vida. Un tipo de cierre dio paso a otro tipo de cierre, en otro país, en otro idioma pero, esta vez, sin todos sus amigos. El tiempo dejó de tener sentido de nuevo. La vida seguía en una habitación, en las redes sociales, a través de su teléfono.

"Fui una de las personas a las que dijeron que sería la última, que moriría en Manus", continuó Aziz. "Lo acepté. Me obligué a asimilarlo y a vivir con ello.

"Para mí, es simplemente el recuerdo de algo por lo que ya había pasado", dijo. "Así que no desconozco la situación. Tienes que encontrar una alternativa con la que vivir".

Aziz se sintió afortunado de haber abandonado el alojamiento temporal para entonces y haberse mudado a su piso de alquiler entre la estación de tren y la ONU. Pasó los cierres asistiendo a la escuela Zoom, sobre todo a cursos de la Universidad de Ginebra y perfeccionando su francés. Cuando nos conocimos, estaba estudiando para unos exámenes con los que esperaba conseguir una beca para cursar estudios de posgrado. Aprobó y dijo que empezaría un máster en relaciones internacionales a finales de 2024.

Aziz y yo también hablamos del globo oculto. Le conté cómo mi propia experiencia en Ginebra me hizo entender la isla de Manus y Nauru como una continuación de otros tipos de actividades extraterritoriales: si no moralmente equivalentes, sí partícipes de la misma lógica y, desde luego, cómplices de ayudar a las ideologías nacionalistas a prosperar en un mundo globalizado. (Una diferencia es

que los centros financieros extraterritoriales ceden ocasionalmente a las presiones y cierran lagunas). Todavía no se ha amonestado formalmente a ningún Estado, y mucho menos se le ha demandado ante tribunales internacionales, por detener a personas en paraísos fiscales de esta manera).

Aziz, siempre crítico, se preguntaba si yo estaba haciendo una falsa equivalencia -incluso minimizando o desinfectando lo que él y sus compañeros habían sufrido- al relacionar las lagunas comerciales y financieras con los malos tratos físicos y psicológicos. Y tenía razón. Por supuesto que Ginebra no es la isla de Manus. Por supuesto que una obra de arte en una caja climatizada de en un puerto franco impenetrable no causa el mismo daño que estar atrapado en un abismo legal.

Pero, ¿no era ése también el objetivo: la abstracción, el oscurecimiento, el resquicio de negación, el equívoco amoral? Ginebra, por ejemplo, ejemplifica cómo un paraíso para el dinero, la riqueza y las cosas puede ser también un paraíso para las personas, la justicia y el orden; cómo estas fuerzas no se excluyen mutuamente, sino que a veces incluso se sostienen mutuamente a expensas del mundo que las rodea.

Samuel Moyn, profesor de Derecho e Historia en Yale, es autor de varios libros sobre la relación entre derechos humanos y capitalismo. Considera que ambos se refuerzan mutuamente. "El capital es cosmopolita -Marx utiliza esa palabra en *el Manifiesto Comunista- y*, en cierto sentido, es el cosmopolitismo victorioso de nuestro tiempo", me dijo Moyn, señalando que las instituciones de derechos humanos de Ginebra no están diseñadas ni pensadas para desmantelar los Estados-nación y el capital que los sustenta. Al contrario: "Parece que otros cosmopolitismos hasta ahora han tenido que vivir en el mundo del capital".

Pequeña, neutral y rica, Ginebra es un microcosmos de este universo. "En Suiza hay gente bienintencionada que se codea con los poderosos banqueros", dice Moyn. "No son las mismas personas, pero el primer grupo de personas vive en el mundo creado por el segundo, y no se enfrenta realmente a ese hecho ni cuestiona la relación, que no es de complicidad, sino de compañerismo forzado. Así que uno empieza a preguntarse: "¿Cómo se puede empezar a tener un

cosmopolitismo distinto de aquel en el que gana el capital?". Y no creo que sean los suizos los que ayuden a responder a esa pregunta".

Aziz, que probablemente algún día obtendrá la nacionalidad suiza, lo intenta. Le gustaría terminar sus estudios, encontrar trabajo e incluso marcharse del todo. Pero los refugiados siguen intentando desplazarse, y los países siguen intentando bloquearlos. Y, como parece que no han aprendido nada de la debacle de Australia, algunos Estados incluso están pensando en sus propias fantasías extraterritoriales.

El Reino Unido ha prometido en numerosas ocasiones "detener los barcos" de solicitantes de asilo que cruzan el Canal de la Mancha. En 2022, estuvo a punto de deportar a Ruanda a un avión lleno de solicitantes de asilo, gracias a un acuerdo de reasentamiento de refugiados que el ex primer ministro Boris Johnson había alcanzado con el presidente Paul Kagame en 2022. Una orden del Tribunal Europeo de Derechos Humanos impidió que despegara en el último momento. Al año siguiente, cuando un tribunal de apelación británico dictaminó que las deportaciones violarían las obligaciones legales internacionales del Reino Unido porque Ruanda no se consideraba segura, el Reino Unido hizo planes para poner a los migrantes en un crucero en su lugar. Y hasta que los conservadores -y su plan migratorio- fueron derrotados en julio de 2024, el ex primer ministro Rishi Sunak insistió en que encontraría la forma de llevar a cabo las expulsiones. (Sunak es un gran admirador de Paul Romer. Conoció por primera vez el trabajo del economista sobre el crecimiento durante una conferencia como estudiante de MBA en Stanford; más tarde fue autor de un libro blanco de 2016 en el que abogaba por los puertos francos en Gran Bretaña. Sin embargo, parece que la admiración no es mutua: cuando le mencioné el plan de Ruanda a Romer, parecía un poco horrorizado).

La Unión Europea -con la ayuda de los consultores de McKinsey- ha estado pagando a las autoridades libias y turcas cientos de millones de dólares para impedir que los inmigrantes salieran de su territorio. La guardia costera de la UE, conocida como Frontex, ha sido responsable de algunas de las expulsiones más atroces, con miles de muertos en el mar. Se supone que Frontex se atiene a las leyes internacionales y europeas que garantizan a los solicitantes de asilo un lugar seguro

donde desembarcar, pero al menos en una ocasión, en Hungría, el Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas ha dictaminado que la agencia ha violado estas normas.

"A pesar de todas las pruebas que tenemos, la gente, como en Europa, está mirando a la detención en el extranjero como un modelo, ya sabes, e incluso están, como, orgullosos de decir en su propio discurso que, como, esto es lo que nos gustaría tener", lamentó Aziz. "Así que siento que aún queda mucho por hacer".

Y luego está su propia vida. Aziz es extrovertido y fuerte; probablemente tiene más amigos que la mayoría de la gente. Pero los demás hombres y mujeres de Manus y Nauru han encontrado nuevos hogares, la mayoría en Estados Unidos, en virtud de un acuerdo alcanzado por los gobiernos australiano y estadounidense. Su reasentamiento, aunque difícil y traumático, formó parte de un proceso formal; el suyo fue idiosincrásico, y solitario, y nunca le permitió olvidar de dónde venía. Ha sido sumamente difícil dejar atrás el pasado.

"Llevo una vida normal. Pero, como he dicho, sigo vivo. Cuando terminas [de reasentarte], piensas que ahora es el momento de reiniciar y rehacer tu vida, ¿sabes? Pero yo todavía no he llegado a ese punto.

"Con suerte, tal vez, a finales de este año", continuó Aziz. "Me graduaré y a partir de ahí será el siguiente paso. Empezará el paso a la vida real".

10

Laos Vegas

Parcelas ficticias en calles ficticias de ciudades ficticias se convirtieron en la base de miles de transacciones cuya única justificación era una idea dudosa expresada en un mapa demasiado optimista.

-William Cronon, *Metrópolis de la naturaleza*

I

s habitual que los periodistas empiecen sus historias con un lugar, una hora, una acción y un tema: *A las 9:12 de la mañana del lunes en Manhattan, un andamio se desprendió de un edificio e hirió a un peatón.* Las aperturas de este tipo establecen cuatro de las cinco *W -quién*, qué, cuándo y dónde- antes de empezar a explicar por qué. Llevo años escribiendo introducciones de este tipo, y he decidido empezar así varios capítulos de este libro.

Sin embargo, la convención tiene sus límites, a los que me enfrenté durante mi visita a Boten, una nueva ciudad situada en una zona económica especial en la frontera entre Laos y China.

Emprendí este viaje porque había leído que Boten no era una zona franca al uso, sino una tan dominada por las empresas chinas que había adelantado una hora sus relojes para adaptarse mejor a Pekín. Esto me pareció un ejemplo de la capacidad del mundo oculto para manipular el tiempo, ya sea en un almacén, en una prisión en el extranjero o en la pared de la recepción de un hotel. En Boten, esperaba observar cómo los caprichos de la hora del reloj afectaban a la vida cotidiana: cómo la gente corriente vivía con un pie en una zona y otro en otra.

Resulta que Boten existe en dos temporalidades, habitando simultáneamente Laos y China, lo antiguo y lo nuevo. Por tanto,

dónde y cuándo transcurre la siguiente historia depende de quién seas, a qué país creas que pertenece la ciudad y qué reloj consultes.

La conexión de Boten con el tiempo era aún más que eso. El principal argumento de venta de la ciudad es un nuevo ferrocarril que sirve de enlace con el resto del mundo: una tecnología que, como corresponde, ha tenido un profundo impacto histórico en el establecimiento del tiempo, y que promete proyectar este soñoliento enclave rural hacia el futuro. Y para mí, la experiencia de viajar de Michigan a Laos y viceversa en el lapso de una semana presentó su propio enigma circadiano. El jet lag era de otro mundo.

El tiempo -el que se mide en minutos, en relojes y teléfonos- es necesariamente una construcción, y relativamente reciente. Pero llega hasta lo más profundo de nuestras vidas. El poder del tiempo medido es la razón por la que no hay relojes en los casinos ni en las celdas de aislamiento. Por eso nos sentimos ricos cuando "ganamos" una hora en otoño y confundidos y engañados cuando "adelantamos" en marzo.

Ahora imagínese vivir permanentemente en este estado de leve dislocación: de tener que sumar o restar una hora para hacer planes, quedar con un amigo, coger el tren.

Así es estar en Boten. Nunca estás seguro de dónde o cuándo estás. Casi puedes pensar que estás viendo doble.

- - -

Cuando me desperté en Vientiane el segundo domingo de mayo de 2023, mi teléfono me informó de que eran las cuatro y media de la madrugada. En casa, en Estados Unidos, aún no era la hora de cenar. Ya me había perdido dos cenas en al llegar aquí, saltándome más de medio día y perdiendo una noche entera en una escala en Seúl.

El jet lag -también conocido como desincronosis- es el animal opuesto a la tecnología: nos recuerda al minuto dónde, exactamente, no estamos. Y en Vientiane, necesitaba que me lo recordaran.

La noche anterior, había quedado con unos amigos de unos amigos para cenar a la vuelta de la esquina de mi hotel. La decoración del restaurante era una mezcolanza de carteles antiguos, teteras italianas y fotos enmarcadas de adoquines y pasta seca: imágenes que significan "Italia" para una clientela de turistas, expatriados y lugareños

acomodados del sudeste asiático. Pero a mitad de la comida, vi una imagen familiar en la mezcla: un primer plano de una pieza de ajedrez negra de gran tamaño -la reina- sobre un tablero pintado en un parque frondoso con un banco de madera al fondo.

Conocía este tablero de ajedrez. Conocía este parque. Conocía sus bancos, sus hojas y sus castaños. Al otro lado de la calle, en el apartamento de mi madre en Ginebra, hay una fotografía mía enmarcada, tomada por mi padre, jugando allí con un caballo blanco y unos peones negros. Llevo una camisa de franela, calcetines blancos y sandalias de gelatina, y soy una cabeza más alto que el caballo, con cara de satisfacción. Al otro lado del césped hay un muro con una hilera de hoscos reformistas protestantes tallados en él. Debajo de los reformistas puede haber unos patos en un estanque poco profundo. Detrás estaba el restaurante donde celebré mi quinto cumpleaños. También hay fotos de ese día.

Mientras viví en Ginebra, esos tableros de ajedrez formaron parte de mi hábitat. Unos años después de que tomara la foto, jugué contra mi padre (me dejó ganar). Algunos años después, una amiga borracha se presentó en una fiesta en casa a horcajadas sobre el caballo blanco (le hice devolverlo). Me pasaba el ajedrez gigante del parque allá donde iba: colegio, deportes, de canguro. Hay un agujero en mi cabeza del tamaño y la forma de ese cuadro, y ha vuelto a excavar en él tan taimadamente como un viejo amante.

Había una explicación, por supuesto, para la foto de la pared: la madre suiza de uno de los propietarios había hecho una foto del ajedrez, como hacen en muchas personas que visitan el parque. Aun así, verlo allí en mi estado de desincronización me hizo girar la cabeza. Estaba en Laos. Allí estaba yo.

A la mañana siguiente inicié la última etapa de mi viaje a Boten, con los tableros de ajedrez aún en la cabeza. Para llegar allí, tomaría el flamante ferrocarril Laos-China en dirección noroeste durante casi cuatro horas, hasta llegar justo antes de la frontera china. Había contratado a un guía, T., y a dos intérpretes, V. y P., para que me acompañaran. T. hablaba inglés y laosiano. V. hablaba inglés y podía ayudar a transmitir los matices del dialecto del norte de Laos. P. hablaba lao y mandarín, que necesitaríamos para movernos por Boten, pero nada de inglés. Era una situación complicada, organizada desde

lejos, y para un reportero menos que ideal. Pero nuestro grupo, variopinto como era, podía pasar por mochileros muy limpios, y eso resultó ser algo bueno. La República Democrática Popular de Laos es un Estado unipartidista sin libertad de prensa y con un historial de detenciones de disidentes: no es Corea del Norte, pero tampoco Norteamérica.

Además, el estatus indeterminado de Botén y el tema aún más espinoso de la influencia de China en la zona ponían a la gente nerviosa. La probabilidad de que alguien hablara libremente, con o sin traducción, era remota, y yo había acordado no identificar a mis compañeros en lo que acabara escribiendo antes de que aceptaran mostrarme los alrededores. Mi reportaje consistiría en pasar desapercibido, recoger información y corroborarla lo mejor posible con otras fuentes cuando volviera a casa.

Hacia las ocho de la mañana, tomamos un taxi y bajamos por el bulevar principal de la capital hasta un polvoriento suburbio donde se erguía la flamante estación de tren. Era difícil no verla, con su tejado de ladrillo rojo, sus relucientes suelos de mármol, las celosías en forma de loto que decoraban el techo y las filas de asientos sin un solo rasguño.

La seguridad era estricta, con dos controles de identidad, un escáner de billetes y rayos X para el equipaje. Durante un control corporal realizado por un guardia con una varita, a T. le confiscaron su vape. Esperamos a facturar, volvimos a presentar el carné y los billetes y subimos a bordo. Inmediatamente, percibí en nuestro compartimento un aire de triunfo: no era un viaje al trabajo, sino una celebración.

Puede que un tren no parezca gran cosa hoy en día, pero el Ferrocarril Laos-China, o LCR por sus siglas en inglés, hizo historia por ser el único tren existente en el país y, a todos los efectos, el primero. (Las autoridades francesas habían construido, y luego abandonado, una línea férrea de 6 km cerca de la capital colonial, Luang Prabang). El LCR convirtió un viaje de un día por carreteras llenas de baches en un paseo fresco y cómodo, con asientos asignados y anuncios en laosiano, chino e inglés. No pude evitar pensar que, en comparación, el Amtrak parecía cutre, pero es lo que ocurre con la mayoría de los trenes.

El tren era también un símbolo de la creciente influencia del Estado chino en la región. El ferrocarril fue construido por contratistas chinos, financiado con capital chino, regido por normas técnicas chinas, propiedad mayoritaria de empresas chinas y concebido bajo los auspicios de la Iniciativa china de la Franja y la Ruta (BRI), un plan global de desarrollo e infraestructuras que pretende conectar los continentes europeo y africano con Asia Central, y el resto de Asia con China. La LCR recorre ahora todo el trayecto desde Kunming, en el suroeste de China, hasta Vientiane y viceversa, un viaje que dura diez horas y media en cada sentido, incluidas las inspecciones aduaneras a ambos lados. También está prevista una prolongación hacia el sur, hasta Singapur, pasando por Tailandia y Malasia.

La línea en la que subí terminaba en Boten. Funcionarios chinos y laosianos esperan que el tren y la zona franca en la que se detiene abran juntos la remota zona al comercio, la agricultura y la industria. La zona franca de Boten no está pensada sólo para la contabilidad y la evasión fiscal; tampoco es un simple depósito de almacenamiento o un centro de fabricación. Para sus promotores, Boten será algo más: un lugar para vivir.

El ferrocarril siempre ha sido una forma de hacer frontera. Es fácil ver similitudes, por burdas que sean, entre los ferrocarriles construidos al servicio de las expansiones estadounidenses hacia el oeste en el siglo XIX y éste, producto de las ambiciones geopolíticas chinas en el siglo XXI.

Ambos fueron construidos y financiados no sólo por el Estado, sino también por quienes podían beneficiarse de un movimiento más rápido de mercancías: en Estados Unidos , las empresas cerealeras y cárnicas, y en Laos, las empresas chinas de logística e importación de mercancías como caucho y plátanos. Ambos sistemas convirtieron las cosas físicas en abstracciones homogeneizadas: las manzanas en palés, la tierra en vías. El ferrocarril explota una vasta geografía intermedia, situando nuevas ciudades y paisajes (por no hablar de sus recursos) en el mapa. Antes de salir de viaje, mi ayudante de investigación me habló de una expresión china que se traduce como "Cuando el tren corra, habrá oro". ¿Cómo de americano es eso?

Pero hay otra fuerza en juego. A los críticos del proyecto les preocupa que Laos se esté convirtiendo en una "provincia exterior" de

la República Popular China (RPC) debido a las ambiciones expansionistas de China. El ferrocarril Laos-China, argumentan, sirve principalmente a los intereses chinos al facilitar el movimiento de mercancías de China a Laos y más allá. El transporte de mercancías en la otra dirección, de Laos a China, es considerablemente menor y procede casi en su totalidad de empresas chinas (incluso se ha informado de que las empresas no chinas no pueden acceder a la línea de transporte de mercancías). Según los críticos, Laos está siendo literalmente forzado a cumplir las normas por su vecino más poderoso, con graves costes medioambientales y sociales.

La financiación del ferrocarril también se percibe como coercitiva: la amenaza de la "diplomacia de la trampa de la deuda" -de que la RPC se haga con el control de infraestructuras extranjeras críticas que ayudó a financiar si no se devuelven sus préstamos- refuerza estas perspectivas escépticas sobre la BRI. De hecho, Laos debe más a Pekín en relación con su PIB que cualquier otro país -un 122%, para ser exactos-, lo que contribuyó a sumir a la nación en una crisis económica. Al parecer, China también controla parte de la red eléctrica de Laos como compensación por las deudas impagadas.

Pero la geógrafa Jessica DiCarlo, cuya tesis versa sobre el ferrocarril, sostiene que hay algo más en el acuerdo que el deseo de ejercer el poder. Por supuesto que las empresas chinas y el Estado que las respalda actúan en función de sus intereses a largo plazo. Y por supuesto que buscarán rentabilidad en estas arriesgadas apuestas. Pero DiCarlo sostiene que la intención no es tanto colonizar activos extranjeros mediante hipotéticas ejecuciones hipotecarias como encontrar espacio para invertir el exceso de capital chino. Mover el dinero al extranjero le permite acumular intereses en un nuevo terreno y empuja su devaluación más hacia el futuro. La clave aquí no es sólo la tierra extranjera, sino el tiempo extranjero. "Debemos pensar en el capital temporalmente", escribe DiCarlo. "Además de expandirse por el espacio, también se expande hacia el futuro. Las relaciones profundamente entrelazadas entre finanzas, deuda/crédito y ferrocarriles, junto con las actuales crisis de sobreacumulación de China, revelan que el ferrocarril y otras grandes iniciativas del BRI pretenden eludir la devaluación interna del capital."

La finalización del LCR fue una ardua tarea. Las obras no sólo se

vieron interrumpidas por la pandemia de COVID-19; sus arquitectos también tuvieron que esquivar cuidadosamente minas terrestres, bombas y cohetes sin explotar, un sombrío legado de la campaña de bombardeos aéreos de Henry Kissinger sobre la Ruta Ho Chi Minh durante la guerra de Vietnam. El ferrocarril desplazó a algunos residentes, que dijeron a DiCarlo que no habían sido indemnizados adecuadamente (o puntualmente). Y para despejar el camino del tren a través de la campiña laosiana, los ingenieros tuvieron que talar selvas tropicales y excavar túneles en karst -picos boscosos de roca soluble que albergan murciélagos, orquídeas raras, gecos y otras especies de flora y fauna-, así como construir cientos de puentes sobre cursos de agua.

Desde el vagón cafetería, miré por la ventana para ver cómo estos cambios podían haber dañado el paisaje de Laos. Una ruta que, no hace mucho, debía de haber sufrido el desgaste de un enorme proyecto de ingeniería -rocas derrumbadas, ríos desecados, hierba asfaltada, campos yermos- parecía tan suave y perfecta como las vistas desde los trenes en los que crecí viajando por la campiña suiza. Atravesamos colinas, valles y ríos, pueblos con campos de fútbol, granjas de pollos y almacenes, y cientos (si no miles) de vagones de carga chinos de color azul marino en vías paralelas. Los arrozales se convertían en bosques, que a su vez eran pastizales donde pastaban búfalos y cabras.

Esta es la imagen que los promotores del tren -desde los contratistas chinos que lo construyen hasta las instituciones financieras internacionales que rastrean su impacto- quieren cultivar. Sostienen que el LCR convertirá a Laos de una región "sin salida al mar" en una región "conectada por tierra" llena de potencial: que transformará el comercio, el turismo, la industria y el desarrollo ( ) y desbloqueará los abundantes recursos agrícolas y minerales del país. Karl Marx teorizó sobre la "aniquilación del espacio por el tiempo": la tendencia del capitalismo a destruir las barreras espaciales a su expansión con inventos como el ferrocarril o el telégrafo. Se habría sentido reivindicado en Laos. El Banco Mundial proyecta hasta un 21% de crecimiento del PIB laosiano como resultado del acceso a la red Belt and Road (hay que reconocer que queda muy lejos). Según el ferrocarril, hasta la fecha se han transportado más de 23 millones de

pasajeros y 27,8 millones de toneladas métricas de mercancías por el ferrocarril Laos-China.

En nuestro coche, familias laosianas, con los brazos cargados de bocadillos y bebés, se sentaban junto a turistas chinos, un pequeño número de mochileros europeos y australianos, y nosotros. Fue un viaje tranquilo, mitad por túneles oscuros y mitad al aire libre.

Cuando nos acercábamos a Luang Prabang, ahora centro turístico del país, una joven empleada ferroviaria se me acercó con un papel impreso en la mano. Era la primera y única vez durante mi viaje que un desconocido se me acercaba para pedirme algo. La mujer señaló la hoja, haciendo una mueca. Era un anuncio, pero contenía una palabra que ella no podía pronunciar. La palabra era "temporalmente".

Practicamos tres, cuatro, cinco veces hasta que envolvió con la lengua las *erres* y las *íes*.

Salvo en las paradas programadas, el tren se detuvo -sí, temporalmente- sólo una vez, para dejar salir a otro tren del túnel. La pausa no provocó retrasos significativos.

- - -

Cuando llegamos a Boten a la una de la tarde, el tren se había vaciado. El aire era notablemente más fresco en el andén -un alivio frente al sofocante calor de Vientiane- y fuera de la estación había autobuses informales en fila, , listos para llevar a los viajeros hasta la frontera china. Los cuatro nos metimos en un monovolumen con otras tres personas y recorrimos ocho kilómetros por una ancha carretera asfaltada flanqueada por banderas chinas y laosianas.

Momentos después, llegamos a una gran puerta dorada inspirada en la estupa sagrada Pha That Luang de Vientiane. Era la frontera. La mayoría de los viajeros bajaron de sus furgonetas y atravesaron el llamativo puesto de control para entrar en China y continuar su viaje hacia el norte. Nosotros salimos a pie en la otra dirección para buscar un hotel.

Botén estaba a nuestro alrededor, incoherente: una ciudad hipotética intentando convencer al mundo de que estaba ocurriendo de verdad. Caminamos unos cientos de metros y pasamos por delante de varias obras, cada una rodeando una torre en una fase diferente de

terminación: algunos esqueletos, otros condominios casi terminados, todos sin encanto, todos vacíos. Las grúas y los tractores parecían superar en número a las personas en Botén, y el estruendo de la construcción animaba el mediodía, por lo demás tranquilo. "Esto no parece Laos. Esto es China", comentó inmediatamente V., fijándose en las matrículas (todas chinas), la altura de los edificios (órdenes de magnitud más altos que en Vientiane), los policías (con uniformes chinos negros) y los fragmentos de mandarín que habíamos oído en la furgoneta.

Al llegar a la calle principal de la ciudad, encontramos un tramo de dos manzanas de restaurantes y tiendas de comestibles, con unas cuantas personas almorzando en ellas. A la vuelta de la esquina había un hotel: una estructura imponente flanqueada por palmeras, una piscina turbia y seis elefantes blancos y dorados tallados en piedra en la entrada. Por la decoración, era evidente que el Hotel Jing Land había tenido una vida anterior.

Detrás de la recepción había tres mujeres. Una de ellas nos informó en mandarín de que el hotel no aceptaba el kip local, sólo yuanes chinos y, a un tipo de cambio desfavorable, dólares estadounidenses. Un reloj digital parpadeaba sobre sus cabezas. La hora que mostraba estaba adelantada una hora: Pekín.

Esta era la cualidad más peculiar de Boten. Las zonas económicas especiales siempre han comerciado con las ficciones del espacio y el tiempo: recordemos el estatus indefinidamente transitorio de los Rothkos del puerto franco de Yves Bouvier, y de las "vacaciones" fiscales indefinidas en las fábricas extraterritoriales (Marx podría haber llamado a esto "la aniquilación del tiempo por el espacio"). Pero rara vez estos enclaves cambian sus relojes para que coincidan con los de otro país. De hecho, la propia pretensión de una zona franca -la razón por la que se han hecho aceptables para regímenes de todo el espectro ideológico- es que ofrecen un lugar desprovisto de política.

Por otra parte, los relojes pueden ser abiertamente políticos. Perder el control sobre el propio tiempo supone una capitulación mucho más profunda que la exención temporal de una tasa aduanera. Y China se toma muy en serio la hora nacional. La RPC sólo tiene un huso horario oficial, que abarca desde donde estábamos en el vestíbulo del Hotel Jing Land hasta los confines de la estepa mongola. Esto proyecta la

ilusión de mil millones de personas que se despiertan, respiran, trabajan y duermen al mismo tiempo. (Singapur, por su parte, ha cambiado de huso horario en seis ocasiones en el último siglo para acomodar a ocupantes, vecinos y al sol).

Se supone que la hora unificada facilita las cosas, al menos en teoría. Antes de la década de 1830, las ciudades estadounidenses ajustaban sus relojes en función de la posición del sol al mediodía. No fue hasta que los trenes empezaron a unir el Este y el Oeste que Estados Unidos adoptó cuatro husos horarios formales desvinculados del amanecer y el atardecer. El objetivo era la previsibilidad. "Los horarios del ferrocarril redefinieron las horas del día", escribe el historiador medioambiental William Cronon en *Nature's Metropolis*. "El amanecer sobre Chicago llegaría a partir de entonces diez minutos antes, y el sol del mediodía colgaría un poco más bajo en el cielo". Los husos horarios dividieron territorios y erigieron fronteras para que el capitalismo (y sus trenes) funcionaran mejor.

Sin embargo, en Boten descubrimos todo lo contrario.

La mayoría de los relojes que vimos -en el hotel, en las salas de exposición de los promotores inmobiliarios, en la oficina local de inversiones- estaban adelantados una hora, como llevan señalando las noticias desde hace más de una década. Pero no todo el mundo se comportaba como si así fuera. Mi teléfono móvil, por ejemplo, seguía conectado a la red de Laos, por lo que el reloj de mi bolsillo no se movía. Los trabajadores del hotel también parecían utilizar la hora local, aunque la que aparecía detrás de ellos -y en sus hojas de horas, seguramente- tenía una hora de diferencia. Nos movíamos por el mundo un poco desincronizados en : ¿Cuándo era la salida? ¿A qué hora era el desayuno? Una hora es mucho tiempo sin café por la mañana.

Mi cuerpo, mientras tanto, seguía estando a un mundo de distancia. No necesitaba comer a la hora que fuera. Necesitaba una siesta.

Luchando contra el sueño en una de las camas gemelas de mi habitación, miré por la ventana. Sobre el aparcamiento del hotel, vi la ciudad, sus grúas y, más allá, una espesa selva tropical. Me duché y me puse unas zapatillas amarillas de papel. Nuestro hotel se llamaba Jing Land, pero su marca estaba en construcción y mis diapositivas aún llevaban el logotipo de su predecesor, el Bodhi.

Todo el hotel, y la ciudad que lo rodeaba, era igualmente un palimpsesto de vidas y logotipos, empapelado como el persistente olor de mil cigarrillos que antaño debieron de estar permitidos pero que ahora estaban estruendosamente prohibidos. También vivía en dos tiempos. Podía oler el viejo humo en el armazón de la cama, en las cortinas, en el pasillo. En el cajón verde de la cómoda de mi habitación encontré folletos de inversiones de 2019 que alguien debió de dejar antes de la pandemia. Eran folletos del promotor inmobiliario de Boten, Yunnan Haicheng Industry Group, en los que se describía otra ciudad que la empresa estaba construyendo en una provincia china vecina.

Haicheng no es solo el único juego de la ciudad. Lo es a la vez desde que en 2016 firmó un contrato de arrendamiento de noventa años en los terrenos que ocupa Boten, según los medios estatales chinos. La empresa disfruta de las concesiones habituales de una zona económica especial: libertad para registrar una empresa sin un socio laosiano, exención de impuestos, etc.

Pero sólo está aquí porque su predecesor pasó a la infamia.

- - -

Durante gran parte de su historia humana, los habitantes de lo que hoy es Boten vivieron bastante apátridas en una región montañosa conocida como Zomia. Zomia es un territorio heterogéneo del tamaño de Europa, que abarca las tierras altas de Laos, Vietnam, Tailandia, Myanmar y Camboya, así como cuatro provincias de China. Para , el antropólogo de Yale James Scott, Zomia también representa un modo de vida distinto para un conjunto diverso de pueblos que, según Scott, huyeron a tierras más altas en parte para evitar ser integrados en sociedades centradas en el Estado. En lugar de someterse a los impuestos, al reclutamiento y a un estilo de vida agrario sedentario, los zomianos optaron por no hacerlo y, a pesar de su diversidad étnica y cultural, encontraron un terreno común en sus circunstancias materiales. Scott compara Zomia con una "Suiza omnipresente sin relojes de cuco": "un reino montañoso en la periferia de Alemania, Francia e Italia que se convirtió a su vez en un Estado-nación". Zomia nos recuerda la novedad de las naciones modernas, su coercitividad y

su prescindibilidad.

Cuando Scott publicó *El arte de no ser gobernado* en 2009, todavía había comunidades en Zomia que vivían funcionalmente sin un Estado central, pero sus días estaban menguando. "Atrás quedaron, en principio, las grandes zonas sin soberanía o con soberanías débiles que se anulaban mutuamente. También han desaparecido, por supuesto, los pueblos sin soberanía particular", escribió. Los Estados-nación habían empezado a "establecer puestos fronterizos armados, trasladar a las poblaciones leales a la frontera... despejar las tierras fronterizas para la agricultura sedentaria, construir carreteras hasta las fronteras y registrar a los pueblos hasta entonces fugitivos".

Boten lo sabía todo.

En los años ochenta, la ciudad sólo tenía un poste de madera y una desvencijada aduana para cruzar la frontera. Eran tiempos difíciles. La sociedad laosiana aún se estaba recuperando de una brutal guerra civil que duró entre 1959 y 1975, por no hablar de los millones y millones de bombas que el ejército estadounidense lanzó entre 1964 y 1973. Al igual que sus vecinos chinos, los laosianos pasaban hambre, eran pobres y estaban rezagados con respecto a otros estados asiáticos en cuanto a urbanización y desarrollo. Así que cuando las zonas francas parecieron ofrecer soluciones fáciles al norte de la frontera, tuvo sentido que el gobierno de Vientiane también las considerara.

Como hemos visto, la idea de estas zonas llevaba tiempo fraguándose en la comunidad internacional, y los ciudadanos chinos estaban bien representados en la escena. Al principio, empresarios chinos abrieron fábricas en en zonas económicas especiales de Mauricio para aprovechar la laguna de las cuotas de exportación y vender sus productos en Europa. Funcionarios chinos, entre ellos el futuro presidente Jiang Zemin, habían participado en el curso de tres semanas sobre gestión de zonas organizado por la ONUDI en Shannon (Irlanda) en 1980.

Al mismo tiempo, Shenzhen empezaba a mostrar al mundo lo mucho y rápido que podía crecer una zona franca, aunque los factores que contribuyeron a este crecimiento sigan estando mal interpretados. "La idea de que Shenzhen es un modelo reproducible refuerza la suposición de que las ciudades pueden planificarse políticamente y diseñarse socialmente desde cero", escribe Juan Du, arquitecto,

advirtiendo de que desplazar a las poblaciones autóctonas, confiar en directivas descendentes de los promotores, confiar demasiado en el poder de las concesiones fiscales y dejar de lado la cultura local puede tener "consecuencias devastadoras".

Sin embargo, desde el extranjero se pensaba que las nuevas zonas de China permitían al Estado comunista tenerlo todo y crear un refugio para las empresas, a menudo a expensas de la mano de obra, en una economía política que, de otro modo, estaría estrechamente controlada. En Laos, que abrió su economía a la inversión extranjera en 1986 y estableció relaciones diplomáticas con China en 1989, consultores económicos extranjeros se pusieron manos a la obra para planificar formas de impulsar el comercio transfronterizo. Esto continuó a lo largo de la década de 1990, a medida que los Estados chino y laosiano se interesaban más por la región. En 2003, el gobierno laosiano designó Boten zona económica especial. Este rincón de Zomia -otrora un territorio de gente libre- se convertiría en un enclave para el dinero libre (o al menos, más libre). Sin embargo, al carecer de recursos para hacerlo por sí solo, el Estado laosiano otorgó a un empresario chino llamado Huang Mingxuan (que a veces se hace llamar Wong Man Suen) una concesión sobre el terreno, que en aquel momento era en su mayor parte selvático.

En 2011, Huang tenía motivos para ser optimista sobre las zonas francas: a sus cincuenta y seis años, formaba parte de una generación criada en la mitología de Shenzhen. Originario de Fujian, había hecho negocios en Hong Kong y participado en proyectos de juego en Myanmar. Huang declaró *a Forbes Asia* que funcionarios de alto rango de Laos le habían "convencido" para dirigir Boten. Independientemente de la forma que adoptaran estas negociaciones ( ), el acuerdo final le concedió un grado de autonomía inusual, lo que los analistas han comparado con la externalización por parte del Estado de su desarrollo económico, así como del control de sus tierras fronterizas, a empresas extranjeras.

Según el acuerdo, la Ciudad Dorada no sería gestionada por un ayuntamiento local, sino por un comité dirigido por Huang y pagado por la empresa de éste. Durante un tiempo, la empresa controló todo, desde la educación cultural hasta la policía. A cambio de un canon anual de concesión, podía recaudar impuestos, promulgar leyes,

expedir matrículas y entregar documentos de identidad distintos de los administrados por Laos. Según *Forbes*, Huang pagaba al gobierno de Laos entre 700.000 y 2,4 millones de dólares al año por este reino. Su empresa, Fuk Hing Travel Entertainment Group, llevaba la voz cantante desde Hong Kong. Era una forma de gobierno que recordaba a las tramas distópicas de ciencia ficción. También se parece un poco a Próspera Honduras: un estado corporativo que desafía al socialismo con ambiciones desmesuradas, concebido por unos pocos ricos.

El proyecto inicial de Golden Boten City era un idilio suburbano: golf, condominios, centros comerciales, lagos y lagunas resplandecientes, todo ello injertado en diez kilómetros cuadrados de selva virgen. Para crear espacio, se pagó a los habitantes de Boten -un pueblo de unos cientos de habitantes- para que se trasladaran a un lugar que ahora se llama Nueva Boten, a unos kilómetros de distancia. Pero sólo se completó una parte de la urbanización, y no podía ser un secreto que Huang había planeado mantener su imperio con casinos desde el principio.

El juego en la periferia de China estaba de moda en aquella época. El territorio de Macao empezó a otorgar concesiones a casinos en 2002, y en la década siguiente el sector creció hasta superar con creces al de Las Vegas. Singapur legalizó la práctica poco después, y Camboya y Myanmar se sumaron a continuación (aunque algunos de estos países sólo permiten el acceso a extranjeros, no a ciudadanos). Estas jurisdicciones aprovecharon la asimetría entre la prohibición del juego en China continental y el apetito de sus ciudadanos por el juego, de forma muy parecida a como los ciudadanos estadounidenses frecuentan los casinos de las reservas de los nativos americanos.

Nuestro hotel, me enteré, solía albergar un casino. Lo mismo ocurría con una tienda de piedras preciosas al otro lado de la calle. Una oficina de Haicheng en la calle principal albergaba el Hotel y Casino Royal Jinlun de Fok Hing, el centro de la fiesta de Boten, donde autobuses llenos de juerguistas chinos venían cada día a divertirse sin visado. Durante un tiempo, el control de aduanas se trasladó unos kilómetros al sur, lo que, a efectos de aranceles e inmigración, convirtió a Boten en el equivalente al aire libre de un aeropuerto o un puerto franco, una zona entre un estado y otro.

La mayoría de los clientes eran jugadores profesionales "equipados

con auriculares para recibir instrucciones de sus jefes en China, que podían seguir el juego por Internet", escribió un observador. Podían estar en Macao, Singapur o Las Vegas. E incluso fuera de horario, no estaban allí para jugar al golf.

"Una docena de tiendas de lencería abastecían a batallones de prostitutas chinas, con la mejor selección de tacones de aguja de Laos", informaba *Forbes*. "Las farmacias almacenaban pociones sexuales junto a estanterías de DVD clasificados X y envases de bilis de oso negro recién salida de una fábrica en lo alto de una colina y utilizada en la medicina tradicional china. Al lado de la fábrica había una enorme sala de espectáculos rosa que ofrecía espectáculos de travestis. Los ladyboys [su etiqueta preferida] procedían de Tailandia, pero todo lo demás venía de China: la cerveza, la policía y prácticamente todos los traficantes, incluso la moneda que lo hacía todo posible".

La peculiar forma de gobernanza de Boten fue el pan de cada día para los estudiosos interesados en la naturaleza mutable de la soberanía estatal. Pal Nyiri, profesor de Historia de la Universidad Vrije de Ámsterdam, señaló en un artículo que la zona podía compararse con el sistema de tratados portuarios de China en el siglo XIX, durante el cual las potencias extranjeras llegaron a controlar (a menudo por la fuerza) enclaves en territorio chino e imponer sus propias leyes, tribunales y costumbres a los expatriados que vivían allí. "Aunque el modelo [de zonas] parece encajar con el enfoque neoliberal de la economía global", escribió Nyiri, "el Estado chino desempeña de hecho un papel importante en el establecimiento y funcionamiento de estas zonas... al igual que las potencias occidentales en el funcionamiento de las concesiones".

En su importante trabajo sobre las zonas francas de Asia Oriental, la antropóloga Aihwa Ong, de la Universidad de Berkeley, acuñó el término "soberanía graduada" para describir los múltiples niveles de control (o la falta de ellos) en lugares como Boten. La idea de una nación, un gobierno, un conjunto de normas y una población no se sostenía en lugares como éstos, argumentaba, porque "las relaciones cambiantes entre mercado, Estado y sociedad han dado lugar a las experimentaciones flexibles del Estado".

Kearrin Sims, académica australiana de la Universidad James Cook, ha visitado Boten con regularidad a lo largo de los años. También ha

realizado trabajos de campo en otros enclaves de juego de la región, como el Triángulo de Oro, donde confluyen las fronteras de Laos, Myanmar y Tailandia. (Thibault Serlet, consultor de zonas económicas, califica el Triángulo de Oro de "la peor zona económica especial del mundo": "La zona se construyó sobre tierras indígenas robadas, a los trabajadores no se les paga habitualmente y se les obliga a trabajar contra su voluntad, y la zona vierte regularmente residuos tóxicos en los arroyos locales", escribe en un informe que califica la zona de "vergüenza para la industria mundial de las ZEE").

Sims se sintió fascinado por los elementos delictivos que atraían estas zonas: no sólo el juego, sino también el tráfico de especies silvestres, la prostitución, las redes de estafa por Internet y las bandas armadas que acudían a ellas y a menudo no eran molestadas. ¿Fueron las zonas las que atrajeron a la delincuencia o fue la delincuencia la que encontró las zonas? Era la pregunta del huevo y la gallina.

"Las zonas francas se establecen para crear riqueza y riqueza transnacional, ya sea un paraíso fiscal o un puerto franco", me dijo Sims por Zoom. "Tienes a Nike, Apple, las multinacionales que buscan exenciones fiscales, pero también a todas estas otras personas que buscan esconder dinero, moverlo, encontrar inversiones para ganar dinero rápido". En otras palabras, el objetivo de una zona es el dinero, y no es ningún misterio que a la delincuencia le encanta el dinero. La delincuencia, por tanto, es a la vez un rasgo y un defecto: no es la razón de ser de una zona franca, pero tiende a formar parte del territorio. Al fin y al cabo, son lugares que el propio Estado separa -"El papel del Estado es importante para mantenerlos a todos", dice Sims- y cuando el Estado es cómplice de los elementos criminales, o simplemente incapaz de detenerlos, los forajidos prosperarán de forma natural. En estos enclaves, al igual que en alta mar, la línea que separa lo legal de lo ilegal -o, al menos, lo que se hace cumplir de lo que no se puede hacer cumplir- es inestable: no por falta de leyes en vigor, sino por la omnipresencia de la corrupción y la incapacidad, o falta de voluntad, del gobierno para detenerla.

Hay pruebas de que las ZEE fomentan ciertos tipos de delincuencia: según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, la adición de una zona económica especial en un país aumenta el valor medio de las exportaciones falsificadas en un 5,9%. Una vez

más, el contrabando y el fraude pueden producirse en cualquier parte, pero como estos lugares suelen estar definidos por la falta, o laxitud, de regulación y su ubicación en puertos de entrada, "actúan no sólo como lugares ideales para que los evasores fiscales coloquen productos de gama alta en tránsito libre de impuestos, sino también como medio para ocultar y pasar de contrabando mercancías ilícitas", señala *The British Journal of Criminology*.

En su apogeo, Botén ejemplificó esta laxitud y falta de control estatal: incluso la policía era de contratación privada. Su anarquía se descontroló rápidamente y empezaron a multiplicarse los informes de asesinatos sin resolver, suicidios relacionados con deudas, secuestros, bandas armadas y violencia callejera. En 2011, las autoridades chinas consideraron que las cosas habían ido demasiado lejos e intervinieron cortando la electricidad de Boten y clausurando sus líneas telefónicas desde el otro lado de la frontera. El gobierno laosiano cerró los casinos y empezó a exigir visados a los visitantes chinos.

La fiesta había terminado. El verdadero estado había llegado.

En los años siguientes, la población de Boten descendió de diez mil habitantes a unos quinientos, a medida que los comercios y restaurantes cerraban. Se convirtió en una ciudad fantasma: Kearrin Sims recuerda haber visitado Boten después de que se hubiera vaciado y haberse encontrado con unos pocos jugadores de poca monta jugando a las máquinas tragaperras mientras las vacas pastaban fuera de los casinos abandonados.

La selva comenzó a arrastrarse, hoja a hoja, rama a rama. Pero esto no era un retorno a la naturaleza. Ni mucho menos.

- - -

Nuestra primera parada en la ciudad fue para comer en la calle principal. Nos decidimos por un local tailandés llamado Bangkok; mis compañeros laosianos, inquietos por lo muy china que era Boten, prefirieron no frecuentar los establecimientos ofensivos. (No importa que Tailandia tampoco sea Laos. Este rencor era puramente bilateral). Aun así, un chino, muy borracho, se sentó con nosotros y parloteó sin sentido entre cervezas y arroz frito. No entendíamos por qué estaba

aquí ni qué hacía. Nos cruzamos con él varias veces a lo largo del día. Nunca parecía estar más sobrio.

Después de comer, salimos a explorar la ciudad, o lo que quedaba de ella. Aparte de los restaurantes y de un fabricante de caucho que no nos dejó entrar, los únicos negocios abiertos estaban relacionados con el promotor de la ciudad, Haicheng. En una sala de exposiciones adornada con grandes fotos de funcionarios chinos y laosianos, visitamos modelos de apartamentos que, según nos dijeron, pronto serían unidades reales en el edificio de enfrente.

Una mujer laosiana con falda de seda y un lazo negro en el pelo nos enseñó los pisos, cuyo precio es de 27.000 dólares en adelante. Era como estar en una sala de exposición de IKEA adaptada a las preferencias estéticas de la ascendente clase media china: todo blanco y dorado y un poco recargado, Mickey Mouse en la habitación de los niños, flores falsas en la cocina, un dormitorio principal con salida al balcón y una silla colgante desde la que disfrutar de las vistas.

Mientras repasaba un modelo tridimensional del plan general de la ciudad, la vendedora explicó que, si bien los laosianos podían ser propietarios de las viviendas, los chinos las alquilarían durante setenta años. Según la vendedora, ya se habían vendido nueve de cada diez unidades, cuatro quintas partes de ellas a compradores chinos y el resto a algún que otro ciudadano laosiano o extranjero. Esto significaba que los cimientos mismos de la ciudad iban a dar un vuelco en dos generaciones, que las trescientas mil personas que Zhou Khun, presidente del grupo Haicheng , preveía que se trasladarían allí serían residentes temporales. ¿Cómo podría llegar a ser un hogar?

Apuntando con un láser al dorado paso fronterizo, añadió con cierta seguridad que la frontera acabaría desplazándose hacia el sur para encontrarse con el tren, con lo que el viaje para los clientes chinos sería tan sencillo como cruzar a una provincia vecina. Era una vuelta a los días de Boten como tierra de nadie, pero en versión desinfectada: condominios, no casinos. Sentí que mis compañeros se estremecían ante la sugerencia. Botén ya se había burlado de su país anfitrión: lingüística, financiera, cultural y horológicamente. Ni siquiera se podía comprar una cerveza local en kip laosiano. Trasladar el puesto de control sería decir la parte tranquila en voz alta.

Lo mismo nos ocurrió en la oficina de "desarrollo urbano" de la

ciudad, en realidad otra sala de publicidad del Grupo Haicheng. Ocupaba toda la planta baja del opulento edificio dorado que fue el Hotel y Casino Royal Jinlun, y parecía más adecuado para una boda, con sus flores falsas, sus lámparas de cristal y su mobiliario blanco. La antigua sala de juego estaba ahora repleta de propaganda: mapas, prospectos, maquetas de la futura ciudad en torno a gigantescos budas gemelos, uno mirando a China hacia el norte y el otro sonriendo a Laos hacia el sur. Señaló las distintas zonas que albergarían escuelas, bancos, empresas de logística, servicios médicos y oficinas de turismo. Se han invertido más de mil millones de dólares en Boten, según informó la agencia china Xinhua New en 2019; el coste total del proyecto, si se completa, superará probablemente diez veces esa cifra.

Utilizando una aplicación de traducción en su teléfono, un vendedor me habló de las excursiones que los visitantes podrían disfrutar en las afueras de Boten: "lugares pintorescos, tiendas libres de impuestos, campamentos de elefantes y campos de tiro con armas de verdad". Una pared entera estaba cubierta de brillantes logotipos de marcas de relojes suizos y cosméticos de alta gama, empresas, según me explicó el joven, que pronto abrirían tiendas en Boten. Me di cuenta de que podía tratarse de un malentendido: los logotipos eran de productos a la venta en el centro comercial libre de impuestos de enfrente (una tienda que, al estilo de la tienda diplomática de Ginebra, vendía una desconcertante selección de caramelos de goma , enormes jarras de Hennessy, termos japoneses y latas y latas de Spam).

A continuación, pasé por delante de una cavernosa tienda de piedras preciosas -el casino reconvertido- y entré a explorar. Atravesé al menos cuatro salas llenas de joyas de jade, budas y baratijas. La exposición era impresionante, pero la joven que trabajaba allí me dijo que hacía semanas que no vendía nada.

Al anochecer -7:00 p.m. en Laos, 8:00 p.m. en Boten- volvimos a salir y nos abrimos camino a través de un mercado nocturno informal cerca de la carretera principal. Estaba oscuro y olía a pollo de tres maneras: muerto, vivo y frito. En las paredes de un edificio de dos plantas se escuchaba música de baile, que se detuvo tan bruscamente como había empezado. Unos cachorros chapoteaban en un charco. Vimos lo que parecía ser una farmacia y entramos para que pudiera

comprar analgésicos para mi cabeza palpitante, pero no reconocí los envases y desconfié de las pastillas sin marca que el hombre tras el mostrador me dijo que tomara "antes de acostarme". Al salir, con las manos vacías, me fijé en dos catres metidos en un rincón oscuro y, frente a ellos, una vitrina llena de muñecas sexuales de temática "francesa" y una pila de consoladores.

Este fue el único vestigio del pasado insalubre de Botén que vimos al aire libre. A pesar de los informes prepandémicos sobre la venta de productos ilegales derivados de la fauna salvaje, como la bilis de oso, y de un artículo *de Outside* de 2019 en el que se describía el contrabando de elefantes a China a través de Botén, se cree que estos negocios se encuentran ahora en el Triángulo de Oro, un lugar donde, según los informes, se mantienen tigres enjaulados a la intemperie, los locutorios de estafa atraen a las jóvenes pobres de sus casas con la promesa de buenos empleos y una mafia paramilitar gobierna las calles.

Subiendo una empinada cuesta desde el mercado nocturno estaba el cabaret Eccellente, donde dos docenas de ladyboys tailandesas actuaban todas las noches para grupos de turistas chinos y curiosos. Más tarde, de vuelta al Café Bangkok, nos encontramos con las artistas, que confirmaron nuestra corazonada: no había nada, y querían decir *nada*, que hacer en Boten. La delegación de artistas -todos ellos transexuales, de edades comprendidas entre los veinte y los cuarenta años- había llegado de Tailandia a y trabajaban con contratos de seis meses sin días libres, explicó una artista de figura exquisita que se hacía llamar Irene, tanto en el escenario como fuera de él.

A los visitantes chinos les encantaban los espectáculos de ladyboys, nos dijo Irene, así que el negocio había ido bien desde la reapertura de la frontera en enero de 2023. Aun así, el trabajo era duro: horas de ensayo, sin tiempo libre, un espectáculo cada noche. El jefe de Irene en el cabaret era chino, sus empleados eran todos laosianos, y las bailarinas estaban claramente en lo más bajo de la cadena alimenticia. Ella insiste en que es feliz: "Me encanta, es mi familia", dice. Parecía triste, pero no quiso dar más detalles, y nos instó a que fuéramos a verlos ensayar al día siguiente.

Entonces se detuvo un coche de policía con cuatro agentes vestidos de negro, y empezó el verdadero baile y la canción.

Los policías bajaron del coche e hicieron ruido en mandarín por el volumen de la música. Sus ritmos palpitantes parecían fuera de lugar - esto no era Ibiza-, pero la canción dio vida por un momento a la carcasa de la ciudad. Las chicas se acercaron a los policías y les soplaron besos; los policías se sonrojaron y volvieron al coche; y la calle volvió a quedar en silencio cuando el coche se alejó.

Los policías de Botén siguen siendo chinos. Llevan uniformes negros con la palabra SWAT impresa en inglés en la espalda. Van en moto y en coche por la ciudad y se les puede ver merodeando por las esquinas. No parece que se metan demasiado en los asuntos de nadie, desde luego no lo suficiente como para impedir que decenas de jóvenes laosianas se aposten en los escaparates al caer la noche y esperen a que alguien llame.

En Vientiane, según aprendí de mis guías, este tipo de cosas son inauditas; el trabajo sexual existe, por supuesto, pero no así. Aquí, sin embargo, todo era juego limpio, y los finales felices se anunciaban con tanta profusión como los condominios de la calle. LA FELICIDAD NO TIENE fiN", rezaba un cartel luminoso.

Después de cenar, pasamos por una tienda de ropa abierta, también china, para ver qué había traído a la ciudad este negocio aparentemente sano. Su joven propietario, , nos cuenta que antes trabajaba en un restaurante de la provincia de Hunan. Se había mudado a Boten hacía sólo tres días, después de ver anuncios en TikTok. No había venido a hacerse rico, sino a buscar esposa, porque casarse en China era difícil y había oído que las mujeres laosianas eran guapas y fáciles (según mis compañeros laosianos, se trata de una percepción relativamente común, que va en aumento). De hecho, el Departamento de Estado de Estados Unidos señaló en un informe que "los matrimonios intermediados entre mujeres rurales laosianas y hombres [chinos] empleados en zonas económicas especiales conocidas por su vulnerabilidad a la trata... aumentaron durante la pandemia").

El joven intentó vendernos ropa, pero acabó negándose a pagarnos un par de pendientes de oro y verde. "¡Llévenselos, llévenselos!", dijo mientras nos zafábamos de la conversación. Parecía solitario y aburrido. Era la única persona, aparte del borracho, que quería seguir hablando.

Al día siguiente, durante el desayuno, entablé conversación con una turista china que hablaba un inglés impecable y dijo llamarse Mandy. Formaba parte de un grupo numeroso que había visto esa mañana desde mi ventana practicando tai chi en el aparcamiento, y llegaron al desayuno juguetones y radiantes. Mandy trabajaba para una empresa que fabricaba rodamientos de bolas para vehículos en la provincia de Fujian y viajaba a menudo por todo el mundo por trabajo. Pero estaba aquí, en Botén, para un curso de tres semanas sobre desarrollo personal basado en parte en el libro de Rhonda Byrne *El secreto*, sobre la (pseudocientífica) "ley de la atracción". La mujer del dueño del hotel impartía el curso, dijo, y ésa era la única razón por la que se celebraba aquí. Aparte de eso, no tenía muy buena opinión del lugar.

Por lo demás, mi esperanza de saber cómo se vivía, *se vivía* de verdad, en Boten no se hizo realidad. Quizá nuestro incómodo sistema de interpretación a tres bandas -del inglés al laosiano y del laosiano al chino y viceversa- disuadía a la gente de hablar. Pero también era cierto que casi nadie parecía vivir en Boten más de unos meses seguidos. El personal del hotel cambiaba mucho, el negocio era inestable y la gente que venía a buscar fortuna parecía estar sólo de paso.

Decidí ver lo que veían los turistas y contraté una excursión en el hotel. Un joven laosiano con bonitas pestañas nos condujo a los cuatro en un vehículo parecido a un carrito de golf, hasta la frontera, por la calle principal y por los edificios en construcción. A la vuelta, giró bruscamente y condujo nuestro pequeño carro hacia la montaña, más allá de las viviendas de los obreros de la construcción, entre montones de escombros y suciedad, y por una carretera boscosa.

Me relajé un poco a medida que la naturaleza se volvía más exuberante. Vi árboles cada vez más altos, con sus troncos trenzados como gruesas cuerdas. Contemplé un lago salado en calma y un gran pez lánguido que esperaba su momento justo debajo de la superficie. Vi hermosos pájaros negros con un abanico rojo en la cola, ardillas, abejas y mariposas.

Fue entonces cuando comprendí algo importante: Boten *había* surgido realmente de la selva. Cada centímetro de terreno despejado por los promotores para sus edificios -primero los casinos de Fuk Hing y ahora los condominios de Haicheng- había sido despejado

intencionadamente, con un propósito, por trabajadores que se afanaban en el calor. Es fácil olvidar la magnitud del trabajo que exige un proyecto como éste, sobre todo cuando los resultados son tan decepcionantes.

A medida que subíamos la colina que nos adentraba en la selva, la silueta de la ciudad se hizo visible y por fin comprendí por qué estábamos donde estábamos.

Algunas personas habían decidido fundar una nueva ciudad en lo que consideraban un buen lugar: una encrucijada, por así decirlo, en una nueva ruta de la seda. Atrajeron a otras personas permitiendo ciertas cosas, cosas pecaminosas, que no pasarían el examen en otro lugar: una atracción temporal que estalló y se llevó a la ciudad con ella.

Pero el sello se había roto; habían probado lo que podía ser. Así que construyeron y planificaron, y planificaron y construyeron, y no quisieron, no pudieron, dejar de construir. No había nada orgánico en esta ciudad, nada humano, vivo y animado.

En nuestro carrito de golf, pasamos por un pequeño puesto de control, donde compramos billetes para continuar por la carretera que sube la colina. Unos instantes después, apareció un pequeño y ordenado pueblo . Parecía tradicional: chozas con tejados de paja, una mujer sentada junto a un telar de seda, gatos y gallinas sueltos. Todos nos fijamos en un árbol llamativo al fondo y nos preguntamos de qué tipo sería. Parecía un pino entre las enredaderas: pálido, ralo y diferente. Cuando salimos del coche, nos dimos cuenta de que no era un árbol, sino un poste de teléfono que alguien había vestido de camuflaje navideño.

En el momento justo, seis mujeres aparecieron en una plataforma baja y empezaron a bailar una danza que, según me dijeron, era más o menos tradicional. Las bailarinas eran empleadas de Haicheng, nos dijo el guía del hotel, y no vivían en el pueblo, sino en los dormitorios de los trabajadores detrás de nuestro hotel. Hacían la ruta inversa para bailar para los turistas que hacían el mismo viaje.

Lo confuso es que también vivían allí aldeanos "reales", pero de diferentes grupos culturales o étnicos que, antes de la zona, no habrían convivido en este lugar concreto. Al parecer, Haicheng los consideraba lo bastante intercambiables como para montar un

espectáculo para su clientela. El pueblo, en otras palabras, formaba parte del espectáculo. El pueblo y sus habitantes trabajaban para la ZEE de Boten.

Cuanto más mirábamos, más pruebas encontrábamos de este artificio. Haicheng había añadido piedras al suelo de la aldea, había instalado una pista de petanca y había erigido un columpio que parecía haber sido colocado allí para hacerse fotos en las redes sociales. El promotor había construido incluso un aseo que imitaba el estilo de la aldea desde fuera, pero que era con diferencia la estructura más grande del lugar, con un desagüe muy poco tradicional.

¿Dónde estábamos?

¿Qué hora era?

Volvimos al carrito de golf, un poco desinflados. Demasiado para la selva.

Luego nuestro guía nos llevó a otro lugar de trabajo, colina abajo y a la vuelta de una curva cerrada.

Alrededor de un gran lago falso -había sido excavado y rellenado con agua del río- se alzaban los cadáveres de más condominios. Más cerca de nosotros había un extraño pequeño restaurante construido al estilo de una taberna de isla griega, blanco y azul y aireado. Mykonos. En la terraza de azulejos había tres mujeres esperando, al parecer, algo. Había un apagón. No había nada que hacer. Nadie sabía cuándo estarían terminadas las viviendas junto al lago.

Dimos media vuelta, desconcertados. Antes de llegar al hotel, el conductor nos señaló una extraña y empinada colina con un árbol en la cima. Su tronco era una maraña de troncos más pequeños y sobresalía en medio de su entorno despoblado y aplanado. Según el folclore local, el árbol albergaba fantasmas y espíritus, espíritus que los promotores habían descartado hasta que murió un trabajador limpiando la zona. Tras el incidente, decidieron ir a lo seguro y dejaron el árbol en paz en la cima de la colina.

Mientras desenterraban todo a su alrededor, el pequeño árbol se enseñoreaba de la ciudad, soberano, intemporal.

- - -

Estuve en Boten apenas treinta y seis horas, pero me parecieron

interminables, y la última mañana estaba desesperada por irme. El tren no salía hasta por la tarde, así que me levanté temprano y di un último paseo por los alrededores. Para mi sorpresa, vi señales de vida. En un pequeño mercadillo, los comerciantes vendían hierbas aromáticas, frutas, verduras y cortes de carne en la parte trasera de camionetas. Habían venido del pueblo vecino, Nueva Boten, para vender sus productos. Su presencia hacía que el otro Boten, el más viejo y el más nuevo, se sintiera vivo. Parecía casi una ciudad.

Doblé una esquina y vi a unos niños pequeños jugando en la guardería de una tienda. Los únicos niños que había visto hasta entonces eran bebés pequeños atados a sus padres. En el vestíbulo de uno de los edificios de apartamentos se anunciaba una escuela de chino, pero aún no había alumnos. El portero dijo que las clases empezarían en otoño.

Fui en busca de café y encontré una tetería al lado de la calle principal. El tendero de -que también vendía suplementos de hierbas y pilas de tensiómetros- me dijo que el café que preparaba era sólo para hombres. Mentí y le dije que era para un amigo, y me dio una taza.

Luego me explicó, utilizando una aplicación de traducción de mi teléfono, que había venido de China con su mujer tras jubilarse de su trabajo en un hospital (lo que explicaba los puños). Boten era relativamente barato, hacía buen tiempo y el negocio era una forma de pasar el tiempo. Su hijo le había preguntado si quería unirse a ellos, pero él le había dicho que no se molestara. Esto era demasiado aburrido. No era lugar para jóvenes.

Caminé una manzana antes de probar el café y escupirlo. No era café. O quizá era sólo para hombres. Di otra vuelta, buscando algo, cualquier cosa que pudiera ayudarme a entender la ciudad en la que me encontraba. ¿Podría ser todo esto realmente un elaborado plan para aparcar dinero chino? ¿Alguien creía en las promesas que hacía Haicheng? ¿Pensaba realmente Haicheng que si lo construían, la gente vendría? Y ¿se preocupaba tanto el Estado chino por *este* pedazo de tierra como para invadir tan flagrantemente la soberanía laosiana, para doblegar no sólo el espacio sino también el tiempo en un experimento cuasi expansivo no probado?

La respuesta, me di cuenta, probablemente no era un simple sí, pero un *sí suficiente*. Encontré una tienda de comestibles y les supliqué que

aceptaran mi dinero laosiano a cambio de otro intento de café. Estaba bien. Café suficiente.

De vuelta a la estación de tren de Boten, crucé la carretera principal hasta lo que parecía una parada de camiones, por un camino embarrado, entre vehículos aparcados y grandes contenedores azules. Olía a ganado y a tubos de escape húmedos. Llegué a un puesto de control. Donde antes había una selva había señales de cuarentena vegetal.

Estaba en la frontera aduanera de Laos: el lugar donde las mercancías cambiaban de estado. La frontera humana, para la inmigración hacia y desde China, estaba al otro lado de la ciudad. La división de estas líneas había hecho de Boten lo que era: un lugar libre de impuestos, un lugar intermedio.

Es la disociación de personas y capital -la ficción de que se puede tener una cosa sin la otra- lo que durante siglos ha animado tantos puertos francos y zonas francas y otras extrañas jurisdicciones. Pero si los representantes de Haicheng con los que habíamos hablado estaban bien informados, la frontera humana pronto podría trasladarse aquí también. Cedería su lugar junto a la estupa dorada para facilitar las cosas a la clientela china de Boten, que podría visitar sus apartamentos en Laos, explorar la jungla laosiana, bañarse en un falso lago laosiano y ver cantar y bailar a artistas laosianos, todo ello sin cruzar a Laos, al menos no del todo.

Las dos fronteras -la de las cosas y la de las personas- se reunirían aquí, en el tren. Sería tan cómodo tenerlas de nuevo en un solo lugar .

11

Terra Nullius

Recuerda que soy tu criatura, debería ser tu Adán, pero soy más bien el ángel caído a quien expulsas de la dicha por ninguna fechoría. En todas partes veo dicha de la que sólo yo estoy irrevocablemente excluido.... Las montañas desiertas y los glaciares lóbregos son mi refugio. He vagado por aquí muchos días. Las cuevas de hielo, que sólo yo no temo, son una morada para mí, y la única que el hombre no me envidia. Aclamo estos cielos sombríos, pues son más amables conmigo que tus congéneres.

-Mary Shelley, *Frankenstein*

W

uando uno aterriza en Longyearbyen, el mayor asentamiento del archipiélago noruego de Svalbard, puede bajarse del avión e irse andando. Puede hacer autostop hasta la ciudad, o caminar por el hielo y la nieve hasta un camping cercano junto a la bahía. Vaya donde vaya, no tendrá que someterse a ningún control de pasaportes, ningún guardia armado que siga sus pasos, ninguna máquina biométrica que escanee sus dedos... sólo una terminal de aeropuerto del tamaño de un gimnasio escolar, cuya característica más memorable es un oso polar taxidermizado que lleva un cartel con los estatutos más famosos de Svalbard: Para aventurarse más allá de los límites de la ciudad, hay que respetar la naturaleza, avisar al gobierno y llevar un arma.

Svalbard -también conocida como Spitsbergen- tiene muchas más leyes. Allí no se puede nacer. Tampoco se puede morir: como el permafrost cubre toda la isla, tu cuerpo enterrado nunca se descompondrá y, tras temporadas de deshielo y congelación, puede volver a levantarse, como de entre los muertos.

El código de construcción de Svalbard es estricto por la misma razón. Hay cuarentenas draconianas para plantas y animales.

En Svalbard no hay fronteras, al menos no como en el Sur. Siempre que puedas mantenerte, puedes vivir allí sin visado, vengas de donde vengas.

Eso no convierte a Svalbard en un lugar igualitario. Los vuelos comerciales transitan actualmente por Oslo o Tromsø, por lo que los viajeros deben obtener visados de tránsito y hacer colas allí. Svalbard ofrece servicios sociales mínimos, por lo que no atraerá a los cansados, pobres y hastiados del mundo. Cuando en 2015 un político noruego de derechas se ofreció a enviar familias de refugiados al norte en lugar de alojarlas en tierra firme, no lo hizo por amabilidad.

Aun así, Svalbard es el único lugar del mundo donde puede vivir cualquiera, de cualquier parte: una zona libre para las personas, no solo para el comercio, los impuestos o las cosas. En 2019, fui allí para averiguar qué podíamos aprender de esta comunidad de veintitréscientas personas a unos cientos de kilómetros del Polo Norte. En este gélido extremo del globo no encontré una explicación lineal de cómo llegó a ser así, sino una mezcla fortuita de contingencias históricas, egos humanos y obstáculos medioambientales.

A medida que el cambio climático hace que grandes franjas del planeta se vuelvan hostiles a la vida humana, las naciones del mundo deben tomar decisiones sobre cómo acomodar a los que se quedan atrás. Una opción es levantar muros y mantener fuera a los recién llegados. La otra es derribarlos y dejarlos entrar.

Svalbard nos enseña algo más: que en las grietas del sistema de Estados-nación podemos encontrar más espacio del que creemos posible.

- - -

Si preguntas a un diplomático a quién pertenece exactamente Svalbard, te repetirá con seguridad que el territorio pertenece a Noruega, que redacta las leyes, impone el orden, construye infraestructuras y regula la caza, la pesca y la vivienda. En 2018, cuando un ruso fue sorprendido intentando atracar un banco en la ciudad, un juez noruego lo condenó, en virtud de la ley noruega, a una cárcel noruega. Durante la pandemia, las idas y venidas de la isla fueron estrictamente vigiladas por las autoridades noruegas. (El

gobernador de Svalbard es noruego. También lo son sus escuelas.

Pero el control de Noruega sobre Svalbard conlleva obligaciones recogidas en un insólito tratado de 1920, firmado en el marco de las negociaciones de Versalles que pusieron fin a la Primera Guerra Mundial.

El Tratado de Svalbard, redactado en una época en la que el mundo aún estaba plagado de lo que hoy consideramos anomalías territoriales, es a la vez de su época y está a años luz de ella. Tras la Gran Guerra, los artífices del tratado estipularon que el territorio no podía utilizarse con fines beligerantes. En un alarde de previsión, incluyeron en su texto uno de los primeros acuerdos internacionales de conservación del mundo, que convierte a Noruega en el guardián del entorno natural de Svalbard. El tratado también insiste en que el Estado no debe gravar a sus ciudadanos con más impuestos que el mínimo necesario para mantener Svalbard en funcionamiento, que hoy en día suele ascender a un impuesto sobre la renta del 8%, muy por debajo del 22% de la Noruega continental.

Pero lo más radical es que los artífices del Tratado de Svalbard impusieron a Noruega el llamado principio de no discriminación, que impide al Estado noruego tratar a los no noruegos de forma diferente a los noruegos. Esto se aplica no sólo a la inmigración, sino también a la apertura de negocios, la caza, la pesca y otras actividades comerciales. Aunque sea soberana, Noruega no puede negar a nadie el derecho a vivir y trabajar allí por razón de su ciudadanía. La combinación del control estatal con una auténtica libertad de circulación de las personas representa una forma radical de concebir la soberanía, el territorio y la migración.

Otros países no pueden reclamar formalmente Svalbard, pero sus habitantes y empresas, que son extranjeros sin culpa alguna, no deberían sufrir ninguna desventaja. Si el estatus semiautónomo de Nauru durante la mayor parte del siglo pasado se diseñó para poner los derechos de propiedad de una empresa minera australiana por encima del derecho de su población nativa al autogobierno, el acuerdo de Svalbard dio la vuelta al guión: en un lugar supervisado por noruegos, la potencia soberana estaba obligada por el derecho internacional a no tener favoritismos.

Svalbard nunca tuvo población autóctona, lo que significaba que no

había gente que explotar, ni asentamientos que desplazar, ni cultura o historia humana que pisotear. Esta ausencia de población autóctona fue sin duda un gran simplificador, y también un gran igualador: era lo más parecido a la fantasía imperial de tabula rasa, o pizarra en blanco. Sin embargo, su destino no estaba predeterminado. Se tomaron decisiones. El asentamiento podría haber sido absorbido totalmente por Noruega, dividido en dos con Rusia, supervisado por un mandato internacional o un sistema de protectorado, o dejado sin Estado para siempre.

En lugar de ello, acabó con una de las formas de gobierno más peculiares que existen en la actualidad.

Los estudiosos han propuesto, con pocas pruebas, que los vikingos navegantes avistaron Svalbard hacia 1200. Pero su descubrimiento se atribuye a Willem Barentsz, explorador holandés, durante su expedición de 1596 en busca del Paso del Noreste a China, en una época en que los embargos marítimos impedían el acceso de los barcos holandeses a gran parte del sur de Europa. Una década más tarde, en uno de sus viajes en busca del Paso del Noroeste, Henry Hudson observó grupos de ballenas nadando frente a la costa del archipiélago. Sus observaciones contribuyeron al desarrollo de la industria ballenera y, como los extranjeros buscaban ámbar gris, aceite y huesos de ballena, la fauna de Svalbard se resintió. A finales del siglo XVII, sólo la flota holandesa mataba entre 750 y 1.250 ballenas al año. En la década de 1870, la sobreexplotación había hecho estragos. El jurista Christopher Rossi describe los restos de ballenas descuartizadas que cubrían las costas incluso cuando la industria declinó: "Despojado de su economía cetológica, el interés humano por Spitsbergen fue barrido, junto con los detritus dejados por los flensers a la orilla del agua". Se dice que esas ballenas sacrificadas rondan las bahías y playas de Svalbard hasta el día de hoy.

A finales del siglo XIX, Suecia y Noruega -hasta 1904, una sola nación - intentaron afirmar su soberanía sobre el archipiélago. Pero Rusia, entonces una monarquía, se opuso. Mediante un intercambio de notas diplomáticas, Rusia y Suecia-Noruega llegaron a un compromiso, declarando el archipiélago *terra nullius*. Esto significaba que "no podía ser objeto de posesión exclusiva por ningún Estado".

Hasta 1919, Svalbard era oficialmente una tierra de nadie, una de

las últimas del mundo. Pero eso no significaba que no hubiera gente allí. A miles de kilómetros del poder, un pequeño y frío grupo de empresarios se enfrentaba a cuestiones fundamentales sobre la propiedad, la soberanía y la condición de Estado en un momento en que todas estas definiciones estaban en el aire.

- - -

El conflicto empezó, como tantos otros, con la tierra o, mejor dicho, con lo que había debajo de ella. A principios del siglo XX, buscadores de Inglaterra, Estados Unidos y Noruega encontraron vetas de carbón enterradas en el hielo de Svalbard y se lanzaron a la explotación minera. La producción y exportación de carbón se convirtió rápidamente en la principal (y única) industria viable del archipiélago. Sólo vivían allí unas pocas docenas de hombres a la vez, y su producción era modesta y estacional. Pero para cierto tipo de personas, el Ártico estaba lleno de potencial: una nueva frontera.

En los primeros años, las empresas del carbón competían entre sí por la tierra, los recursos y la mano de obra en un entorno esencialmente anárquico, clavando estacas en el suelo helado para marcar su posesión. Los altercados eran raros, pero pronto la falta de supervisión oficial se convirtió en una molestia para los propietarios de las minas. Cuando los trabajadores se declaraban en huelga, nadie sabía a quién recurrir. En una mina de carbón malograda, llamada Advent City, los gerentes ingleses intentaron pedir a la Royal Navy que interviniera en los disturbios. Más tarde, unos trabajadores noruegos descontentos se quejaron a su gobierno por el trato que recibían de un jefe estadounidense, especialmente por la comida. En ninguno de los dos casos los gobiernos hicieron mucho por ayudar.

Aun así, las naciones del mundo no perdían de vista lo que ocurría en este lugar más septentrional. Empezaron a prestarle especial atención tras la llegada de un hombre de negocios estadounidense llamado John Munro Longyear.

Longyear, que ahora da nombre a la ciudad ártica, tenía treinta y seis años y estaba recién casado cuando empezó a hacer viajes por mar desde el norte de Michigan hasta Svalbard a principios del siglo XX. Hijo de un juez de distrito, Longyear era guapo, rico, robusto y

decidido: tras una infancia de enfermedades casi constantes, había recuperado las fuerzas de joven y disfrutaba de la vida al aire libre.

Había mucho de eso en Svalbard y en Marquette, una pequeña ciudad de la Alta Península de Michigan, donde Longyear era un niño. Un gélido día de principios de 2023, visité allí los archivos de Longyear. Contemplando el Lago Superior mientras el sol se alzaba tras los enormes muelles de mineral de hierro de la ciudad, me di cuenta de que Longyear debió de sentirse como en casa en Svalbard, y que probablemente seguiría sintiéndose así si estuviera por aquí para visitarnos hoy. La sombra del agua, la brusquedad del aire, la aurora boreal que electriza el cielo invernal: estos dos lugares son de una clase, y sus habitantes de un tipo rudo y congénitamente libertario.

Longyear visitó Svalbard (entonces conocida como Spitsbergen o Spitzbergen) por primera vez en 1901 como turista, con su mujer y sus hijos. Dos años más tarde, regresó para hacer una parada de treinta y seis horas y comprobar sus perspectivas de negocio. No había mucho que ver aparte de este paisaje desolado y sublime y alguna que otra cabaña ballenera de madera. Pero estaba en su elemento y tenía la corazonada de que se podía hacer fortuna. Mejor aún: nadie sabía qué hacer con aquel lugar. Para Longyear, eso no era un impedimento, sino una invitación.

En 1904, Longyear escribió al Departamento de Estado de Estados Unidos preguntando por el estatus de las islas según el derecho internacional. En respuesta, el Secretario de Estado John Hay informó al senador de Michigan Russell Alger de las "averiguaciones de su elector en relación con las islas Spitzbergen". El secretario respondió erróneamente que "este Departamento tiene entendido que las islas Spitzbergen son reclamadas por Rusia". De hecho, como Longyear descubrió, las tierras eran todavía *terra nullius*, lo que presentaba una perspectiva aún más tentadora. Sin Estado, no había impuestos en las islas. Y sin impuestos, podía hacerse rico.

Longyear se puso manos a la obra. Junto con sus socios estadounidenses, compró terrenos y herramientas de algunas explotaciones mineras noruegas embrionarias. En los años siguientes, viajó regularmente a Svalbard, reclamando cada vez más terrenos para construir los suyos propios. Estas inversiones se constituyeron en Virginia como Arctic Coal Company en 1905, y con unos cientos de

hombres escandinavos e ingleses sobre el terreno, la empresa estableció una próspera ciudad empresarial que funcionaba todo el año.

En poco tiempo, Longyear City se convirtió en el hogar de estos hombres, pero también de caballos, vacas, cerdos y gallinas. Según la correspondencia de Longyear archivada en Marquette, las enfermedades eran raras, e incluso una mujer podía vivir allí cómodamente si era "de temperamento alegre". "La temperatura no baja tanto como en la cordillera de Masabe, en Minnesota", le dijo a un posible empleado que le había preguntado sobre la posibilidad de llevar a su mujer. "Pero la larga ausencia de luz solar es probablemente el asunto más difícil de superar. Esta oscuridad, por supuesto, es aliviada parte del tiempo por la maravillosa luz de la luna, y tengo fotografías tomadas en pleno invierno a la luz de la luna, que indican una brillantez casi igual a la luz del sol."

A medida que la Arctic Coal Company crecía, Longyear, que dividía su tiempo entre el Ártico y Michigan, empezó a considerarse una especie de emperador polar, presumiendo de ser el "Rey de Spitsbergen". La empresa contrataba jerárquicamente, con directivos ingleses y estadounidenses y trabajadores escandinavos y nórdicos mal pagados, que a menudo amenazaban con ir a la huelga. Tenía problemas con la retención de empleados: muchos hombres se marchaban tras una temporada. Aun así, cuanto más dinero invertía Longyear en sus chirriantes minas, más derecho se sentía al control político y más tiempo dedicaba a garantizar la protección de las explotaciones de la empresa.

No se trataba del Salvaje Oeste, sino de un minucioso, deliberado y embrutecedor proceso burocrático de contabilidad y documentación: . Desde el momento de su llegada, su abogado en Washington D.C., Nathaniel Wilson, aconsejó a Longyear que llevara un cuidadoso registro de sus posesiones, y que marcara y midiera los "hechos por los que demuestra su ocupación y propiedad". Pronto, le advirtió Wilson, Noruega, Suecia y tal vez Rusia entablarían serias discusiones sobre el estatus del archipiélago, y "cuando llegue ese momento, será ciertamente deseable que sus derechos estén bajo la protección de los Estados Unidos". La primera de estas conferencias sobre Spitsbergen debía celebrarse en Christiania (actual Oslo) en 1910.

Los estadounidenses en Svalbard ya se habían visto acosados por pequeñas disputas territoriales que, en el contexto de las reclamaciones de soberanía, adquirieron una dimensión política desmesurada. La némesis de Longyear, un explorador, geólogo y patriota noruego llamado Adolf Hoel, estaba empeñado en que su país afirmara su soberanía en Spitsbergen, y a su vez recurrió a su gobierno para quejarse de los cercamientos de la Arctic Coal Company. "Varios de los distritos marcados en el mapa por los estadounidenses no son en absoluto 'tierra de nadie' [sino] títulos incuestionablemente más antiguos", escribió el socio de Hoel al departamento noruego de Asuntos Exteriores, citando reclamaciones hechas ya en 1900. "Los estadounidenses simplemente han tomado posesión de ellas... como si los propietarios nunca hubieran existido".

Longyear y sus socios sostuvieron que Hoel y los noruegos de su delegación no eran hombres de negocios sino empleados del gobierno. "El gobierno noruego... había contratado a un agente en el norte del país durante todo el otoño y el invierno para cazar a los noruegos que pudieran reclamar algo en Spitsbergen y persuadirlos de que presentaran sus reclamaciones", escribió.

Longyear tenía razón. Hoel era un geólogo legítimo: había viajado con los grandes exploradores noruegos Roald Amundsen y Fridtjof Nansen, este último Premio Nobel de la Paz por su defensa de los refugiados. Pero lo que animaba a Hoel era su amor a la patria. En Groenlandia, la compañía comercial de Hoel construyó cabañas de trampeo , inspeccionó terrenos y exploró regiones poco conocidas en la década de 1920 en un intento infructuoso de establecer el dominio noruego; Hoel también estuvo detrás de la reclamación noruega sobre un territorio antártico llamado Tierra de la Reina Maud, así como de su actual posesión de Svalbard. Hoel era tan nacionalista que, durante la Segunda Guerra Mundial, le convencieron para que se uniera al Partido Nazi noruego después de que su líder prometiera incluir la colonización de Groenlandia en su programa.

Hoel, en otras palabras, era aún más descarado que Longyear, así que en el periodo previo a la conferencia internacional sobre el futuro de Svalbard, prevista desde hacía tiempo, Longyear defendió su territorio agresiva y descaradamente, con informes anuales, mapas y correspondencia enviados a Washington.

En una carta al senador Henry Cabot Lodge, Longyear pidió al Departamento de Estado que ampliara una legislación llamada Ley de las Islas Guano para incluir "el carbón y otros minerales". Esto le permitiría poner el archipiélago bajo jurisdicción estadounidense durante su ocupación, del mismo modo que el Congreso había permitido a ciudadanos estadounidenses reclamar islas deshabitadas con reservas del preciado fosfato. "Probablemente no habría objeción a tal enmienda, ya que no hay razón posible para que, si tales protecciones se extienden sobre la industria del guano, no se extiendan igualmente sobre cualquier otra empresa legítima", insistió Longyear en una carta a Lodge en octubre de 1909.

Lodge -un comprometido antiinternacionalista que bloqueó la candidatura de su país a la Liga de Naciones- se mostró comprensivo y presentó la enmienda ante el Congreso, escribiendo a Longyear a principios de diciembre: "Puede estar seguro de que tengo el asunto constantemente en mente y estoy haciendo lo que puedo". La enmienda se leyó dos veces en el Senado y se remitió al Comité de Relaciones Exteriores, pero no se aprobó.

Con esta derrota, Longyear empezó a preocuparse abiertamente por la perspectiva de vivir bajo las leyes noruegas: los elevados impuestos y las innumerables fiestas religiosas que impedían a los hombres trabajar "serían desastrosos en la brevísima temporada si se impusieran en Spitsbergen". Sobre todo, temía la posibilidad de que los intrusos se apoderaran de sus tierras y que Estados Unidos, aún poco dispuesto a involucrarse en asuntos exteriores, le dejara en la estacada.

A Longyear no le importaba que Noruega extendiera su jurisdicción policial y sus leyes penales a Spitsbergen: con las normas adecuadas, una fuerza policial podría ayudar a proteger su propiedad. Era la intromisión civil y reglamentaria lo que no le gustaba al empresario estadounidense. Tras ocho años de duro trabajo, había invertido una fortuna en el proyecto. No era un espectáculo de vanidad. Era su vocación.

Así que hizo un llamamiento a quien quisiera escucharle. En una carta a uno de los principales accionistas de una empresa de carbón anglo-noruega competidora, Longyear puso a prueba una alianza estratégica de empresarios, diciendo al ejecutivo que sospechaba que

Noruega estaba interesada en "asegurar las valiosas propiedades a los noruegos, independientemente de las reclamaciones de personas de otras nacionalidades". Longyear también protestó por la idea de los impuestos noruegos, que en su opinión "deberían ser tan limitados que no fuera posible expulsar del campo a personas que no fueran noruegas". La tasa que proponía en la carta consistía en pagar 2 céntimos por tonelada de carbón extraído, en lugar de cualquier impuesto noruego sobre las empresas.

En otra carta, dirigida a los accionistas de una empresa comercial inglesa en Sheffield con intereses en el Ártico, Longyear dijo que sospechaba que Noruega argumentaría en la conferencia propuesta que "al ser una Tierra de Nadie, no hay títulos en Spitsbergen. Esto, por supuesto, privaría a su compañía y a la nuestra de todo título sobre las propiedades en las que hemos gastado nuestro dinero, y le escribo para sugerirle que, si es posible, consiga instrucciones de su gobierno para que su representante en la conferencia insista en el reconocimiento de tales títulos por ocupación, trabajos de desarrollo, etc., que puedan ser debidamente probados por súbditos británicos."

Cuando en 1909 diplomáticos noruegos y suecos hicieron una propuesta para prohibir las armas de fuego y proteger a los animales salvajes de las islas, Longyear y sus socios se opusieron con vehemencia. Necesitaban armas para cazar. Necesitaban armas para protegerse.

Longyear llegó incluso a proponer al gobierno de Estados Unidos su propio plan de gobierno, una especie de ciudad autónoma: que la región fuera gestionada por una empresa privada, registrada en Estados Unidos o Gran Bretaña, y capitalizada con un total de 10 millones de dólares de los países interesados. Naturalmente, él, sus socios y su Arctic Coal Company controlarían un tercio de las acciones. Según su plan, el territorio seguiría abierto a todas las nacionalidades, y la corporación supervisaría funciones gubernamentales como la regulación de la caza y la pesca, la gestión de las prisiones, la administración de tierras y bienes inmuebles, y la limitación de la venta de alcohol (para disuadir a los mineros de emborracharse y trabajar menos).

El abogado de Longyear fue más circunspecto en su respuesta. Señaló que si los accionistas optaran por liquidar sus activos, otro país

podría hacerse fácilmente con el control. Además, la empresa podría adquirir la mayoría de las acciones, convirtiendo Svalbard en una dictadura empresarial de la noche a la mañana.

Noruega, por su parte, se acercaba cada vez más al control político. Construyó la primera estación telegráfica en Svalbard en 1911, estableciendo el control sobre una infraestructura de telecomunicaciones crucial; dos años más tarde, un decreto papal unió el archipiélago "al vicariato apostólico de Noruega", sugiriendo un derecho de procedencia más divina.

Las negociaciones en Christiania fueron y vinieron sin una decisión final, pero la Casa Blanca empezó a tomarse más en serio las propuestas de Longyear. En su Discurso sobre el Estado de la Unión de 1912, el presidente Taft se refirió a la situación, señalando que "la gran preponderancia de los intereses materiales estadounidenses en la isla subártica de Spitzbergen... impulsa a este Gobierno a un continuo y vivo interés en... el gobierno político y la administración de esa región".

Envalentonado, Longyear se presentó en las conversaciones (a las que no había sido invitado) y merodeó por el vestíbulo del hotel de los delegados. En un último esfuerzo, invitó a los diplomáticos a una excursión en yate por Spitsbergen para mostrarles a qué se enfrentaban: "Pensar que llevar a un montón de diplomáticos sibaritas a un crucero por el Océano Ártico en un viejo ballenero podría haberles puesto en disposición de 'empapar' a la empresa", escribió.

Pero antes de que nadie pudiera decidir nada, estalló la guerra. Entre otras cosas , la exportación de carbón se hizo más complicada, ya que el suministro y el paso seguro de los barcos no eran fiables. También era casi imposible comprar dinamita, piezas de repuesto para las máquinas alemanas e inglesas y ciertos alimentos.

En 1915, un torpedo alemán hundió el buque turístico *Lusitania*. A bordo iba Scott Turner, secretario de la Arctic Coal Company, que se dirigía a Spitzbergen. Turner sobrevivió milagrosamente, pisando el agua durante horas, y más tarde restó importancia a su "experiencia bastante dura". En cartas, parecía excesivamente preocupado por haber perdido los "registros privados, notas y memorandos" de su empresa. En septiembre de ese año, la Arctic Coal Company interrumpió sus operaciones, y un agotado Longyear se marchó tras

extraer 217.000 toneladas de carbón del suelo helado.

Tras algunas idas y venidas con posibles compradores, Longyear vendió la Arctic Coal Company a una empresa noruega, Store Norske Spitsbergen, por 2 millones de dólares en 1916. "En el futuro, el escritor echará de menos los frecuentes viajes a Noruega, pero recordará las agradables relaciones comerciales con usted", escribió a su banquero en Trondheim. Políticamente, Svalbard permaneció sin gobierno hasta la Conferencia de Paz de París, cuando los Aliados aceptaron la oferta de Noruega de convertirse en el soberano oficial y pleno del archipiélago.

No fue una negociación difícil. Al parecer, estaban tan desesperados por establecer su propia legitimidad soberana que cedieron el territorio con la esperanza de obtener el reconocimiento diplomático de Noruega. El tratado entró en vigor en 1925 y, con el tiempo, lo firmaron cuarenta y seis países, entre los que destaca Corea del Norte en 2016.

Hoy en día, el Tratado de Svalbard se celebra por su longevidad, su espíritu de cooperación y su carácter integrador. Todo ello por una buena razón: en el mundo en que vivimos, es un milagro que exista un lugar al que todos puedan ir.

Pero considerar la anómala gobernanza de Svalbard como un triunfo del internacionalismo es ignorar la influencia de Longyear en la política exterior de Estados Unidos, incluso cuando él mismo abandonó el lugar. Los diplomáticos estadounidenses llegaron a las conversaciones de paz decididos a conseguir dos cosas: una, evitar cualquier responsabilidad fiscal o política sobre las islas; y dos, garantizar que se respetarían los intereses privados de Estados Unidos y se defenderían sus propiedades, independientemente de la administración que asumiera el poder. Esto era exactamente lo que quería Longyear. La recomendación del hombre de negocios - "que el único interés de EE.UU. es velar por que los intereses de sus ciudadanos estén debidamente protegidos, etc.- fue adoptada.

En una carta enviada desde el Château de Crillon, París, el 19 de noviembre de 1919, Fred Kenelm Nielsen, representante de Estados Unidos en Versalles, comunicó a Nathaniel Wilson, abogado de Longyear, que su delegación había zanjado definitivamente el asunto. "En caso de que los intereses en Spitzbergen que usted protegió fueran

todavía de propiedad estadounidense, creo que habrían quedado completamente salvaguardados por el Anexo de este Tratado", escribió Nielsen. "Espero alejarme de este lugar en unas dos semanas".

Los sucesores de Longyear no tendrían barreras para abrir un negocio en Svalbard. No pagarían impuestos elevados ni se les confiscarían sus bienes por venir del lugar equivocado. Podrían -*tendrían* que- traer sus armas. Y, por una vez, todos los demás se beneficiarían también de estos privilegios.

Un tratado entre Estados no es un asunto sencillo. Absorbe todo un mundo de contingencias. El Tratado de Svalbard fue, sin duda, producto de su tiempo y su lugar, pero también de las ambiciones de un michigan rudo y testarudo decidido a proteger su propiedad: en otras palabras, lleno de las desordenadas realidades que aún rigen nuestro mundo.

Así que, lejos de ensombrecer el pequeño milagro que representa Svalbard, he optado por animarme con la historia de cómo una ciudad empresarial puede convertirse en una comunidad abierta.

He dedicado gran parte de este libro a documentar cómo consultores, abogados, financieros y otros mercenarios de guante blanco han tallado el espacio físico y virtual por encima, por debajo y entre las naciones para que las empresas puedan enclaustrarse y crecer de formas contrarias a la prosperidad humana.

Svalbard sugiere que, de esa oscuridad, podríamos sacar algo de luz: *post tenebras lux*.

- - -

Aterricé en Svalbard por motivos muy distintos a los de Longyear. Un amigo de la universidad y su pareja estaban de visita desde Boston, y después de oírme quejarme de mis dificultades para solicitar la tarjeta verde estadounidense -el interminable papeleo, los agonizantes retrasos, la caja negra de los Servicios de Ciudadanía e Inmigración de Estados Unidos y, sobre todo, la sensación de no pertenecer del todo al lugar que he llamado hogar desde que cumplí dieciocho años-, mi amigo me preguntó si había oído hablar de Svalbard.

Lo había hecho, pero nunca me había parecido un lugar en el que la

gente viviera de verdad. La pareja de mi amigo bromeaba diciéndome que me trasladara, como había hecho un amigo suyo del instituto.

Leí Wikipedia, hojeé algún que otro artículo académico y pasé por alto un par de artículos sobre una cámara acorazada en las islas que alberga especímenes de casi un millón de variedades de semillas. Supuse que sería como el retrato de la Antártida que hizo Werner Herzog en su documental *Encuentros en el fin del mundo*: gobernada por un sistema de tratados internacionales, pero cerrada, llena de científicos y hogar de al menos un pingüino gay. (Spoiler: no hay pingüinos al norte del ecuador).

Aun así, pospuse ir. Nunca me he considerado una persona polar. Me parecía que era otro tipo de animal: rudo, directo, de nervios fuertes y dispuesto a soportar retos físicos. Australiano, tal vez, y más alto. Barbudo, si era hombre. Probablemente rubio.

Yo -pequeña, oscura, a menudo ansiosa y normalmente fría- tengo pocas de estas cualidades polares. Pero tenía ganas de aventura y, cuando por fin me concedieron la tarjeta verde, solicité una residencia artística para navegar por Svalbard durante dos semanas.

Partimos de Longyearbyen, que no se parecía en nada a lo que esperaba. La ciudad, quizás obviamente, tiene muchas cosas normales: carreteras, un supermercado, museos, un veterinario para todos los perros de trineo. Su centro es una pequeña franja de tiendas y coloridos edificios prefabricados. Longyearbyen no tenía nada de especial -incluso feo-, salvo por el espectacular telón de fondo de montañas con nombres como Sukkertoppen, Gruvfjellet y Trollsteinen. Se parecía a Marquette, Michigan, ¿o es que Marquette se parecía?

Las pruebas de la política de fronteras abiertas de Svalbard son sólidas, pero sutiles. En el momento de mi visita, vivían allí personas de cincuenta y tres nacionalidades, entre ellas una importante población tailandesa y filipina y montones de jóvenes mochileros (aparentemente todos polares) de todo el mundo, que acudían sobre todo a trabajar en el sector turístico. Según el gobernador de Svalbard, el 37% de la población de Longyearbyen era extranjera. Menos que en Ginebra, Dubai o incluso Singapur. Pero si tenemos en cuenta lo que cuesta ir a Svalbard y ganarse la vida, parece más.

La líder de nuestra expedición -llamémosla Anna- era exactamente como me imaginaba a una persona polar. Justa y ágil, con las mejillas

bronceadas por el sol y los ojos azules como el hielo de los glaciares, pasa gran parte de su tiempo en los barcos, pasando los meses del verano boreal en el Ártico y los del verano austral en la Antártida, un patrón migratorio comparable al del charrán ártico, un ave que recorre el globo para perseguir al sol. Nuestro barco era el *Antigua*, y en él dormíamos, trabajábamos y comíamos. Los horarios de las comidas, regulares hasta el punto de ser militares, nos mantenían a raya en la interminable luz del día. Pronto aprendimos que la experiencia de visitar el Ártico depende en gran medida de la estación, el tiempo y el espesor y deshielo del hielo, que puede inmovilizar las aguas durante meses.

Lejos de un monocromo gélido, el paisaje puede ser variado y lleno de vida. Nuestra primera parada fue Gnålodden, un lugar de desembarco en Hornsund, un fiordo en el que anclamos tras un día mareado. Una lancha Zodiac nos llevó a la orilla, al pie de una montaña musgosa, donde unas pequeñas gaviotas blancas llamadas kittiwakes parloteaban sobre cascadas y hielo crepitante. No había ningún olor perceptible, salvo un tufillo ocasional a marga. El suelo bajo mis zapatos estaba húmedo y blando, con la nieve derretida escurriéndose entre las rocas y los racimos de flores moradas.

De vuelta al mar, estábamos dentro de las aguas territoriales de Svalbard y, un siglo después, plenamente sujetos al tratado de 1920. Pero más allá de las doce millas náuticas de la costa, en lo que normalmente sería la zona económica exclusiva de Noruega, los gobiernos no se ponen de acuerdo sobre el carácter noruego -o no- de las aguas y su contenido. La normativa marítima puede ser compleja, pero los desacuerdos, no muy distintos de los que existen sobre la Constitución de Estados Unidos, se centran esencialmente en si el Tratado de Svalbard es un documento vivo. Los noruegos sostienen que cualquier zona que no se mencione explícitamente en el tratado pasa por defecto a la soberanía noruega ordinaria. Críticos como Rusia y España afirman que debe prevalecer el espíritu del Tratado, es decir, el principio de no discriminación.

La razón de que esto sea algo más que una disputa abstracta es que en 1969 Noruega descubrió petróleo en el Mar del Norte. Más recientemente, los cangrejos de las nieves, huyendo del calentamiento de las aguas, emigraron hacia el norte, lo que atrajo de nuevo la

atención sobre el Tratado de Svalbard. En enero de 2017, los guardacostas noruegos retuvieron en el puerto de Svalbard a un arrastrero letón, el *Senator*, por colocar veintiséiscientas trampas para cangrejos. El barco alegó haber obtenido un permiso de la Unión Europea, pero Noruega insistió en que solo ella tenía jurisdicción para repartir licencias. El caso llegó al Tribunal Supremo noruego, donde los once jueces fallaron a favor de Noruega y en contra del arrastrero.

Pero no se trataba sólo de marisco. El cangrejo de las nieves es una especie sedentaria que no suele desplazarse mucho durante su corta vida. Eso significa que no se regulan como los peces, sino como los minerales. Los cangrejos de las nieves eran un sustituto del petróleo.

El caso está resuelto, pero quizá no por mucho tiempo. Al tratarse de una sentencia nacional, queda abierta la posibilidad de que otro Estado demande a Noruega en un tribunal internacional para decidir quién puede reclamar la propiedad de los recursos de Svalbard.

Todo esto mientras John Munro Longyear se revuelve en su tumba.

En el mundo moderno, el concepto de soberanía estatal rige nuestra forma de gobernar. Es una invención humana: el establecimiento de fronteras, el ejercicio del poder, la decisión de quién pertenece a quién. Pero en el Ártico, como en cualquier lugar remoto, es obvio que en realidad no estamos al mando. No tenemos privilegios especiales ni inmunidades diplomáticas en espacios donde la naturaleza dicta las reglas.

Resulta especialmente absurdo imponer la construcción del Estado-nación, lo que con sus leyes y reglamentos, a algo tan salvaje, tan revoltoso. El paisaje de Svalbard ignora cualquier concepto de fronteras nacionales, de tiempo industrial o de política tal como la conocemos. No somos sus ciudadanos, residentes o habitantes. Tan al norte, todos estamos a su merced. Somos sus huéspedes.

- - -

Svalbard siempre ha sido un lugar para los superlativos. Fue escenario de la batalla más septentrional de la Segunda Guerra Mundial, tras la cual se evacuó a gran parte de su población. Hoy, Svalbard cuenta con el pub más septentrional del mundo, la bodega

más septentrional, el semanario alternativo más septentrional y el festival de jazz más septentrional. Un artista viajó hasta aquí para hacer la tostada más septentrional del mundo, una metáfora del cambio climático, el capitalismo o algo así.

Svalbard también alberga la estatua más septentrional de Vladimir Lenin: un símbolo de las desvanecidas ambiciones soviéticas, así como del principio de no discriminación en funcionamiento. Noruega posee todos los bienes inmuebles de Svalbard, salvo los asentamientos que pertenecen a una empresa estatal rusa del carbón, Arktikugol. El tratado concedía a la Unión Soviética (y ahora a Rusia) el derecho a mantener una presencia comercial en el archipiélago siempre que se atuviera a la legislación noruega; como la URSS no podía colonizar una ciudad directamente (debido a la reclamación de Noruega, ahora reconocida internacionalmente), se impuso en su lugar con la industria estatal.

La presencia de rusos ha sido polémica desde el siglo XVII, cuando los cazadores rusos, conocidos como pomors, vivían junto a los balleneros holandeses, instalándose durante meses y volviendo a casa para vender sus pieles de zorro, reno, oso polar y morsa. Más recientemente, los rusos estuvieron a punto de poner a prueba la apertura del espacio aéreo de Svalbard cuando Andrey Yakunin, hijo de un estrecho colaborador de Vladimir Putin, fue detenido por sobrevolar el archipiélago con un dron durante un viaje en yate polar en 2022. Como parte del paquete de sanciones contra Rusia tras la invasión de Ucrania, Noruega aprobó una ley que prohíbe a los ciudadanos rusos volar drones en su espacio aéreo; Yakunin, que tiene doble nacionalidad, alegó que no actuaba como ciudadano ruso sino como británico. El caso fue finalmente desestimado porque la norma no se aplicaba a los aficionados a los drones como Yakunin, que se filmaba a sí mismo navegando, haciendo senderismo y montañismo. En diciembre, Yakunin fue declarado hombre libre y regresó a su país, Italia.

Mientras tanto, un pequeño número de rusos y ucranianos pueblan los asentamientos ex soviéticos de Svalbard, conviviendo mientras sus compatriotas lanzan bombas. Una de las ciudades de la empresa Arktikugol, Barentsburg, fue fundada por los holandeses y vendida a la URSS en 1932, destruida por los nazis en 1943 y reconstruida en la

década de 1970. Hoy tiene unos 450 habitantes y un sector minero en declive. Barentsburg está a tan solo treinta y cinco millas de Longyearbyen, pero solo es accesible en barco, moto de nieve o helicóptero. En 2014, *The New York Times* la describió como "sombría", y una década antes, un tribunal noruego condenó a un asesino de allí a solo cuatro años de prisión, razonando que las condiciones ofrecían "circunstancias atenuantes a favor del convicto." No visitamos Barentsburg.

Pyramiden, en cambio, no tiene ninguno de estos problemas: es prácticamente una ciudad fantasma desde 1998. Llegamos allí a los doce días de viaje, y fue el primer signo de vida humana que vimos desde que zarpamos en el *Antigua*, salvo algunas cabañas de tramperos en ruinas, una de las cuales había sido destruida por un oso polar. Cuando pisé el decrépito muelle, un tablón de madera podrida se desplomó y casi me arranca un tobillo. A lo lejos, los túneles de carbón elevados sobre el permafrost serpenteaban por el pico que da nombre a la ciudad, pasando junto a las palabras "Mirni Mir" (Paz en la Tierra) pintadas en letras cirílicas blancas en la ladera de la montaña.

En la actualidad, Pyramiden -o Pyramida, como la llaman los rusos- sólo cuenta con un puñado de habitantes, pero durante décadas fue una próspera ciudad soviética. Entre los restos en ruinas de su infraestructura minera, la clásica arquitectura soviética y algunos monumentos sorprendentemente resistentes (incluido Lenin), se pueden ver indicios de cómo prosperó. A diferencia de otros asentamientos del archipiélago , Pyramiden presume de césped, con tierra que el gobierno soviético envió desde el continente. La ciudad tiene un antiguo invernadero donde crecían tomates, pepinos y verduras; un establo para el ganado importado; un parque infantil; y dormitorios para los trabajadores, donde todavía hay neveras en los alféizares de las ventanas.

Con el paso de los años, la mala gestión y la disminución de las reservas de carbón -por no hablar de la caída de la URSS- provocaron la huida de los residentes. En 1996, un accidente aéreo causó la muerte de más de un centenar de habitantes y obligó a muchos más a marcharse. La mayoría no se molestó en llevarse sus pertenencias, así que parecía como si los habitantes de Pyramiden se hubieran

evaporado, dejando atrás sus muebles, ropa, libros y herramientas. Lo más inquietante de Pyramiden en la actualidad es la enorme colonia de gaviotas tridáctilas que se han instalado en las ruinas y chillan a todas horas mientras construyen nidos y alimentan a sus crías.

Bajo su estruendo, la ciudad estaba experimentando el comienzo de un renacimiento. Mientras paseaba por el centro recreativo soviético casi abandonado, con cancha de baloncesto, cine y salas de música con pianos desafinados, baterías rotas y partituras en ruso de canciones de Wings, el grupo de Paul McCartney, me encontré con cuatro jóvenes con casquetes. Les pregunté en ruso cómo habían llegado hasta aquí; me contestaron que eran albañiles de Tayikistán que habían llegado en un vuelo chárter desde Moscú que vuela cada pocos meses (evitando así la obligación de visado de tránsito noruego). Les contrataron para restaurar algunos edificios. Aquí se está muy solo, dijo uno de ellos.

Los constructores convivieron con un pequeño grupo de hipsters rusos emprendedores que organizan visitas guiadas para sacar partido del kitsch soviético y el espeluznante atractivo de Pyramiden como ciudad fantasma. Hay un hotel, Tulpan (Tulipán), con un bar que sirve Negronis (los más septentrionales del mundo) y vodkas infusionados con arándanos, jengibre y rábano picante locales mientras proyecta imágenes en blanco y negro de la ciudad en décadas pasadas. Es fácil imaginarse barcos llenos de turistas llenando Pyramiden, o al menos este bar, dispuestos a soltarse, como nosotros, tras largos días en el mar. Es difícil no resentirse de antemano con ellos por arruinar algo tan perfectamente arruinado.

- - -

Pocos días antes del final de nuestro viaje, la expedición desembarcó en Sarstangen, un trozo de playa que se adentraba en un mar cristalino con una paleta de azules y blancos -mar, hielo, nubes y cielo- que se extendía hasta el horizonte. Si no fuera por el hedor de una colonia de morsas cercana, sería como una caricatura del paraíso. Pero entonces miré hacia abajo: el suelo estaba cubierto de basura.

Los desechos de la humanidad se presentaban en todas las formas,

colores y texturas: redes de pesca amarillas, latas oxidadas, envoltorios de caramelos rosas, un televisor negro. Recogimos todo lo que pudimos y llenamos bolsas blancas que arrastramos por la arena hasta nuestras zodiacs para dejarlas en Longyearbyen. Nos distraía tanto que no podíamos levantar la vista. Incluso sin el espectáculo de la basura ártica, nos topamos con el daño humano en cada parada: glaciares que se desprenden como si se les cayeran los dientes, sus costas que retroceden como encías enfermas.

Parte de la basura procedía de los barcos pesqueros, o de otros lugares. Pero el problema del turismo excesivo en Svalbard es bien conocido. Hoy en día, viajeros de todo el mundo van a Svalbard por lo que se ha dado en llamar turismo de última oportunidad: el deseo de ver osos polares, glaciares e icebergs antes de que desaparezcan. Hasta 2024, cuando la legislación limitó a doscientas las personas permitidas en los cruceros, los pasajeros descendían sobre Longyearbyen, duplicando a veces la población de la ciudad en cuestión de horas. A su paso, dejaban un rastro de basura.

El turismo, como antes la caza de ballenas y el carbón, es una industria lucrativa que no puede seguir creciendo indefinidamente. Sólo que esta vez, en lugar de que los hombres de frontera actúen en gran medida solos, la toma de decisiones corre a cargo de un gran número de personas. Svalbard puede parecer una fantasía libertaria de fronteras abiertas, autosuficiencia y bajos impuestos, pero la gestión de una sociedad así requiere una sorprendente cantidad de gobierno.

La máxima autoridad de las islas es el *sysselmesteren* o gobernador de Svalbard, nombrado por el gobierno central de Oslo. El cargo -una combinación de jefe de policía, portavoz y cónsul general- es un poco como ser sheriff en el Salvaje Oeste. "Nunca pensé que tendría que aprender a usar un rifle y un teléfono por satélite para mi trabajo", me dijo Kjerstin Askholt, entonces gobernadora, mientras recorríamos los pasillos de su despacho (según la tradición local, que se remonta a la época de las minas de carbón, me quité los zapatos al entrar y realicé la entrevista en calcetines de estampado hawaiano).

Decía que su oficina gestionaba operaciones de búsqueda y rescate, detenía a conductores ebrios y conductores de motos de nieve, y de vez en cuando oficiaba bodas. También expulsaba a personas al continente tres o cuatro veces al año si no tenían hogar, estaban

enfermas o arruinadas. "Esta no es una sociedad que va de la cuna a la tumba", me dijo un colega de Askholt.

En Longyearbyen también hay un alcalde y un consejo municipal elegidos democráticamente por los residentes, que supervisan la escuela, las carreteras, la gestión de residuos y otros asuntos municipales. Askholt dijo que la oficina del gobernador estaba trabajando con el consejo y con las empresas turísticas para hacer recomendaciones a Oslo sobre cómo gestionar la avalancha de llegadas, pero que la decisión final se tomaba en tierra firme. Lo que más le preocupaba era la escasa regulación sobre quién podía dirigir las visitas. "Hace unos años, seis turistas saudíes contrataron a un guía que les llevó con un arma pero sin licencia", recuerda. "Creyeron ver un oso polar, pero como el guía no estaba titulado, arrojó el arma, se marchó y les dijo a todos que corrieran para salvar sus vidas". Y añadió: "Encontramos a seis turistas saudíes muy fríos unas horas más tarde. Este es el tipo de cosas a las que hay que poner fin". Askholt no criticó la diversidad de Svalbard, pero sí señaló, refiriéndose a un libro blanco del gobierno, que asegurarse de que los noruegos no son superados en número aquí es una prioridad nacional. Está claro que Noruega quiere evitar gobernar una comunidad formada mayoritariamente por no nacionales. "Lo que más nos importa es proteger la naturaleza y mantener la comunidad noruega en Svalbard", declaró.

En una zona libre de personas, la creación de incentivos es compleja: si se hace atractiva la vida en Svalbard -con buenas escuelas, por ejemplo, o mejores viviendas- no hay forma de garantizar que sean noruegos los que vengan. Al mismo tiempo, Svalbard sólo puede acoger a un número limitado de personas. El resultado, que puede justificarse fácilmente con el mandato del tratado de bajos impuestos, es que el gobierno noruego proporciona lo menos posible: a diferencia del continente, las islas tienen prestaciones sociales mínimas. Y eso, a su vez, conforma el espíritu de Svalbard, para bien o para mal. "Mucha gente viene aquí con distintos tipos de sueños y visiones, y no siempre les va bien", afirma Askholt. "Venir de tantos países dice mucho de la clase de persona que eres. Tienes que tener algo dentro".

O tal vez sea en Svalbard donde hay que buscarla. En pleno verano,

mis compañeros y yo nos desnudamos y saltamos al mar desde el costado del barco. El agua no es como otras aguas frías: ni el gélido Atlántico Norte, ni una ducha helada, ni siquiera la piscina fría de una casa de baños rusa. Está tan fría que no registra temperatura alguna. Nadar en el Ártico no tiene sentido. Te hace sentir ingrávido, como si hubieras nacido de nuevo. Cuando sales del agua, te sientes diferente: polar.

- - -

Cuando embarqué en el *Antigua*, había algunas cosas importantes que aún no sabía.

No sabía que seis meses después, la perspectiva de estar hacinado en un pequeño barco con una docena de artistas me parecería inconcebible (por no decir antihigiénica). No sabía que, por ello, acabaría escribiendo y relatando gran parte de este libro de forma bastante extraterritorial, desde las profundidades de mi sofá.

Tampoco preveía que, durante ese periodo, viviría en varios estados de liminalidad: antes, durante y después del nacimiento de mis dos hijos, nacidos con dos años de diferencia durante la pandemia. Durante esos años, el tiempo se torció, las fronteras se desterraron, el espacio se redibujó y las reglas de la vida ordinaria se suspendieron. Esta vida tenía algo de liberador: no era libertad ni mucho menos, pero sí una especie de indulto de las rutinas cotidianas.

Otra cosa que no sabía: Mary Shelley había basado las cartas iniciales de Frankenstein en los relatos de exploradores polares que perseguían la misma "luz eterna" en la que yo me sumergí aquel verano en la cubierta del *Antigua*. Aunque es difícil saberlo con certeza, algunos estudiosos creen que fue el viaje de Constantine Phipps el que más influyó en la escritura de Shelley. Phipps había hecho un viaje a Spitsbergen para encontrar el Paso del Noroeste y estudiar el magnetismo terrestre. Eso fue en 1773, mucho antes de que Svalbard fuera noruega, antes de que Noruega fuera un Estado propio.

Frankenstein; or the Modern Prometheus es una novela epistolar narrada a través de las cartas del explorador polar Robert Walton. Walton (un escritor fracasado, debo señalar) trabaja en un barco que ve interrumpido su viaje al quedar inmovilizado por el hielo. Grandes

placas de hielo "cerraban el barco por todos lados, apenas dejándole espacio en el mar en el que flotaba", escribe Walton, en una carta a su hermana. "Nuestra situación era un tanto peligrosa, sobre todo porque nos rodeaba una niebla muy espesa".

Lo mismo le ocurrió al *Antigua* cerca del final de nuestro viaje. Mis compañeros y yo permanecimos en cubierta unas horas. Cuando quedó claro que el barco no podía avanzar más, salimos en zodiacs. Yo admiraba a los patos árticos y el reluciente paisaje azul mientras mis compañeros filmaban espectáculos artísticos y estudiaban la estructura de los icebergs.

Entonces nuestro capitán cambió el itinerario y nos dirigimos al sur. En la novela, el capitán de Walton decide esperar. Es entonces cuando comienza la historia de fantasmas.

Desde la cubierta, Walton divisa a lo lejos a un extraño que se acerca en un trineo bajo tirado por perros. Los miembros de la tripulación quieren llamar su atención, pero antes de que tengan ocasión, desaparece en la brillante extensión polar. A la mañana siguiente, aparece otro trineo tirado por un perro solitario sobre un gran fragmento de hielo roto. El pasajero, recuerda Walton, no era "un salvaje habitante de alguna isla por descubrir" como la primera figura que habían visto. Era Victor Frankenstein, el creador del monstruo, y estaba demacrado, congelado y medio loco.

Reconociéndole, no obstante, como un compañero de viaje, la tripulación le invita a subir a bordo y, tras recuperar algunas fuerzas, Frankenstein les cuenta la historia de su febril descenso hacia la creación y el arrepentimiento: de su idílica educación a orillas del Léman y su amada familia; del nacimiento del monstruo y su posterior desaparición; de su propio regreso a su ciudad natal de Ginebra; y de su último encuentro con la criatura en el Mer de Grace (mar de hielo) bajo "el supremo y magnífico Mont Blanc". Victor Frankenstein muere a bordo del barco de Walton, exhortando a su anfitrión a terminar el trabajo y matar al monstruo. Se encuentra atrapado en un bucle mortal creado por él mismo.

La segunda mitad del libro narra la misma historia desde el punto de vista de la criatura: desde su nacimiento en la residencia de estudiantes de Frankenstein en una pequeña ciudad alpina cerca de Ginebra, donde persigue a la familia de su creador, hasta el Polo

Norte. Allí irrumpe en el barco, visita el cadáver de Victor, expresa su arrepentimiento por sus asesinatos y errores, y declara sus intenciones de quitarse la vida en el fuego y "exultar en la agonía de las llamas torturadoras".

Leí *Frankenstein* por primera vez en la escuela secundaria. Recuerdo haber aprendido las preocupaciones de Shelley: los peligros del conocimiento y el impulso de jugar a ser Dios; la fijación romántica en lo sublime; las críticas al colonialismo, la modernidad y la masculinidad. Recuerdo a nuestro profesor australiano diciéndonos que miráramos por la ventana las montañas que inspiraban la acción y el lago del que brotaba la imagen del monstruo. En aquel momento era una curiosidad, que sólo tenía sentido dentro de los confines de la clase de inglés.

Releyendo el libro al final de mi propio viaje por el mundo oculto, se me ocurrió que *Frankenstein* es también un libro sobre lugares que no encajan del todo. La novela, como recordarán, fue escrita en las inquietantes orillas del lago Lemán. Su protagonista, Victor Frankenstein, guarda sus secretos y pierde la razón. Su creación, fuente de todos sus males, se compone de partes del cuerpo procedentes de distintas personas y lugares; es un extraño, un inmigrante, un apátrida, un indeseado. Y desde el laboratorio donde se concibió el monstruo hasta el barco que cruzó en sus últimas horas, sus escalas corresponden a la idea de "heterotopía" del filósofo Michel Foucault: "una parte flotante del espacio, un lugar sin lugar, que vive por sí mismo, encerrado en sí mismo y al mismo tiempo posado en el océano infinito".

Pero hay más. Shelley deja claro que este monstruo no es, como muchos querrían, una criatura malvada. Tampoco es especialmente bueno. La creación de Frankenstein es como él: un hombre que busca un amigo y un lugar al que llamar hogar, pero que no lo consigue una y otra vez por causas ajenas a su voluntad.

Como el monstruo, los lugares a los que he viajado son compuestos. Y como el monstruo, son producto del colonialismo, el capitalismo, la tecnología, la megalomanía y una pizca de alquimia. En conjunto, estos lugares son mucho más que la suma de sus partes. No pueden reducirse por completo a decisiones políticas aisladas, a personas concretas o a ideologías claras. No creo que puedan considerarse

definitivamente buenos o malos. Como el mundo visible de carne, hueso y sangre, son lo que son.

Lo que estos lugares ofrecen es una forma alternativa de ver, y una nueva comprensión de por qué y cómo construimos el mundo de la forma en que lo hicimos, a imagen de quién y con qué reglas. Al revelarse como excepcionales, estas quimeras nos empujan a preguntarnos qué hay de normal en todo y en todos los demás.

No es casualidad que iniciara mis exploraciones en una ciudad refugio y una ciudad de agujeros. Y tampoco es casualidad que esta búsqueda me llevara hasta el Alto Ártico: un lugar que nos pertenece a todos. El monstruo de Frankenstein recorrió este camino después de que la ciudad refugio, y el mundo que la rodeaba, lo desecharan. Entonces y ahora, es el único lugar que le queda .

Agradecimientos

No podría haber hecho esto sin Joe Bernstein: #Padre, esposo, amigo, editor y psiquiatra suplente número uno (lo siento). Os quiero. Un agradecimiento especial a mi madre, Irene Abrahamian, por Ginebra, y por todo lo demás.

Estoy muy agradecida a Kian y Adi, y a todas las personas que cuidaron de ellos -y de nosotros- a lo largo de los años: Irene Abrahamian, Stephanie Bernstein, Henry Winokur, Melyne Tcha, Mihran Abrahamian, Ellie Payne Smith, Matt Berry, Sarah Bernstein, Ervand Abrahamian y Molly Nolan. Gracias también a los profesores del CDC-Forest de Ann Arbor y al personal de la guardería Le Paradis des Anges de Park Slope, Brooklyn. Escribir sin guardería es difícil; hacer reportajes internacionales, imposible.

Gracias a Sarah Leonard y a nuestras continuas colaboraciones (y viajes). A Caroline Bankoff, Kate Duguid y Jason Holloway, la vaina pandémica que nunca se separó. A Katie Baker y Max Strasser, por vuestra amistad y por cuidar del fuerte cuando estábamos fuera. A Lynette Clemetson, al personal de Wallace House y a todos los becarios Knight-Wallace 2022-23 de la Universidad de Michigan, por un año transformador, y a la difunta Alice Simsar, a quien tuvimos tanta suerte de tener como vecina en Baldwin Place.

Gracias a la Fundación Whiting, la Fundación Robert Silvers y New America por su generoso apoyo a este proyecto, así como a la beca Arctic Circle por el inolvidable viaje a Svalbard. Gracias al Potato Barn y a todos los que alguna vez me prestaron un escritorio, y a James Ryan y al Centro Kevorkian de la NYU por ayudarme a conseguir acceso a la biblioteca.

Doble agradecimiento a Linda Kinstler y Don Herzog, mis primeros lectores. Sabía que lo entenderían. Gracias a todos los académicos con

los que hablé, pero especialmente a Jatin Dua, Sam Weeks, Patrick Neveling y Dara Orenstein, que fueron increíblemente generosos con su tiempo y sus conocimientos. Y gracias a los editores con los que he trabajado en historias que han dado lugar a este libro: David Wolf y Jonathan Shainin, que se arriesgaron con una extraña propuesta sobre Luxemburgo para *The Guardian*; David Marcus, Chris Shay, el personal y los becarios de *The Nation*, y Katrina vanden Heuvel, por darme tiempo para viajar a Svalbard y espacio para escribir largo y tendido; Emily Greenhouse y Andrew Katzenstein, de *The New York Review of Books*; Michelle Legro, Jillian Goodman y Suzy Hansen.

Gracias a todos mis amigos -ya sabéis quiénes sois- y especialmente a Marc da Costa, Jessica Loudis, Madeleine Schwartz, Elvia Wilk, Andreas Petrossiants, Moira Weigel, Meehan Crist, Aelfie Oudghiri, Hicham Oudghiri, Sam Hinds, Anna Louie Sussman, Katrina Forrester, Jamie Martin, David Levine y Zara Mirza, que me escucharon pacientemente mientras hablaba (y hablaba, y hablaba) de jurisdicciones raras.

Gracias a Mel Flashman y Becky Saletan, y a todos en Riverhead, por su apoyo infalible y entusiasta. Mis correctores -Isabel Cristo, Thea Smith, Alma Beauvais y Noah Rawlings- me salvaron de un bochorno incalculable. Maya Perry, Youyou Zhou, Gor Barsegyan y Lydia Emmanouilidou me ayudaron a rellenar los huecos.

Por último, gracias a todas las personas que hablaron conmigo para este proyecto. Sin vosotros no habría libro.

Notas sobre las fuentes

1. Ciudad de los Agujeros

Este capítulo es en gran parte producto de mi experiencia personal al crecer en Ginebra y volver a la ciudad de adulto para explorarla con nuevos ojos. Encontré inspiración literaria en *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino y *Frankenstein* de Mary Shelley. El artículo de Jon Halliday "Suiza: The Bourgeois Eldorado", publicado en la *New Left Review* en 1969, me ayudó a ver mi ciudad natal bajo una nueva luz. Si no lo hubiera encontrado en una librería de segunda mano de DUMBO en 2008, quizá nunca habría escrito este libro.

Los datos sobre el comercio de materias primas de la organización suiza de rendición de cuentas sin ánimo de lucro Public Eye fueron cruciales para ayudarme a entender la economía espectral de Ginebra. Agradezco especialmente a Adrià Budry Carbó y Agathe Duparc sus comentarios durante el almuerzo. El libro de Marcia Ristaino sobre el padre Jacquinot fue instructivo, y las historias de V. G. Kiernan y John Caspeari me ayudaron a comprender la economía política de los mercenarios de un periodo del que sabía poco. Los escritos de Quinn Slobodian, y su libro *Globalists* en particular, me ayudaron a conectar el pasado ideológico de Ginebra con su presente (y probable futuro). El trabajo de Vanessa Ogle sobre los paraísos fiscales y la descolonización es uno de los más fascinantes que existen sobre el tema.

Este capítulo no habría sido posible sin las contribuciones de los historiadores suizos -Bernhard Schaer, Christophe Farquet y Marc Cramer, en particular- que trabajan en la turbulenta historia de su nación, y de un no suizo, Jonathan Steinberg, cuyo *¿Por qué Suiza?* plantea, y responde, una muy buena pregunta.

2. Buenas vallas

Para redactar este capítulo, leí muchos de los libros de Ziegler, sobre todo *The Swiss, The Gold, and the Dead* y *Switzerland: The Awful Truth.* Pasé un tiempo entrevistando a Ziegler en su casa y hablé con él por teléfono en dos ocasiones antes y leí la biografía en francés de su antiguo alumno Jürg Wegelin. Vi muchos vídeos de Ziegler en YouTube, desde seminarios estudiantiles hasta conferencias de la ONU, para hacerme una idea de cómo se presentaba en público. La biografía de Jürg Wegelin sobre Ziegler fue fundamental para ayudarme a rellenar las lagunas biográficas, y los artículos de Christophe Farquet y Peter Hug sobre la historia fiscal y bancaria de Suiza me ayudaron a corroborar algunas (¡pero no todas!) de las invectivas de Ziegler. Gor Barsegyan localizó detalles sobre las armas del Che Guevara, y Noah Rawlings comprobó los hechos del capítulo.

También consulté montones de artículos en publicaciones que van desde swissinfo.ch hasta *Los Angeles Times*, en particular sobre los enfrentamientos de Ziegler con la ley suiza de difamación y su activismo en torno a los escándalos del llamado "oro nazi" de los años noventa. Por último, las actas del Ayuntamiento de Ginebra arrojan luz sobre la disputa de Ziegler con el profesorado universitario.

3. Cubo blanco, caja negra

Tengo una gran deuda con los periodistas que han cubierto el asunto Bouvier a lo largo de los años, en particular con Antoine Harari, cuyo libro *El zorro y el oligarca* me ayudó a conocer el modus operandi de Bouvier y, en última instancia, me llevó a reunirme y entrevistar a Bouvier en su oficina de Ginebra en octubre de 2021. Bouvier, a su vez, me puso en contacto con su musculoso equipo de relaciones públicas, que me ayudó a confirmar detalles sobre sus negocios; el equipo de Rybolovlev hizo prácticamente lo mismo. El reportaje de Sam Knight sobre Bouvier *en el New Yorker* y el libro de Alexandra Bregman *The Bouvier Affair: A True Story, de Alexandra* Bregman, fueron lecturas fascinantes. Para resumir el conflicto entre Bouvier y Rybolovlev, me basé en la cobertura que Graham Bowley hizo *en The New York Times* de los litigios de Bouvier y Rybolovlev, así como en

artículos de *The Wall Street Journal* y *Swissinfo*.

The Medici Conspiracy, de Peter Watson y Cecilia Todeschini, me ayudó a resumir el primer escándalo del puerto franco de Ginebra. También aprendí mucho de mis copresentadores en un panel sobre los usos de las técnicas extraterritoriales dentro de los mercados mundiales del arte, organizado por John Zarobell y Samuel Weeks para la reunión de la Asociación Antropológica Americana de 2019 en Vancouver. La ponencia de Oddný Helgadóttir sobre el tema resultó especialmente interesante. Georgina Adam fue de gran ayuda (al igual que su excelente libro *Dark Side of the Boom*) cuando empecé a investigar los puertos francos en 2016.

Los puertos francos han despertado recientemente el interés de los historiadores globales, y estoy increíblemente agradecido a los académicos que compartieron y debatieron su trabajo conmigo: Koen Stapelbroek, Dara Orenstein, Corey Tazzara y la revista *Global Intellectual History*, que dedicó un número entero al tema.

Estoy obsesionado con Singapur desde que visité la ciudad-estado en 2014. Ese viaje, junto con los escritos de Lee Kuan Yew y *Singapur*, de John Curtis Perry, conformaron mi visión del Estado.

Alma Beauvais fue la encargada de comprobar los hechos en este capítulo. *Legal Fiction*, de Lon Fuller, es uno de los textos fundamentales de *The Hidden Globe*. Vuelvo a él a menudo.

4. En las Zonas

Para contar la historia de las zonas económicas especiales en términos comprensibles para los no expertos, me he basado principalmente en entrevistas con una docena de personas que han trabajado en el sector. Entre ellos, Claude de Baissac, Jean-Paul Gauthier, Michael Castle-Miller, Thibault Serlet, Edouard Dommen, Andreas Baumgardner, Chuck Heath y Douglas Zeng, del Banco Mundial.

El trabajo académico de Patrick Neveling ha sido absolutamente vital para ayudarme a comprender las dimensiones políticas de las zonas francas, su difusión tras la descolonización y su uso en Mauricio especialmente. Los mordaces comentarios de Neveling por teléfono fueron muy apreciados. La lectura de *Worldmaking after Empire*, de Adom Getachew, me dio una nueva perspectiva de las ambiciones de

los líderes nacionalistas anticoloniales. El maravilloso *How to Hide an Empire*, de Daniel Immerwahr, es una mirada fascinante a los territorios de ultramar estadounidenses.

Christian Poncini, nieto de Alfred, ayudó a verificar la información sobre sus predecesores. Para el material sobre Richard Bolin, entrevisté a su hijo, Doug, y pasé un día en el MIT examinando sus archivos y los de la ADL.

Utilicé informes y datos de la ONUDI y la UNCTAD sobre la expansión de las ZPE. Muchos de estos datos aparecen también en *Extrastatecraft*, de Keller Easterling, un importante libro que me ayudó a comprender las conexiones entre derecho e infraestructuras.

Para obtener información sobre Puerto Rico, me basé en las noticias y en *Fantasy Island*, de Ed Morales. *Uncommon Wealth*, de Kojo Koram, me habló de Jamaica y respondió a mis preguntas sobre el FMI.

5. Hackear el mundo

Para este capítulo, entrevisté a Paul Romer en Zoom a principios de 2024, después de haber leído su obra a lo largo de los años, no toda, pero lo suficiente, espero, para hacerme una idea de cómo ve el mundo. Romer es un economista poco común que escribe para los mortales, y eso es un regalo para todos nosotros.

Esa conversación fue la última de las docenas, posiblemente cientos, que he mantenido sobre ciudades charter y proyectos relacionados, a partir de 2012. Estas conversaciones tuvieron lugar en conferencias, a través de llamadas telefónicas y Zooms, y durante entrevistas en persona en todo el mundo. Estoy especialmente agradecido a Joseph McKinney, Thibault Serlet, Katarina Serlet, Joe Quirk, Patri Friedman, Michael Strong, Randy Hencken, Kurtis Lockhart, Mark Lutter, el Charter Cities Institute, Gustavo Lacerda, Michael Castle-Miller, Jorge Colindres, William O'Shea, Joel Burke, Nick Dranias, Humberto Macias, y todos los publicistas de Próspera que he conocido por dedicarme su tiempo para hablar de su proyecto, así como a todos los demás que he conocido a través del universo de la seasteading/charter cities. Puede que no siempre estemos de acuerdo en cómo debería ser el mundo, pero al menos estamos de acuerdo en lo que es.

Ray Craib, Isabelle Simpson, Beth Geglia y Quinn Slobodian me ayudaron a reflexionar sobre la ideología de la "congelación". Greg Lindsay aportó el cotilleo, Dug Song la perspectiva humanista techy. Los trabajos de Alexander Betts y Paul Collier ilustraron las aplicaciones en el mundo real de algunas de estas ideas. También me basé en las importantes correcciones de Juan Du y Taomo Zhou al "mito de Shenzhen". Las entrevistas con Lan Cao y Tom Bell me ayudaron a comprender lo que los abogados amigos ven en las ciudades charter.

Dara Orenstein aportó la pieza que faltaba para este capítulo, y en realidad para todo el libro, cuando compartió generosamente su artículo inédito sobre los "puertos francos para refugiados". Y el artículo de Sebastian Mallaby *en el Atlantic* sobre Paul Romer me puso en el camino para escribir *El Globo Oculto* al hacer volar por los aires mi mente de veinteañero. Merece la pena releerlo.

6. La ciudad y el Ayuntamiento

Las entrevistas con Mark Beer por Zoom y en persona sentaron las bases de este capítulo. Un viaje a Dubái en noviembre de 2021 me permitió conocer la ciudad (y la ciudad) y me dio la oportunidad de conocer a Amna Al Owais, con quien hablé in situ. Pasé mucho tiempo deambulando por el centro comercial del DIFC y viendo vídeos en YouTube de procesos judiciales en los tribunales del DIFC.

En mi afán por entender el sistema judicial del DIFC, pregunté a todos los abogados que conocí a lo largo de tres años si habían oído hablar de ese tribunal. La mayoría no, y empecé a preguntarme si me estaba volviendo loca. Afortunadamente, encontré estudios de Pamela Bookman y Katarina Pistor que, además de enseñarme Derecho, me hicieron sentir menos loca. La monografía de Jayanth Krishnan sobre el tribunal del DIFC, *The Story of the Dubai International Financial Center Courts: A Retrospective*, aportó una visión crucial de los inicios del tribunal. El trabajo de Lauren Benton sobre el pluralismo jurídico y el colonialismo me ayudó a comprender los fundamentos de estos tribunales.

The National (Abu Dhabi) era una fuente razonablemente fiable de noticias de los EAU y la región del Golfo, al igual que los informes

especializados de Simeon Kerr para el *Financial Times*. La información sobre Kazajstán procede en su mayor parte de noticias desenterradas por Maya Perry. Y aunque la ciencia ficción me resulta terriblemente difícil, *La ciudad y la ciudad*, de China Miéville, es tan brillante que trasciende el género.

7. Ad Astra

Este capítulo se basa en parte en un artículo que publiqué en la sección Long Reads de *The Guardian* en 2018. Seguí a una delegación de Luxemburgo en su gira por California, donde presentaron a su país como sede de "recursos espaciales" con la ayuda de la familia real. A través de ese viaje, y de eventos posteriores organizados por la Agencia Espacial Luxemburguesa, entré en contacto y entrevisté a todas las personas citadas en este capítulo, entre las que destacan Georges Schmit y Etienne Schneider. Luxemburgo sigue organizando estos actos en todo el mundo. También conocí a los empresarios estadounidenses que cito en el artículo y al visionario de la NASA Pete Worden. Visité Luxemburgo en la primavera de 2018.

A lo largo de los años he mantenido conversaciones inspiradoras con estudiosos del espacio y sus recursos: Haris Durrani, Tamara Álvarez Fernández, Rory Rowan y Jessy Kate Schingler me ayudaron a hacerme una idea de lo mucho que estaba en juego. Sam Weeks será para siempre mi autoridad en todo lo relacionado con Luxemburgo. Cris van Eijk me alertó de la existencia de una gran cantidad de increíbles discursos de la ONU, especialmente el de Fernando Belaúnde Terry.

También aprendí mucho de los abogados Gunjan Sharma y Florentine Voss en las sesiones de Zoom sobre derecho espacial de su bufete Volterra Fietta. Los conocimientos de Gabriel Zucman sobre los flujos monetarios extraterritoriales han servido de base a todo este libro, pero especialmente a las secciones dedicadas a Luxemburgo. Bernard Thomas es un cronista infatigable de las maquinaciones de su país. Y el trabajo de Oliver Bullough sobre los paraísos fiscales y las finanzas extraterritoriales a lo largo de los años me enseñó que estos temas no sólo son posibles de entender, sino que incluso pueden ser interesantes en manos del escritor adecuado.

No pude localizar a Mats Nilson (y Dios sabe que lo intenté) para conocer su versión del asunto de Tonga. Hablé por teléfono con su antiguo socio, James Simon, en 2022. La mayor parte de la información sobre los satélites de Tonga procede de artículos de Anthony van Fossen y de noticias de la época que encontré en LexisNexis y JSTOR. Fue una gran historia sobre un lugar no tan pequeño.

El artículo de opinión de Paul Stimers *en el Wall Street Journal* sobre John Locke y el capitalismo del espacio exterior me hizo interesarme por el tema en 2015. Pienso en ello casi todos los días.

8. Titanic

Me sorprendió gratamente saber que los barcos tienen clubes de fans en Internet. Para empezar a contar la historia del *Gruziya*, pasé incontables horas en Facebook enviando mensajes a antiguos pasajeros, miembros de la tripulación y aficionados a los cruceros. También miré vídeos, fotos, menús e itinerarios de cruceros, algunos de los cuales ya han sido retirados (lamentablemente no los guardé, pero les aseguro que esa interpretación de "YMCA" fue espectacular). Estuve tanto tiempo en estos foros que olvidé que nunca había estado a bordo. Soy parcial, pero el *Gruziya* era un barco especial.

Cada buque tiene un número único de siete dígitos, asignado por la Organización Marítima Internacional, que permanece invariable a pesar de los cambios de pabellón y propiedad, hasta que es desguazado. Este identificador me ayudó a seguir al *Gruziya* de la cuna a la tumba. El boletín de desguace Robin des Bois me proporcionó los últimos avistamientos del buque, y la ONG Shipbreaking Platform me instruyó sobre la práctica en su conjunto y me condujo a los consultores que me explicaron las condiciones en Gadani. La ITF y la UNCTAD publican datos sobre pabellones de conveniencia y mano de obra.

Rodney Carlisle sigue siendo la autoridad en materia de soberanía en el mar gracias a numerosos libros y artículos, entre los que destaca *Sovereignty for Sale*. También hablamos por teléfono dos veces en 2020. Gran parte de la información sobre Stettinius, Panamá y Liberia, así como mi comprensión del caso *Muscat Dhows*, proviene de la obra

de Carlisle.

Islands of Sovereignty, de Jeffrey Kahn, fue un recurso inestimable, al igual que las conversaciones con el propio Kahn. Los recortes de prensa y las ruedas de prensa de la Casa Blanca me ayudaron a reconstruir lo que *la Gruziya* hizo y dejó de hacer durante su periodo de trabajo para el ejército. Mis entrevistas telefónicas con Alexander Bout llenaron algunos vacíos, al igual que los documentos de archivo compartidos por el Centro Histórico Naval. Las conversaciones con Laleh Khalili, Jatin Dua y el seminario de Antrohistoria de la Universidad de Michigan me ayudaron a comprender mejor el transporte marítimo, el comercio y la globalización.

Los artículos de *TradeWinds*, un periódico del sector sobre asuntos marítimos, proporcionaron abundante información sobre los diversos encontronazos del *Gruziya* con la ley y los cambios de propietario. Juergen Maly y Michael Kolesnichenko me contaron el episodio de Wilhelmshaven en Zoom, que completé con noticias locales. Los archivos de los periódicos locales de Montreal y un bibliotecario muy generoso me ayudaron a reunir lo suficiente para reconstruir su estancia en Canadá.

La defensa legal de los detenidos de Guantánamo por parte de Harold Koh y Michael Ratner fue un recurso vital para entender la interdicción y el estatus de Guantánamo bajo la ley estadounidense. Demandas posteriores de Estados Unidos -en concreto, *Sale contra Haitian Centers Council, Inc*.- lo consolidaron. Lydia Emmanouilidou localizó a los supervivientes del rescate de *Salamina* y resumió los artículos de la prensa chipriota. Los escritos de Itamar Mann, y especialmente su libro *Humanity at Sea*, me ayudaron a comprender la interdicción y la detención en alta mar.

Para llegar al fondo de quién compró el *Titán* en sus últimos días, recurrí a las bases de datos corporativas del Ministerio de Economía de Dubai. Peter Knego confirmó haber avistado el barco camino de Gadani, y un post de Facebook en un grupo de afinidad con el desguace de barcos informaba de su llegada a la playa con una foto. Guillaume Vuillemay arrojó luz sobre las banderas funerarias y Palau a través de su notable estudio y de una conversación telefónica.

B. *El Barco de la Muerte*, de Traven, es la tercera novela más importante sobre el mar, después de *La Odisea* y *Moby-Dick*. Debería

leerla.

9. Extirpado

Este capítulo se realizó desde Ann Arbor (Michigan) y Ginebra (Suiza). La historia de Aziz se reconstruyó mediante entrevistas con él y el excelente podcast *The Messenger*, así como conversaciones con el productor Michael Greene. Michael Khambatta corroboró la información y compartió fotos de los primeros días de Aziz en Suiza. La novela y los ensayos de Behrouz Boochani ambientan Manus de una forma que nada más podría hacerlo.

The Guardian fue la fuente más completa y convincente de noticias diarias sobre el régimen australiano de inmigración extraterritorial, mientras que el Centro Kaldor fue indispensable cuando se trató de los matices de la ley real. Madeleine Gleeson y Daniel Ghezelbash iluminaron la cuestión a través de libros, artículos y conversaciones de Zoom, junto con Graham Thom, que lleva décadas siguiendo el tema con Amnistía Internacional. John Pace, uno de los pocos forasteros autorizados a visitar Nauru, compartió con nosotros sus fascinantes reflexiones sobre los primeros años de la isla. También asistió a mi fiesta de cumpleaños en el parque con los tableros de ajedrez cuando cumplí cinco años. Puede que el globo esté oculto, pero el mundo sigue siendo muy pequeño.

El libro de Cait Storr sobre Nauru, *International Status in the Shadow of Empire*, y sus generosas reflexiones sobre Zoom fueron de gran ayuda para comprender Nauru en un marco jurídico histórico. Damon Salesa aportó una visión de las detenciones desde el Pacífico, mientras que el seminario de Harvard de David Armitage sobre la historia del Pacífico me proporcionó bibliografía para empezar a entender el contexto más amplio.

10. Laos Vegas

Viajé a Boten, Laos, en mayo de 2023. La mayor parte del capítulo consiste en mis recuerdos y conversaciones con gente que conocí por el camino, en particular, , personas que trabajan en salas de exposición para el grupo inmobiliario Haicheng. Fixers tradujo

algunas de estas conversaciones. Google Translate se encargó del resto.

La obra de William Cronon *Nature's Metropolis* (que leí sobre el ferrocarril Laos-China) me ayudó a situar el ferrocarril en el contexto de la creación de fronteras y el cambio temporal. La fuente más informativa sobre el LCR ha sido, con diferencia, la magnífica disertación de Jessica DiCarlo. También me informaron las fotografías de Ore Huiying, que lleva años viajando a Boten y documentando su auge, su caída y su (posible) resurgimiento.

Para preparar el viaje, hablé o mantuve correspondencia con Will Doig, Sebastian Strangio, Pal Nyiri, Shibani Mahtani y Kearrin Sims. YouYou Zhou me ayudó con la investigación en chino. Quinn Slobodian me puso en contacto con Hadji Bakara, que me presentó a la persona que me presentaría a mi intermediario y me llevaría a esa extraña cena italiana. También volví a *The Art of Not Being Governed*, de James Scott, para documentarme sobre Zomia.

11. *Terra Nullius*

Reporté este capítulo en dos partes. Comenzó como un reportaje para *The Nation* en el verano de 2019, cuando viajé a Svalbard para la Arctic Circle Fellowship, observé el paisaje durante muchas horas y entrevisté a un puñado de personas sobre el terreno, incluido el entonces gobernador. Pero después de pasar un tiempo en los archivos de Longyear en Marquette, Michigan, a principios de 2023, me di cuenta de que había mucho más en la historia. Allí fue donde encontré la correspondencia, las notas y otros documentos de Longyear (algunos de los cuales había encontrado anteriormente en *America in Spitsbergen*, de Nathan Haskell Dole).

Más noticias recientes sobre el caso del cangrejo de las nieves y los drones rusos, y otras menciones a Svalbard, proceden de *The Barents Observer*, *Icepeople* (RIP), de Mark Sabbatini, y de publicaciones más convencionales, como Reuters y el *Financial Times*.

Hace años que me inspira especialmente el trabajo académico de Surabhi Ranganathan sobre este tema (y otras delicias extraterritoriales), así como los artículos de Elizabeth Nyman y Rachel Tiller. *Sovereignty and Territorial Temptation*, de Christopher R. Rossi,

respondió a muchas de mis preguntas y también confirmó algunas corazonadas.

El capítulo de Stephanie DeGooyer sobre *Frankenstein* en *Before Borders* desveló la conexión entre Ginebra y el Alto Ártico. Por último, algunas partes de este capítulo fueron verificadas por Kadal Jesuthasan en *The Nation*, pero Isabel Cristo se encargó de la mayor parte de la verificación de este capítulo y de todo el libro. Saber que Isabel estaba en el caso me ayudó a dormir.

Sobre el autor

Atossa Araxia Abrahamian es una periodista cuyos artículos han aparecido en *The New York Times*, la revista *New York*, la *London Review of Books* y otras publicaciones. Es autora de *The Cosmopolites: The Coming of the Global Citizen* y 2024 New America National Fellow, ha trabajado como redactora en *The Nation*, editora de opinión en Al Jazeera America y reportera para *Reuters*. Creció en Ginebra y vive en Brooklyn.


Penguin
Random House
PENGUIN PUBLISHING GROUP